

# CLIVE CUSSLER

y JUSTIN SCOTT

## LA CARRERA DEL SIGLO



Lectulandia

Joséphine Frost, pionera de la aviación, es una intrépida mujer que se encuentra entre los arriesgados aventureros que participarán en la competición aérea promovida por el editor de un prestigioso periódico californiano. El premio son cincuenta mil dólares para el piloto del aparato que logre cruzar Estados Unidos de Nueva York a San Francisco en 50 días. Al riesgo propio de la aviación, Joséphine deberá añadirle una amenaza inesperada: la firme intención de su marido de liquidarla.

El detective Isaac Bell será el encargado de su protección. A medida que la carrera aérea avance, Bell se dará cuenta de que las intenciones de Harry Frost no se limitan a su esposa, sino que estaría dispuesto a asesinar a cualquiera que se interponga en su camino.

En esta trepidante aventura, el detective se enfrentará no solamente a un marido cruel y enloquecido, sino también a un grupo de aviadores dispuestos a sabotear a todos sus rivales para hacerse con esta fortuna. En los primeros años de la aviación, acción y peligro confluyen en esta nueva aventura de Isaac Bell.

**Lectulandia**

Clive Cussler & Justin Scott

# **La carrera del siglo**

**Isaac Bell - 04**

ePub r1.1

brusina 28.07.14

Título original: *The Race*  
Clive Cussler & Justin Scott, 2011  
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: brusina

Corrección de erratas: Mozartillo  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

«La luna está ardiendo».

*Chicago, 1899*

Un borracho alto bailaba en los barrios bajos mientras entonaba una canción de Stephen Foster que hacía las delicias de la Liga Prohibicionista. La canción tenía una melodía triste, que recordaba el sonido de la gaita escocesa, y el tempo de un vals lento. En su voz, con el tono cálido de un barítono, resonaba un sentido pesar por las promesas no cumplidas.

*¡Oh, compañeros! No me llenéis ningún vaso  
para ahogar mi alma en llamas líquidas...*

El hombre tenía el cabello rubio, y un perfil distinguido y recio. Su extrema juventud (no debía de pasar de los veinte años) hacía que su estado resultara todavía más lamentable. Parecía que hubiera dormido con la ropa puesta. Las prendas estaban llenas de paja y le quedaban cortas en los brazos y las piernas, como si se las hubieran dado en una iglesia o las hubiera robado de una cuerda para tender la colada. Tenía el cuello de lino torcido, a la camisa le faltaba un puño y no llevaba sombrero a pesar del frío. El único tesoro que le quedaba para vender a cambio de bebida eran unas botas de piel de becerro hechas a medida.

Se dio de bruces con una farola y perdió el hilo de la letra de la canción. Sin dejar de tararear la emotiva melodía ni de bailar, esquivó un carro de la morgue del cementerio de pobres que se había detenido junto a la acera. El cochero ató los caballos y cruzó las puertas de vaivén de la taberna más cercana de las muchas que derramaban luz amarilla sobre los adoquines.

El joven borracho se tambaleó contra el sombrío carro negro y se agarró con fuerza a él.

Escudriñó la taberna. ¿Sería bien recibido? ¿O lo habían echado ya de allí? Se palpó los bolsillos vacíos y se encogió de hombros con tristeza. Recorrió los escaparates con la mirada: casas de huéspedes de cinco centavos, burdeles, casas de empeños... Se miró las botas. A continuación alzó la vista al almacén de distribución de periódicos de la esquina, donde los carros de la imprenta estaban entregando los diarios de la mañana de Chicago.

¿Podía mendigar unos pocos peniques a cambio de descargar los periódicos atados en fardos? Se irguió y se dirigió al almacén bailando un vals lento.

*Cuando era joven sentía la marea  
de las aspiraciones inmaculadas.  
Pero los años de madurez han mancillado el orgullo  
que mis padres depositaron en su hijo.*

Los vendedores de periódicos que hacían cola para comprar los diarios eran golfillos callejeros de no más de doce años. Se burlaron del borracho cuando se acercó, hasta que uno de ellos lo miró y se fijó en sus ojos, de un azul violáceo extrañamente claro.

—¡Dejadlo en paz! —dijo a sus amigos.

—Gracias, hijo —susurró el joven alto—. ¿Cómo te llamas?

—Wally Laughlin.

—Eres muy amable, Wally Laughlin. No acabes como yo.

—Te dije que te deshicieras del borracho —dijo Harry Frost.

Era un hombre muy corpulento, y tenía la mandíbula marcada y unos ojos de mirada cruel. Estaba sentado a horcajadas sobre una caja de madera de dinamita Vulcan en el interior del carruaje de la morgue. Dos ex boxeadores profesionales de su banda del West Side se hallaban en cuclillas a sus pies. Estaban observando el almacén de periódicos a través de unas mirillas abiertas en el lateral del vehículo, esperando a que el dueño regresara de cenar.

—Lo espanté, pero ha vuelto.

—Mételo en ese callejón. No quiero volver a verlo si no es con los pies por delante.

—Solo es un borracho, señor Frost.

—¿Ah, sí? ¿Y si el distribuidor de periódicos ha contratado detectives para que protejan su almacén?

—¿Está loco? Ese tipo no es un detective.

El puño de Harry Frost salió disparado y describió una trayectoria de cuarenta centímetros con la fuerza concentrada del martillo de un herrero. El hombre que recibió el golpe se llevó la mano al costado a causa del dolor y preso de la incredulidad. Estaba en cuclillas al lado de su jefe y un momento después se encontraba en el suelo, tratando de respirar mientras un hueso astillado le perforaba el pulmón.

—Me ha roto las costillas —dijo con voz entrecortada.

Frost tenía el rostro encendido de ira y respiraba aceleradamente.

—Yo no estoy loco.

—No sabe controlar su fuerza, señor Frost —protestó el otro boxeador—. Podría haberlo matado.

—Si hubiera querido matarlo, le habría dado más fuerte. ¡Deshazte de ese borracho!

El boxeador salió apresuradamente por la parte de atrás del carro, cerró la portezuela y se abrió paso a empujones entre los soñolientos vendedores de periódicos que hacían cola para comprar los diarios.

—¡Eh, tú! —gritó a la espalda del borracho, quien no lo oyó pero le hizo el favor de meterse en el callejón sin ayuda de nadie, y le evitó así la molestia de arrastrarlo a patadas y armando jaleo.

Se apresuró a ir tras él al tiempo que sacaba una porra flexible de su abrigo. Era un callejón con muros lisos a cada lado, tan angosto que apenas podría pasar una carretilla. El borracho se dirigía dando traspiés a una puerta situada al fondo, iluminada por un farol colgante.

—¡Eh, tú!

El borracho se dio la vuelta. Su cabello dorado brillaba a la luz del queroseno. Una tímida sonrisa asomó a su rostro atractivo.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó, como si de repente albergara la esperanza de conseguir un préstamo.

—Vamos a conocernos.

El boxeador blandió la porra con disimulo. Era un arma brutal, un saco de cuero lleno de perdigones. Los perdigones le proporcionaban flexibilidad para adaptarse al blanco, machacar carne y huesos, y dejar el perfil distinguido y recio del joven tan aplastado como un filete. Para sorpresa del boxeador, el borracho se movió con rapidez. Esquivó el arco que describió la porra y derribó al boxeador de un derechazo tan diestro como contundente.

La puerta se abrió de golpe.

—Buen trabajo, muchacho.

Dos maduros detectives privados de la agencia Van Dorn (Mack Fulton, de mirada gélida, y Walter Kisley, vestido con un traje a cuadros) agarraron por los brazos al hombre desplomado y lo metieron a rastras a través de la puerta.

—¿Está escondido Harry Frost en ese carro?

Pero el boxeador no podía contestar.

—Está fuera de combate —dijo Fulton, quien dio un bofetón al hombretón pero no obtuvo respuesta—. Isaac, no sabes controlar tu fuerza.

—Acabas de saltarte la primera lección que debe aprender todo investigador que interroga criminales —dijo Kisley.

—¿Y cuál es esa lección? —preguntó Fulton.

En la agencia de detectives Van Dorn los habían apodado Weber y Fields, como los cómicos de vodevil.

—Deja al sospechoso consciente —respondió Kisley.

—Para que pueda contestar a tus preguntas —dijeron a coro.

El aprendiz de detective Isaac Bell agachó la cabeza.

—Lo siento, señor Kisley. Señor Fulton. No quería darle tan fuerte —comentó Bell con formalidad, como buen discípulo.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más, muchacho. Por eso Van Dorn ha



juntado a un universitario como tú con dos viejos ignorantes como nosotros.

—El jefe espera que, con nuestro ejemplo, hasta un chico rico de buena familia como tú se convierta en un detective brillante.

—Mientras tanto, ¿qué les parece si llamamos a ese carro y comprobamos si Harry Frost está dentro?

Kisley y Fulton desenfundaron unos pesados revólveres conforme recorrían el callejón.

—Quédate atrás, Isaac. No te conviene enfrentarte a Harry Frost sin un arma en la mano.

—Y como aprendiz, no puedes llevar ninguna.

—He traído una pistola de cañón corto —dijo Bell.

—Tienes iniciativa. Que no se entere el jefe.

—Quédate atrás de todas formas. Una pistola de cañón corto no detendrá a Harry Frost.

Doblaron la esquina y salieron a la calle. Un cuchillo brilló a la luz del farol y cortó las riendas con las que los caballos del carruaje estaban sujetos, y una figura corpulenta golpeó sus grupas con el látigo del cochero. Los animales se desbocaron y huyeron en desbandada, pasando por delante de los carros aparcados en fila enfrente del almacén. Los chicos que vendían periódicos esquivaron a toda prisa tanto los raudos cascos como las ruedas veloces. Justo cuando el carruaje fuera de control llegó al almacén, explotó emitiendo un rugido atronador y un brillante destello. La onda expansiva alcanzó a los detectives y los lanzó despedidos a través de las puertas de vaivén y de las ventanas de la taberna más cercana.

Isaac Bell se levantó y volvió a la calle como una exhalación. Del almacén de periódicos salían llamas. Los carros se habían volcado, y los caballos se tambaleaban sobre sus patas destrozadas. La calle estaba llena de cristales rotos y papeles en llamas. Bell buscó a los chicos que vendían periódicos. Había tres acurrucados en un portal, con la cara blanca de la impresión. Otros tres yacían sin vida en la acera. El primero junto al que se arrodilló era Wally Laughlin.

## VEN, JOSEPHINE, EN MI MÁQUINA VOLADORA

*Volemos, querida.  
¿Adónde, muchacho? Al cielo, querida.  
Oh, una máquina voladora.  
Suba, señorita Josephine.  
¡Barco a la vista! Qué sensación.  
¿Adónde, chico? Al techo.  
¡Albricias! Volemos alto.  
Al cielo elevado.*

*Ven, Josephine, en mi máquina voladora.  
¡Asciende! ¡Asciende!  
Mantén el equilibrio como un pájaro en una rama.  
¡Sube por los aires! ¡Sube!  
Arriba, arriba, un poco más alto.  
¡Caramba! La luna está ardiendo.  
Ven, Josephine, en mi máquina voladora.  
Sigue ascendiendo, no pares. ¡Adiós!*

ALFRED BRYAN y FRED FISCHER

# **Libro uno**

«Ven, Josephine, en mi máquina voladora».

*Montes Adirondack, 1909*

*Noroeste del estado de Nueva York*

La señora Josephine Josephs Frost, una joven menuda de mejillas sonrosadas con la actitud insolente y descarada de un muchacho, las manos fuertes de una granjera y unos ojos vivarachos de color avellana, pilotaba su biplano de doble hélice trasera Celere a doscientos cincuenta metros por encima de las oscuras y boscosas colinas que rodeaban la finca que su marido tenía en los montes Adirondack. Volaba al descubierto en una silla baja de mimbre situada en la parte delantera, acurrucada para protegerse del viento frío. Iba vestida con un abrigo acolchado y unos pantalones de montar, un gorro de piel y una bufanda de lana, unos guantes, un casco de aviador y unas botas. El motor emitía una melodía regular detrás de ella, sincopada con el ritmo de ragtime de las cadenas de transmisión que hacían girar las hélices.

Su máquina voladora estaba compuesta por un armazón ligero de madera y bambú reforzado con alambre y cubierto de tela. Todo el aparato pesaba menos de cuatrocientos cincuenta kilos y era más fuerte de lo que parecía. Pero no lo era tanto como las violentas corrientes ascendentes que los acantilados y los barrancos hacían rebotar contra la atmósfera. Las repentinas corrientes de aire la volcarían si no se andaba con cuidado, y los agujeros del cielo la engullirían entera.

Una ráfaga de viento ascendió sigilosamente por detrás y le arrebató el aire que sostenía sus alas.

El biplano empezó a caer como un yunque.

Josephine sonrió de oreja a oreja.

Bajó el timón de profundidad. La máquina se inclinó hacia delante, lo que hizo que descendiera más rápidamente. Josephine notó que el aire volvía a estabilizar el biplano.

—¡Buena chica, *Elsie*!

Las máquinas voladoras se mantenían allí arriba empujando el aire hacia abajo. Josephine lo había descubierto la primera vez que había alzado el vuelo. El aire era resistente, y la velocidad hacía que lo fuera todavía más. Cuanto mejor era la máquina, más ganas tenía de volar. *Elsie* era la tercera que pilotaba, y sin duda no sería la última.

La gente decía que era valiente por volar, pero Josephine no se consideraba valiente. Simplemente se sentía de lo más a gusto en el aire, más a gusto que en tierra, donde las cosas no siempre salían como ella esperaba. Allí arriba siempre sabía

qué hacer. Todavía mejor, sabía lo que pasaría cuando lo hiciera.

Sus ojos se fijaban en todo: miraba las montañas azules en el horizonte, ojeaba una y otra vez el barómetro aneroide que había colgado del ala superior para indicar la altitud, comprobaba el indicador de la presión del aceite del motor situado entre sus piernas y oteaba claros en el bosque lo bastante grandes para posarse en ellos si el motor se paraba de repente. Se había cosido un reloj colgante de mujer en una de las mangas de su abrigo acolchado para calcular cuánto combustible le quedaba. El portamapas y la brújula que normalmente llevaba sujeta a la rodilla los había dejado en casa. No obstante, había nacido en aquellos montes y sabía orientarse gracias a los lagos, las vías de ferrocarril y el río North.

Josephine vio el oscuro cañón delante de ella, tan profundo y escarpado que parecía que un gigante furioso hubiera partido la montaña con un hacha. El río destellaba al fondo. Entre los árboles divisó un prado dorado cerca del cañón; era el primer claro de proporciones considerables que había visto desde que había despegado.

Descubrió una pequeña mancha roja, como la cresta roja de un pájaro carpintero: el gorro de caza de Marco Celere, el inventor italiano que fabricaba sus máquinas voladoras.

Marco estaba encaramado en el acantilado, con un rifle al hombro, buscando osos con sus gemelos. Al otro lado del prado, en el límite del bosque, Josephine vio la silueta corpulenta de su marido.

Harry Frost levantó su rifle y apuntó a Marco con él.

Josephine oyó el disparo, más sonoro que el motor y el ruido de las cadenas de transmisión detrás de ella.

Harry Frost tenía la extraña sensación de que no le había dado al italiano.

Era un cazador veterano de animales grandes. Desde que se había jubilado, aquel hombre rico había disparado a alces y carneros en Montana, leones en Sudáfrica y elefantes en Rodesia. Frost habría jurado que el disparo le había salido alto. Aun así, allí estaba el amante moreno de su esposa, retorciéndose en el borde del acantilado, herido pero no muerto.

Introdujo un nuevo proyectil del calibre 45-70 en su Marlin de 1895 y lo apuntó con la mira. No soportaba ver a Marco Celere (cabello moreno grasiento y pegado con brillantina al cráneo, frente alta como un Julio César de vodevil, cejas pobladas, ojos oscuros y hundidos, bigote encerado y rizado en las puntas como el rabo de un cerdo) y estaba disfrutando enormemente apretando con suavidad el gatillo cuando de repente un ruido extraño retumbó en su cabeza. Sonaba como la trilladora que había en la granja del Manicomio para Criminales Dementes Matawan, donde sus enemigos lo habían encerrado por disparar a su chófer en el club de campo.

El manicomio había resultado peor que la mayoría de los monstruosos orfanatos que recordaba. Políticos poderosos y abogados carísimos se atribuyeron el mérito de soltarlo, pero era justo que lo pusieran en libertad. El chófer había estado cortejando a su primera esposa.

Por increíble que pareciera, la situación estaba repitiéndose con su nueva mujer. Lo veía escrito en sus caras cada vez que Josephine le pedía dinero para pagar los inventos de Marco. Ahora ella le rogaba que comprara la última máquina voladora del italiano a sus acreedores porque quería ganar la Carrera Aérea Atlántico-Pacífico y hacerse con la Copa Whiteway, valorada en cincuenta mil dólares.

¿A que sería estupendo? Ganar la competición aérea más importante del mundo haría famosos a su esposa aviadora y al amante inventor de esta. Preston Whiteway, el presuntuoso editor de periódicos de San Francisco de familia acomodada, los convertiría en estrellas y, de paso, vendería cincuenta millones de periódicos. El idiota del marido también sería famoso (un esposo viejo, gordo y rico, célebre por sus cuernos), el hazmerreír de todos aquellos que lo despreciaban.

A pesar de su fortuna, que hacía que fuera uno de los hombres más acaudalados de Estados Unidos, Harry Frost se había ganado cada puñetero dólar que tenía. Pero todavía no era viejo. Cuarenta y tantos años no eran tantos. Y el que dijera que tenía más grasa que músculo no lo había visto matar a un caballo de un puñetazo: un truco que lo había hecho famoso de joven y que últimamente había convertido en un ritual en cada cumpleaños que celebraba.

A diferencia de la traición de su primera mujer con el chófer, esa vez no lo pillarían. No iba a perder los estribos. En esa ocasión lo tenía todo planeado, hasta el último detalle. Saboreando la venganza, emprendiéndola como si fuera un negocio, había resucitado sus formidables dotes para la manipulación y el engaño, y había convencido al ingenuo Celere para que participara en una cacería de osos. Los osos no podían hablar. En el corazón de los bosques del norte del estado de Nueva York no habría testigos.

Convencido de que había disparado más alto de lo que pretendía, Frost apuntó bajo y volvió a disparar.

Josephine vio a Celere despeñarse por el acantilado debido al impacto de una bala.

—¡Marco!

El estruendo que retumbó en la cabeza de Harry Frost se hizo más intenso. Sin dejar de mirar por el cañón de su rifle el maravilloso espacio vacío que Marco Celere había ocupado, de repente se dio cuenta de que aquel ruido no era un recuerdo de la granja de Matawan, sino algo tan real como la detonación del cartucho de 405 granos de

pólvora que acababa de hacer que el ladrón de esposas se despeñase por el barranco. Alzó la vista. Josephine volaba por encima de él en su puñetero biplano. Había visto cómo disparaba al inventor del artefacto.

A Frost le quedaban tres proyectiles en la recámara.

Levantó el rifle.

Pero no quería matarla. Ahora que Marco no era un estorbo, ella se quedaría con él. Sin embargo, Josephine lo había visto matar a Marco. Volverían a encerrarlo en el manicomio. Si lo metían por segunda vez en Matawan, no saldría nunca. No sería justo. El traidor no era él, sino ella.

Frost alzó el rifle hacia el cielo y disparó dos veces.

Calculó mal la velocidad del biplano de Josephine. Al menos un disparo pasó por detrás de ella. Solo le quedaba un cartucho, de modo que se concentró, calmó sus nervios y apuntó al aparato como si fuera un faisán.

¡Blanco!

Le había acertado, eso seguro. La máquina voladora se inclinó de lado y realizó un giro amplio y torpe. Frost esperó a que cayese. Pero el biplano siguió describiendo el giro en el aire, si bien bamboleándose en dirección al campo. Estaba demasiado alto para acertarle con una pistola; aun así, Frost sacó una de su cinturón y, tras apoyar el cañón en su fuerte antebrazo, disparó hasta que vació el cargador del arma. Con los ojos desorbitados a causa de la ira, sacó rápidamente de su manga otra arma, una pistola de cañón corto. Apuntó en dirección a ella y disparó en vano las dos balas que había en la recámara. Acto seguido echó mano de su cuchillo de caza; quería arrancarle el corazón cuando se estrellara contra los árboles.

El ruido se hizo más y más débil, y Harry Frost hubo de limitarse a observar con impotencia cómo la traidora de su esposa desaparecía más allá de la línea forestal y escapaba a su rabia justificada.

Por lo menos había conseguido que el amante de su mujer se despeñara por el barranco.

Cruzó pesadamente el prado con la esperanza de ver el cadáver de Celere aplastado sobre las rocas del río. Pero cuando había recorrido la mitad del camino hasta el borde del acantilado, se detuvo en seco, sorprendido por un pensamiento horrible. Tenía que huir antes de que volvieran a encerrarlo en el manicomio.

Josephine se esforzó por aterrizar la máquina sin sufrir ningún percance haciendo uso de toda su destreza.

Harry le había dado dos veces. Un proyectil había agujereado el depósito de combustible de diez litros situado tras ella. El segundo disparo había sido peor. Había bloqueado la conexión que unía la palanca de mando y el cable que hacía que las alas se inclinasen. Incapaz de moverlas para ladear la máquina y girar, dependía por

completo del timón. Pero intentar girar sin ladearse era como pilotar un planeador antes de que los hermanos Wright inventaran el alabeo, que permitía el control del viraje; era terriblemente difícil y la causa probable de una caída en barrena.

Con los labios apretados, Josephine manejaba el timón como el escalpelo de un cirujano mientras recibía ráfagas controladas de viento. Su madre, una mujer nerviosa incapaz de hacer la tarea más simple, solía acusarla de tener «hielo en las venas». Pero, madre, ¿acaso no resulta útil ser una persona glacial, serena, a bordo de una máquina voladora averiada?, pensó. Poco a poco, volvió a poner el biplano en rumbo.

El viento soplaba desde atrás, y Josephine percibió un olor a combustible. Buscó su origen y descubrió que caían gotas del depósito. Efectivamente, el proyectil del arma de Harry lo había perforado.

¿Qué ocurriría primero?, se preguntó con serenidad Josephine. ¿Perdería todo el combustible y el motor se pararía antes de que pudiera posarse en el prado de Harry? ¿O las chispas que salían del motor y las cadenas prenderían? El fuego resultaba mortal en una máquina voladora. El barniz de nitrato que tensaba e impermeabilizaba la lona de algodón que cubría las alas era tan inflamable como la pólvora.

El campo que quedaba más cerca era aquel prado. Pero si se posaba en él, Harry la mataría. No tenía alternativa. Debía aterrizar la máquina allí, en el caso de que le quedara suficiente combustible para llegar.

—Vamos, *Elsie*. Llévanos a casa.

Poco a poco fue acercándose al bosque. Las corrientes ascendentes zarandeaban las alas y movían la aeronave. Incapaz de controlarlas para contrarrestar el efecto, trató de mantener la máquina en equilibrio usando los timones de altura y el timón de dirección.

Por fin divisó el lago que había junto al prado de Harry.

Justo cuando se aproximó lo suficiente para ver la residencia principal y los establos para las vacas lecheras, el motor escupió los últimos gases de combustible. Las hélices dejaron de girar. El biplano quedó en silencio, interrumpido únicamente por el viento que soplaba entre los tensores de los cables.

Tenía que planear hasta la hierba.

Pero las hélices, que habían estado impulsando el biplano, ofrecían resistencia al aire. Frenaban la máquina y reducían la velocidad. Josephine no tardaría en volar demasiado despacio para mantenerse en alto.

Alargó la mano detrás de ella y tiró del cable que abría la válvula de compresión del motor para que los pistones se movieran sin problema y permitieran que las hélices girasen. El cambio fue inmediato. El aeroplano parecía más ligero, como si fuera un planeador.

Ya podía ver el prado de las vacas lecheras. Entre estas y las vallas, el espacio para descender de forma segura era muy limitado. Estaba la casa, una imponente



cabaña hecha con troncos de madera ornamentada profusamente y, detrás, la cuesta de hierba cortada de la que había despegado. Pero primero tenía que dejar atrás la casa, y estaba cayendo rápidamente. Se abrió paso entre las chimeneas altas, rozó el tejado y, acto seguido, movió el timón para retomar la dirección del viento, con mucho cuidado de no entrar en barrena.

A dos metros y medio por encima de la hierba, se percató de que se movía con demasiada rapidez. El aire se deslizaba entre las alas, y el suelo ejercía el efecto de impulsar la máquina hacia arriba. El biplano se negaba a dejar de volar. Frente a ella se alzaba un muro de árboles.

El combustible que había empapado la lona barnizada se incendió en una cortina de llamas anaranjadas.

Dejando tras de sí una estela de fuego, e incapaz de inclinar las alas para reducir la velocidad de la aeronave y tocar con sus ruedas el prado, Josephine alargó la mano hacia atrás y tiró del cable de compresión. Al cerrar la válvula, las hélices de dos metros y medio se bloquearon. Recibieron el aire como dos grandes puños, y las ruedas y los patines de la máquina golpearon con fuerza contra la hierba.

El biplano en llamas se deslizó unos cincuenta metros. Josephine notó el calor del fuego en la parte de atrás del casco y saltó. Cayó al suelo y se estiró cuanto pudo para dejar que la máquina pasara rodando. A continuación, se levantó de un brinco y corrió como alma que llevara el diablo mientras las llamas engullían la aeronave.

El mayordomo de Harry se acercó en dos zancadas. Lo seguían el jardinero, el cocinero y los guardaespaldas de Harry.

—¡Señora Frost! ¿Se encuentra bien?

Josephine miraba la columna de llamas y humo. La preciosa máquina de Marco ardía como una pira funeraria. Pobre Marco. La templanza que la había ayudado a superar la dura experiencia que había vivido estaba haciéndose añicos, y notó que le temblaban los labios. Parecía que el fuego estuviera bajo el agua. Se dio cuenta de que estaba tiritando y de que tenía los ojos anegados en lágrimas. No sabía si lloraba por Marco o por sí misma.

—¡Señora Frost! —repitió el mayordomo—. ¿Se encuentra bien?

Nunca había estado tan cerca de perder la vida en un aeroplano.

Trató de sacar el pañuelo de su manga. No podía si no se quitaba el guante. Cuando lo hizo, se vio la piel totalmente blanca, como si se hubiera quedado sin sangre. Todo había cambiado. Ahora sabía lo que se sentía cuando se tenía miedo.

—¿Señora Frost?

Todos la miraban fijamente, como si hubiera engañado a la muerte o fuera un fantasma.

—Estoy bien.

—¿Puedo ayudarla, señora Frost?

La cabeza le daba vueltas. Tenía que hacer algo. Se llevó el pañuelo a la cara. Mil hombres y mujeres habían aprendido a volar desde que Wilbur Wright había ganado la Copa Michelin en Francia, y hasta ese momento Josephine Josephs Frost no había dudado en ningún momento de que pudiera pilotar un aeroplano tan rápido y tan lejos como cualquiera de ellos. A partir de ese día, cada vez que subiera a una máquina voladora tendría que armarse de valor. Bueno, aun así era preferible a quedarse en tierra.

Se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Sí —dijo—. Por favor, vaya a la ciudad y diga al agente de policía Hodge que el señor Frost ha disparado al señor Celere.

—¿Qué? —exclamó con voz entrecortada el mayordomo.

Josephine lo miró fijamente. ¿Por qué se sorprendía aquel hombre de que su violento marido hubiera matado a alguien... otra vez?

—¿Está totalmente segura, señora Frost?

—¿Que si estoy totalmente segura? —repitió ella—. Sí, lo he visto con mis propios ojos.

La expresión indecisa del mayordomo le recordó que era Harry quien pagaba su sueldo, quien lo pagaba todo, de hecho, y que la señora Frost era una mujer sola que no contaba con nadie más que consigo misma a partir de ese momento.

Los guardaespaldas no parecían sorprendidos. Sus caras largas decían: «¿Quién va a mantenernos ahora?». El mayordomo también estaba recobrándose de la sorpresa.

—¿Querrá algo más, señora Frost? —le preguntó, con un aire tan normal como si Josephine acabara de pedirle un vaso de té helado.

—Haga lo que le he mandado, por favor —dijo ella con voz ligeramente temblorosa mientras miraba el fuego—. Informe al policía de que mi marido ha matado al señor Celere.

—Sí, señora —contestó en un tono inexpresivo el mayordomo.

Josephine volvió la espalda al fuego. Sus ojos de color avellana acostumbraban cambiar a un tono verde o gris. No necesitaba mirarse en un espejo para saber que en ese momento reflejaban un miedo incoloro. Se encontraba sola y era vulnerable. Ahora que Marco Celere estaba muerto y su marido se había revelado como un asesino demente, no tenía a nadie a quien acudir. Entonces le vino a la mente Preston Whiteway.

Sí, él la protegería.

—Una cosa más —dijo al mayordomo cuando este empezaba a alejarse—. Envíe un telegrama al señor Preston Whiteway, en el *San Francisco Inquirer*. Dígale que la semana que viene le visitaré.

## ¡Albricias!

Isaac Bell, investigador jefe de la agencia de detectives Van Dorn, recorría con gran estruendo Market Street, en San Francisco, al volante de un coche de carreras Locomobile a gasolina rojo como un camión de bomberos, con la válvula de escape completamente abierta para conseguir la máxima potencia. Bell era un hombre alto de treinta años con un bigote poblado de un rubio tan claro y brillante como su cabello meticulosamente peinado. Llevaba un traje blanco inmaculado y un sombrero, también blanco, de ala ancha con la copa baja. Tenía el cuerpo delgado como un látigo.

Mientras conducía, sus botas, cuidadas y recién lustradas, rara vez tocaban el freno, un accesorio terriblemente ineficaz en un Locomobile. Sus manos de dedos largos se desplazaban con destreza de la palanca del acelerador a la de cambios. Sus ojos, que por lo general eran de un irresistible tono azul violáceo, se veían oscurecidos a causa de la concentración. Su expresión sensata y el aire de determinación de su mandíbula se hallaban suavizados por una sonrisa de pura satisfacción mientras conducía el automóvil a velocidad de vértigo, adelantando tranvías, camiones, carros de caballos, motocicletas y automóviles lentos.

En el asiento de cuero rojo del acompañante situado a la izquierda de Bell estaba sentado su jefe, Joseph van Dorn.

El corpulento fundador de la agencia de detectives que operaba en todo el país, con su característico bigote pelirrojo, era un hombre valiente a quien todos los criminales del continente temían. Sin embargo, palideció cuando Bell orientó la gran máquina hacia el reducido espacio que había entre un carro de carbón y un camión Buick lleno hasta los topes de latas de queroseno y nafta.

—Llegamos a tiempo —comentó Van Dorn—. Incluso un poco pronto.

Isaac Bell no pareció oírle.

Van Dorn vio con alivio el edificio de doce plantas al que iban. Era el *San Francisco Inquirer*, la sede del imperio periodístico del extravagante editor Preston Whiteway, que despuntaba entre las construcciones que lo rodeaban.

—¡Fíjate en eso! —gritó Van Dorn por encima del rugido del motor.

Una enorme pancarta publicitaria amarilla cubría la planta superior proclamando, en letras de un metro de altura, que los periódicos de Whiteway patrocinaban la

carrera:

**CARRERA AÉREA ATLÁNTICO-PACÍFICO WHITEWAY**

**El primer aviador**

**que cruce Estados Unidos en cincuenta días**

**obtendrá la Copa Whiteway**

**y 50.000 dólares de premio**

—Es un magnífico desafío —gritó Bell sin apartar la vista de la concurrida calle.

A Isaac Bell le fascinaban las máquinas voladoras. Había estado siguiendo con gran interés su rápido desarrollo con el objeto de comprarse una aeronave de última tecnología. Durante los últimos dos años, numerosas invenciones habían dado lugar a aeroplanos más rápidos y más resistentes: el Wright Flyer III, el June Bug, el Silver Dart construido con un armazón de bambú, los enormes Voisin y Antoinette de fabricación francesa impulsados con motores V-8 de embarcaciones de carreras, el pequeño Demoiselle de Santos Dumont, el Blériot que cruzó el canal de la Mancha, el resistente Curtiss de hélice trasera, la máquina del Cuerpo de Comunicaciones del Ejército, el Farman III y el monoplano Celere reforzado con cables.

Si alguien conseguía pilotar una máquina voladora que cruzara Estados Unidos de un extremo al otro —cosa que era mucho suponer—, la Copa Whiteway premiaría por igual el coraje y la destreza de los aviadores y el ingenio con el que los inventores aumentaban la potencia de sus motores y mejoraban sus sistemas de alabeo para que las aeronaves girasen con más agilidad y ascendieran más rápidamente. El ganador tendría que recorrer una media de ciento treinta kilómetros por jornada, casi dos horas en el aire, durante todos los días. Cada día perdido por culpa del viento, las tormentas, la niebla, los accidentes y las reparaciones aumentaría notablemente las horas de vuelo.

—Según los periódicos de Whiteway, la copa está hecha de oro puro —dijo Van Dorn riendo—. A lo mejor quiere que nos encarguemos de eso —bromeó—, por miedo a que un ladrón la robe.

—El año pasado sus periódicos aseguraban que Japón hundiría la Gran Flota Blanca —dijo Bell irónicamente—. Y al final volvieron a Hampton Roads sanos y salvos. ¡Allí está Whiteway!

Al volante de un Rolls-Royce amarillo, el editor se dirigía a la única plaza de aparcamiento que quedaba vacante delante de su edificio.

—Parece que Whiteway nada en la abundancia —dijo Van Dorn.

Bell pisó a fondo el acelerador. El gran Locomobile rojo adelantó al Rolls-Royce amarillo. Bell pisó el débil freno, redujo la marcha y metió bruscamente el automóvil con los neumáticos humeantes en la plaza de aparcamiento.

—¡Eh! —Whiteway agitó el puño—. Esa plaza es mía.

Era un hombre corpulento, una antigua figura del fútbol americano universitario

entrada en carnes. El arrogante ladeo de su cabeza proclamaba a todos que todavía era guapo, que se merecía todo lo que quería y que era lo bastante fuerte para exigirlo.

Isaac Bell saltó de su automóvil y, sonriendo cordialmente, extendió su fuerte mano.

—Ah, es usted, Bell. ¡Esa plaza es mía!

—Hola, Preston, cuánto tiempo sin vernos. Cuando le dije a Marion que le visitaríamos, me pidió que le diera recuerdos.

El ceño fruncido de Whiteway desapareció al oír el nombre de la prometida de Isaac Bell, Marion Morgan, una mujer hermosa que se dedicaba al mundo del cine. Marion había trabajado para Whiteway dirigiendo su proyecto Picture World, que gozaba de un gran éxito exhibiendo noticiarios de actualidad en teatros de vodevil y cines.

—Diga a Marion que cuento con ella para que ruede unas películas estupendas de mi carrera aérea.

—Seguro que está deseando hacerlo. Le presento a Joseph van Dorn.

El magnate de los periódicos y el fundador de la primera agencia de detectives del país se escudriñaron el uno al otro mientras se estrechaban la mano. Van Dorn señaló al cielo.

—Estábamos admirando su pancarta. Debe de ser todo un acontecimiento.

—Por ese motivo les he llamado. Suban a mi despacho.

Un destacamento de porteros uniformados saludaron como si un almirante hubiera llegado en un barco acorazado. Whiteway chasqueó los dedos. Dos hombres corrieron a aparcar el Rolls-Royce amarillo.

Whiteway recibió más saludos en la entrada.

Un ascensor dorado los llevó a la planta superior, donde un grupo de redactores y secretarías estaban reunidos en el vestíbulo, lápices y cuadernos en ristre. Whiteway gritó unas órdenes y envió a varios a realizar misiones urgentes. Otros corrieron tras él garabateando rápidamente mientras Whiteway dictaba el final del editorial de la edición de la tarde que había empezado antes de salir a comer.

—El *Inquirer* critica el estado deplorable de la aviación estadounidense. Los europeos están haciéndose los dueños del cielo mientras nosotros nos venimos a menos, rezagados en el polvo de la innovación. Pero el *Inquirer* nunca se limita a criticar. ¡El *Inquirer* actúa! ¡Invitamos a todos los aviadores y aviadoras valientes a que porten nuestra bandera en el cielo en la Gran Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway y recorran Estados Unidos por aire en cincuenta días! —dictó. Y enseguida ordenó—: ¡A la imprenta!

»Y ahora... —Sacó un recorte de periódico de su abrigo y leyó en voz alta—: “El audaz piloto inclinó el plano aerodinámico para saludar a los espectadores antes de

que su timón horizontal y su hélice aérea elevaran a los cielos la máquina voladora más pesada que el aire”. ¿Quién escribió esto?

—Yo, señor.

—¡Estás despedido!

Unos matones del departamento de distribución acompañaron al infeliz a la escalera. Whiteway estrujó el recorte en su poderoso puño y miró con el ceño fruncido a sus aterrados trabajadores.

—El *Inquirer* se dirige al hombre de la calle, no a un hombre con conocimientos técnicos. Tomad nota de las siguientes palabras: en las páginas del *Inquirer*, las «máquinas voladoras» y los «aeroplanos» son «conducidos» o «manejados» o «gobernados» por «conductores», «hombres pájaro», «aviadores» y «aviadoras». No por «pilotos», que son los que atracan el *Lusitania*, ni por «aeronautas», que suena a griego. Vosotros y yo sabemos que el «plano aerodinámico» es un componente de las alas y que los «timones horizontales» son elevadores. El hombre de la calle quiere que las alas sean alas, que los timones giren y que los elevadores asciendan. Quiere que las hélices sean «propulsores». Es perfectamente consciente de que si las máquinas voladoras no son más pesadas que el aire, es que en tal caso son globos. ¡A trabajar!

El despacho de Whiteway hizo que a Bell le pareciera modesta la imponente «sala del trono» de Joseph van Dorn en Washington.

El editor se sentó detrás de su mesa y anunció:

—Caballeros, son ustedes los primeros en saber que he decidido apoyar a mi propio participante en la Gran Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway.

Hizo una pausa dramática.

—El nombre de ella es... Sí, han oído bien, caballeros, he dicho ella. Su nombre es Josephine Josephs.

Isaac Bell y Joseph van Dorn intercambiaron una mirada que Whiteway malinterpretó como de asombro en lugar de responder a la confirmación de una conclusión previa.

—Ya sé lo que están pensando, caballeros: o bien soy un hombre valiente o soy un necio. ¡Ninguna de las dos cosas! No existe ningún motivo por el que una mujer no pueda ganar la competición aérea. Hace falta más arrojo que fuerza para gobernar una máquina voladora, y esa chica tiene suficiente arrojo para un regimiento.

—¿Se refiere a Josephine Josephs Frost? —preguntó Isaac Bell.

—Omitiremos el apellido de su marido —contestó con brusquedad Whiteway—. El motivo les sorprenderá profundamente.

—¿Josephine Josephs Frost? —insistió Van Dorn—. ¿Se refiere a la joven cuyo marido disparó a su máquina voladora el pasado otoño en el noroeste del estado de Nueva York?

—¿Dónde se ha enterado de eso? —replicó Whiteway, indignado—. Yo no lo he publicado.

—En nuestro negocio —contestó Van Dorn con mucho tacto—, acostumbramos enterarnos de las cosas antes que usted.

—¿Por qué no ha publicado la noticia? —preguntó Bell.

—Porque mis publicistas están presentando a Josephine a bombo y platillo para despertar interés por la carrera. La están promocionando con una nueva canción que he encargado que se titula «Ven, Josephine, en mi máquina voladora». Pondrán su fotografía en partituras, cilindros de fonógrafo, rollos de pianola, revistas y carteles para tener a la gente entusiasmada hasta el desenlace.

—Yo creía que se entusiasmarían de todas formas.

—El público se aburre si no se lo dirige —respondió Whiteway despectivamente—. De hecho, lo mejor que podría pasar para mantener el entusiasmo de la gente por la carrera sería que la mitad de los participantes varones se estrellaran antes de llegar a Chicago.

Bell y Van Dorn volvieron a mirarse, y Van Dorn dijo en tono de desaprobación:

—Debemos suponer que no lo dice en serio...

—Si el grano se criba de forma natural, se convertirá en una competición que enfrentará a los mejores aviadores con la valiente Josephine —explicó Whiteway sin disculparse—. Los lectores de periódicos apoyan al más débil. ¡Vengan conmigo! Verán a lo que me refiero.

Seguido de un séquito cada vez mayor de redactores, abogados y contables, Preston Whiteway llevó a los detectives dos plantas más abajo, al departamento artístico, una amplia sala abierta con el techo alto, iluminada por ventanas hacia el norte y atestada de artistas encorvados sobre mesas de dibujo que ilustraban los sucesos del día.

Bell contó a veinte hombres que entraron en tropel detrás del editor, algunos con lápices y bolígrafos en la mano, todos con el pánico reflejado en los ojos. Los artistas agacharon la cabeza y se pusieron a dibujar con más rapidez. Whiteway chasqueó los dedos. Dos de ellos corrieron hacia él portando las maquetas de las portadas.

—¿Qué tenéis?

Le mostraron el dibujo de una chica en una máquina voladora surcando el cielo sobre un campo de vacas.

—La Granjera Voladora.

—¡No!

Avergonzados, le mostraron el segundo dibujo. El boceto representaba a una chica con mono y el cabello cubierto con lo que a Bell le pareció una gorra de taxista.

—La Chicarrona Aérea.

—¡No! Dios del cielo, no. ¿Qué hacéis aquí abajo para ganaros el sueldo?

—Pero, señor Whiteway, usted dijo que a los lectores les gustan las chicas granjeras y las chicarronas.

—Yo dije: «¡Es una chica!». A los lectores de periódicos les gustan las chicas. ¡Dibujadla más guapa! Josephine es preciosa.

Isaac Bell se compadeció de los artistas, que parecían dispuestos a tirarse por la ventana, y terció:

—¿Por qué no hacen que parezca una novia?

—¡Ya lo tengo! —gritó Whiteway.

Extendió los brazos y miró al techo con los ojos desorbitados, como si pudiera ver el sol a través de él.

—La Novia Voladora de Estados Unidos.

Los artistas abrieron los ojos. Miraron con cautela a los redactores y los contables, quienes a su vez miraron con cautela a Whiteway.

—¿Qué os parece? —preguntó Whiteway.

Isaac Bell comentó en voz baja a Van Dorn:

—He visto a hombres más tranquilos en medio de un tiroteo.

—Puedes estar seguro de que la agencia pasará la factura a Whiteway por tu idea.

Un viejo redactor al que no debía de faltarle mucho para jubilarse habló finalmente:

—Muy bien, señor. Muy, pero que muy bien.

Whiteway sonrió.

—¡La Novia Voladora de Estados Unidos! —gritó el director editorial, y los demás se unieron a él.

—¡Dibujadla! Ponedla en una máquina voladora. Que se vea guapa... No, que se vea hermosa.

Los detectives intercambiaron unas sonrisas imperceptibles a los demás. A Isaac Bell y Joseph van Dorn les dio la impresión de que Preston Whiteway se había enamorado de su participante en la carrera.

De vuelta en el despacho privado de Whiteway, el editor se puso serio.

—Supongo que se imaginan lo que quiero de ustedes.

—Sí —respondió Joseph van Dorn—. Pero sería preferible oírlo de sus labios.

—Antes de que empiece —lo interrumpió Bell, volviéndose hacia el único miembro del séquito que los había seguido hasta el despacho de Whiteway y se había sentado en una silla apartada en el rincón—, ¿puedo preguntarle quién es usted, señor?

Iba vestido con traje y chaleco marrones, cuello alto de celuloide y pajarita. Tenía el pelo pegado con brillantina al cráneo como un casco reluciente. Parpadeó al oír la pregunta de Bell. Whiteway contestó por él:

—Es Weiner, de contabilidad. Pero ahora velará por el cumplimiento de las



normas durante la carrera, a petición de la Sociedad Aeronáutica Estadounidense, que autorizará oficialmente la competición. Lo verán mucho. Weiner llevará el registro del tiempo de cada participante y resolverá las disputas. Él tiene la última palabra. Ni siquiera yo puedo imponerme a él.

—¿Y goza de su confianza en esta reunión?

—Yo pago su salario y le alquilo la casa en la que vive con su familia.

—Entonces hablaremos sin rodeos —dijo Van Dorn—. Bienvenido, señor Weiner. Estamos a punto de enterarnos de por qué el señor Whiteway quiere contratar a mi agencia de detectives.

—Protección —dijo Whiteway—. Quiero que protejan a Josephine de su marido. Antes de que Harry Frost le disparara, asesinó a Marco Celere, el inventor que fabricó sus aeroplanos, en un arrebato de ira y celos. Ese loco despiadado ha huido de la justicia, y me temo que la acecha. Ella es la única testigo de su crimen.

—Circulan rumores de asesinato —dijo Isaac Bell—. Pero en realidad nadie ha visto a Marco Celere muerto, y el fiscal del distrito no puede presentar cargos mientras no haya cadáver.

—¡Encuéntrelo! —replicó Whiteway—. Los cargos están pendientes. Josephine presencié cómo Frost disparó a Celere. ¿Por qué creen que huyó Frost? Van Dorn, quiero que su agencia investigue la desaparición de Marco Celere y que presente pruebas de asesinato que obliguen a ese fiscal pueblerino a encerrar a Harry Frost para siempre. O a ahorcarlo. Haga lo que sea necesario. ¡Y no repare en gastos! Cualquier cosa para proteger a la chica de ese loco de remate.

—Ojalá Frost solo fuera un loco de remate —comentó Joseph van Dorn.

—¿Qué quiere decir?

—Harry Frost es el criminal más peligroso que está en libertad del que tengo conocimiento.

—No —protestó Whiteway—. Harry Frost fue un excepcional hombre de negocios antes de perder el juicio.

Isaac Bell dirigió una mirada fría al editor de periódicos.

—Tal vez no esté al tanto de cómo el señor Frost empezó en el mundo de los negocios.

—Estoy al tanto de su éxito. Frost era el primer distribuidor de prensa de Estados Unidos en la época en la que asumí el mando de los periódicos de mi padre. Cuando él se jubiló (a los treinta y cinco años, debo añadir), controlaba todos los quioscos de todas las estaciones de ferrocarril del país. A pesar de lo cruel que ha sido con la pobre Josephine, Harry Frost forjó con gran éxito su cadena nacional. Sinceramente, como hombre de negocios que soy, admiraría a Frost si no tratara de matar a su esposa.

—Yo antes admiraría a un lobo rabioso —replicó Isaac Bell con seriedad—.

Harry Frost tiene una mente perversa y despiadada. Forjó su «cadena nacional», como usted la llama, asesinando a todos los rivales que se interpusieron en su camino.

—Sigo pensando que fue un hombre de negocios magnífico antes de volverse loco —objetó Whiteway—. En lugar de vivir de rentas cuando se jubiló, invirtió en acero, ferrocarriles y cereales Postum. Posee una fortuna de la que J. P. Morgan se enorgullecería.

Las mejillas de Joseph van Dorn se encendieron con tal intensidad a causa de la rabia que destacaron más que su bigote pelirrojo. Contestó con brusquedad, y el acento irlandés que su voz denotaba por lo general se hizo tan cerrado como el de un capitán de ferry de Dublín.

—J. P. Morgan ha sido acusado de muchas cosas, señor, pero, aunque todas fuesen verdad, no se enorgullecería de esa fortuna. Harry Frost posee las dotes de dirección del general Grant, la fuerza de un oso y los escrúpulos de Satán.

Isaac Bell se expresó sin rodeos:

—Sabemos cómo opera Frost. La agencia de detectives Van Dorn se las vio con él hace diez años.

Whiteway rió disimuladamente.

—Isaac, hace diez años usted estaba en el colegio.

—Eso no es cierto —lo interrumpió Van Dorn—. Isaac acababa de entrar en la agencia como aprendiz, y la verdad es que Harry Frost nos dio un repaso a los dos. Cuando pasó la tempestad, controlaba todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril en un radio de ochocientos kilómetros de Chicago, y aquellos de nuestros clientes que no se habían arruinado estaban muertos. Después de establecer esa sangrienta base delante de nuestras narices, se expandió hacia el este y el oeste. Es escurridizo como él solo. No pudimos presentar en el tribunal argumentos contra él que se sostuvieran.

Whiteway vio una oportunidad de negociar una rebaja por los servicios de Van Dorn.

—¿He confiado demasiado en el famoso lema de Van Dorn: «No nos rendimos. Nunca»? ¿Debo buscarme unos detectives mejores?

Isaac Bell y Joseph van Dorn se levantaron y se pusieron sus sombreros.

—Buenos días, señor —dijo Van Dorn—. Como su carrera abarca todo el continente, le recomiendo que se busque una agencia de investigadores de ámbito nacional que pueda compararse a la mía.

—¡Un momento! ¡Un momento! No se precipiten. Solo estaba...

—Hemos reconocido que Frost nos venció para advertirle de que no lo subestime. Harry Frost está loco de remate y es más peligroso que una manada de reses en estampida, pero, a diferencia de la mayoría de los chiflados, actúa con una fría

eficiencia.

—Ante la posibilidad de acabar en el manicomio o en el patíbulo, Frost no tiene nada que perder, lo que lo hace todavía más letal —dijo Bell—. No piense que se conformará con hacer daño a Josephine. Ahora que usted la ha convertido en su apuesta campeona en la carrera, atacará toda la competición.

—¿Un hombre? ¿Qué puede hacer un solo hombre? Y más un hombre fugado.

—Frost organizó bandas de criminales en todas las ciudades del país para crear su imperio: ladrones, pirómanos, esquirols y asesinos.

—No tengo nada en contra de los esquirols —dijo Whiteway firmemente—. Alguien tiene que mantener la disciplina de trabajo.

—Lo tendrá cuando muelan a palos a los mecánicos de sus aviones —le espetó con frialdad Isaac Bell—. Los hipódromos y las ferias donde sus competidores aterrizarán sus máquinas de noche son el hábitat favorito de los jugadores. Los jugadores harán apuestas en su carrera. El juego atrae a los criminales. Frost sabe dónde encontrarlos, y ellos lo recibirán encantados.

—Por ese motivo debe prepararse para luchar contra Frost en cada parada de la ruta —dijo Van Dorn.

—Me parece que me saldrá caro —dijo Whiteway—. Carísimo.

Bell y Van Dorn todavía tenían los sombreros puestos. Bell alargó la mano hacia la puerta.

—Esperen... ¿Cuántos hombres harán falta para cubrir toda la ruta?

—La semana pasada la recorrí camino del oeste. Hay por lo menos seis mil kilómetros.

—¿Cómo ha podido recorrer la ruta? —preguntó Whiteway—. Todavía no la he publicado.

Los detectives intercambiaron otra sonrisa apenas perceptible. Ningún detective de Van Dorn que se preciase asistía a una reunión sin conocer las necesidades de un posible cliente. Y eso era el doble de cierto en el caso del fundador de la agencia y su investigador jefe.

—Su ruta tiene una lógica necesaria —dijo Bell—: Las máquinas voladoras no pueden cruzar cadenas montañosas como los Apalaches y las Rocosas, los trenes de refuerzo de los competidores tendrán que seguir las vías de ferrocarril, y a sus periódicos les interesará captar la atención del mayor número posible de lectores. Por consiguiente, tomé el semidirecto Twentieth Century de Nueva York a Chicago siguiendo la ruta del río Hudson, el canal de Erie y el lago Erie. En Chicago hice transbordo al semidirecto Golden State a través de Kansas City, bajé al sur hasta Texas, crucé las montañas Rocosas en el punto más bajo de la divisoria continental a través de los territorios de Nuevo México y Arizona, recorrí California hasta Los Ángeles y después el Valle Central hasta San Francisco.

Bell había viajado en los expresos con suplemento bajo la falsa identidad de un ejecutivo de seguros. Los detectives locales de la agencia Van Dorn, alertados por telégrafo, le habían informado en las paradas sobre los recintos de feria y los hipódromos donde era probable que los aviadores aterrizasen cada noche. Sus informes sobre jugadores, criminales, confidentes y agentes de la ley habían constituido una lectura apasionante para Bell, y cuando su tren se acercó al transbordador en el muelle de Oakland, sus ya de por sí amplios conocimientos sobre el crimen en Estados Unidos estaban totalmente actualizados.

De repente Weiner desde su silla en el rincón dijo:

—Las reglas estipulan que para concluir la última etapa de la carrera, el ganador debe dar una vuelta completa alrededor de este edificio, es decir, la sede del *San Francisco Inquirer*, antes de aterrizar en los jardines del Cuerpo de Comunicaciones del Ejército, situado en el parque conocido como Presidio.

—Proteger una ruta tan ambiciosa será una tarea ímproba —dijo Van Dorn sonriendo con severidad—. Como ya le he aconsejado, necesita una agencia de detectives que cuente con oficinas en todo el país.

Isaac Bell se quitó el sombrero y añadió con seriedad:

—Creemos que su carrera es importante, Preston. Estados Unidos se ha quedado atrás con respecto a Francia e Italia en lo tocante a proezas aéreas de larga distancia.

Whiteway se mostró de acuerdo.

—Los extranjeros inquietos como los franceses y los italianos tienen un don para volar.

—Los flemáticos alemanes y británicos también están teniendo éxito —observó Bell irónicamente.

—Ahora que se avecina la guerra en Europa —intervino Van Dorn—, sus ejércitos ofrecen enormes premios por las hazañas de aviación con el fin de darles aplicación en el campo de batalla.

—Hay un abismo entre los reyes y los autócratas belicosos y nosotros, los pacíficos estadounidenses —aseveró con solemnidad Whiteway.

—Más motivo —dijo Isaac Bell— para que la Novia Voladora de Estados Unidos lleve a nuestro país a otro nivel, por encima de las heroicas hazañas de los hermanos Wright y de los temerarios acróbatas del aire que sobrevuelan las multitudes de espectadores los días soleados. Y al mismo tiempo que Josephine promueva nuestro país, también promoverá el nuevo campo de la aviación.

Las palabras de Bell agradaron a Whiteway, y Van Dorn miró a su investigador jefe con admiración por saber halagar tan diestramente a un posible cliente. Pero Isaac Bell hablaba en serio. Para convertir los aeroplanos en un moderno medio de transporte rápido y fiable, sus pilotos tenían que hacer frente al viento y las condiciones meteorológicas a través del vasto y solitario paisaje de Estados Unidos.

—No podemos permitir que Harry Frost dé al traste con una carrera tan importante.

—El futuro de la aviación está en juego. Y, por supuesto, la vida de su joven aviadora.

—¡Muy bien! —dijo Whiteway—. Cubran el país de costa a costa. Al diablo lo que cueste.

Van Dorn le ofreció la mano para sellar el trato con un apretón.

—Nos pondremos a trabajar inmediatamente.

—Una cosa más —dijo Whiteway.

—¿Sí?

—El equipo de detectives que proteja a Josephine...

—Cuidadosamente seleccionados, se lo aseguro.

—Deben estar todos casados.

—Por supuesto —dijo Van Dorn—. Huelga decirlo.

De vuelta en el automóvil de Bell, mientras recorrían Market Street con gran estruendo, un sonriente Van Dorn dijo riéndose entre dientes:

—¿Detectives casados?

—Parece que Josephine ha cambiado un marido celoso por un patrocinador celoso.

Isaac Bell omitió que la supuestamente ingenua granjera había pasado en un pispás de un marido rico que le pagaba las aeronaves a un editor de periódicos rico que le pagaba los aeroplanos. Era evidente que se trataba de una mujer resuelta que conseguía lo que quería. Estaba deseando conocerla.

—Tengo la clara impresión de que Whiteway preferiría que ahorcaran a Frost a que lo encerraran.

—Recuerda que la madre de Whiteway, una mujer enérgica donde las haya, escribe artículos sobre la inmoralidad del divorcio que Whiteway se ve obligado a publicar en sus suplementos dominicales. Si Preston desea casarse con Josephine, sin duda preferirá verlo ahorcado para recibir la bendición de su madre, y su herencia.

—Me encantaría hacer que Josephine enviudara —gruñó Van Dorn—. Es lo mínimo que Harry Frost se merece. Pero primero tenemos que atraparlo.

—¿Puedo recomendarte que encargues a Archie Abbott la protección de Josephine? —dijo Isaac Bell—. No hay en Estados Unidos un detective más felizmente casado.

—Sería idiota si no lo fuera —contestó Van Dorn—. Su esposa no solo es extraordinariamente guapa, sino también rica. A menudo me pregunto por qué sigue trabajando para mí.

—Archie es un detective de primera. ¿Por qué iba a dejar de hacer algo que se le

da tan bien?

—De acuerdo, encargaré a tu amigo Archie el equipo de protección.

—Me imagino que asignarás a Josephine detectives, no unos chicos del servicio de seguridad —dijo Bell.

El servicio de seguridad Van Dorn era una rama muy rentable de la empresa que ofrecía detectives residentes de primerísima categoría, guardaespaldas, valiosos escoltas y vigilantes nocturnos. Pero había unos cuantos chicos de ese servicio de seguridad que poseían el coraje, el vigor, la iniciativa, la destreza y la astucia para ascender a detectives con todas las de la ley.

—Asignaré a todos los detectives que pueda —respondió el jefe—. Pero ahora mismo estoy enviando a muchos de mis mejores hombres al otro lado del charco para abrir oficinas en el extranjero, y no dispongo de demasiados detectives para que se encarguen de este trabajo.

—Si puedes disponer de un número reducido para proteger a Josephine, ¿me permites recomendarte que busques en la agencia detectives que hayan trabajado como mecánicos?

—¡Magnífico! Disfrazados de mecánicos, los miembros de un grupo pequeño podrán estar cerca de ella mientras trabajan en su máquina voladora.

—Y yo me ocuparé de Harry Frost, si te parece bien.

Van Dorn percibió un matiz de acritud en la voz de Bell. Le lanzó una mirada inquisitiva. Vistas de perfil mientras conducía el gran automóvil entre el denso tráfico, la nariz aguileña y la mandíbula marcada de su investigador jefe parecían esculpidas en acero.

—¿Serás capaz de mantener la cabeza fría?

—Por supuesto.

—La última vez pudo contigo, Isaac.

Bell le dedicó una sonrisa glacial.

—Pudo con muchos detectives mayores que yo en aquel entonces. Incluido tú, Joe.

—Si me prometes que lo tendrás presente, el trabajo es tuyo.

Bell soltó la palanca de cambios y alargó el brazo a través del depósito de gasolina del Locomobile para estrechar la enorme mano de su jefe.

—Te doy mi palabra.

—Me atacó un oso —dijo John Hodge, agente de policía de North River, mientras Isaac Bell escudriñaba su rostro lleno de cicatrices, su brazo atrofiado y su pierna de madera—. Antes era guía, llevaba a la gente a cazar y a pescar. Después de que el oso me atacara, solo me vi en condiciones de trabajar de policía.

—¿Qué fue del oso? —preguntó Bell.

El agente sonrió.

—Las noches de invierno duermo muy calentito debajo de su piel. Es muy amable por su parte al preguntarlo; la mayoría de la gente ni siquiera me mira a la cara. Bienvenido al norte del estado de Nueva York, señor Bell. ¿En qué puedo servirle?

—¿Por qué cree que el cadáver de Marco Celere no ha aparecido?

—Por el mismo motivo que no encontramos ninguno de los cuerpos que caen por ese barranco. Hay mucha distancia hasta el fondo, el río es rápido y profundo, y abundan los animales voraces, desde carcajúes hasta lucios. En cuanto los cadáveres caen al río North, desaparecen, señor.

—¿Se sorprendió cuando se enteró de que Harry Frost había disparado a Celere?

—Sí.

—¿Por qué? Tengo entendido que Frost tenía fama de hombre violento. Hace mucho lo encerraron por asesinar a su chófer.

—La misma mañana que el mayordomo de la señora Frost informó de los disparos, el señor Frost había presentado una denuncia por el robo de su rifle.

—¿Cree que tenía otro?

—Dijo que ese era su favorito.

—En su opinión, ¿la denuncia era falsa, para despejar sospechas?

—No lo sé.

—¿Hallaron el rifle?

—Unos chicos que estaban jugando en la vía del ferrocarril lo encontraron, sí.

—¿Cuándo?

—Esa misma tarde.

—¿Cree que podría habersele caído a Frost al saltar a un tren de mercancías para escapar?

—Nunca he oído que la gente rica viaje de polizón como hacen los vagabundos.

—Harry Frost no ha sido siempre rico —explicó Bell—. Escapó de un orfanato de Kansas City cuando tenía siete años y viajó en tren a Filadelfia. Podría saltar a un tren de mercancías con los ojos cerrados.

—Por aquí pasan muchos trenes —fue lo único que reconoció el agente de policía John Hodge.

Bell cambió de tema.

—¿Qué clase de hombre era Marco Celere?

—No lo sé.

—¿Nunca vio a Celere? Tengo entendido que llegó el verano pasado.

—Era muy suyo. No salía del campamento de Frost.

Bell miró por la ventana la embarrada calle principal de North River. Era un cálido día de primavera, pero las moscas negras picaban, de modo que poca gente se aventuraba a salir de casa. También era lo que el jefe de estación había llamado la «semana del barro», cuando la larga helada del invierno se derretía por fin y dejaba el suelo cubierto de lodo hasta las rodillas. Los únicos datos que el reservado agente de policía había proporcionado a Bell guardaban relación con el ataque del oso que había sufrido. Hodge estaba esperando en silencio, y el detective temió que si no le hacía otra pregunta, el taciturno provinciano no pronunciaría ni una palabra más.

—Aparte de la denuncia de Josephine Frost, ¿qué pruebas de los disparos tienen? —preguntó Bell.

—Celere desapareció. Y también el señor Frost.

—Pero ¿no existen pruebas directas?

El agente Hodge abrió un cajón y metió en él la mano. Acto seguido esparció sobre la mesa cinco casquillos de proyectil de latón gastados.

—Los encontré en el linde del prado donde la señora Frost dijo que vio disparando a su marido.

—¿Puedo?

—Adelante.

Bell cogió un casquillo con su pañuelo y lo examinó.

—Calibre 45-70.

—Es lo que dispara el rifle Marlin.

—¿Por qué no ha dado estos casquillos al fiscal del distrito?

—No me los pidió.

—¿No se le ocurrió mencionárselos? —preguntó Bell pacientemente.

—Supuse que le bastaba con el testimonio de la señora Frost.

—¿Hay alguien que pueda enseñarme dónde tuvieron lugar los disparos?

Para gran sorpresa de Bell, Hodge se levantó de su silla de un brinco. Rodeó su mesa dando fuertes pisadas en el suelo con su pierna de madera.

—Yo le llevaré. Será mejor que nos detengamos en la tienda a comprar puros. Espantan a las moscas negras.

Expulsando nubes de humo de puro bajo las alas de sus sombreros, el agente de policía de North River y el detective alto ascendieron la montaña en el Ford A de



Hodges. Cuando la carretera se terminó, Hodge fijó un círculo de madera en el extremo de su pata de palo para no hundirse en el barro, y siguieron a pie. Subieron por senderos de ciervos a lo largo de una hora hasta que las tupidas hileras de abetos y abedules se abrieron a un extenso prado de hierba marchita y enmarañada.

—Al lado de ese árbol es donde encontré los casquillos de proyectil. Desde aquí tenía a tiro el borde del cañón donde la señora Frost vio a Celere caerse.

Bell asintió con la cabeza. El precipicio se encontraba a unos cuarenta y seis metros de los árboles a través del prado. Un disparo fácil con un Marlin, incluso sin mira telescópica.

—¿Qué cree que hacía Celere en el borde?

—Explorar el entorno. El mayordomo me dijo que habían salido a cazar osos.

—Así que para adelantarse como lo hizo, ¿Celere debía de confiar en Frost?

—La gente dijo que el señor Frost estaba comprando aeroplanos a su esposa. Supongo que Celere confiaría en un buen cliente.

—¿Encontraron el rifle de Celere? —preguntó Bell.

—No.

—¿Qué le pasó, a su juicio?

—Debe de estar en el fondo del río.

—¿Y sus gafas también?

—Si es que las llevaba...

Se acercaron al borde del precipicio. Isaac Bell lo recorrió, consciente de que era poco probable que viera rastros de un suceso que había tenido lugar antes de que las nieves del invierno cayeran y se derritiesen. En un punto situado cerca de un árbol que, solitario, se aferraba con las raíces al borde como un vigía, reparó en un saliente estrecho que había justo debajo. Sobresalía como un segundo acantilado, con un metro ochenta centímetros de hondo y apenas un metro veinte de ancho, calculó. Un cuerpo abatido habría tenido que rebasar aquel saliente antes de caer al río. Bell descendió hasta él agarrándose a las raíces que habían quedado descubiertas a causa de la erosión y echó un vistazo. No vio ningún rifle oxidado. Ni ningunas gafas. Miró por encima del borde. Había una larga caída hasta el agua centelleante del fondo.

Subió de nuevo al prado. Al levantarse apoyando la mano en el árbol para equilibrarse, palpó un agujero en la corteza. Lo miró con detenimiento.

—Agente Hodge, ¿puedo pedirle prestado su cuchillo de caza?

Hodge desenfundó un sólido machete que había sido fabricado afilando una lámina de acero.

—¿Qué hay ahí?

—Un proyectil alojado en el árbol, sospecho.

Bell usó el cuchillo de Hodge para retirar la corteza alrededor del agujero. Hizo una abertura lo bastante grande para desalojar un proyectil de plomo con los dedos,

procurando no rascarlo con la hoja.

—¿De dónde diantres ha salido eso?

—Puede que del rifle de Harry Frost.

—Puede que sí, puede que no. Nunca lo sabrá.

—Puede que sí lo sepa —dijo Bell, recordando un pleito presentado unos años antes por Oliver Wendell Holmes en el que habían encontrado una bala que se correspondía con la pistola que la había disparado—. ¿Por casualidad tiene el rifle que encontraron los chicos en la vía?

—En mi despacho. Se lo habría devuelto a la señora Frost, pero se marchó. El señor Frost por supuesto huyó. No le daría un rifle tan bueno a ninguno de los que se quedaron en el campamento.

Volvieron a North River. Hodge ayudó a Bell a buscar una paca de algodón en la estación de ferrocarril. La colocaron en un extremo de la zona de carga. Bell puso su tarjeta de visita en el centro de la paca y se alejó casi cuarenta y seis metros. A continuación, cargó el rifle Marlin de Frost con dos proyectiles del calibre 45-70, apuntó a la tarjeta de visita con la mira telescópica como si fuera una diana y disparó.

El proyectil no acertó en la tarjeta ni en el fardo de algodón, sino que rebotó en el poste de hierro de una señal que había encima.

El agente Hodge miró con compasión a Isaac Bell.

—Me figuraba que un detective privado de Van Dorn estaría familiarizado con las armas de fuego. ¿Quiere que dispare por usted?

—La mira está torcida.

—Suele pasar —dijo el agente Hodge con absoluta desconfianza—. A veces.

—Pudo haberse dañado cuando el rifle cayó a la vía.

Bell apuntó a la marca que el proyectil había dejado en el poste de hierro y calculó la distancia hacia abajo. Expulsó el casquillo gastado con la palanca, que cargó otro proyectil en la recámara, y apretó el gatillo. Su tarjeta de visita salió volando.

—Ya le ha pillado el tranquillo —dijo Hodge—. Podría ser un tirador muy bueno, joven.

Bell extrajo el casquillo del fardo de algodón y lo envolvió en un pañuelo junto con el proyectil que había sacado del árbol. Se dirigió a la oficina de correos y los envió al laboratorio de Van Dorn en Chicago, solicitando que los examinaran con un microscopio para determinar si el proyectil que había disparado a modo de prueba revelaba unas estrías parecidas a las del casquillo del árbol.

—¿Vive alguien en el campamento de Frost? —preguntó a Hodge.

—Nadie que le interese conocer. Prácticamente lo único que funciona todavía es la lechería. Envían leche al pueblo para venderla. El cocinero, las criadas, el mayordomo, los jardineros y el guarda se fueron cuando la señora Frost se marchó.

Bell alquiló un automóvil Ford en el establo de caballos y siguió las señas que le dieron a lo largo de varios kilómetros hasta el campamento de Frost. Lo primero que vio fue la casa del guarda, una compleja estructura construida con grandes cantos rodados y una especie de parrilla de troncos enormes bajo su tejado empinado que contradecía la palabra «campamento», una afectación de los montes Adirondack, similar a llamar «casita» a una mansión en Newport. Al lado estaban las dependencias del guarda, un bungalow tan grande como bonito. Gritó y llamó a la puerta, pero nadie contestó.

Pasó con el coche por debajo del arco de piedra y enfiló una vía de carruajes ancha. El camino estaba revestido con fragmentos de pizarra y mucho mejor aplanado que la carretera pública, embarrada y llena de baches, que partía del pueblo. Atravesando un kilómetro tras otro de bosque, la llana superficie se abría paso a través de las laderas, y cruzaba incontables riachuelos y arroyos sobre alcantarillas y puentes de piedra labrados a mano y decorados en un estilo artesanal.

Bell recorrió ocho kilómetros del terreno de Harry Frost antes de ver por fin el lago. En la otra orilla había una casa más ancha que alta de troncos, tablas y piedra. Grandes viviendas campestres y cobertizos rodeaban la casa, y a lo lejos se veían los graneros y los enormes depósitos de la lechería. A medida que el camino de pizarra rodeaba el lago y se acercaba al recinto, vio numerosos edificios anexos: una herrería, un garaje, una lavandería y, al final de un extenso prado, un hangar para aeroplanos y un ahumadero. Era un cobertizo grande y ancho, reconocible por los elevadores frontales de un biplano que asomaban por la abertura de la parte superior de la fachada.

Isaac Bell detuvo el Ford frente a la puerta cochera de la casa, aceleró ligeramente y desconectó el interruptor de la bobina. El lugar parecía desierto. Con el motor apagado, los únicos sonidos que oía eran el ruido tenue del metal caliente y el susurro suave de la brisa fresca que soplaba desde el lago.

Llamó a la puerta principal. Como nadie contestó, la empujó. Estaba abierta; era enorme.

—¡Hola! —gritó a voz en cuello—. ¿Hay alguien?

Nadie respondió.

Entró. El vestíbulo daba a un gran salón, una estancia muy amplia radiantemente iluminada por ventanas altas. Chimeneas de piedra de seis metros dominaban cada extremo. Sobre las alfombras tejidas a mano había varios sillones y sofás de estilo rústico. Vio pinturas al óleo europeas más bien lúgubres en relucientes marcos dorados. Las vigas se elevaban a gran altura. Las paredes y el techo estaban forrados con corteza de abedul.

El detective se desplazó con paso impetuoso de una sala opulenta a otra.

La ira empezó a bullir en su pecho. Vástago de una familia de banqueros de

Boston, y heredero de una fortuna personal que había recibido de su abuelo, Isaac Bell estaba acostumbrado al fasto y los privilegios que el dinero permitía. Pero ese campamento se había pagado con una riqueza obtenida a costa del sufrimiento de hombres, mujeres y niños inocentes. Para forjar su imperio, Harry Frost había cometido tantos delitos que sería difícil elegir uno de no ser por la explosión de la bomba que había colocado en un almacén de Chicago para acabar con un distribuidor de prensa local. La dinamita de Frost había matado a tres vendedores de periódicos que esperaban sus diarios. El mayor de ellos tenía doce años.

Los tacones de las botas de Bell resonaron por un pasillo vacío y por una escalera.

Al pie de la misma se alzaba una puerta de roble maciza tachonada con clavos.

Bell forzó la cerradura y descubrió una enorme bodega tallada en la piedra. Anduvo entre las estanterías, observando una excelente cosecha de los últimos veinte años, una gran cantidad de los magníficos burdeos de 1869 y 1879 así como unas botellas sorprendentemente raras de Lafite de 1848, guardadas en cavas durante casi dos décadas antes de que el barón Rothschild comprase la finca en Médoc. Frost incluso había adquirido una larga hilera de botellas de Château d'Yquem del Comet Vintage de 1811. Sin embargo, a juzgar por la poca calidad de las obras de arte colgadas en la planta de arriba, Bell sospechaba que también aquella bodega podía tratarse de un negocio fraudulento llevado a cabo por un comerciante de vinos deshonesto.

Al salir se detuvo súbitamente, atraído por una fotografía de boda colocada sobre una mesa central. Harry Frost, vestido con sombrero de copa y chaqué, miraba con acritud a la cámara. La cara prenda confeccionada a la medida no podía ocultar su corpulencia, y el sombrero de copa hacía que pareciera todavía más robusto. Bell examinó atentamente la fotografía. Frost, advirtió, no era el hombre gordo que podía parecer a primera vista. Había una agilidad desgarbada en su postura, como si siempre estuviera listo para saltar. Joe van Dorn había dicho de él que era «más peligroso que una manada de reses en estampida». E igual de rápido, sospechaba Bell. Y de poderoso.

Josephine posaba como una niña a su lado; su rostro juvenil reflejaba valentía a los ojos de Bell, y algo más: espíritu aventurero, como si estuviera embarcándose en lo desconocido y confiara en que todo saldría bien.

Colocada con rigidez detrás de la pareja había una familia cuyos miembros parecían campesinos vestidos para ir a misa. Bell reconoció la chimenea de piedra situada detrás de ellos. Los Frost se habían casado allí, en el campamento, en aquella sala enorme y resonante. Todas las caras revelaban un parecido notable, pero la de Frost indicó a Bell que solo había asistido la familia de Josephine.

Salió. Rodeó la casa e inspeccionó los edificios anexos. Una cochera había sido convertida en un campo de tiro provisto de un arsenal de pistolas y rifles guardados

en un escaparate. Vitrinas parecidas albergaban colecciones de espadas, alfanjes, navajas automáticas y dagas.

Dentro del garaje había automóviles caros (una limusina Packard, un Palmer-Singer Skimabout, un Lancia Torpedo) y varias motocicletas. El establo lleno de vehículos encajaba con la imagen mental que Bell se había formado de Frost como un solitario inquieto: aquel hombre vivía como un rey pero también como un forajido. El campamento tenía tanto de escondite como de finca, y Harry Frost, como todos los criminales de éxito, estaba preparado para escapar rápidamente. Parecía que supiera que, a pesar de su riqueza y su poder, era cuestión de tiempo que cometiera una atrocidad que lo obligara a huir.

Bell registró la herrería. La fragua estaba fría. En el montón de chatarra vio herraduras retorcidas. Las tarjetas de visita de Harry Frost en Chicago, recordó Bell, retorcidas con sus propias manos para demostrar su fuerza casi inhumana y lanzadas por sus matones a través de las ventanas de los dormitorios de sus rivales. Entre los borrachos de las tabernas del West Side, se corría la voz de que Frost había matado a un caballo percherón de un puñetazo.

Colgado encima de las herraduras retorcidas y manchado de humo, había un diploma enmarcado que Frost había recibido por aportar dinero a una asociación cívica. Bell dio media vuelta y salió al sol, susurrando los nombres de los vendedores de periódicos muertos: Wally Laughlin, Bobby Kerouac y Joey Lansdowne. Había sido un funeral por todo lo alto, ya que sus compañeros mantuvieron la tradición de los vendedores de periódicos consistente en alquilar coches fúnebres, contratar a plañideras y pagar a redactores para que escribieran obituarios y cartas de pésame. Los sacerdotes prometieron a las madres de Wally Laughlin, Bobby Kerouac y Joey Lansdowne que sus niños encontrarían un lugar mejor en el cielo.

Bell entró en el cobertizo donde se guardaban los botes, situado en la orilla del lago. En su interior encontró chalanas, canoas y un velero con el mástil desarmado. Después anduvo a través de la hierba alta hasta el hangar de los aeroplanos. Dentro descubrió componentes suficientes para montar varias máquinas voladoras, pero a la que había visto a través de la abertura superior de la fachada le faltaban el motor y las hélices.

Oyó voces procedentes del ahumadero.

El investigador se acercó sin hacer ruido y sin despegarse del muro ancho carente de ventanas que lo separaba de quienes conversaban al otro lado. Se detuvo al final de la pared divisoria. Alguien hablaba y hablaba con voz monótona. Dedujo que sería un hombre de mediana edad, quizá algo mayor, que parloteaba con alguien que parecía obligado a escucharlo. A Bell le llamó la atención su acento. Aquel individuo pronunciaba las «aes» como los nativos de la zona de Adirondack. Pero no era del interior del estado de Nueva York; tenía la inconfundible dicción de Chicago.

El tema de su monólogo identificaba a aquel tipo como habitante de un distrito de mala reputación, Levee, donde el crimen y la corrupción estaban a la orden del día.

—¿Quieres ganar un dineral? Pon un burdel... ¿Qué? ¡No, no, no! ¡Aquí, no! ¿Qué clientes vas a tener aquí? ¿Vacas? ¡Vete a Chicago! Al West Side. Compra una casa por seis mil dólares. Llama a un carpintero para que le ponga un montón de paredes por un par de cientos de pavos. Consigue a diez chicas. Veinte visitas por noche. Cobra a dólar la visita (no te interesa que sea un lupanar de cincuenta centavos) y deja que las chicas se queden la mitad. En dos meses habrás pagado la casa. A partir de entonces, sacarás tres mil al mes. ¡Beneficios!

—Tengo que hacer mis tareas —dijo una voz más joven y aguda.

Bell se quitó el sombrero de ala ancha para echar un vistazo al otro lado de la pared. El hombre de mediana edad que estaba hablando se encontraba sentado en un barril de espaldas a él. Tenía una botella de cerveza en la mano; llevaba chaleco y un bombín de ciudad, e iba en mangas de camisa. El individuo más joven era un granjero con un sombrero de paja, cubo y rastrillo en ristre.

—Y no te olvides de los beneficios por la venta de alcohol a los clientes. Y a las chicas. Las chicas siempre se gastan el dinero fácil. Si quieren morfina, cocaína o vino, tú sacas tajada. Si un vendedor viene a ofrecerles vestidos, tú sacas tajada.

—Tengo que irme, señor Spillane.

El granjero desapareció arrastrando los pies en dirección a la lechería.

Cuando Bell dobló la esquina del ahumadero y el hombre del barril se dio la vuelta para situarse de cara a él, enseguida reconoció al cincuentón entrecano de los carteles de SE BUSCA.

—Sammy Spillane.

Spillane se lo quedó mirando a los ojos durante un momento, tratando de ubicarlo. Habían pasado diez años. Señaló a Bell con un dedo tembloroso al tiempo que asentía con la cabeza.

—Yo te conozco.

—¿Qué haces aquí, Sammy? ¿Tenía Harry Frost una residencia de la tercera edad para matones jubilados?

—Ya caigo, eres un puñetero detective de Van Dorn.

—¿Cómo saliste de Joliet?

La palidez súbita de Sammy indicó al detective que aquel tipo había estado encerrado hasta hacía poco.

—Se acabó ser un niño bueno. Voy a aplastarte la nariz en esa bonita cara que tienes.

—Estás un poco viejo para buscar camorra, ¿no, Sammy?

—Sí —convino el matón—. Pero mi chica Sadie me bendijo con dos hijos estupendos. ¡Venid aquí, chicos! —gritó—. Saludad a un detective de Van Dorn que ha olvidado traer a sus amigos.

Dos versiones más jóvenes y más corpulentas de Sammy Spillane salieron al sol con cara de sueño, bostezando y frotándose los ojos. Al ver a Isaac Bell, volvieron a meterse a toda prisa en el edificio para regresar de inmediato con unos mangos de piqueta; golpeaban amenazadoramente los pesados palos en las palmas de sus manos. A Bell no le cabía duda de que habían aprendido el oficio de rompehuelgas intimidando a manifestantes sindicalistas. El padre de ambos muchachos, mientras tanto, había sacado un revólver Smith & Wesson, con el que apuntó a Bell.

—¿Qué te parecen mis chicos, detective? —Spillane rió con satisfacción—. De tal palo tal astilla, ¿eh?

—Los habría reconocido en cualquier parte —contestó Isaac Bell, mirando de arriba abajo a los jóvenes—. El parecido se nota especialmente en esos ojos entrecerrados de cerdo que tienen. Aunque también veo un poco de su madre en sus frentes prominentes. Dime, Sammy, ¿te casaste con Sadie al final?

El insulto los provocó hasta tal punto que atacaron al mismo tiempo.

Arremetieron contra el alto detective por los dos lados. Levantaron los mangos de piqueta con mano experta, pegando el codo al torso para no quedar expuestos y confiando en el movimiento de muñeca a la hora de blandir los gruesos palos de nogal con la fuerza suficiente para machacarle los huesos.

El ataque impidió a Sammy disparar.

Bell salió de su campo de visión con un giro lateral. Cuando Sammy Spillane pudo verlo otra vez, el sombrero blanco de Isaac Bell caía sobre la hierba y la pistola de cañón corto con dos balas que el detective había sacado del interior de la copa lo apuntaba directamente a la cara. Sammy dirigió su revólver hacia Bell. Este disparó primero, y el gángster de Chicago soltó la pistola y cayó del barril.

Sus hijos interrumpieron el ataque, sorprendidos por las detonaciones y por la visión de su padre acurrucado en el suelo, agarrándose el brazo derecho y gimiendo de dolor.

—Chicos, vuestro padre ha decidido que ya tiene bastante —les dijo Bell—. ¿Por qué no soltáis los palos antes de que resultéis heridos?

Se separaron a cada lado, hechos una furia. Permanecieron a unos tres metros y medio el uno del otro, a menos de dos metros de Bell cada uno, un blanco fácil con los mangos de piqueta.

—Le queda un tiro, señor detective —dijo el más corpulento de los dos—. ¿Qué va a hacer?

Bell recogió su sombrero del suelo, se lo puso en la cabeza y apuntó el arma entre los dos muchachos.



—Tenía intención de disparar a tu hermano en la rodilla; así podría usar ese mango como bastón el resto de su vida. Pero estoy replanteándome la situación. Me pregunto si debería dispararte a ti.

El cañón de la pistola se desplazó de uno a otro y a continuación se detuvo con firmeza entre los dos.

—Si dispara a mi hermano, tendrá que enfrentarse a mí —le advirtió el muchacho más menudo.

—Lo mismo digo —puntualizó el más corpulento. Y añadió con una risa áspera —: Un duelo a la mexicana. Solo que usted no tiene nada de mexicano. ¿Estás bien, papá?

—Maldita sea, no —contestó Sammy gimiendo—. Me ha disparado en el brazo. ¡Matadlo antes de que os vuele la cabeza! A por él, los dos. ¡Pegadle bien! ¡Vamos!

Los hijos de Sammy Spillane atacaron.

Bell abatió al corpulento con su última bala y se movió rápidamente para evitar el mango de su hermano, que le pasó silbando a pocos centímetros de la cara. El joven Spillane perdió el equilibrio debido al impulso, y Bell le atizó en la nuca con su pistola de cañón corto cuando estaba cayendo.

Percibió un movimiento detrás de él.

Demasiado tarde. Sammy Spillane había recogido el mango de piqueta que su hijo había soltado cuando Bell le había disparado. Todavía en el suelo, lo blandió con fuerza con su brazo ileso.

El trozo de madera golpeó al detective en una corva. Casi no le dolió, pero dobló la rodilla como si en lugar de tendones tuviera espaguetis. Bell se desplomó hacia atrás, cayendo con tal fuerza que se quedó sin aire en los pulmones.

Durante lo que le pareció una eternidad, Isaac Bell no pudo ver, ni respirar ni moverse. La oscuridad lo envolvió. Parpadeó, tratando de recuperar la visión. Cuando lo consiguió, se encontró al hijo más menudo de Spillane sentado a horcajadas encima de él; el chico levantaba el mango de piqueta por encima de su cabeza con las dos manos. El grueso trozo de madera estaba tan cerca de Bell que le ocultaba parcialmente el cielo. Vio que el muchacho tensaba el cuerpo para descargar todas sus fuerzas en aquel golpe.

Bell sabía que su única esperanza era sacar la automática de la pistolera que tenía debajo de la chaqueta, pero seguía sin poder moverse. El mango estaba a punto de descender sobre su cabeza.

De repente, impulsado por una descarga de adrenalina, el detective halló las fuerzas para llevarse la mano a la chaqueta. Cuando se dio cuenta de que podía moverse otra vez, cambió enseguida de táctica y, en lugar de sacar la pistola, asestó una patada al muchacho entre las piernas. Le atizó un golpe contundente con la dura puntera de su bota.

El joven Spillane se quedó tan inmóvil como una estatua, con los brazos en el aire. El mango de piqueta empezó a deslizarse entre sus paralizados dedos. Antes de que cayera al suelo, a escasos centímetros de la cabeza de Bell, el chico se desplomó hacia atrás gritando.

Isaac Bell se levantó, se adecentó el traje y pisó la mano de Sammy cuando este intentó coger el revólver Smith & Wesson que se le había caído.

—Pórtate bien. Se acabó.

Se aseguró de que el hermano al que había disparado no estuviera sangrando por una arteria y de que sobreviviría. El joven al que le había dado la patada respiraba entrecortadamente. El chico miró con rabia a su padre y a su hermano en el suelo, y dirigió la vista al alto detective que se alzaba por encima de ellos.

—Ha tenido suerte —dijo con un hilo de voz tras coger aire.

Isaac Bell abrió su chaqueta para mostrar la pistola Browning que llevaba en la pistolera.

—No, hijo, vosotros habéis tenido suerte.

—¿Tenía otra pistola? ¿Por qué no la ha usado?

—El señor Van Dorn es un tacaño.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—La agencia tiene normas estrictas que prohíben desperdiciar balas con malnacidos. También acostumbramos dejar como mínimo a un malnacido con vida para que conteste a nuestras preguntas. ¿Dónde está Harry Frost?

—¿Por qué demonios se lo diría?

—Porque si me lo dices, no os entregaré. Pero si no me lo dices, tu padre volverá a Joliet por agredirme con un arma de fuego, y vosotros dos iréis a Elmira por agredirme con unos mangos de piqueta. Apuesto a que los presos de Nueva York detestan a la gente de Chicago.

—Los chicos no saben dónde está Harry —dijo gimiendo Sammy Spillane.

—Pero tú sí.

—Harry se dio a la fuga. ¿Por qué iba a decirme adónde huía?

—Te lo dijo —contestó Bell con exagerada paciencia— para que supieras adónde tenías que ir a llevarle dinero, armas y compinches. ¿Dónde está?

—Harry Frost no necesita que yo le facilite dinero. Y tampoco necesita compinches.

—Un hombre no puede huir sin ayuda.

—No te enteras, señor detective. Harry tiene dinero guardado en todos los bancos del país. Si le sigues la pista en Nueva York, conseguirá pasta en Ohio. Si lo sigues a Ohio, se dará un apretón de manos con un banquero de California.

Bell observó con los ojos entornados al gángster herido. Spillane estaba describiendo a un fugitivo que entendía a la perfección lo grande y fragmentado que

era Estados Unidos; se refería a un criminal moderno al que incluso una organización de alcance nacional como la agencia de detectives Van Dorn tenía problemas para seguir a través de las fronteras interestatales y las innumerables jurisdicciones. Tomó nota mentalmente de que debía encargar a las oficinas de Van Dorn que hicieran circular carteles de SE BUSCA entre todos los directores de bancos del territorio. Ciertamente era una posibilidad remota, considerando que los bancos se contaban por decenas de miles.

—Supongo que también tiene compinches en todas partes.

—Compinches que se puedan considerar amigos, no. Pero sí tipos a los que ayudó para que lo ayudaran a él. ¿Cómo crees que yo llegué aquí después de estar en Joliet? Harry ha cuidado de gente que pudiera cuidar de él cuando lo necesitara. Siempre. Desde el primer reportero al que pegué, desde la primera vez que trabajé en su departamento de ventas, Harry Frost siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado.

—Si sabe que estás dispuesto a ayudarlo, debe de haberte dicho adónde iba. ¿Dónde está?

—Mi padre no lo sabe, señor —corearon los hijos de Sammy.

—Al señor Frost le daba miedo que volvieran a meterlo en el manicomio.

—No se lo dijo a nadie.

Isaac Bell veía que no estaba consiguiendo nada.

—¿Cómo escapó Frost?

—Subió a un tren de mercancías.

La vía de ferrocarril que atravesaba el pueblo de North River iba al norte y al sur. Al norte, a Canadá. Al sur, a Saratoga y Albany, y desde allí a Boston, Chicago o Nueva York. Sammy pudo escoger cualquier dirección.

—¿Un tren al norte? —preguntó Bell—. ¿O al sur?

—Al norte.

Al sur, pensó Bell. Y ahora que los publicistas de Whiteway estaban «promocionando» la participación de Josephine en la carrera, localizar a la aviadora sería tan fácil como comprar un periódico.

—Tengo una pregunta más —dijo Isaac Bell—. Si vuelves a mentir, os meteré a los tres en la cárcel. ¿Dónde está Marco Celere?

Sammy Spillane y sus hijos intercambiaron sendas miradas de desconcierto.

—¿El italiano? ¿Qué quieres decir con «dónde»?

—¿Dónde está?

—Está muerto.

—¿Seguro?

—¿De qué demonios crees que huye Harry?

Bell se centró en primer lugar en las preguntas a las que tenía que dar respuesta para atrapar a Harry Frost antes de que hiciera daño a Josephine. Mientras esperaba el tren a Albany, envió un telegrama a Grady Forrer, el investigador de Van Dorn en Nueva York, para solicitarle un informe sobre las actividades de Harry Frost desde que se había jubilado a la temprana edad de treinta y cinco años; también le pidió que buscara en los periódicos un anuncio de boda que pudiera arrojar luz sobre cómo Frost había conocido a Josephine y se había casado con ella.

Mientras su tren se acercaba, envió otro telegrama a Archie Abbott en Belmont Park, donde los competidores se congregaban en el campo interior de dos kilómetros y medio del hipódromo, y le dio instrucciones de que preguntara a Josephine cuándo y cómo había conocido a Marco Celere.

La respuesta de Archie lo estaba esperando en la estación de Albany.

Josephine había conocido a Celere el año anterior en San Francisco, cuando ella y su marido habían ido a California para asistir a una competición de aviación. Marco Celere había emigrado de Italia hacía poco.

¿Quién era exactamente el inventor de máquinas voladoras?

Bell envió un telegrama a James Dashwood, un joven y diligente detective de la oficina de Van Dorn en San Francisco, para que investigara las actividades de Marco Celere en esa ciudad.

¿La aviadora y su instructor eran realmente amantes? ¿O estaba Frost celoso sin motivo? Era una cuestión peliaguda. El agente de policía Hodge le había informado de que Frost y su esposa no hacían vida social en North River. En el pueblo nadie los conocía como pareja. Y Marco Celere era un extranjero que vivía en el apartado campamento de los Frost mientras trabajaba en su aeroplano. Bell tendría que hacer la delicada pregunta a la mismísima Josephine.

El metro de la Interboro Rapid Transit llevó a toda velocidad a Bell de la estación de Grand Central a la entrada subterránea del hotel Knickerbocker, donde la agencia de detectives Van Dorn tenía sus oficinas en Nueva York. Encontró a Grady Forrer en el bar subterráneo situado junto al vestíbulo. El departamento de investigación no había hallado ningún anuncio de la boda de Frost en los periódicos, pero Forrer había dado con algunos chismes. Josephine era hija de un ganadero de vacas lecheras de Adirondack, una chica de North River que se había criado a pocos kilómetros del lujoso campamento de Frost, información que el reservado agente Hodge había omitido.

Bell subió a la oficina y estableció una conferencia telefónica.

—La hija de Joe Joseph —respondió John Hodge—. Se comporta como un muchacho, pero es preciosa... e independiente como ella sola. Aun así es una buena chica. Muy dulce.

—¿Sabe cómo se conocieron ella y Frost?

—No es el tipo de información que me interesa.

En cuanto a las actividades de Harry Frost desde su jubilación, el departamento de investigación informó a Bell de que había viajado por todo el mundo practicando la caza mayor. En ese caso, ¿cómo era posible que Frost hubiera fallado un tiro tan fácil con Celere? El cazador efectuó cinco disparos; los tres últimos, a la máquina voladora de Josephine, dos de los cuales habían dado en el blanco, según ella había informado al agente Hodge. Si la mira telescópica no apuntaba bien y había fallado el primer disparo, un tirador profesional habría reparado en ello y habría compensado el defecto, aunque hubiera tenido que recurrir a la mira de metal del rifle. A Bell le parecía muy poco probable que fallara dos veces. El proyectil del árbol podría haber sido el del primer disparo, el que Josephine había visto hacer impacto en Celere pero que no lo había matado. Frost falló el tercer tiro cuando disparó al aeroplano de su esposa; parecía comprensible, ya que los cazadores de caza mayor tenían poca experiencia disparando a máquinas voladoras. Pero había corregido su puntería, y el cuarto y el quinto habían estado a punto de matarla.

Dos días más tarde el laboratorio de Chicago informó de que, al ser examinado a través del microscopio, el proyectil que Bell había disparado a modo de prueba había revelado unas estrías que podían coincidir con las de la bala del árbol, pero este último casquillo estaba demasiado deformado para que el laboratorio pudiera confirmar con certeza tal suposición. El armero de Van Dorn estaba de acuerdo con la teoría de Bell según la cual el proyectil del árbol podía haber atravesado el cuerpo de Marco Celere y haberlo matado. O podía haberlo rozado simplemente, propuso. O podía haber pasado de largo. Y ese era un motivo, aparte de la proximidad del río, que explicaba la ausencia del cadáver del italiano.

—Menos mal que los caballos no corren —murmuró Harry Frost en voz alta—. Se ahogarían con el humo.

Frost nunca había visto tantos trenes en la estación de Belmont Park.

En los viejos tiempos, cuando él era uno de los aficionados al deporte que llegaban al nuevo hipódromo en sus vagones privados, la estación se llenaba bastante los días de carrera con treinta trenes de diez vagones que desembarcaban espectadores que venían de la ciudad. Pero aquello no tenía nada que ver con la situación actual, pensó Frost. Parecía que todos los aviadores del país hubiesen acudido en masa con trenes de refuerzo compuestos por vagones hangar, coches cama, comedores y dormitorios para sus mecánicos. En cada vagón, en una especie de pancarta móvil, estaba escrito el nombre del héroe del aire. Las locomotoras expulsaban humo en el parque ferroviario, y los trenes de maniobras trasladaban vagones de viajeros y de mercancías a las vías muertas. Cuando Harry Frost pudo bajar del tren eléctrico en el que había llegado desde Long Island City, se halló en el último andén abierto.

Inmediatamente vio el convoy de Josephine.

Los seis vagones, incluso el hangar, eran amarillos: el color del que la sabandija de Whiteway pintaba todo lo que era de su propiedad. Y los seis rezaban JOSEPHINE en los costados, con letras mayúsculas perfiladas y sombreadas como en la portada de la partitura de aquella maldita canción.

La canción que Preston Whiteway había encargado ya había recorrido el país como un ejército invasor. Daba igual adónde Harry Frost huyese; era imposible escapar de la melodía, tocada ruidosamente por pianistas de taberna, reproducida con estruendo en gramófonos, tarareada por hombres y mujeres en las calles; le taladraba el cráneo como si surgiese de un órgano de vapor circense.

*Arriba, arriba, un poco más alto...*

*La luna está ardiendo...*

*Josephine...*

*¡Adiós!*

Adiós, pues. Rojo de ira, Harry Frost salió de la estación a grandes zancadas. No solo Josephine había traicionado su matrimonio, no solo Celere había traicionado su confianza embaucándolo para que invirtiera miles de dólares en sus inventos, sino que lo habían convertido en un fugitivo.

Frost consultó en secreto con abogados, y todos le advirtieron que si el caso iba a juicio, una condena por otra acusación de asesinato sería desastrosa para él. Su riqueza no le serviría por segunda vez. Sus contactos políticos, los mejores que podían comprarse con dinero, desaparecerían cuando los periódicos convirtieran su comparecencia en los tribunales en un circo romano. Había abordado a un juez del tribunal de apelación de Nueva York en el piso en Park Avenue de su querida, y el magistrado le había dicho tajantemente que su única posibilidad de escapar de la horca sería pudrirse el resto de su vida en un manicomio.

Sin embargo, atraparlo no les resultaría fácil. Había vivido como un ermitaño desde que lo habían sacado de Matawan. Incluso antes, la mayoría de la gente desconocía qué cara tenía. El cuento del «Rey de los Quioscos» se limitaba a los negocios. Los ciudadanos medios, como los que encabezaban el torrente que salía de la estación en dirección a las gradas de Belmont, nunca habían visto una foto suya.

Además, sonrió, acariciándose la barba y el bigote poblados que se había dejado; ahora se veía a sí mismo en el espejo como un extraño. La barba le hacía parecer veinte años más viejo con su tono sorprendentemente gris comparada con su tupida coronilla de cabello moreno, en la que apenas habían empezado a salirle canas. Unas gafas con los cristales tintados al estilo europeo le daban cierto aire de profesor alemán, aunque con la gorra de deporte que llevaba podría haber pasado incluso por un escritor irlandés.

Lo único que Frost temía era que su corpulencia lo delatara. El maduro profesor con barba y gafas tintadas ocupaba el mismo espacio que el Rey de los Quioscos. Más, incluso, porque su traje era una auténtica carpa de lana, elegido a propósito para ocultar sus armas y su chaleco antibalas. No tenía la menor intención de que lo detuvieran por matar a Josephine, y mucho menos deseaba que lo encerraran por asesinar a una mujer que se lo merecía. Entre sus armas de fuego se contaban una pistola Browning muy precisa para protegerse en la huida, una pistola de bolsillo y otra de cañón corto para emergencias, así como un potente revólver automático Webley-Fosbery. Había recortado diez centímetros al cañón del automático para poder ocultárselo en el bolsillo y lo había cargado con balas de fragmentación de punta hueca capaces de detener a cualquier hombre.

Un sacerdote de Chicago le había fabricado el chaleco antibalas con múltiples capas de seda especialmente tejida en Austria. Frost había invertido a escondidas en la iniciativa y poseía acciones en la empresa fundada para comercializar la prenda de dos centímetros de grosor. El ejército lo había rechazado por ser demasiado pesado y excesivamente caluroso. El de Frost pesaba dieciséis kilos, una carga insignificante para un hombre de su talla y su fuerza. Pero era innegable que daba calor. En el breve paseo desde el tren, tuvo que secarse la frente con un pañuelo. Sin embargo, merecía la pena, ya que el chaleco podía detener las modernas balas de pólvora sin humo

disparadas a alta velocidad por revólveres y pistolas.

Se había llevado una decepción al disparar a Marco Celere de lejos. No pudo ver el miedo del traidor al morir. Ni siquiera tuvo ocasión de ver su cadáver. Esa vez lo haría a poca distancia y arrebataría la vida a Josephine con sus propias manos.

Permaneció entre la multitud que hacía cola para comprar entradas y luego se dirigió a la grada en medio de la muchedumbre arrastrando los pies. Sabía que Josephine estaba allí porque los motores que había en lo alto, con su incesante zumbido, le indicaban que ese día estaban practicando. Soplaban un viento suave, de modo que había una docena de máquinas en el cielo. Su esposa estaría bien volando o bien en el campo central, ajustando y poniendo a punto la máquina que Preston Whiteway le había comprado.

Tenía que reconocer que los organizadores de la carrera conocían su oficio. A falta de unas semanas para el día de la salida, habían convencido a cincuenta mil personas para que viajaran al condado de Nassau y pagaran veinticinco centavos por cabeza para ver practicar a los pilotos. Los aviadores no daban vueltas alrededor de postes ni trataban de establecer nuevas marcas de altitud (ninguna de las habituales exhibiciones, descenso en picado y ascenso de altura de las ferias de vuelo) y se limitaban a zumbar por los aires cuando les apetecía. Pero las tribunas estaban llenas de hombres y mujeres que daban vítores como locos, y Frost podía apreciar en sus expresiones de asombro y sus incesantes «Oooh» y «Aaah» el motivo por el que pagaban la entrada. La visión de las enormes máquinas sostenidas en alto por fuerzas invisibles los dejaba sin habla. Aquellos aparatos voladores no eran tan rápidos como las locomotoras o los coches de carreras, pero daba igual. A pesar de lo grandes que eran, flotaban en el cielo azul como si su sitio estuviera allí.

¡De repente la vio arriba!

Josephine descendió a toda velocidad como una espada. Su máquina era inconfundible. Estaba pintada con el puñetero «amarillo Whiteway» que aquel blandengue de familia acomodada había patentado.

Harry Frost había acompañado a su esposa a muchos encuentros de aviación para comprarle aeroplanos, y observó el que pilotaba en ese momento con pericia. Estaba impresionado. El invento final del italiano era una espléndida máquina, tan distinta del último aeroplano que Frost había comprado a Josephine como un halcón de una paloma. El anterior, desde el que su esposa lo había visto disparar a aquel malnacido, era un biplano robusto. Ese era un monoplano, con un solo par de alas, e incluso parecía veloz y ágil después de rodar hasta detenerse en el campo central.

Harry Frost apretó la mandíbula mientras enfocaba con sus gemelos de hipódromo. Allí estaba Josephine, saltando de la máquina, con la sonrisa de oreja a oreja que lucía cuando le gustaba mucho un aeroplano. No parecía que estuviera llorando la pérdida de su amante, ni tampoco que echara de menos a su marido. Frost



notó que se le encendía la cara bajo la barba. Se secó la frente. Era hora de cometer el acto.

Empezó a bajar de la grada. El guarda de la verja lo detuvo. Él le mostró el pase al campo central que había comprado la noche anterior a un empleado del hipódromo borracho en una taberna de Hempstead, y el guarda le dejó pasar. Cruzó la pista y se detuvo en seco, sacudido por la imagen de su propia cara en un cartel clavado en la barandilla interior.

**SE BUSCA**  
Sospechoso de asesinato  
**HARRY FROST**  
**RECOMPENSA**  
\*\*\*5.000 dólares\*\*\*  
(Armado y peligroso: ;;;No se acerque a él!!!)  
Contacte por telegrama o teléfono con:  
**AGENCIA DE DETECTIVES VAN DORN**  
«No nos rendimos. Nunca.»

La mente de Frost era un torbellino de pensamientos. ¿Por qué los detectives de Van Dorn lo buscaban utilizando ese tipo de cartel? ¿Qué más les daba que hubiera matado a Marco Celere? ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Su rostro impreso lo miraba con saña.

Era el cartel habitual de la agencia Van Dorn. Frost lo recordaba bien de su época en Chicago, cuando los detectives privados recorrían la ciudad para detenerlo y arrestaban a cuantos tipos trabajaban para él. Al ver que eso no daba resultado, intentaron hacer que lo delataran. Unos cuantos confidentes muertos habían puesto fin a ese plan, recordó Frost, riéndose entre dientes.

¿No os rendís... nunca?, se dijo. Vaya, pues conmigo os rendisteis, amigos.

Volvió a reírse porque el dibujo que habían hecho de su cara se parecía mucho a como era antes de dejarse crecer la barba. Tuvo la ligera impresión de que al reírse a carcajadas estaba desviando la atención de algunas personas al campo central del hipódromo. Ninguna, sin embargo, relacionaba su cara barbuda con la del cartel.

De repente, las carcajadas le resultaron amargas.

En la barandilla otro cartel proclamaba, igual que el primero:

**SE BUSCA**  
Sospechoso de asesinato  
**HARRY FROST**  
**RECOMPENSA**  
\*\*\*5.000 dólares\*\*\*  
(Armado y peligroso: ;;;No se acerque a él!!!)  
Contacte por telegrama o teléfono con:  
**AGENCIA DE DETECTIVES VAN DORN**  
«No nos rendimos. Nunca.»

Solo que ese cartel incluía un retrato dibujado a mano del aspecto que se sospechaba que Frost tendría si se había dejado crecer barba.

Un escalofrío le recorrió la espalda. El dibujante se había aproximado mucho a la realidad. No era exactamente como mirarse en un espejo, y no aparecía con gafas, pero ese rostro resultaba familiar. Se detuvo a observar el cartel, apartando a empujones a las personas con las que se topaba y haciendo oídos sordos a sus quejas, las cuales se desvanecían en sus labios cuando reparaban en la corpulencia de Frost. Finalmente, se irguió y siguió andando sin prisa, tras decidir que era poco probable que esa gente asociase la cara con barba del cartel con la suya. Al menos, no esas personas. Además, cualquiera que conociera su reputación no se atrevería a entregarlo a la policía.

Al diablo con los detectives de Van Dorn. Les había vencido hacía diez años, y volvería a vencerles.

Anduvo entre las máquinas voladoras, aspirando los familiares olores a gasolina y aceite, caucho y lona, y barniz impermeabilizante, y se dirigió sin llamar la atención a la máquina amarilla de Josephine. Cuando se encontraba a quince metros de distancia, metió las manos en los bolsillos y acarició el Webley con la mano derecha mientras con la izquierda agarraba el mango de una navaja automática, que le ofrecía la opción de despachar silenciosamente a cualquiera que quisiera protegerla.

Josephine estaba de espaldas a él. Se había subido a una caja de jabón y tenía la cabeza oculta en el motor. Frost se acercó a ella. El corazón le latía con fuerza a causa de la impaciencia. Tenía la cara encendida y le sudaban las manos. Agarró con más fuerza sus armas.

De pronto se detuvo.

No le gustaba el aspecto de los mecánicos de Josephine. Se escondió junto a un biplano Wright modelo A y los observó a través de los timones delanteros. No tardó en confirmar sus sospechas.

Llevaban la ropa adecuada: los chalecos, las pajaritas, las mangas de camisa y las gorras típicas de los mecánicos. Y eran muy jóvenes, como se esperaba que fueran los hombres que reparaban máquinas voladoras. Pero observaban el gentío más que la máquina de Josephine. ¡Detectives de Van Dorn!, se dijo Frost. Los mecánicos eran detectives.

Su mente volvió a desbocarse. Los detectives de la agencia no solo lo buscaban con carteles, sino que también protegían a Josephine. ¿Por qué?

¡Whiteway!, se dijo. Tenía que ser Whiteway. La máquina voladora del italiano debía de haber costado un dineral. Y el tren de refuerzo amarillo otro tanto. Pero Whiteway amortizaría el desembolso con creces usando a Josephine para promocionar la carrera y para vender periódicos. Preston Whiteway había contratado a los detectives para que protegieran lo que había invertido en Josephine.

¿O pretendía algo más que proteger su inversión?

De repente, a Frost le pareció que la cabeza iba a estallarle.

¿Acaso Whiteway estaba colado por ella?

Las máquinas rugían en el suelo y zumbaban en el aire. Mirara a donde mirase, todo estaba en movimiento: máquinas ruidosas, pilotos, detectives... Tenía que controlarse. Ya se ocuparía de Whiteway más tarde. Primero le tocaba a Josephine.

Sin embargo, los detectives de Van Dorn que protegían a su esposa se sabrían los carteles de memoria. Sus centinelas detendrían a todo aquel que se pareciera remotamente a cualquiera de los dos retratos.

Se fijó en que los investigadores miraban de soslayo sin cesar a un pelirrojo alto vestido con traje y bombín que había cerca de allí. ¿Un sospechoso? ¿Es que creían que Harry Frost se había teñido el cabello de pelirrojo, había adelgazado treinta kilos y había crecido cinco centímetros? El tipo parecía un petimetre de la Quinta Avenida, pero tenía en la frente las cicatrices pálidas de un boxeador. Y sus ojos no estaban quietos sino que miraban a todas partes, aunque aquel individuo fingía no hacerlo.

No era un sospechoso, dedujo Frost. Otro puñetero detective de Van Dorn: el jefe del grupo, a juzgar por la forma en que los demás lo miraban. De repente, Frost cayó en la cuenta de quién era: Archibald Angel Abbott IV. No le extrañaba que no se hubieran molestado en disfrazarlo de mecánico.

Archibald Angel Abbott IV era demasiado conocido para trabajar de incógnito. Siempre había sido una figura destacada de la alta sociedad: el soltero más codiciado de Nueva York. Los periódicos lo habían hecho famoso cuando se había casado con la hija del magnate ferroviario Osgood Hennessy. Ella iba a heredar todo su imperio. Frost se preguntaba por qué diantres Abbott no había cambiado las pistolas por los palos de golf.

La pregunta atravesó como un relámpago la mente calenturienta de Harry Frost.

Archibald Abbott sabía lo que hacía trabajando para la agencia de detectives Van Dorn por unos míseros pavos después de casarse con una mujer rica. Jubilarse era cosa de tontos. Harry Frost lo había descubierto demasiado tarde. Había perdido el ímpetu. Desde que tenía ocho años, había soñado con no tener que trabajar para sobrevivir. Había hecho su sueño realidad. ¿Y qué había conseguido? Que lo pusieran en ridículo. Eso es lo que habían hecho con él Josephine y Marco, unos estafadores a los que en los viejos tiempos habría liquidado en un santiamén.

Frost palpó sus armas. Josephine todavía tenía la cabeza metida en el motor. Podía agarrarla por el cuello, dejar que viera que era él y luego rebanarle el pescuezo. Pero la amarga verdad era que no podía acercarse a ella. Había demasiados detectives disfrazados de mecánicos. No conseguiría matarlos a todos. Antes lo abatirían a tiros. No le daba miedo morir, pero no pensaba morir en vano.

Necesitaba ayuda.

Volvió a toda prisa a la estación de ferrocarril y subió a un tren eléctrico con destino a Flatbush, donde entró en una caja de ahorros de Brooklyn. De niño, cuando huyendo de la pobreza viajaba de polizón en tren y mendigaba unos centavos para comer, había jurado que no lo pillarían desprevenido nunca más. Mientras prosperaba, mientras invertía los beneficios del imperio de distribución en acciones que le generaban una fortuna, había depositado dinero por todo el continente, en distintos estados y países.

Retiró tres mil dólares de una cuenta corriente en la que tenía veinte mil. El director del banco contó personalmente el dinero en su despacho. Después de que Frost lo recogiera, el banquero dejó sobre la mesa un cartel parecido a los que había visto en el hipódromo.

Ese cartel estaba hecho en especial para los banqueros. Les advertía que se anduvieran con ojo por si Harry Frost, o alguien parecido a él, retiraba efectivo de su cuenta corriente. Frost agradeció la lealtad del banquero asintiendo bruscamente con la cabeza. Los dos sabían que era lo mínimo que el hombre podía hacer. Si Frost no hubiera cubierto las pérdidas que él había sufrido gestionando con desacierto el dinero de otros clientes, el banquero estaría cumpliendo condena en Sing Sing.

Un tranvía lo llevó al puerto.

Anduvo hasta un muelle para el transporte de ganado de la compañía ferroviaria Pennsylvania. Cerca de allí, unos remolcadores empujaban barcasas transbordadoras de vagones. Un cargamento de vacas, ovejas y cerdos estaba siendo trasladado de los vagones de mercancías a unos corrales de ganado. Frost se dirigió al edificio del muelle y cruzó una puerta en la que se leía: PROHIBIDA LA ENTRADA. Dos matones disfrazados de policías ferroviarios trataron de detenerlo. Frost los derribó de un solo manotazo, cruzó otra puerta que había al fondo del edificio y entró en un establo. Una docena de reses de ganado vacuno, cada una con una marca mexicana distintiva hecha a fuego en el flanco, estaban atadas a unos postes clavados en el suelo.

Había dos hombres con las reses. Uno estaba sentado a una mesa sobre la que había varios cuernos de vaca. El otro estaba quitándole un cuerno a uno de los animales atados girándolo con las manos, desenroscándolo de una varilla que perforaba la base del cuerno. Rod Sweets, el hombre sentado a la mesa, no reconoció a Harry Frost con aquella barba. Sacó una pistola de bolsillo.

—No —dijo Frost—. Soy yo.

Sweets lo miró fijamente.

—¡Que me ahorquen!

—Lo haré si no guardas esa pistola.

Sweets se la metió en el chaleco a toda prisa.

—No me digas que le has cogido gusto a la droga.

Los cuernos de vaca (serrados a los novillos de México, ahuecados y provistos de roscas) habían sido rellenos con opio de Hong Kong antes de ser enroscados de nuevo. Sweets introducía de contrabando en Estados Unidos cientos de kilos de opio sin refinar al año de esa manera, y presidía una gran red de refinado y distribución que suministraba morfina a miles de drogadictos y de médicos. Para proteger una empresa como la suya hacía falta un ejército.

—No quiero droga —dijo Frost—. Quiero contratar a un grupo de hombres.

A los secuaces de Rod Sweets no les importaba que Frost odiara a Josephine por engañarlo ni que odiara a Preston Whiteway por seducirla. El dinero era lo único que les importaba. Y dinero era algo que a él le sobraba.

Frost se puso de acuerdo con Sweets rápidamente. A continuación se dirigió a toda prisa a la taberna Red Hook, donde podía encontrar a los hermanos George y Peter Jonas, especializados en sabotear frenos y depósitos de gasolina de camiones de reparto de periódicos. También en esa ocasión le bastó con hablarles de dinero; al poco rato los saboteadores se peleaban por convencerlo de que era más fácil destruir una máquina voladora que un camión.

—Todo depende de los cables que retuerzan el armazón del aeroplano —dijo George.

Peter remató la idea de su hermano:

—Si se suelta un cable, el ala se cae.

Harry Frost había pasado muchas horas observando a su esposa en sus competiciones aéreas.

—Los aviadores lo saben. Revisan sus cables cada vez que van a volar.

Los hermanos Jonas intercambiaron una mirada fugaz. No sabían mucho de máquinas voladoras, pero conocían la lógica de las máquinas en general, y en realidad era lo único que había que saber para destruir una.

—Claro que revisan las aeronaves —dijo George—. Buscan muescas, pliegues, puntos débiles...

—Así que, como usted dice, señor Frost, no vamos a tocarlas con una sierra para metales.

—Pero no siempre revisan las piezas que sujetan el cable al ala —puntualizó George.

Miró a su hermano, quien dijo:

—Sacaremos un tornillo de acero.

—Lo sustuiremos por un tornillo de aluminio fundido que sea idéntico pero no tan resistente.

—No se darán cuenta.

—Despegarán.

—Empezarán a sacudirse mucho en el aire.

- El tornillo se soltará.
- El ala se desprenderá.
- Acabarán pilotando un ladrillo gigante.

Frost tomó un tranvía para volver a Flatbush.

Experimentaba una inesperada sensación de bienestar.

De vuelta a las andadas. Había estado desocupado demasiado tiempo. Por primera vez desde la pesadilla de la traición de Josephine, se sentía recuperado, vivo de nuevo, aunque tuviera que ocultarse. Lo importante, como siempre, era actuar con rapidez, actuar antes de que alguien se enterase de lo que estaba haciendo, y no hacer nunca lo que los demás esperaban de él.

Tomó un tren eléctrico de la línea de Long Island a Jamaica, en el distrito de Queens. En una agencia de alquiler de coches, eligió el automóvil más caro que tenían: un Pierce. Viajó en él entre huertos de hortalizas y granjas de productos lácteos. Cruzó la frontera del condado de Nassau y se detuvo frente a la entrada del hotel Garden City. Era un lugar imponente. Antes de la aparición de Josephine, antes del incidente del chófer y de la estancia en el manicomio, en ese sitio se había codeado con personas apellidadas Schuyler, Astor y Vanderbilt.

Los empleados no lo reconocieron con la barba gris. Pagó por una gran suite en la última planta, donde pidió que le sirvieran la cena en la habitación. Bebió una botella de vino con la comida y se acostó. Aunque concilió el sueño no descansó bien, acosado por extrañas pesadillas.

Al amanecer se incorporó de golpe, sobresaltado por el estruendo de unas trilladoras. Con el corazón acelerado, permaneció atento por si oía el chirrido de las ruedas cuando los botones llevaban el mejunje del desayuno por el pasillo y el ruido del cazo al golpear el caldero; el estrépito matutino del orfanato que todavía recordaba. Poco a poco fue reparando en cuanto lo rodeaba. La cama era mullida y en la habitación reinaba el silencio. Echó un vistazo a las ventanas abiertas, donde las cortinas blancas ondeaban movidas por una brisa cálida. No había barrotes. No estaba en el manicomio. No lo habían llevado a rastras otra vez al orfanato. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Harry Frost. No había trilladoras. Eran máquinas voladoras. Práctica matutina en Belmont Park.

Desayunó en la cama, a cinco kilómetros escasos del hipódromo donde Josephine y sus nuevos admiradores estaban poniendo a punto las aeronaves para la carrera.

—¿Dónde está Josephine? —preguntó Isaac Bell a los detectives que vigilaban la verja del campo interior del hipódromo de Belmont Park.

—En el aire, señor Bell.

—¿Dónde está Archie Abbott?

—Al lado de la carpa amarilla.

Bell había ido a Belmont en un Pierce-Arrow prestado para preguntar a Josephine acerca de las costumbres de su marido y los socios a quienes este podía recurrir. Al ser la única persona que había pasado tiempo con él durante sus años de reclusión, quizá ella tuviera idea de dónde podía ocultarse.

Bell advirtió enseguida que Whiteway había elegido un sitio perfecto para dar comienzo a la carrera aérea. El campo interior de Belmont era enorme. Rodeado por la pista más grande del país, con dos kilómetros y medio de longitud, tenía el tamaño de una granja modesta. Las casi veinte hectáreas de hierba recortada del interior de la pista daban a una grada con capacidad para miles de espectadores. El lugar ofrecía numerosos tramos de ciento ochenta metros de césped sobre los que las máquinas podían ganar velocidad para despegar y tomar tierra, así como espacio para carpas, hangares temporales para aeroplanos, camiones y automóviles. El parque ferroviario para los trenes de refuerzo estaba justo al otro lado de las tribunas.

Bell aspiró hondo. Ese aire contenía una estimulante mezcla de aceite quemado, goma y gasolina, y enseguida se sintió como en casa. Era el mismo olor de una competición de coches de carreras, intensificado por el aroma del barniz con el que los aviadores sellaban la tela que cubría los almacenes. El suelo estaba repleto de aeroplanos y de hombres que corrían de acá para allá, como en una carrera automovilística. Pero allí, en Belmont, todos los ojos estaban puestos en el nítido cielo azul.

Las máquinas alzaban el vuelo, se lanzaban en picado y se movían como una flecha de un lado a otro; libres como pájaros, pero cientos de veces más grandes. Una enorme variedad de formas y tamaños surcaban el cielo. Bell vio aeronaves tres veces más largas que un coche de carreras avanzando pesadamente en lo alto con unas alas de doce metros y otras más pequeñas que revoloteaban, algunas quebradizas y otras flexibles como libélulas.

El ruido también era emocionante; cada tipo de motor emitía su sonido característico: el ¡clac!, ¡clac! de un Anzani radial de tres cilindros, el áspero rugido del Curtiss y el Wright de cuatro cilindros, el tenue borboteo de los admirables Antoinette V-8, que Bell conocía gracias a las lanchas motoras, y el exuberante ¡blat!,

¡blat!, ¡blat! de los Gnome Omega rotativos de fabricación francesa, cuyos siete cilindros giraban de forma asombrosa alrededor de un cigüeñal central, expulsando humo de aceite de ricino que olía a cera de vela quemada.

Localizó a Archie cuando este se dirigía a una carpa enorme, del mismo color amarillo intenso que la pancarta que había visto en lo alto del edificio del *Inquirer* de Whiteway, y se dieron un afectuoso apretón de manos. Archie Abbott era pelirrojo y casi tan alto como Isaac Bell, y tenía unos ojos grises irresistibles y una sonrisa contagiosa. Se había afeitado escrupulosamente. Unas cicatrices pálidas casi imperceptibles en su aristocrática frente eran testimonio de su experiencia en el cuadrilátero. Habían sido muy amigos desde la universidad, cuando Archie boxeaba para Princeton y Bell lo había derribado representando a Yale.

Bell comprobó que Abbott había aprovechado el tiempo. Se había hecho amigo de todos los participantes y los empleados. Sus detectives (los investigadores disfrazados de mecánicos, los reporteros de los periódicos, los vendedores de perritos calientes y de palomitas de maíz, y los que patrullaban vestidos con traje y bombín) parecían conocer el terreno y estar alerta. Sin embargo, Archie no pudo contar a Bell más de lo que él ya sabía acerca de la relación de Josephine con Marco Celere; esa relación era una simple conjetura.

—¿Fueron amantes?

Archie se encogió de hombros.

—No puedo responder a esa pregunta. Ella se pone un poco sentimental cuando el nombre del italiano sale a colación. Pero con lo que realmente se entusiasma es con su máquina voladora.

—¿Es posible que se ponga sentimental por la habilidad mecánica de Celere?

—Hay que tener en cuenta que ella misma es un as de la mecánica. Puede desmontar esa máquina y volver a armarla sola si se ve en la obligación. Me ha dicho que en los sitios a los que volará no habrá mecánico.

—Estoy deseando conocerla. ¿Dónde está?

Archie señaló sobre sus cabezas.

—Allí arriba.

Los dos amigos escudriñaron el cielo azul, donde una docena de aeronaves realizaban sus evoluciones.

—Pensaba que Whiteway pintaría su máquina de amarillo.

—Y así lo ha hecho. Amarilla como esta carpa.

—No la veo.

—No se dedica a hacer acrobacias aéreas con los demás. Ella va sola.

—¿Cuánto hace que ha despegado?

Archie sacó su reloj.

—Una hora y diez minutos —informó, visiblemente descontento al tener que



reconocer que no veía por ninguna parte a la joven cuya seguridad y vida constituían su responsabilidad.

—¿Cómo demonios vamos a protegerla si no podemos verla? —exclamó Bell.

—Si por mí fuera, iría en la máquina con ella —dijo Archie—. Pero va contra las normas. Los descalifican si llevan pasajeros. Tienen que volar solos. El contable, Weiner, me explicó que no sería justo para los demás que un competidor llevase pasajero ya que podría ayudarlo a pilotar.

—Tenemos que encontrar otra forma de vigilarla —dijo Bell—. Cuando empiece la carrera, a Frost le resultará muy sencillo estar al acecho a lo largo de la ruta.

—Tengo intención de situar hombres con gemelos y rifles en la cubierta del tren de refuerzo.

Bell negó con la cabeza.

—¿Has visto todos los trenes de refuerzo que hay en el parque ferroviario? Podría quedar atrapados si las vías se bloquearan por un atasco de locomotoras.

—He considerado enviar un grupo de hombres en coches para que se adelanten.

—Eso será útil. Dos automóviles, si encuentro a quienes los conduzcan. El señor Van Dorn se queja de que estoy arruinando a la agencia —dijo Bell—. ¿Quién va en esa máquina que se acerca, el avión de hélice trasera verde?

—Billy Thomas, el piloto de coches de carreras. El sindicato Vanderbilt lo ha contratado.

—Pilota un Curtiss.

—El sindicato compró tres para que pudiera elegir el más rápido. Cada máquina cuesta seis mil dólares. Están muy interesados en él. Por ahí viene un francés. René Chevalier.

—Chevalier pilotaba la máquina que cruzó el canal de la Mancha.

A Bell le había llamado la atención el elegante monoplano Blériot. La aeronave de ala única parecía ligera como una libélula. Una viga de refuerzo unía las alas cubiertas de tela a la cola del timón de dirección y los timones de altura. Chevalier estaba sentado detrás del ala, parcialmente encerrado en un compartimento con forma de caja que lo protegía casi hasta el pecho. Encendía y apagaba su motor rotativo Gnome para reducir la velocidad a medida que aterrizaba.

—Pienso comprarme uno de esos cuando terminemos este trabajo.

—Te envidio —dijo Archie—. Me encantaría volar.

—¡Pues hazlo! Aprenderemos juntos.

—No puedo. Cuando estás casado todo es distinto.

—¿Qué estás diciendo? A Lillian no le importaría. Ella conduce coches de carreras. De hecho, seguro que también quiere uno.

—Las cosas están cambiando —dijo Archie seriamente.

—¿A qué te refieres?

Archie miró a su alrededor y bajó la voz.

—No hemos querido contárselo a nadie hasta que estuviéramos seguros de que todo iba bien, pero... No comenzaré una afición peligrosa ahora que parece que vamos a tener hijos.

Isaac Bell agarró a Archie por debajo de los brazos y lo levantó del suelo, lleno de júbilo.

—¡Es maravilloso! Enhorabuena.

—Gracias —dijo Archie—. Ya puedes bajarme. La gente está mirando. No suelen ver todos los días a un hombre alto levantar a otro en el aire y sacudirlo como un chucho.

Isaac Bell estaba loco de alegría.

—¡Ya verás cuando se entere Marion! Se alegrará mucho por vosotros. ¿Cómo vais a llamar a la criatura?

—Esperaremos a ver qué clase de «criatura» es.

—Podrás comprarte una máquina de esas cuando esté en el colegio. Para entonces volar será menos peligroso que ahora.

Otra máquina estaba acercándose a la hierba.

—¿Quién pilota ese Farman azul?

El Farman, otra aeronave de fabricación francesa, era un biplano con una sola hélice trasera. Parecía muy estable, descendiendo a un ritmo constante como si se deslizase por una pista.

—*Sir Eddison-Sydney-Martin.*

—Podría ser el vencedor. Ha ganado todas las carreras de larga distancia en Inglaterra pilotando las mejores máquinas.

—Es más pobre que las ratas —observó Archie—, pero está bien casado.

El distinguido Archibald Angel Abbott IV, entre cuyos antepasados se encontraban los primeros gobernantes de New Amsterdam, podía chismorrear sobre alemanes, franceses y británicos con el mismo conocimiento de causa con el que cotilleaba sobre la aristocracia de Nueva York gracias a la larga luna de miel que había pasado en Europa, autorizada por Joe van Dorn a cambio de que buscara posibles sucursales de la agencia en el extranjero.

—El padre de la esposa del *baronet* es un médico de Connecticut rico. Ella le compra las máquinas y vela por él. Es extraordinariamente tímido. Y hablando de benefactores ricos, por allí viene el del Tío Sam: el teniente del ejército de Estados Unidos Chet Bass.

—Pilota el Wright del Cuerpo de Comunicaciones.

—Conocí a Chet en la escuela. Cuando empiece a hablar del futuro de las bombas aéreas y los torpedos, tendrás que dispararle para hacerlo callar. Pero tiene razón. Ahora que solo se habla de la guerra en Europa, los oficiales del ejército frecuentan

las competiciones aéreas.

—¿Es otro Wright ese avión rojo? —preguntó Bell, sorprendido por la extraña combinación de parecidos y diferencias—. No, no puede ser —dijo a medida que se acercaba—. La hélice está en la parte de delante. Es un biplano tractor.

—Es el participante de los obreros. Lo pilota Joe Mudd. Empezó siendo un Wright hasta que se estrelló contra un roble. Unos sindicalistas que querían mejorar su reputación compraron los restos y lo montaron con partes sueltas. Lo llaman *American Liberator*.

—¿Qué sindicatos?

—Los albañiles, mamposteros y yeseros se asociaron con la Hermandad de Fogoneros de Locomotoras. Es una buena máquina, considerando que cuentan con muy poco dinero. Whiteway intenta ponerles trabas.

—¿Por qué motivo?

—Si los obreros se encuentran con exceso de fondos —dijo Archie, imitando la pomposa forma de hablar de Whiteway—, deberían contribuir a la Liga Prohibicionista.

—¿Moderación? He visto a Preston Whiteway como una cuba.

—Por beber champán, no cerveza. Según su forma de pensar, la bebida es un privilegio que debería estar reservado a los que pueden permitírselo. Huelga decir que cuando hizo pintar la máquina de Josephine de «amarillo Whiteway», Joe Mudd y los chicos colorearon la suya de «rojo revolución».

Bell la buscó en el cielo.

—¿Dónde está nuestra chica?

—Volverá —le aseguró Archie, mirando inquieto con los ojos entornados—. Dentro de poco se quedará sin combustible. Tendrá que volver.

De repente, un sonido agudo similar a una sirena neumática desgarró el cielo.

Bell buscó su origen. El ruido era tan ensordecedor que podría haber despertado a un parque de bomberos dormidos. Sin embargo, curiosamente, ninguno de los mecánicos y los pilotos del campo le prestó atención. Cesó tan súbitamente como había empezado.

—¿Qué ha sido eso?

—El motor térmico de Platov —contestó Archie—. Un ruso chiflado. Ha inventado un nuevo motor de aeroplano.

Sin dejar de buscar a Josephine en el cielo, Bell acompañó a Archie hasta un raíl de unos cien metros de largo al principio del cual había un extraño mecanismo. Unos mecánicos estaban montando un gran biplano blanco al lado.

—Ahí está Platov.

Unas mujeres ataviadas con largos vestidos de verano y recargados sombreros de viuda alegre contemplaban embelesadas al atractivo inventor ruso, cuyo tupido

cabello castaño, rizado como un montón de virutas de acero, sobresalía de un sombrero de paja con una cinta roja y le caía por las mejillas y por unas patillas pobladas igual de rizadas.

—Parece que tiene un don con las mujeres —dijo Bell.

Archie le explicó que eran las esposas, novias o madres de los competidores, y que viajaban todas ellas en los trenes de refuerzo.

Platov gesticulaba enérgicamente con una regla de cálculo, y Bell reparó en el brillo de «científico loco» de sus ojos oscuros. Aunque, en el caso de Platov, el ruso parecía menos peligroso que excéntrico, sobre todo porque estaba ocupado cortejando a sus admiradoras.

—Busca inversores, con la esperanza de que algún piloto pruebe su invento en la carrera —dijo Archie—. De momento, nadie está dispuesto a renunciar a las hélices. Pero su suerte podría cambiar. Ese tipo gordo vestido de blanco es un productor de algodón de Mississippi con más dinero que cerebro. Ha pagado para probar el motor en una máquina voladora de verdad. ¿Señor Platov? Venga a explicar a mi amigo el señor Bell cómo funciona su aparato.

El inventor acercó los labios a los guantes de varias damas, saludó con el sombrero y se aproximó deprisa. Estrechó la mano de Bell, se inclinó y dio un taconazo.

—Dmitri Platov. La idea es la máquina volante con motor superior que Platov está exhibiendo.

Bell escuchó atentamente. El motor térmico empleaba un pequeño motor de automóvil para impulsar un compresor. El compresor introducía queroseno líquido por una boquilla. Una chispa eléctrica encendía el queroseno y creaba la propulsión.

—¡Hacer chorro a presión! El chorro empujar.

Bell se fijó en que al locuaz ruso se lo tenía en mucha estima. Si bien su lenguaje chapurreado provocaba risas entre los mecánicos manchados de grasa que se habían congregado para mirar, Bell les oyó hablar con respeto del nuevo motor. Al igual que los mecánicos de una carrera de automóviles, aquellos hombres siempre estaban buscando formas de hacer máquinas más rápidas y más resistentes.

Si funcionaba, decían, el motor térmico tenía muchas posibilidades de éxito porque abordaba directamente los tres problemas más importantes que frenaban el progreso de las máquinas voladoras: el peso excesivo, la potencia insuficiente y las vibraciones que amenazaban con hacer pedazos sus quebradizos armazones. De momento, estaba sujeto a un raíl, por el que había «volado» repetidas veces a gran velocidad. La prueba real tendría lugar cuando los artífices terminaran de montar la aeronave del productor de algodón.

—La idea es que pistones no vibrar y hélice no romper.

De nuevo, Bell oyó el consenso entre los mecánicos de la máquina voladora. El

motor de Platov podía ser, al menos en teoría, suave como una turbina, a diferencia de la mayoría de los motores de gasolina, capaces de hacer saltar las muelas de un aviador con sus vibraciones. Otro mecánico se acercó corriendo.

—¡Señor Platov! ¡Señor Platov! ¿Puede acompañarme a nuestro hangar enseguida?

Platov cogió una bolsa de herramientas de piel y se apresuró a seguirlo.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Bell.

—Es un operario de primera —dijo Archie—. Se gana la vida trabajando por su cuenta, fabricando piezas. En los vagones hangar hay tornos, taladradoras, afiladoras y máquinas para tallar engranajes. Si de repente necesitan un componente, Platov puede hacerlo en menos tiempo de lo que la fábrica tardaría en enviarlo.

—¡Por ahí viene nuestra chica! —anunció Isaac Bell.

—Por fin —dijo Archie, claramente aliviado a pesar de sus anteriores muestras de seguridad.

La mancha amarilla que los ojos de lince de Bell habían visto en el horizonte aumentó rápidamente de tamaño. Antes de lo que Bell esperaba, estaba lo bastante cerca para revelar la figura de un lustroso monoplano. Podía oír el borbote autoritario y regular que el motor emitía.

—Ese es el Celere que Preston Whiteway compró a los acreedores de Marco.

Isaac Bell lo observó con admiración.

—La última creación de Marco hace que la mayoría de las otras máquinas parezcan cometas.

—Es veloz, eso seguro —convino Archie—. Pero se dice que no tiene una estructura tan sólida como los biplanos. Y circulan rumores según los cuales Marco se arruinó por ese motivo.

—¿Qué rumores?

—Se cuenta que Marco Celere vendió en Italia una máquina al ejército, pidió prestado dinero de futuros derechos, vino a Estados Unidos e hizo un par de biplanos corrientes, que el marido de Josephine compró. Luego pidió prestado más dinero para fabricar el que ella está pilotando ahora. Lamentablemente, dicen, a la máquina que vendió al ejército italiano se le desprendió un ala, y un general se fracturó las dos piernas en el accidente. El ejército anuló el contrato, y Marco se convirtió en *persona non grata* en Italia. Al margen de si la historia es cierta o no, los mecánicos coinciden en que los monoplanos no son tan sólidos como los biplanos.

—Pero la solidez de los biplanos se consigue sacrificando la velocidad.

—Puede, pero todos los pilotos y los mecánicos con los que he hablado dicen que lo difícil será llegar a San Francisco. Las máquinas que solo aspiran a la velocidad no resistirán toda la carrera.

Bell asintió con la cabeza.

—El Thomas Flyer modelo 35 con sesenta caballos y cuatro cilindros que ganó la carrera de automóviles de Nueva York a París probablemente no era el más rápido, pero sí el más robusto. Esperemos que Preston no haya comprado a nuestra clienta una trampa mortal.

—Considerando el montón de telegramas que Whiteway manda cada día a Josephine, puedes apostar a que hizo examinar esa máquina de cabo a rabo antes de adquirirla. Whiteway no correría riesgos con la vida de nuestra chica. Ese hombre está enamorado.

—¿Qué piensa Josephine de Preston? —quiso saber Bell.

No era una pregunta hecha a la ligera. Si alguien conocía la opinión que ella tenía de Whiteway era Archie. Antes de convertirse en el detective más felizmente casado de Estados Unidos, Archibald Angel Abbott IV había gozado del título de soltero más codiciado de Nueva York durante muchos años.

—En mi opinión —dijo Archie sonriendo de forma cómplice—, Josephine admira profundamente el aeroplano que Preston le ha comprado.

—Nadie ha dicho que Preston Whiteway actúe con inteligencia en sus asuntos personales.

—¿No estuvo una vez enamorado de Marion?

—Ignorando alegremente que estaba jugándose la vida —dijo Bell con seriedad—. Lo que yo te decía.

Echó a andar hacia la sección del campo interior donde las máquinas se posaban. El robusto biplano tractor de color rojo de Joe Mudd había despegado cuando Bell escuchaba a Platov y se acercaba al suelo por delante del monoplano amarillo. Mientras Josephine daba una vuelta para dejarle maniobrar primero, el biplano rojo planeó hacia la hierba y avanzó unos noventa metros antes de detenerse.

La máquina de Josephine aterrizó adoptando un ángulo más pronunciado a una velocidad mucho más elevada. Se desplazaba tan rápidamente que parecía que la aviadora hubiera perdido el control de la aeronave y estuviera cayendo del cielo.

Las conversaciones se interrumpieron.

Los hombres dejaron las herramientas y se quedaron mirando.

El aeroplano amarillo estaba a escasos metros de estrellarse en el césped cuando Josephine tiró de una palanca que levantó unos pequeños alerones en la parte trasera de las alas y el timón de altura de la cola. La aeronave se niveló, redujo la velocidad, rebotó en la hierba y se detuvo suavemente.

Hubo un largo silencio sepulcral. A continuación, de un extremo del campo interior del hipódromo al otro, mecánicos y aviadores dedicaron silbidos, aplausos y vítores a su acrobacia, ya que era evidente que la joven había aterrizado exactamente como había querido, confiando en su destreza para burlarse de la gravedad.

Y cuando una figura delgada vestida de blanco de la cabeza a los pies salió de su compartimento detrás de las alas, los espectadores de las gradas prorrumpieron en una sonora ovación. Ella saludó con la mano a la multitud y les dedicó una sonrisa radiante.

—¡Bien hecho! —dijo Isaac Bell—. Puede que Preston Whiteway sea un idiota en su vida personal, pero sabe reconocer a una campeona.

Se dirigió a la máquina amarilla con paso resuelto, dejando atrás al larguirucho Archie. Un robusto detective vestido de mecánico miró en dirección a él.

—¿Adónde va, señor?

—Soy Isaac Bell, investigador jefe de Van Dorn.

El hombre retrocedió, aunque siguió observándolo con cautela.

—Lo siento, no le había reconocido, señor Bell. Soy Tom LaGuardia, de la oficina de Saint Louis. Acaban de trasladarme aquí. Le he visto hablando con el señor Abbott y he supuesto que era de fiar.

—Ha hecho lo correcto. No obstante, nunca haga suposiciones cuando la vida de su cliente corra peligro. Si detiene a la persona equivocada, siempre podrá disculparse. En cambio, si no detiene a la persona correcta, le será imposible pedir disculpas a un cliente muerto.

Archie lo alcanzó.

—Buen trabajo, Tom. Yo respondo por él.

Bell ya había echado a andar hacia Josephine. La joven se había subido al travesaño que unía las ruedas de aterrizaje y ajustaba el carburador con un destornillador inclinada sobre el motor.

—Parece que esos apéndices con bisagras que tiene en la parte trasera de las alas le ofrecen un control extraordinario.

Josephine miró a Bell con unos ojos llenos de vida. Color avellana, advirtió el investigador, con un cálido tono verde a la luz del sol que rayaba en un gris más frío.

—Se llaman *alettoni*. En italiano quiere decir «alas pequeñas».

—¿Han reducido la velocidad de descenso de su máquina ampliando la superficie de las alas?

—Desvían más aire —contestó la joven, y centró de nuevo la atención en el carburador.

—¿Funcionan mejor los *alettoni* que el alabeo?

—Todavía no estoy segura. No siempre hacen lo que quiero que hagan. A veces actúan a modo de freno y reducen la velocidad en lugar de mantenerme nivelada.

—¿Pueden ajustarse?

—El hombre que las inventó está muerto. Así que ahora tenemos que averiguarlo sin su ayuda. —La joven hizo un último ajuste, se guardó el destornillador en un bolsillo trasero, saltó al suelo y le ofreció una mano enfundada en un guante—. Soy Josephine, por cierto. ¿Quién es usted?

—Disculpe, debería haberme presentado. Me llamo Isaac Bell. Soy el investigador jefe de la agencia Van Dorn.

—Mis valientes protectores —dijo ella con una sonrisa abierta y sincera.

Era menuda, observó Bell. Apenas pasaba del metro cincuenta de estatura y tenía una bonita nariz respingona. Poseía una mirada directa propia de alguien mayor, aunque tenía la voz aguda de una niña.

—Encantada de conocerlo, señor Bell. Espero que el hecho de que usted sea el investigador jefe no signifique que hayan despedido a Archie.

—En absoluto. Archie está al cargo de su seguridad personal. Mi trabajo consiste en interceptar a su marido antes de que se acerque a usted lo bastante para hacerle daño.

La mirada de Josephine se ensombreció, y su rostro adoptó una expresión temerosa.

—Jamás lo atraparé, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Es demasiado astuto. Piensa como un animal salvaje.

Bell sonrió para tranquilizarla, pues constató que temía a Frost.

—Haremos lo que sea necesario para ocuparnos de él. ¿Podría darme alguna pista sobre su comportamiento? Cualquier dato que me revele podría serme útil para averiguar su paradero.

—Solo puedo contarle cosas sobre él que no le resultarán de utilidad. Me temo que no sé nada que pueda servirle.

—Entonces dígame lo que no sea útil.

—Harry es totalmente impredecible. Yo nunca sabía qué esperar de él. Cambia de



opinión en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras hablaba, Josephine desvió la mirada al campo donde el biplano rojo de Joe Mudd estaba despegando de nuevo, y Bell se dio cuenta de que estaba evaluando a la competencia con la misma sangre fría con la que él evaluaría a un malhechor en una reyerta con navajas.

—¿Puede facilitarme el nombre de algún amigo al que su esposo acudiría?

—Nunca lo vi con amigos. No sé si antes tuvo alguno. No me lo dijo. No me dijo ni una palabra sobre el tema.

—Ayer encontré a unos hombres de Chicago en su campamento. Me dio la impresión de que vivían allí.

—Solo son guardaespaldas. Harry los mantenía cerca para que lo protegieran, pero nunca tuvo nada que ver con ellos.

—¿Para que lo protegieran de qué?

Josephine hizo una mueca.

—De sus «enemigos».

—¿Qué enemigos?

—Se lo pregunté una vez. Se puso a gritar y a dar berridos. Pensé que iba a matarme. Jamás volví a preguntarle. Creo que están en su cabeza. Ya sabe, estuvo en el manicomio.

Bell cambió de tema con delicadeza.

—¿Llevaba amigos con él cuando se iba de caza? ¿Cazaba en grupo?

—Contrataba guías y porteadores. Pero por lo demás iba solo.

—¿Le acompañaba usted?

—Estaba ocupada volando.

—¿Decepcionaba eso a su marido?

—No. Sabía que yo ya volaba antes de que nos casáramos.

Sus ojos siguieron a un Blériot que pasó en vuelo rasante a cien kilómetros por hora.

—¿Antes? ¿Puedo preguntarle cómo empezó a volar?

Una sonrisa alegre iluminó el rostro sincero de Josephine.

—Me escapé de casa. Me cubrí el cabello con una gorra y me hice pasar por un chico.

No le sería difícil, pensó Bell. No parecía que pesase más de cincuenta kilos.

—Encontré trabajo en una fábrica de bicicletas en Schenectady. El dueño hacía máquinas voladoras los fines de semana, y yo le ayudaba con los motores. Lo sabía todo del tema gracias a las máquinas que había arreglado en la granja de mi padre. Un lunes, en lugar de ir a trabajar, me colé en el campo y piloté la aeronave.

—¿Sin recibir clases?

—¿Quién iba a enseñarme allí? En aquel entonces no había escuelas. Casi todos

aprendíamos por nuestra cuenta.

—¿Cuántos años tenía?

—Diecisiete.

—¿Y se subió a la máquina y la pilotó sin más?

—¿Por qué no? Sabía cómo funcionaba. Todo se reduce a que el aeroplano asciende empujando el aire hacia abajo.

—De modo que sin ninguna formación profesional —dijo Bell sonriendo—, demostró el teorema de Bernoulli y la existencia del efecto Venturi.

—¿Qué?

—Me refería a que aprendió sola a torcer las alas para crear el vacío sobre el ala que la hace ascender.

—No —contestó ella riéndose—. No, señor Bell. Venturi y todo eso es demasiado complicado para mí. Mi amigo Marco Celere siempre estaba hablando de Bernoulli. Pero la verdad es que la máquina voladora sube empujando el aire hacia abajo. El alabeo solo es una forma de desviar el aire para tomar la dirección que quieres: arriba, abajo o a los lados. El aire es maravilloso, señor Bell. El aire es fuerte, mucho más fuerte de lo que usted cree. Una buena máquina voladora como esta —dijo posando la mano afectuosamente sobre el flanco de tela—, la mejor de Marco, hace que el aire te mantenga arriba.

Bell asimiló la información no sin cierto asombro. Le gustaban los jóvenes y habitualmente tomaba aprendices de detective bajo su protección, pero no recordaba haber hablado con un muchacho de veinte años más lúcido y seguro que esa hija de un ganadero de North River.

—Nunca había oído resumirlo con tanta sencillez.

Sin embargo, de momento ella no había arrojado luz sobre las costumbres de su marido. A medida que seguía interrogándola, a Bell le dio la impresión de que se había casado con Harry Frost sin conocerlo demasiado y de que lo único que había aprendido desde entonces era a tenerle miedo. Advirtió que su mirada seguía desviándose hacia los otros aeroplanos que se movían por el campo interior del hipódromo y que ascendían al cielo. No sabía qué motivo había empujado a Josephine a contraer matrimonio con un hombre como Frost, si la confusión o la ignorancia juvenil, pero la chica vulnerable e ingenua del suelo se convertía en una mujer segura en el cielo.

—Después de haberse formado por su cuenta, ¿aprendió mucho de su amigo Marco?

Josephine suspiró.

—Yo no entendía el italiano, y él no sabía hablar nuestro idioma y siempre estaba trabajando en las máquinas. —Recobró el ánimo—. Pero me enseñó una cosa. Tardé un tiempo en entender lo que trataba de decirme, pero al final lo conseguí. Dijo: «Una

buena máquina voladora tiene que volar; quiere volar». ¿No es maravilloso?

—¿Es eso cierto? —preguntó Isaac Bell.

—Desde luego. —Josephine posó otra vez la mano con firmeza en la aeronave—. Así que si me disculpa, señor Bell, y no tiene más preguntas que hacerme, espero que esta quiera volar. Aunque va a llevarme un tiempo saberlo con seguridad.

—¿Echa de menos a Marco Celere?

Los ojos de Josephine no se humedecieron, como Archie había dicho, pero la joven reconoció que añoraba al inventor.

—Era atento y gentil. Nada que ver con mi marido. Lo echo mucho de menos, sí.

—Entonces debe de ser un consuelo pilotar su última máquina.

—Gracias a la amabilidad y la generosidad del señor Whiteway. Él la compró a los acreedores de Marco. —Miró de reojo a Bell—. Estoy en deuda con él.

—Me imagino que se lo devolverá con creces compitiendo por la Copa Whiteway.

—Quiero hacer algo más que competir. Quiero ganar la Copa Whiteway. No tengo dinero propio. Dependía totalmente de Harry, y ahora dependo del señor Whiteway.

—Estoy seguro de que él se lo agradecerá si gana la carrera.

—Nada de «si la gano», señor Bell. —Josephine clavó la vista en el cielo, donde un Blériot color pergamino estaba ascendiendo, y cuando volvió a mirar a Bell sus ojos se habían vuelto opacos—. Ganaré, señor Bell. Pero no para que Preston Whiteway me lo agradezca. Ganaré porque haré todo lo posible, y porque Marco construyó la mejor máquina voladora de la carrera.

Más tarde, cuando Isaac habló con Archie, dijo a su amigo:

—Si me gustase el juego, apostaría dinero por ella.

—¡Claro que te gusta el juego! —le recordó Archie.

—Es verdad.

—Belmont Park está lleno de jugadores ociosos a los que les encantaría sacarte el dinero. Los reformistas de Nueva York acaban de aprobar una ley que prohíbe las apuestas en hipódromos. La Carrera Aérea Atlántico-Pacífico es un regalo del cielo para los corredores de apuestas.

—¿Cómo están las apuestas por Josephine?

—Veinte a uno.

—¿Veinte? Estás de guasa. Se puede ganar una fortuna.

—Los corredores de apuestas creen que compite contra los mejores aviadores de Estados Unidos. Y están apostando a que los europeos, que han batido todas las marcas de vuelos de distancia, nos darán una paliza.

Isaac Bell fue a buscar a un corredor de apuestas interesado en una de mil dólares por Josephine. Solo uno aceptaba apuestas tan elevadas, le dijeron, y le indicaron

cómo encontrar a Johnny Musto, un tipo de mediana edad bajo y fornido con un traje a cuadros que apestaba a una colonia cara que Bell había oído por última vez en la barbería del hotel Plaza. Desde la aprobación de la ley que prohibía el juego en los hipódromos, la antigua zona de apuestas situada debajo de las gradas había sido sustituida por una sala de exposiciones donde se exhibían motores y accesorios para la aviación, coches de carreras y lanchas motoras. Musto merodeaba justo en el exterior, en el bosque de pilares de acero que sostenían la tribuna. Tenía el acento de Brooklyn más marcado que Bell había oído jamás fuera de un teatro de vodevil.

—¿Está seguro que quiere hacerlo? —preguntó el corredor de apuestas, quien reconocía a un detective privado en cuanto lo veía.

—Estoy totalmente seguro —dijo Isaac Bell—. De hecho, ahora que lo preguntas, que sean dos mil.

—Va a cavarse su propia tumba, señor, pero que así sea. ¿Puedo preguntarle algo antes?

—¿Qué?

—¿Hay tongo?

—¿Tongo? No es una carrera de caballos.

—Ya sé que no es una carrera de caballos, pero sigue siendo una carrera. ¿Hay tongo?

—Por supuesto que no. No hay tongo —aseguró Isaac Bell—. La carrera está autorizada por la Sociedad Aeronáutica Estadounidense. Es totalmente legal.

—Sí, sí, solo que esa chica es la esposa de Harry Frost.

—Ella ya no tiene nada que ver con Harry Frost.

—¿Ah, no?

Bell percibió un dejo burlón en la voz de Johnny Musto. Un indicio de que estaba al tanto de algo que Bell todavía no sabía.

—¿Qué quieres decir, Johnny?

—Si ella ya no está con Harry, entonces ¿por qué él ronda el hipódromo?

—¿Qué?

Bell agarró con tanta fuerza a Musto del brazo que este hizo una mueca.

—Ayer vi a un tipo idéntico a él.

Bell aflojó la presión con la que lo sujetaba, pero le clavó una mirada severa.

—¿Conocías bien a Frost?

Todas las pruebas que había recabado hasta entonces apuntaban a un hombre que no había sido visto en público desde hacía años.

Johnny Musto se hinchó de orgullo.

—Los jugadores más importantes vienen a ver a Johnny Musto. Aceptaba apuestas del señor Frost cuando visitaba Belmont Park.

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé. Cuatro años, supongo.

—¿Quieres decir desde el año que se inauguró el hipódromo?

—Sí, supongo. Parece que haya pasado más tiempo.

—¿Qué aspecto tenía, Johnny?

—Frost es un tipo grandullón, con la espalda de un toro. Se ha dejado crecer barba, como el dibujo de ese cartel.

Señaló con la cabeza el cartel de SE BUSCA pegado a un poste en el que aparecía retratado con barba.

—¿Se parece a ese dibujo?

—Quitando las canas que le han salido. Se le ve mucho mayor que antes.

—¿Mucho mayor? Entonces ¿por qué estás tan seguro de que es él?

—El día que lo vi estaba refunfuñando como solía hacer. Empujaba a la gente al pasar como si no la viera. Se puso colorado sin motivo. Como un tomate. Como se ponía antes de que lo encerraran en el manicomio.

—Si estabas tan seguro de que era Frost, ¿por qué no lo entregaste para cobrar la recompensa, Johnny? Cinco mil dólares es mucho dinero hasta para un corredor de apuestas que trata con los jugadores más importantes.

El corredor de Belmont Park miró al alto detective con una expresión de incredulidad.

—¿Ha ido alguna vez al circo, señor?

—¿Al circo? ¿Qué dices?

—Le pregunto si ha ido al circo.

Bell optó por seguirle el juego.

—A menudo. De hecho, cuando era joven, me escapé de casa para unirme a un circo.

—¿Alguna vez ha metido la cabeza en la boca de un león?

—¡Venga ya, Johnny! Tú tienes mucho mundo. Sabes que los detectives de Van Dorn protegen a las personas que los ayudan.

—¿De Harry Frost? No me haga reír.

Cuando anocheció en Belmont Park, los aviadores y los mecánicos cubrieron las aeronaves con lona para proteger sus alas de tela de la humedad. Ataron las máquinas a unas estacas bien clavadas en el suelo por si se levantaba viento. A continuación, se marcharon en tropel al parque ferroviario para dormir en sus trenes de refuerzo. En algún lugar a lo lejos, la campana de un reloj dio las once.

Todo quedó en silencio en el campo interior del hipódromo.

Dos sombras aparecieron debajo de la tribuna.

Los hermanos Jonas, que habían viajado desde Brooklyn en un camión para hielo, llegaron de día para reconocer el terreno. En ese momento, con la luna y las estrellas ocultas por las nubes, andaban con paso firme a oscuras, cruzando la pista de carreras y saltando al campo interior por encima de la cerca. Se dirigieron al aeroplano de Joe Mudd; lo eligieron porque estaba apartado a un lado y era un objetivo fácil. Pero a medida que se aproximaban oyeron unos ronquidos y se acercaron sigilosamente. Dos mecánicos, con la constitución de unos peones de albañil, dormían bajo las alas. Los Jonas se deslizaron al extremo opuesto del campo evitando el monoplano Celere de Josephine, que antes de que anocheciera habían visto rodeado de malhumorados detectives de Van Dorn armados con escopetas. Eligieron a una víctima distinta al otro lado del campo, ignorando que se trataba del biplano Farman de fabricación francesa del *baronet* inglés que había cruzado el canal de la Mancha, *sir* Eddison-Sydney-Martin.

Se aseguraron de que no había nadie durmiendo en las inmediaciones, quitaron la lona de un ala doble, tenuemente recortada contra el cielo oscuro, y examinaron su construcción. No sabían gran cosa acerca de máquinas voladoras, pero reconocían una viga de celosía cuando la veían. La única diferencia entre esa ala doble y un puente de ferrocarril radicaba en que, en lugar de construir la viga con postes y barras de acero oblicuas, los dos planos del ala se sostenían con postes de madera riostrados por tirantes de alambre oblicuos.

Después de averiguar lo que hacía resistente el ala del Farman, los hermanos Jonas procedieron a debilitarla. Buscaron a tientas en la oscuridad el tensor que aseguraba uno de los tirantes que se inclinaban desde el plano superior hasta el inferior.

—Cable de alambre —susurró George—. Menos mal que Frost dijo que no usáramos una sierra para metal. Habríamos tardado toda la noche en serrar esto.

Tapando el haz de luz de una linterna con las manos, inspeccionaron el tensor. Había un hilo de alambre de seguridad enrollado a su alrededor para impedir que se

soltara con las vibraciones. Lo desenrollaron con cuidado, desatornillaron el tensor a fin de aflojar el tirante de cable de alambre hasta que pudieron sacar el extremo del enganche del ala y sustituyeron el perno de acero de ese enganche por uno frágil hecho de aluminio.

Apretaron el tensor hasta que recuperó la tirantez del alambre, enrollaron con cuidado el cable de seguridad exactamente como lo habían encontrado y cubrieron el ala otra vez con la lona. Tomaron nota del aeroplano que habían saboteado (Harry Frost había dejado claro que tenía que saberlo), comprobaron el color de la tela del ala con la linterna, salieron a la pista de carreras, localizaron su camión y se dirigieron a una granja cercana, donde aparcaron y se durmieron. Una hora después de que amaneciera, se reunieron con Harry Frost en Hempstead tal como él les había ordenado y le indicaron qué máquina habían saboteado.

—¡Describidla!

—Un biplano. Una hélice.

—¿Delantera o trasera?

—Trasera.

—¿De qué color?

—Azul.

Frost pagó cien dólares a cada uno; era más de lo que un mecánico cualificado que tuviera un jefe generoso cobraba al mes.

—No está mal por una noche —dijo George Jonas a Peter Jonas durante el largo viaje de vuelta a Brooklyn.

Pero antes tenían que llenar el camión de hielo como pago a su cuñado, que era el dueño del vehículo. Pesaron la carga en un «puente» del puerto controlado por la Compañía del Hielo Estadounidense. A cuatro dólares la tonelada.

—¿Y la rebaja de cincuenta céntimos? —preguntó George.

—A los distribuidores independientes no les hacemos rebaja.

—Se supone que en una tonelada hay mil kilos. ¿Cómo es que la tonelada que nos has cobrado solo pesa ochocientos kilos?

—Es hielo. Se ha derretido.

—Pero se supone que tienes que incluir unos kilos de más para compensar lo que se derrite.

—A los independientes, no —dijo el empleado de la compañía—. Mover el camión, estáis bloqueando el puente.

—No es justo.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

Volvieron a casa en tranvía y visitaron su taberna favorita, riéndose de cómo convencerían a Harry Frost de que reformara el negocio del hielo. Menudo chanchullo. Sumándolo todo, la compañía controlaba la recogida, el envío, la

distribución y la venta del hielo. Debía de generar diez millones de pavos al año. George y Peter Jonas rieron más alto. Harry Frost lo reformaría, eso seguro. Harry Frost se haría con el mando.

Hacía una mañana preciosa. Con varias cervezas y un par de huevos duros en la barriga, los hermanos Jonas decidieron tomar el tren eléctrico para volver a Belmont Park y contemplar cómo el aeroplano azul caía del cielo.



Isaac Bell observaba a un grupo de reporteros. Se abalanzaban sobre el participante inglés *sir* Eddison-Sydney-Martin mientras este esperaba a que sus mecánicos echasen aceite y gasolina a su Farman. El hecho de que los periodistas se moviesen por el campo interior en grupo hacía estar especialmente alerta al detective. Un asesino podría esconderse fácilmente entre ellos.

Archie andaba cerca vigilando a Josephine, quien por una vez no había desaparecido en el cielo azul y aguardaba su turno en la carrera de velocidad. El campo interior del hipódromo estaba más lleno de visitantes que de costumbre; parecía que todo el mundo hubiera conseguido un pase, de modo que Archie había doblado la vigilancia. En ese momento, diez detectives de Van Dorn, cuatro disfrazados de mecánicos, estaban cerca de Josephine.

Bell se convenció de que reconocía a todos los reporteros. De momento, solo los periódicos de Whiteway estaban cubriendo la competición, cosa que hacía un poco más fácil seguirles la pista. Si el público se entusiasmaba lo suficiente por la carrera, le había dicho Whiteway, otros periódicos tendrían que hablar de ella. Bell suponía que no abordarían el evento hasta que no les quedase más remedio. Mientras tanto, Whiteway estaba aprovechando al máximo su monopolio, y sus reporteros trataban la noticia exactamente como él quería. Los aviadores estadounidenses eran los más desfavorecidos, y entre ellos la que menos posibilidades de ganar tenía era la Novia Voladora de Estados Unidos, como llamaban a Josephine.

Un reportero aficionado a la bebida y punta de lanza del insigne *Inquirer* tomó la delantera gritando a Eddison-Sydney-Martin:

—Si el campeón de Inglaterra pudiera decir lo que le viniera en gana a los lectores estadounidenses, ¿qué les diría?

—Que gane el mejor o la mejor.

Bell reparó en que a Eddison-Sydney-Martin le temblaban las manos. Al parecer, Archie estaba en lo cierto con respecto a la timidez extrema del *baronet*. Bell advirtió que dirigirse a un grupo de personas le daba más miedo que volar a novecientos metros de altura. Su esposa, Abby, una preciosa morena, cogía del codo al *baronet* para ofrecerle apoyo, pero a Bell le sorprendió el valor que aquel hombre demostraba. A pesar de que le temblaban las manos y tenía los ojos desorbitados como un ciervo deslumbrado por un foco, se mantenía firme.

El reportero de Whiteway se hizo el incrédulo.

—No puede decirlo en serio, *sir* Eddison-Sydney-Martin. Los periódicos de Londres están proclamando al mundo entero que usted vuela por Inglaterra y por el

honor de Gran Bretaña.

—Los británicos tenemos en común con los estadounidenses nuestra prensa entusiasta —contestó el *baronet*—. En realidad, yo soy prácticamente medio estadounidense gracias a la inmensa suerte que he tenido de casarme con mi adorable Abby, que es de Connecticut. Tampoco creo, y lo digo con sinceridad, que la Carrera Aérea de la Copa Whiteway sea como un combate de boxeo, en el que solo un hombre permanece en pie al final. Cada aviador de los que hay aquí puede considerarse ganador por el mero hecho de participar. Los conocimientos que adquiramos redundarán en mejores máquinas voladoras y mejores aviadores.

Un reportero que gritó el nombre de un periódico de Whiteway publicado en Nueva York preguntó:

—¿Ve futuro comercial en las máquinas voladoras?

—¿Me pregunta si habrá pasajeros que paguen para volar? Sabe Dios cuándo veremos un «aerobús» con tal capacidad de elevación. Pero hace unos instantes he visto una iniciativa comercial que puede servirnos de lección para el futuro. Cuando pasaba por encima de Garden City, a cinco kilómetros al norte, y estaba planeando hacia Belmont Park, me fijé en que debajo de mí había una furgoneta de la editorial Doubleday, Page y Compañía que venía al hipódromo. Y ustedes me preguntarán cómo pude ver desde lo alto que se trataba de una furgoneta de esa editorial. La respuesta es que, además de los letreros pintados a los lados de la furgoneta, un avisado jefe de publicidad en la sede de Garden City se había percatado de que el cielo estaba plagado de máquinas voladoras procedentes de Belmont Park y había pintado Doubleday, Page y Compañía en la parte superior para llamar la atención a los aviadores.

Los reporteros tomaron notas.

—Es evidente que a mí me despertó la curiosidad —añadió el *baronet*—. Así que tal vez el futuro comercial de las máquinas voladoras esté en los letreros publicitarios supinos.

Isaac Bell se unió a las risas.

El rostro alargado de Eddison-Sydney-Martin se iluminó embargado de un repentino alivio, como un hombre liberado de la cárcel antes del cumplimiento de su sentencia.

—¡Hola, Josephine! —gritó.

Josephine se dirigía a toda prisa a su aeronave amarilla con la cabeza gacha, como si albergase la esperanza de pasar desapercibida, pero se detuvo para devolver el saludo al *baronet* y gritó afectuosamente a la esposa este:

—¡Hola, Abby!

—Amigos periodistas —dijo el aviador inglés—, ¿no les resultaría más agradable entrevistar a una mujer atractiva?

En cuanto los reporteros divisaron a Josephine, Eddison-Sydney-Martin se introdujo de un salto en su Farman.

—¡Dale, Ruggs! —gritó con tono de urgencia.

Lionel Ruggs, su mecánico jefe, hizo girar la hélice. El motor rotativo Gnome arrancó con el primer tirón, y el *baronet* se elevó del campo de hierba dejando una estela de humo azul.

Isaac Bell se movió rápidamente para interceptar a los reporteros que se lanzaban en desbandada hacia Josephine, consciente de que cualquiera que quisiera hacerle daño podría colocarse un pase de periodista en la cinta del sombrero y unirse con discreción al grupo.

Archie ya había previsto esa posibilidad. Antes de que los reporteros llegasen hasta Josephine, se vio rodeada de detectives, quienes lanzaron una mirada penetrante a todos y cada uno de los periodistas.

—Como una seda —dijo Bell, elogiando a Archie.

—Para eso me paga tanto dinero el señor Van Dorn —contestó Archie sonriendo.

—Me ha dicho que se pregunta por qué sigues trabajando ahora que eres rico.

—Yo también me lo pregunto —dijo Archie—. Sobre todo cuando me han degradado a guardaespaldas «con clase».

—Yo solicité específicamente tu presencia. No te han degradado.

—No me malinterpretes: Josephine es estupenda, y estoy encantado de vigilarla, pero lo cierto es que este trabajo es para los chicos del servicio de seguridad.

—¡No!

Bell se dio la vuelta para mirar a su viejo amigo directamente a la cara.

—No te equivoques, Archie. Harry Frost quiere matarla, y en el servicio de seguridad de Van Dorn no hay ningún hombre que pueda detenerlo.

Archie era casi tan alto y delgado como Bell. Puede que Bell lo hubiera derribado en el combate de boxeo universitario que los había enfrentado hacía mucho, pero él era el único que lo había conseguido. El estilo relajado de Archie, su atractivo y su actitud patricia ocultaban una dureza que Bell rara vez había encontrado entre hombres de su clase.

—Sobrevaloras a Frost —dijo.

—Le he visto en acción. Tú, no.

—Le viste en acción hace diez años, cuando eras un crío. Ya no eres ningún crío. Y Frost es diez años mayor.

—¿Quieres que te sustituya? —preguntó Bell con frialdad.

—Si intentas echarme, acudiré directamente al señor Van Dorn.

Se miraron fijamente. Los hombres que estaban cerca de ellos retrocedieron creyendo que se liarían a golpes. Pero su amistad era demasiado sólida para que acabaran a puñetazos. Bell se echó a reír.

—Si se entera de que andamos a la greña, nos echará a los dos.

—Te juro, Isaac, que nadie hará daño a Josephine mientras yo esté de guardia —dijo Archie—. Si alguien se atreve a intentarlo, la defenderé con mi último aliento.

Isaac Bell se sintió más tranquilo no tanto por las palabras de Archie, sino porque durante toda la conversación este no había apartado los ojos de ella en ningún momento.

Una furgoneta de entrega de Doubleday, Page y Compañía impecablemente pintada y cargada hasta los topes entró en Belmont Park. El conductor y su ayudante llevaban unas gorras de uniforme con viseras brillantes del mismo color verde oscuro de la furgoneta. Se detuvieron en la entrada de servicio de la tribuna y descargaron unos paquetes de revistas *World's Work* y *Country Life in America*. Luego, en lugar de salir del recinto, se metieron en el camino de grava que conectaba el parque ferroviario con el campo interior del hipódromo y siguieron a un camión de remolque modelo T que transportaba un motor Wright de un vagón hangar a la máquina voladora que tenía que impulsar.

La verja que cerraba el paso entre la pista de carreras y el campo interior estaba vigilada por detectives de la agencia Van Dorn. Hicieron señas al modelo T para que pasara, pero detuvieron la furgoneta y observaron a la pareja, ataviada como repartidores profesionales, con expresiones de desconcierto.

—¿Adónde vais?

El conductor sonrió.

—Seguro que no me creería si le dijera que venimos a entregar material de lectura a los aviadores.

—Tienes razón. ¿Qué pasa?

—Tenemos un motor en la parte trasera para el Liberator. Los mecánicos terminaron con él y nos pidieron si podíamos echarles una mano.

—¿Dónde está su camión?

—Tenían que cambiar las correas.

—Joe Mudd es mi cuñado —terció el ayudante—. Sabía que repartíamos revistas. Mientras el jefe no se entere, no hay problema.

—Está bien, pasad. ¿Sabéis dónde encontrarlo?

—Lo encontraremos.

La furgoneta verde zigzagueó por el atestado campo. El conductor esquivó máquinas voladoras, mecánicos, automóviles, camiones, carretillas y bicicletas. Hacinados en la parte trasera del vehículo, tan apretujados que tenían que estar de pie, había una docena de hombres de Rod Sweets. Iban vestidos con traje y bombín, y destacaban claramente por encima de los habituales adefesios del sector para garantizar la circulación fluida de opio y morfina a doctores y farmacéuticos.

Permanecían en un silencio tenso, confiando en que sus atuendos les ayudaran a confundirse entre la multitud de espectadores cuando se produjera el accidente. Nadie quería buscarse problemas con los detectives de Van Dorn, pero Harry Frost les había pagado demasiado dinero por adelantado para rechazar el encargo. Se llevarían palos. Algunos acabarían detenidos. Pero los que escapasen a Brooklyn sanos y salvos no tendrían que trabajar durante meses.

Harry Frost estaba con ellos, observando el biplano Farman azul de *sir* Eddison-Sydney-Martin a través de una mirilla abierta en el lateral. Se sentía extrañamente tranquilo. Su plan daría resultado.

*Sir* Eddison-Sydney-Martin estaba elevándose rápidamente en el cielo, esforzándose por establecer un nuevo récord de velocidad para biplanos en una pista ovalada marcada con postes a un kilómetro y medio de distancia. La pista medía cinco kilómetros. Para batir el récord, tenía que dar veinte vueltas en menos de una hora, y estaba tomando las curvas cerradas ladeándose con gran destreza. Pero sin que el inglés lo supiera, cada curva que el robusto Farman tomaba a gran velocidad podía ser la última. Cuando el perno de aluminio de los hermanos Jonas cediese sometido a una fuerza tremenda, el tirante de alambre sabotado se desprendería del ala que sostenía, y el ala se rompería. En ese momento fatal, todos los ojos de los espectadores de la tribuna y del campo interior se posarían en la máquina abatida.

Frost las había visto caer. Desde una altura de ciento cincuenta metros, se tardaba un tiempo extraordinariamente largo en alcanzar el suelo. Durante ese tiempo, nadie, ni siquiera los detectives de la agencia Van Dorn, vería a los hombres salir de la furgoneta. Una vez en el exterior, sería demasiado tarde para detenerlos. Abrirían un camino a cuchilladas como una formación de fútbol americano, y él enfilaría el espacio despejado y arremetería contra Josephine.

Isaac Bell estaba admirando lo cerradas que Eddison-Sydney-Martin tomaba las curvas cuando, a los treinta minutos de haber iniciado su tentativa de superar el récord de velocidad, un ala de la máquina del *baronet* se desprendió. Parecía una ilusión. El motor siguió rugiendo, y el biplano continuó volando. El ala rota se separó en dos partes, el plano superior y el inferior, que permanecieron ligeramente sujetas entre ellas por unos refuerzos de alambre. La aeronave se precipitó siguiendo una trayectoria descendente pronunciada.

En la tribuna, miles de espectadores dejaron escapar un chillido ahogado. Se levantaron al unísono, con la cara pálida y la mirada fija en el cielo. Los mecánicos del campo interior alzaron la vista, angustiados. Una mujer gritó; era la esposa de Eddison-Sydney-Martin, advirtió Bell. El aeroplano caía con el morro hacia abajo; empezó a girar. Unas fuerzas terribles desgarraban la lona, y aquellas tiras de tela raída que la aeronave arrastraba parecían una larga cabellera.

Bell pudo ver a *sir* Eddison-Sydney-Martin peleándose con los mandos. Pero era inútil. El biplano estaba fuera de control. Impactó contra el suelo con un ruidoso estallido. Bell notó que la tierra se sacudía a cuatrocientos metros de distancia. Un gemido colectivo recorrió el campo interior y resonó entre la multitud de la tribuna.

Bell oyó otro grito.

Al alto detective se le cayó el alma a los pies, pero inmediatamente entró en acción. La esposa del aviador inglés corría hacia los restos del accidente, pero no era Abby la que había gritado. Ella se tapaba la boca con las dos manos. El grito, un desesperado chillido de terror, procedía de detrás de él.

Josephine.

## **Libro dos**

«Mantén el equilibrio como un pájaro en una rama».

Isaac Bell sacó su Browning de la pistolera y corrió a toda velocidad por en medio de una hilera doble de máquinas voladoras.

La imagen de un hombre alto con un traje blanco corriendo hacia ellos con un arma en la mano dispersó a los mecánicos que se habían quedado mirando los restos del accidente que acababa de tener lugar. Al final del pasillo que le abrieron, Bell vio a Josephine de espaldas. Delante de ella, el pelirrojo Archie Abbott la protegía con su cuerpo. Frente a Archie, seis detectives de Van Dorn luchaban hombro con hombro para cerrar el paso a una formación de matones que atacaban con puños, porras y trozos de cadena de bicicleta.

Detrás de los agresores había una furgoneta de Doubleday, Page y Compañía de color verde oscuro con las puertas traseras abiertas de par en par. Harry Frost saltó a través de ellas con una pistola en una mano y un cuchillo en la otra.

Un detective sacó su arma. Una cadena de bicicleta se la arrancó de la mano, que enseguida quedó ensangrentada. Una porra le asestó un golpe en el cráneo y lo lanzó dando vueltas. Otro detective fue derribado a la hierba pisoteada. Los cuatro que quedaban lucharon por mantener la barrera, pero la embestida de los agresores los arrolló y los hizo a un lado, despejando el camino hasta Archie y Josephine. Harry Frost se encaminó con la velocidad y la fuerza de un rinoceronte enloquecido.

Isaac Bell apretó el gatillo de su Browning. Era un arma muy precisa, pero como estaba corriendo apuntó al objetivo más grande del cuerpo de Frost y no a su cabeza. La bala dio en el blanco. Vio cómo impactaba en la chaqueta de Frost, pero el proyectil no detuvo al corpulento hombre. Tampoco impidió que este apuntara a Archie con su pistola.

Bell casi había llegado a ellos; estaba lo bastante cerca para reconocer la pistola de Frost: un revólver Webley-Fosbery. Conociendo la afición de Frost a la brutalidad, Bell temía que el arma estuviera cargada con balas de punta hueca del calibre 455.

Archie se mantuvo firme y apuntó a Frost con su arma. Era una pistola de bolsillo Mauser de 6,35 milímetros hecha a pequeña escala, un modelo experimental que los dueños de la fábrica le habían regalado cuando estuvo en Alemania durante su luna de miel. Bell le había dicho que era demasiado ligera para confiar en ella, pero Archie había sonreído y había repuesto:

—Es un recuerdo de nuestra luna de miel, y no me arruga el traje.

Sin perder la calma, dejó que Frost redujese la distancia antes de disparar tres balas.

Bell vio que los proyectiles perforaban las solapas de Frost, pero este siguió



avanzando. Su velocidad, su peso y su impulso eran más fuertes que tres balas de 6,35 milímetros. Archie había apuntado bien, y sus proyectiles acabarían matando a Harry Frost, pero el hombre estaba dispuesto a sembrar la destrucción antes. Bell le apuntó a la cabeza. Archie bloqueó su línea de tiro.

Con gran sangre fría, el detective pelirrojo levantó el cañón de su pistola para dar a Frost el golpe de gracia entre los ojos. Antes de que pudiera disparar, otra cadena de bicicleta pasó silbando por el aire como un látigo y le arrebató la Mauser de la mano.

Isaac Bell se desvió a la izquierda y disparó por encima del hombro de Archie. Estaba seguro de que había acertado otra vez a Frost, pero el gigante encolerizado con el rostro encendido disparó a bocajarro a Archie Abbott con su arma. El Webley retumbó como un cañón.

Archie se tambaleó cuando la bala de punta hueca le abrió un boquete a través del pecho. Las piernas le flaquearon. Frost se metió el revólver en el bolsillo y se cambió de mano la navaja, clavando sus ojos ardientes en Josephine mientras pasaba muy cerca de Archie.

Archie le lanzó un izquierdazo demoledor mientras caía.

Bell sabía que, dado que tenía el cuerpo destrozado, aquel puñetazo era fruto de lo único que quedaba a Archie: su valor y su destreza. El golpe alcanzó a Frost de lleno en un lado de la mandíbula, con tal fuerza que le rompió el hueso. Frost abrió los ojos desorbitadamente de la sorpresa. Aflojó el puño y la navaja se le cayó.

Bell estaba casi encima de él. No podía disparar. Josephine se interponía en su camino.

Frost se dio la vuelta y echó a correr.

El detective empezó a perseguirlo, pero al saltar por encima del cuerpo de su amigo abatido vio la sangre de vivo color rojo que brotaba de la chaqueta de Archie. Sin vacilar, se agachó a su lado.

—¡Un médico! —gritó—. ¡Que alguien llame a un médico!

Bell abrió la chaqueta y la camisa de Archie, y sacó una afilada navaja arrojada de su bota para cortarle la camiseta. La sangre salía a borbotones de la herida. Bell miró a su alrededor. La gente estaba boquiabierta, pero había unos ojos de mirada serena dispuestos a ayudarlo.

—¡Josephine!

Bell le dio la navaja.

—¡Rápido! Corte un trozo de tela de ala. Así.

Le indicó el tamaño con las manos.

—¡Un médico! —volvió a gritar Bell a los que miraban—. ¡Que los hombres se pongan en marcha! ¡Busquen a un médico!

Josephine regresó a los pocos segundos con un cuadrado de tela amarilla perfectamente cortado.

Isaac Bell presionó con él sobre la herida y sujetó tres lados del cuadrado contra la piel de Archie. Mientras el pecho de Archie subía y bajaba, Bell dejó que el aire de la herida saliera, pero no permitió que entrase más.

—¡Josephine!

—Aquí estoy.

—Necesito tela para atar esto.

Sin vacilar, ella se quitó la gruesa túnica de vuelo y luego la blusa, que cortó en tiras largas.

—Ayúdeme a pasarla por debajo.

Bell dio la vuelta a Archie y lo colocó sobre el costado de la herida mientras Josephine metía la tela por debajo de él. Bell ató los extremos.

—Coja esas prendas para mantenerlo en calor.

—¡Un médico!

Por fin, un médico se acercó corriendo. Dejó su maletín en el suelo, se arrodilló al lado de Archie y le buscó el pulso.

—Buen trabajo —dijo refiriéndose al vendaje—. ¿Es usted médico?

—He visto hacerlo —contestó Bell secamente.

En su propio pecho, podría haber añadido, cuando tenía veintidós años, mientras Joseph van Dorn trataba de salvar la vida de su aprendiz y las lágrimas le humedecían el bigote.

—¿Qué le ha hecho el agujero? —preguntó el médico.

—Una bala de punta hueca del calibre 455.

El médico miró a Bell.

—¿Es amigo suyo?

—Es mi mejor amigo.

El médico sacudió la cabeza.

—Lo siento, hijo. Esas balas son letales.

—Necesitamos una ambulancia.

—Hay una de camino. Al aviador inglés no le ha hecho falta.

A los pocos minutos Archie estaba en la ambulancia camino del hospital acompañado de dos médicos. Para entonces los detectives de la agencia Van Dorn se habían reagrupado y habían formado un cordón resistente alrededor de Josephine.

Harry Frost había escapado en medio de la confusión.

Bell organizó rápidamente una búsqueda y dispuso varias medidas entre las que se encontraba avisar a todos los hospitales de la zona.

—Lleva al menos tres balas encima, quizá cuatro —dijo—. Y Archie le rompió la mandíbula.

—Hemos atrapado a dos de su grupo, Isaac. Matones de Brooklyn. Reconozco a

uno. Trabaja para Rod Sweets, el rey del opio. ¿Qué hacemos con ellos?

—A ver qué podéis sacarles antes de entregarlos a la policía.

A Bell no le cabía duda de que Archie se había camelado a la policía local cuando había llegado al hipódromo. El procedimiento habitual consistía en congraciarse con los agentes y averiguar con quién entablar amistad en caso de emergencia.

—Están cantando. Frost les pagó cien pavos por cabeza. Les dio el dinero por adelantado para que pudieran dejárselo a sus novias si los atrapaban.

—De acuerdo. Dudo que sepan algo útil acerca de Frost, pero a ver lo que podéis descubrir. Luego entregadlos. Decid a la policía que Van Dorn presentará cargos. Dadle un motivo para retenerlos.

Bell habló brevemente con Josephine para asegurarse de que se sentía a salvo y para garantizarle que le había asignado más centinelas hasta que atraparan a Frost.

—¿Se encuentra bien?

—Voy a volar —dijo ella.

—¿Ahora?

—Volar me ayuda a despejar la mente.

—¿No tiene que cambiar la tela que cortó de su máquina?

—No era de ninguna superficie importante.

Bell se dirigió a toda prisa al lugar donde se había estrellado el biplano de Eddison-Sydney-Martin. Que el accidente del inglés hubiera distraído a todos los presentes en Belmont Park, incluidos sus detectives, en el momento en que los matones de Harry Frost habían atacado parecía una extraña casualidad. De hecho, no podía ser fortuito; Frost debía de haberlo maquinado.

Bell vio de lejos que el Farman se había estrellado de morro. Su fuselaje despuntaba como un monumento, una lápida, dedicado al pobre Eddison-Sydney-Martin, quien, si las sospechas de Bell eran ciertas, había sido víctima de un asesinato, no de un accidente. La esposa del *baronet* se encontraba al lado del biplano destrozado. Un hombre alto con gorro de aviador la rodeaba con el brazo como si estuviera consolándola. Fumaba un cigarrillo. Se inclinó y le susurró algo al oído. Ella rió.

Bell dio la vuelta para poder verles las caras. El hombre era el mismísimo Eddison-Sydney-Martin. Estaba totalmente pálido, le caía un hilo de sangre de la venda que le cubría el ojo y se apoyaba en Abby. Pero, milagrosamente, el inglés se tenía en pie.

Bell volvió a mirar el Farman destrozado.

—¿Quién pilotaba su máquina? —preguntó al *baronet*.

*Sir Eddison-Sydney-Martin* se echó a reír.

—Me temo que he vivido la aventura en carnes propias.

—Es un milagro.

—El armazón suele absorber el impacto: toda la madera y el bambú se deforman de tal manera que amortiguan el golpe. Así que mientras uno no caiga ni se parta el cuello, ni el motor se desprenda y aplaste al aviador, hay bastantes posibilidades de sobrevivir a un accidente aéreo. Claro que también tengo que agradecer enormemente el papel que la suerte ha desempeñado.

—Lamento que haya quedado fuera de la carrera.

—No estoy fuera de la carrera. Pero necesito con urgencia otra máquina.

Bell miró a su esposa, preguntándose si como era ella la que extendía los cheques, se arriesgaría a volver a enviar a su marido al aire.

—Unos tipos muy espabilados de New Haven están experimentando con un Curtiss sin plano delantero que tiene mucha potencia —dijo Abby.

—Cuentan con una licencia de Breguet, que fabrica unas máquinas excelentes —añadió su marido.

—¿Qué ha ido mal? —preguntó Bell—. ¿Por qué ha caído?

—Oí un ruido muy potente. Luego un tirante de alambre pasó zumbando por encima de mi cabeza. Según parece, un soporte se rompió. Y a falta de apoyo, el ala se desprendió.

—¿Por qué se rompió el tirante?

—Es un misterio. Las máquinas Farman no suelen tener estructuras chapuceras. —Se encogió de hombros—. Mis chicos lo están investigando. Pero el deporte es así, ¿no? Siempre hay accidentes.

—A veces —dijo Bell, todavía más convencido de que el revés que el inglés había sufrido no había sido casual. Se acercó a los restos del aeroplano, donde Lionel Ruggs, el mecánico jefe de Farman, recuperaba algunas piezas—. ¿Ha encontrado el cable que se rompió? —le preguntó.

—El puñetero no se rompió —replicó Ruggs—. Se estrelló con tanta fuerza que está casi todo hecho pedazos.

—Me refiero al cable que se rompió y provocó el accidente. El *baronet* dice que oyó que uno se soltaba.

—Los he colocado todos ahí. —Señaló una hilera de alambres—. De momento, no he encontrado ninguno roto. Es cable de alambre similar a los que sostienen el puente de Brooklyn. Prácticamente, resulta indestructible.

Bell fue a echar un vistazo. Un ayudante, un chico que no debía de tener más de catorce años, iba y venía con más alambres. Estaba mirando el extremo de uno; parecía desconcertado.

—¿Qué has encontrado, hijo?

—Nada.

Bell sacó un dólar de plata reluciente del bolsillo.

—Pero tienes cara de sorpresa... Toma.

El muchacho cogió la moneda.

—Gracias, señor.

—¿Por qué no se lo enseñas a tu jefe?

El chico llevó el cable al mecánico jefe.

—Mire esto, señor Ruggs.

—Ponlo con el resto, muchacho.

—Pero, señor, tiene que mirar esto.

Lionel Ruggs se puso unas gafas de leer y acercó el cable a la luz.

—Maldita sea... ¡Maldita sea!

Justo entonces Dmitri Platov se acercó corriendo. Sacudió la cabeza al ver los restos del Farman. A continuación miró a Eddison-Sydney-Martin, quien estaba encendiendo otro cigarrillo.

—¿Usted sobrevivir? Usted suerte.

—¿Qué opina de esto, señor Platov?

El ruso cogió la pieza entre los dedos y la examinó; el desconcierto asomó también a su rostro.

—Ser raro. Ser muy raro.

—¿Por qué es raro? —preguntó Bell.

—Ser aluminio

El mecánico jefe Ruggs explotó.

—¿Qué demonios hacía eso en nuestra máquina?

—¿A qué se refiere? —preguntó Isaac Bell.

—Ser algo que no debería estar —explicó Platov—. Ser... ¿Cómo se dice? Ser eslabón débil.

—Este perno del extremo del cable es de aluminio fundido —dijo Ruggs, hecho una furia—. Debería ser de acero. Esos cables están sometidos a mucha tensión, y todavía más cuando la máquina se mueve bruscamente. El perno debería ser al menos tan resistente como el cable. De lo contrario, como el señor Platov sostiene, es un eslabón débil.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Bell.

—He visto usarlo. Pero no en nuestras máquinas, ¡faltaría más!

Bell se volvió hacia el ruso.

—¿Ha visto usted aluminio usado de esta forma?

—Aluminio ligero. Aluminio en montantes, aluminio en piezas de cruzamiento, aluminio en estructuras. Pero ¿en perno de tirante? Solo tontos. —Se lo devolvió a Lionel Ruggs, con una expresión severa en su rostro habitualmente alegre—. La persona que hacer esto merecer que le disparen.

—Yo mismo apretaré el gatillo si encuentro a ese malnacido —dijo el mecánico.

Isaac Bell corrió al parque ferroviario, donde Archie había montado una oficina de campaña en un rincón del vagón hangar de Josephine. Echó un vistazo a los informes que estaban recibiendo por telégrafo y teléfono, así como a través de mensajeros. Harry Frost seguía fugado a pesar de sus heridas.

O para ser exactos, Bell tenía que reconocerlo, Harry Frost había desaparecido.

Habían alertado a todos los hospitales que estuvieran ojo avizor con el hombre herido. Ninguno había respondido. Frost podía estar muriéndose en una cuneta o haber fallecido ya. Quizá se había ocultado en las tierras de cultivo que rodeaban el hipódromo. O acaso se había dirigido a Brooklyn, donde los gánsteres lo acogerían a cambio de dinero y le proporcionarían tanto enfermeras como farmacéuticos deshonestos para que le curasen las heridas. Podía haber huido al este, a la zona rural de Nassau y los campos de Suffolk. O al norte, al inmenso y poco poblado territorio de Long Island donde los dueños de las grandes fortunas de Estados Unidos cazaban a caballo acompañados de jaurías de perros.

Bell telefoneó a la oficina de Nueva York. Pidió que enviaran más agentes de Manhattan, así como otros investigadores para doblar la vigilancia en las estaciones de ferrocarril y de metro y en los transbordadores. Y envió a aprendices a hospitales con instrucciones estrictas de no involucrarse salvo para pedir ayuda. Cuando hubo hecho todo lo que estaba en su mano para poner en marcha la búsqueda, dejó a una docena de detectives con órdenes de no separarse de Josephine y, a toda prisa, se dirigió en su Pierce prestado al hospital Nassau, en Mineola, adonde habían llevado a Archie.

La hermosa mujer de Archie, Lillian, una joven rubia de diecinueve años, aguardaba con un largo guardapolvo fuera de la sala de operaciones, recién llegada en coche desde Nueva York. Sus ojos azules increíblemente claros estaban secos y atentos, pero su cara era una máscara de miedo.

Bell la abrazó. Él se la había presentado a Archie intuyendo que la vivaz hija única de un viudo magnate del ferrocarril alegraría la vida a su amigo. Y no se había equivocado. Los dos se adoraban. Él había convencido al arisco padre de Lillian que viera a Archie como el hombre que realmente era y no como un cazafortunas. «Has cambiado mi vida», le había dicho Archie a Bell en agradecimiento en la boda, en la que Isaac había hecho de padrino. Irónicamente, años antes, él ya había cambiado la vida de Archie cuando le había propuesto que se hiciera detective. Ojalá no lo hubiera hecho.

Bell observó por encima de la cabeza de la joven que un cirujano salía de la sala

de operaciones con expresión seria. Cuando vio a Bell abrazando a Lillian, sus ojos reflejaron alivio, como si el hecho de que un amigo estuviera consolándola le hiciera más fácil comunicarle que su esposo pronto moriría.

—El doctor está aquí —susurró Bell.

Lillian se volvió hacia el cirujano.

—Dígame.

El doctor dudó un instante. Para Isaac Bell, Lillian Hennessy Abbott era la hermana pequeña que nunca había tenido. Podía olvidarse de su belleza, tan exquisita que a la mayoría de los hombres les costaba hablar con ella en su primer encuentro. Bell supuso que el doctor no soportaba pronunciar ninguna palabra que arrasase sus mejillas de lágrimas o provocara un mohín en sus hermosos labios.

—Dígame —repitió Lillian, y cogió la mano del doctor.

Su firme contacto infundió valor al hombre.

—Lo lamento, señora Abbott. La bala ha causado muchos daños. No alcanzó el corazón por poco, pero hizo pedazos dos costillas.

A Bell se le desgarró el alma.

—¿Está muerto?

—¡No...! Todavía vive.

—¿Tiene remedio? —preguntó Lillian.

—Ojalá pudiera...

Bell la abrazó con más fuerza cuando ella se derrumbó entre sus brazos.

—¿No puede hacerse nada? —dijo.

—Yo... no puedo hacer más.

—¿Hay alguien capaz de salvarlo? —preguntó Isaac Bell.

El doctor suspiró profundamente y lo miró con expresión ausente.

—Solo hay un hombre que podría intentar operarlo. El cirujano S. D. Nuland-Novicki. En la guerra de los Bóers, desarrolló nuevos métodos para curar heridas de bala. Lamentablemente, el doctor Nuland-Novicki...

—¡Tráigalo! —gritó Lillian.

—Está lejos. Está impartiendo clases en Chicago.

Isaac Bell y Lillian Hennessy Abbott se miraron fijamente, esperanzados.

—Pero aunque Nuland-Novicki pudiera subir al semidirecto *20th Century* a tiempo, su marido no durará las dieciocho horas que el cirujano tardará en llegar. Diecinueve, con el tiempo añadido de aquí a Long Island. Y no podemos trasladar a su esposo a Nueva York.

—¿Cuánto le queda?

—Doce o catorce horas como mucho.

—¿Dónde hay un teléfono? —solicitó Bell.

El doctor los llevó corriendo a través de las resonantes salas hasta la estación

telefónica central del hospital.

—Gracias a Dios, mi padre está en casa —dijo Lillian—. Póngame con Nueva York —dijo a la operadora—. Murray Hill, cuatro, cuatro, cuatro.

Estableció conexión con la mansión de piedra caliza de Osgood Hennessy en Park Avenue. El mayordomo llamó a Hennessy al teléfono.

—Padre, escúchame. Han disparado a Archie... Sí, está herido de gravedad. Hay un cirujano en Chicago. Necesito que esté aquí en doce horas.

El doctor sacudió la cabeza y le dijo a Bell:

—El *20th Century* y el semidirecto de Broadway tardan dieciocho horas. ¿Qué tren podría venir de Chicago a Nueva York más rápido que esos ferrocarriles de primera?

Isaac Bell dejó escapar una sonrisa esperanzada.

—Un vapor especial en una vía básicamente despejada por un magnate del ferrocarril que adora a su hija.

—Los enemigos del comisario Baker lo consideran un pelagatos —gruñó Osgood Hennessy, refiriéndose al comisario de policía de Nueva York recién nombrado—. Yo lo considero un buen tipo.

Seis automóviles de la brigada de tráfico y una motocicleta que el departamento estaba probando con miras a crear una brigada de esos vehículos de dos ruedas aceleraban sus motores en el exterior de la estación de Grand Central, preparados para escoltar la limusina de Hennessy a la mayor velocidad posible por el puente de Manhattan y a través de Brooklyn hasta el condado de Nassau. Las calles estaban oscuras, y el amanecer teñía el cielo del este de un tenue tono rosado.

—¡Ahí están! —gritó Lillian.

Isaac Bell salió de la estación de ferrocarril sin perder un segundo. Llevaba cogido del brazo a un Nuland-Novicki de aspecto juvenil y saludable, que se movía a toda prisa a su lado como un perrito impaciente.

Los motores rugieron, las sirenas ulularon y a los pocos segundos la limusina recorría Park Avenue como una exhalación. Lillian entregó a Nuland-Novicki el último telegrama del hospital. El doctor lo leyó y asintió con la cabeza.

—El paciente es un hombre fuerte —dijo para tranquilizarlos—. Eso siempre es de ayuda.

En Belmont Park, el mismo tono rosado del amanecer se reflejaba en el reluciente raíl de acero por el que el revolucionario motor térmico de Dmitri Platov tenía que hacer su última prueba. El cielo del nuevo día imprimía urgencia a la tarea de un hombre agachado debajo del aparato. Si se quedaba más tiempo, los madrugadores lo verían



aflojando tornillos con una llave inglesa. Ya olía a desayuno. La brisa que atravesaba el campo interior transportaba el olor del beicon que se estaba friendo en los trenes de refuerzo del parque ferroviario, al otro lado de la tribuna.

Los mecánicos aparecerían en cualquier momento. Pero el sabotaje era un trabajo lento. Tenía que esperar antes de girar cada tuerca para lubricar las roscas con aceite penetrante a fin de evitar el chirrido del metal oxidado. Luego tenía que secar las gotas, pues no pasarían desapercibidas a las miradas atentas de los hombres que hicieran las últimas pruebas en tierra antes de experimentar con el biplano de Steve Stevens, quien aguardaba cerca del raíl bajo una lona.

Ya habría terminado si los detectives que vigilaban la máquina voladora de Josephine Josephs no acostumbrasen peinar el campo interior del hipódromo. Silenciosos, impredecibles, aparecían de improviso enfocando con linternas y desaparecían de manera igual de repentina, haciendo que se preguntase cuándo y por dónde llegarían la próxima vez. En dos ocasiones se había agachado, frotándose nerviosamente el brazo, mientras esperaba a que siguieran adelante.

El último paso después de aflojar los pernos que sujetaban los dos extremos contiguos del raíl consistía en meter unas cerillas para rellenar el espacio vacío. Si alguien probaba la junta, no parecería suelta. Pero cuando el motor térmico desencadenase toda su potencia, los raíles se separarían y la junta se abriría. El efecto sería como el de un cambio de agujas activado para desviar un tren de una vía a otra. La diferencia era que allí solo había una vía, y el «tren», el motor milagroso de Platov, no tendría otra vía a la que ser desviado y saldría disparado por los aires como una bala de cañón autopropulsada. Y que Dios asistiera a todo el que se interpusiese en su camino.

—Harry Frost no está muerto —dijo Isaac Bell.

—Según se cuenta, Harry Frost recibió dos disparos tuyos y tres del pobre Archie —dijo Joseph van Dorn—. Tiene más plomo encima que un hojalatero.

—No ha bastado para matarlo.

—No le hemos visto el pelo. Ningún hospital ha tenido noticias de él. Ningún médico ha dado parte de la cura de una mandíbula fracturada acompañada de unas injustificadas heridas de bala.

—Hay médicos que cobran de más por no denunciar las heridas de bala.

—Tampoco nos han llegado pruebas de ninguno de los avistamientos.

—Hemos recibido numerosas pistas —dijo Bell.

—Ninguna ha dado frutos.

—Eso no quiere decir que esté muerto.

—Por lo menos está fuera de juego.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Isaac Bell.

Joseph van Dorn estampó su fuerte mano sobre la mesa.

—Escúchame, Isaac. No es la primera vez que nos vemos en esta situación. Me encantaría que Harry Frost no estuviera muerto. Sería bueno para el negocio. Preston Whiteway continuaría abonándonos una fortuna para que protegiéramos a su Novia Voladora. Afortunadamente, está dispuesto a pagarnos para que encontremos el cadáver de Frost. Pero, en conciencia, no puedo seguir cobrándole por una docena de agentes las veinticuatro horas del día.

—No hay cadáver —insistió Bell.

—¿Qué pruebas tienes de que no está muerto? —preguntó el jefe.

Bell se levantó de un saltó y se paseó dando largas zancadas por la suite del hotel Knickerbocker que Van Dorn usaba como despacho privado cuando estaba en Nueva York.

—Señor —dijo, dirigiéndose a él formalmente—, usted ha sido detective durante más tiempo que yo.

—Mucho más.

—Como tal, sabe que la corazonada de un investigador con experiencia nace de la realidad. Una corazonada no surge de la nada.

—Ahora te pondrás a elogiar el sexto sentido —contestó Van Dorn.

—No tengo que hablar bien del sexto sentido —replicó Bell— ya que, dada su larga experiencia, usted sabe mejor que yo que el sexto sentido puede compararse a las corazonadas. Ambos se basan en la observación de cosas y hechos que ignoramos

que ya hemos visto.

—¿Tienes idea de qué has observado que provoque esa corazonada?

—El sarcasmo es un privilegio reservado al jefe, señor —respondió Bell—. Tal vez observé la agilidad con la que Frost se movió cuando escapó, señor. O la cara de sorpresa que puso cuando Archie le partió la mandíbula, no cuando le disparamos, señor.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamarme «señor»?

—Sí, señor —dijo Bell sonriendo.

—Hoy estás muy contento.

—Me alegro mucho de que Archie tenga la oportunidad de seguir luchando por su vida. El doctor Nuland-Novicki ha dicho que lo más importante era aguantar las primeras veinticuatro horas, y él ha aguantado.

—¿Cuándo podré visitarle? —preguntó Van Dorn.

—Todavía no. Solo permiten estar en la habitación a Lillian. Hasta la madre de Archie tiene que esperar en el vestíbulo. El otro motivo por el que estoy contento es que Marion llegará en cualquier momento de San Francisco. Whiteway la ha contratado para que registre imágenes en movimiento de la carrera.

Van Dorn permaneció en silencio un instante, reflexionando sobre su conversación. Cuando volvió a hablar, lo hizo con seriedad.

—Lo que dices sobre las corazonadas es cierto... o, si no del todo cierto, sin duda es algo en lo que coinciden los detectives con experiencia.

—La observación desapercibida es un fenómeno fascinante.

—Pero —dijo Van Dorn, levantando un dedo carnosos para recalcar sus palabras — los detectives con experiencia también coinciden en que las corazonadas y el sexto sentido han enriquecido a los corredores de apuestas desde la primera carrera de caballos que tuvo lugar en la historia de la humanidad. Esta mañana me he enterado de que has doblado tu apuesta llamando a Belmont Park a algunos de mis mejores hombres repartidos por el país.

—Walt Hatfield, el agente Texas —osó contestar Bell, sin disculparse—. Eddie Edwards, de Kansas City. Arthur Curtis, de Denver. James Dashwood, de San Francisco.

—Yo no pondría a Dashwood en ese grupo.

—He trabajado con el chico en California —dijo Bell—. Lo que a Dash le falta en experiencia lo compensa con tenacidad. Además, es el mejor tirador de la agencia. Le habría abierto un tercer ojo a Harry Frost en la frente.

—En cualquier caso, cuesta dinero trasladar hombres de un sitio a otro. Por no hablar del riesgo de parar los casos en los que están trabajando.

—Antes de llamarles hablé con los directores de sus oficinas.

—Deberías haber hablado conmigo. Voy a enviar a Walt otra vez a Texas para que

termine su caso del robo de tren de San Antone y a Arthur Curtis a Europa para que abra la oficina de Berlín. Archie Abbott descubrió buenos detectives en la zona. Arthur será el hombre que los dirija, puesto que habla alemán.

—Yo también necesito a los mejores, Joe. Estoy compaginando cuatro trabajos: proteger a Josephine, proteger la carrera, buscar a Frost e investigar qué le pasó exactamente a Marco Celere.

—Respecto a Celere, las pruebas también apuntan a que está muerto.

—Y también falta su cadáver.

—Anoche intercambié telegramas con Preston Whiteway. Se conforma con cualquiera de los dos cuerpos: el de Celere, para que podamos condenar a Frost, o el de Frost, para que podamos enterrarlo.

—Yo también voto por el de Frost —dijo Bell—. Josephine estaría a salvo, y yo podría buscar a Celere cuando tenga tiempo.

—¿Por qué te preocupa si Frost está muerto?

—No me gustan los asesinos sin cadáver. Algo no encaja.

—¿Otra corazonada?

—¿Te gustan a ti los asesinatos sin cadáveres, Joe?

—No. Tienes razón. Algo falla.

Llamaron tímidamente a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Van Dorn.

Un aprendiz entró a toda prisa con un telegrama para Isaac Bell.

Cuando el detective lo leyó su expresión se ensombreció, y dijo al aprendiz, que estaba de puntillas listo para marcharse:

—Envíales un telegrama. Infórmales de que quiero una buena explicación que aclare por qué los carteles de SE BUSCA han tardado tanto en llegar a ese banco.

El aprendiz se fue corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Van Dorn.

—Frost no está muerto.

—¿Otra corazonada?

—Harry Frost acaba de retirar diez mil dólares en el First National Bank de Cincinnati. Poco después de que él se marchara, nuestra oficina en la ciudad entregó los carteles para los bancos en los que se les advierte que Frost puede hacerles una visita para retirar dinero. Cuando el director del banco nos llamó, Frost ya se había ido.

—Enviar esos carteles era dar palos de ciego, pero ha valido la pena —dijo Van Dorn—. Bien hecho.

—Habría sido mucho mejor si en Cincinnati alguien hubiera hecho su trabajo como es debido.

—He estado considerando hacer limpieza en Cincinnati. Esto ya pasa de castaño

oscuro. ¿Decían algo de las heridas de Frost?

—No. —Bell se levantó—. Joe, tengo que pedirte que supervises personalmente la brigada que protege a Josephine hasta que yo vuelva.

—¿Adónde vas?

—A Massachusetts, al este de Albany.

—¿Qué buscas?

—El joven Dashwood ha sacado a la luz un dato interesante. Le pedí que investigara el pasado de Marco Celere. Resulta que Frost no era el único que quería matarlo.

Van Dorn dirigió a su investigador jefe una mirada inquisitiva.

—Me intriga cuando más de una persona intenta matar a un hombre. ¿De quién se trata?

—Una mujer italiana desquiciada, Danielle di Vecchio, apuñaló a Celere gritando: *Ladro! Ladro!* Es decir, «ladrón» en italiano.

—¿Se sabe qué la empujó a hacerlo?

—No. La encerraron en un manicomio privado. Voy a ver si consigo sonsacarle algo.

—Un consejo, Isaac: la gente de los manicomios privados puede ser difícil de tratar. Tienen tanta influencia sobre los pacientes que se convierten en pequeños napoleones. Es irónico, porque la mayoría de los pacientes creen que son Napoleón.

—Pediré a Grady que busque su punto débil.

—Asegúrate de que vuelves antes de que la carrera empiece. Los jóvenes estáis más capacitados para perseguir máquinas voladoras por el campo y para dormir al raso. No te preocupes por Josephine. Cuidaré de ella personalmente.

Bell tomó el expreso *Empire State* a Albany, alquiló un potente Ford modelo K y se dirigió al este a toda velocidad por caminos de tierra hasta una zona escasamente poblada del noroeste de Massachusetts. Era un terreno montañoso con granjas dispersas separadas por bosques frondosos. Se detuvo en dos ocasiones para pedir señas. La segunda vez se las dio un joven camionero con expresión afligida que estaba al lado del camino polvoriento cambiando una rueda a su vehículo. En el remolque de este Bell vio una máquina voladora desmontada con las alas plegadas.

—¿El Manicomio Privado Ryder? —dijo el camionero, repitiendo la pregunta de Bell.

—¿Sabe dónde está?

—Sin duda. Justo al otro lado de esa colina. Lo verá desde la cima.

El atuendo del camionero (gorra de lana con visera, chaleco, pajarita y camisa con los puños ceñidos) indicó a Bell que debía de ser el mecánico del avión.

—¿Adónde lleva esa máquina voladora?

—A ninguna parte —contestó el conductor del camión, con un aire tan desconsolado como tajante que no dejaba lugar a más preguntas.

Bell se dirigió a la cumbre de la colina con el modelo K y vio unos metros más abajo un edificio de ladrillo rojo oscuro que se alzaba entre las sombras de un valle angosto. A cada lado divisó almenas y torres propias de una fortaleza que no contribuían a mitigar el aura de desesperanza. Las ventanas eran pequeñas y, como Bell pudo apreciar al acercarse, tenían barrotes como las de una penitenciaría. Un muro alto de ladrillo, del mismo color lúgubre del edificio, rodeaba los jardines. Tuvo que detener el automóvil ante una verja de hierro, donde pulsó el botón de un timbre que llamó la atención de un arisco guarda con una porra colgada del cinturón.

—Me llamo Isaac Bell. Tengo una cita con el doctor Ryder.

—No puede meter eso aquí —dijo, señalando el coche.

Bell aparcó el Ford a un lado del camino de acceso. El guarda le dejó pasar por la verja.

—No me responsabilizo de lo que le ocurra a ese automóvil —dijo sonriendo burlonamente—. No todos los locos están dentro.

Bell se acercó y le dedicó una sonrisa fría.

—Considere ese automóvil su principal responsabilidad hasta que vuelva.

—¿Qué ha dicho?

—Si al automóvil le ocurre algo, usted pagará los platos rotos. ¿Me cree? Bien. Y ahora, lléveme con el doctor Ryder.

El propietario del manicomio era un hombre de cuarenta y tantos años arreglado, meticuloso y exquisitamente vestido. A Bell le pareció un tipo quisquilloso, encantado con una situación que le ofrecía control absoluto sobre las vidas de cientos de pacientes. Se alegró de haber seguido la advertencia de Joe van Dorn acerca de los pequeños napoleones.

—No creo que le convenga visitar a la señorita Di Vecchio esta tarde —dijo el doctor Ryder.

—Usted y yo hablamos por teléfono esta mañana —le recordó Bell—. Accedió a dejarme ver a la señorita Di Vecchio.

—El estado mental de un paciente no siempre es conveniente para un extraño. Un encuentro inoportuno podría resultar angustioso para los dos.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —dijo Bell.

—¿Y la paciente?

Isaac Bell miró al doctor Ryder a los ojos.

—¿Le dice algo el nombre de Andrew Rubenoff?

—Me suena a judío.

—De hecho, es judío —contestó Bell con un brillo peligroso en los ojos. No soportaba la intolerancia, motivo por el cual iba a disfrutar todavía más bajándole los

humos a Ryder—. Y un buen judío. Además de un estupendo pianista.

—Me temo que no conozco al... ejem... caballero.

—El señor Rubenoff es un banquero. Es un viejo amigo de mi padre. Prácticamente un tío para mí.

—No tengo a ningún banquero llamado Rubenoff. Y ahora, si me disculpa...

—No me sorprende que no conozca al señor Rubenoff. Sus clientes tienden a dedicarse a negocios prósperos como la fabricación de automóviles y el cine. Pero como es un sentimental, permite que sus conglomerados de empresas mantengan bancos más pequeños y convencionales, e incluso compra alguno de vez en cuando. De hecho, el «tío Andrew» me ha pedido que haga una visita de su parte a uno situado cerca de aquí mientras esté en la zona. Creo que se llama First Farmers Bank of Pittsfield.

El doctor Ryder palideció.

—Los chicos del departamento de investigación de la agencia de detectives Van Dorn saben sacar a la luz hasta la información más comprometida. El First Farmers of Pittsfield financia su hipoteca, doctor Ryder, las condiciones de la cual permiten al banco solicitar la devolución de su préstamo si el valor de la garantía subsidiaria baja de golpe, como ha sido el caso de la mayoría de los manicomios privados, incluido el Ryder, ya que los nuevos centros gestionados por el estado atraen cada vez a más pacientes. Me reuniré con la señorita Di Vecchio en una habitación limpia, agradable y bien iluminada. Sus dependencias personales, que según tengo entendido están en la planta superior del torreón, serán ideales.

Danielle di Vecchio dejó a Bell sin habla. Entró tímidamente en el piso de Ryder, un poco temerosa (resultaba comprensible, pensó Bell), pero también llena de curiosidad. Era una mujer muy hermosa, alta y bien formada. Iba ataviada con un andrajoso vestido blanco, y tenía una larga melena morena y unos ojos oscuros enormes.

Bell se quitó el sombrero e indicó a la enfermera con un gesto que los dejara y cerrase la puerta. Tendió la mano a la dama.

—Señorita Di Vecchio, gracias por venir a verme. Me llamo Isaac Bell.

Habló con suavidad y dulzura, teniendo presente que ella había sido encarcelada por mandato judicial por acuchillar a un hombre. Los ojos de Danielle di Vecchio, que se paseaban por la estancia mirando con atención los muebles, las alfombras, los cuadros y los libros, se posaron en él.

—¿Quién es usted?

Tenía acento italiano, pero su pronunciación era clara.

—Soy detective privado. Estoy investigando los disparos de los que Marco Celere fue víctima.

—*Ladro!*

—Sí. ¿Por qué lo llama ladrón?

—Porque robó —contestó ella simple y llanamente.

Danielle miró hacia la ventana, y Bell advirtió por el modo en que se le iluminó el rostro que hacía mucho tiempo que no salía y que probablemente no había visto los árboles, la hierba verde y el cielo azul ni siquiera de lejos.

—¿Por qué no nos sentamos al lado de la ventana? —preguntó Bell al tiempo que se aproximaba lentamente hacia ella.

Danielle lo siguió con cautela, recelosa como una gata pero deseosa de recibir la caricia de la brisa que movía las cortinas. Bell se situó de forma que pudiera detenerla si trataba de saltar por la ventana.

—¿Puede decirme qué robó Marco Celere?

—¿Ha muerto a causa de los disparos?

—Probablemente —contestó Bell.

—Bien —dijo Danielle, y acto seguido se persignó.

—¿Por qué se ha santiguado?

—Me alegro de que esté muerto. Pero me alegro de que no fuera yo quien le quitara la vida. Es obra de Dios.

Dudando que Dios hubiera actuado en representación de Harry Frost, Isaac Bell probó suerte con el estado mental de la señorita Di Vecchio.

—Pero intentó matarlo, ¿no?

—Y fracasé —respondió Danielle. Miró a Bell a la cara—. He tenido meses para pensar en ello. Creo que una parte de mi alma se encerró en sí misma. No recuerdo todo lo que pasó ese día, pero sí me acuerdo de que, aunque no le di en el cuello, le hice un corte largo en el brazo. Aquí...

Deslizó sus dedos con torpeza por la cara interior del antebrazo de Bell.

—Me alegré, pero no recuerdo si me alegré porque le hice sangre o porque no lo maté.

—¿Qué fue lo que Marco robó?

—El trabajo de mi padre.

—¿Qué trabajo?

—Mi padre era un *cervellone degli aeroplani*... ¿Cómo se dice? Un cerebro, ¡un genio de los aeroplanos!

—¿Su padre inventó máquinas voladoras?

—¡Sí! Un bello monoplano. Lo llamó *Aquila*, que significa «águila». Cuando trajo su *Aquila* a Estados Unidos, estaba tan orgulloso de vivir aquí, señor Bell, que lo llamó *American Eagle*.

Danielle di Vecchio empezó a hablar rápidamente. Marco Celere había trabajado para su padre en Italia como mecánico, ayudándolo a construir los aeroplanos que él



diseñaba.

—Eso fue en Italia. Antes de que se acortara el apellido.

—¿Marco cambió de apellido? ¿Cómo se llamaba?

—Prestogiacomo.

—Prestogiacomo —dijo Bell, imitando el sonido que salía por la boca de la joven.

Le pidió que lo deletreara y lo anotó en su cuaderno.

—Cuando Marco llegó a este país dijo que era demasiado largo para los estadounidenses. Pero era mentira. Todo el mundo sabía que Prestogiacomo era un *ladro*. Aquí su nuevo apellido, Celere, solo significa «rápido». Nadie sabía la clase de hombre que era en realidad.

—¿Qué robó a su padre?

Según la señorita Di Vecchio, Marco había robado un nuevo método de reforzamiento de las alas y de control del alabeo.

—¿Puede explicarme a qué se refiere con «control del alabeo»? —preguntó Bell, poniendo a prueba otra vez la lucidez de Danielle.

Ella hizo un gesto, usando sus largos brazos como alas.

—Cuando el aeroplano se inclina hacia un lado, el *conduttore* o *pilota* cambia las piezas móviles de las alas para que la aeronave se incline hacia el otro lado y esté recta.

Recordando su primera conversación con Josephine, Bell preguntó:

—¿No inventaría su padre por casualidad los *alettoni*?

—¡Sí! ¡Sí! A eso me refiero. Los *alettoni*.

—Alas pequeñas.

—Mi padre —dijo Danielle, dándose unos golpecitos en el pecho con orgullo—, mi maravilloso *babbo*. En lugar de torcer toda el ala, él movía solo unas pequeñas partes. Así era mucho mejor.

Bell le pasó su cuaderno y le tendió su estilográfica Waterman.

—¿Puede mostrármelo?

Danielle di Vecchio dibujó un monoplano y representó las partes móviles con bisagras en el borde posterior de las alas. Se parecía mucho a la máquina amarilla que Josephine estaba pilotando.

—¿Los *alettoni*, las alas pequeñas con bisagras, es lo que Marco robó a su padre?

—No solo eso. También le robó la fuerza.

—No lo entiendo.

—Mi padre aprendió cómo se comportan las alas para hacerlas fuertes.

Mediante un nuevo torrente de palabras salpicadas de expresiones italianas e ilustradas con otro dibujo, Danielle explicó a Bell que los monoplanos acostumbraban estrellarse cuando se dañaban las alas en pleno vuelo, a diferencia de

los biplanos, cuyas alas dobles eran sólidas desde el punto de vista estructural. Bell asintió con la cabeza. Había oído eso mismo en repetidas ocasiones en el campo interior de Belmont Park. Los monoplanos eran ligeramente más rápidos que los biplanos porque ofrecían menos resistencia al viento y pesaban menos. Los biplanos eran más resistentes, uno de los motivos por los que todo el mundo se sorprendió cuando el Farman de Eddison-Sydney-Martin se hizo pedazos. Según Danielle, Marco Celere había propuesto que la debilidad del monoplano no se debía a los «cables de vuelo» situados debajo de las alas, sino a los «cables de aterrizaje» que había encima de ellas.

—Marco probó su monoplano con sacos de arena para «crear» la presión del vuelo... ¿Cómo se dice en su idioma?

—¿Simular?

—Exactamente. Para simular la presión del vuelo. Mi padre decía que una prueba estática era demasiado simplista. Marco afirmaba que las alas no se movían. Decía que las fuerzas que actuaban sobre ellas no variaban. Pero ¡las alas se mueven durante el vuelo! ¿No lo entiende, señor Bell? Las fuerzas de las ráfagas del viento y las presiones de las maniobras de las máquinas (*carico dinamico*) afectan a las alas por muchas zonas y no solo las empujan sino que las tuercen. Las ridículas pruebas de Marco no lo tuvieron en cuenta —dijo despectivamente Danielle—. Hizo sus alas demasiado rígidas. ¡Es un mecánico, no un artista!

Le dio a Bell los dibujos.

El investigador apreció un gran parecido con la máquina que Preston Whiteway había comprado a los acreedores de Marco Celere, a instancias de Josephine.

—¿Es peligroso el monoplano de Marco? —preguntó a la dama.

—¿El que hizo en San Francisco? Sería peligroso si no hubiera robado el diseño de mi padre.

—He oído que a un monoplano que Marco vendió al ejército italiano se le partió un ala.

—¡Sí! —confirmó airadamente Danielle—. Ese es el que causó todos los problemas. Su monoplano rígido, el que probó con sacos de arena en Italia, se estrelló.

—Pero ¿por qué su padre no pudo vender su monoplano *Eagle* al ejército italiano si era mejor que el de Marco?

—Marco acabó con el mercado. Envenenó las mentes de los generales contra los monoplanos. La fábrica de monoplanos de mi padre quebró.

—Interesante —dijo Bell, y observó la reacción de la joven—. Tanto su padre como Marco tuvieron que marcharse de Italia.

—¡Marco huyó! —contestó en tono desafiante Danielle—. Se llevó el diseño de mi padre a San Francisco, donde vendió máquinas a esa mujer rica, Josephine. Mi

padre emigró a Nueva York, donde tenía muchas esperanzas de vender su monoplano *Aquila*. Los banqueros de Wall Street invertirían en una nueva fábrica. Pero antes de que pudiera despertar su interés, los acreedores se apoderaron de todo en Italia. Estaba arruinado. Tanto que se suicidó asfixiándose con gas en la habitación de un hotel barato de San Francisco.

—¿San Francisco? Ha dicho que su padre vino a Nueva York.

—Marco lo atrajo al estado de California prometiéndole dinero por sus inventos. Pero lo único que quería era que papá arreglase sus máquinas. Murió solo. Ni siquiera lo acompañó un sacerdote. Por eso intenté quitar la vida a Marco Celere.

Danielle cruzó sus proporcionados brazos y miró a Bell a los ojos.

—Estoy furiosa, no loca.

—Ya lo veo —dijo Isaac Bell.

—Pero estoy encerrada con locos.

—¿La tratan bien?

La joven se encogió de hombros. Con sus largos y gráciles brazos se toqueteó el vestido, que ya no era blanco sino gris después de más de cien lavados.

—Cuando estoy enfada me encierran sola.

—Cogeré al doctor Ryder y hablaré con él. —Sí, pensó Bell, lo cogería fuerte por el cogote y le pegaría la cara a la pared.

—No tengo dinero para abogados. Ni para «expertos médicos» que expliquen al tribunal que no estoy loca.

—¿Puedo preguntarle por qué su padre no encontró más compradores para su máquina voladora *Eagle*?

—El monoplano de mi padre es tan bueno, tan original y novedoso que una parte sigue siendo... ¿Cómo se dice? *Indomita*. Tempestuosa.

—¿Ingobernable?

—Sí. Todavía no ha sido domada.

—¿Es peligrosa la máquina voladora de su padre?

—Digamos que es «interesante» —contestó Danielle di Vecchio esbozando una sonrisa elegante.

En ese momento, pensó el alto detective, podrían haber estado a miles de kilómetros de Massachusetts, coqueteando en un salón romano.

—¿Dónde está? —preguntó.

Los ojos oscuros de la mujer italiana se desviaron más allá de Bell, miraron a través de la ventana y se clavaron en la cima de la colina. Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro.

—Allí —dijo.

Bell miró por la ventana. ¿Qué demonios se estaba imaginando Danielle?

El camión con la rueda pinchada había arrastrado su remolque hasta la cumbre de

la colina.

—Un chico —explicó ella—. Un buen chico. Me quiere.

—Pero ¿qué va a hacer con la máquina de su padre?

—Mi padre la trajo con él de Italia. Sus acreedores no podrían acceder a ella aquí. Es mi legado. Mi herencia. Ese chico ayudó a mi padre en Estados Unidos ¡Es un *eccellente meccanico*!

—¿No es un artista? —preguntó Bell, poniendo a prueba su reacción con una sonrisa. No podía estar seguro, pero Danielle di Vecchio parecía tan cuerda como él.

—Los artistas son poco frecuentes, señor Bell. Seguro que ya lo sabe. Me escribió diciendo que venía. Pensé que estaba soñando. —Se levantó de un salto y saludó con la mano por la ventana, pero era poco probable que el joven camionero la viera.

Bell le pasó el dobladillo de la cortina blanca.

—Agite esto. Tal vez lo vea.

Danielle hizo lo que Bell le indicaba, pero el joven no respondió al saludo; probablemente solo veía un edificio lleno de barrotes.

Ella se dejó caer en el asiento de la ventana.

—Él sigue soñando. ¿Acaso cree que puedo salir de aquí andando?

—¿Cómo se llama? —preguntó Bell.

—Andy. Andy Moser. A mi padre le caía muy bien.

A Isaac Bell se le ocurrió una maravillosa posibilidad.

—¿Es rápido el monoplano de su padre?

—Muy rápido. Mi padre creía que solo la velocidad vencería a los vientos. Decía que cuanto más veloz fuera el aeroplano, más seguro sería con mal tiempo.

—¿Supera los cien kilómetros por hora?

—Mi padre tenía la esperanza de alcanzar los ciento diez.

—Señorita Di Vecchio, tengo que hacerle una proposición.

—Señor Moser, su situación está a punto de mejorar enormemente —dijo Isaac Bell al mecánico de cara triste, que estaba asando una salchicha en una fogata que había encendido a una distancia prudencial del monoplano *American Eagle* embalado.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¡Lee esto! —dijo tuteándolo.

Bell puso un fino sobre de papel pergamino que había cogido del escritorio del doctor Ryder en una mano manchada de grasa de Moser.

—Ábrelo.

Andy Moser deslizó el dedo por debajo del sello, desdobló una hoja de papel escrita con una elegante letra cursiva florentina y, despacio, leyó para sí, moviendo los labios.

Isaac Bell había aprovechado la oportunidad de ayudar a la hermosa italiana al mismo tiempo que se ayudaba a sí mismo a resolver el molesto problema sobre el cual había advertido a Archie. El número de competidores que se disputaban la Copa Whiteway estaba aumentando tanto que los numerosos trenes de refuerzo tendrían que maniobrar para moverse incluso por las vías de ferrocarril. Seguir el ritmo de la máquina voladora de Josephine para proteger su vida sería una pesadilla aun contando con la ayuda de las patrullas de automóviles que Archie había formado.

Pero ¿y si él estuviese sobre ellos?, se había preguntado Bell.

Con su propia aeronave, sería capaz de controlar el avance de la carrera. Podría vigilar a Josephine en el aire mientras situaba hombres en los hipódromos y los recintos de feria en los que las máquinas aterrizarían.

Danielle di Vecchio necesitaba dinero para defenderse en el juicio y salir del manicomio de Ryder.

Isaac Bell necesitaba una aeronave veloz, de modo que compró a la joven la suya.

—Danielle dice que tengo que ir con usted, señor Bell.

—Y traer mi máquina voladora.

El investigador miró el remolque con una sonrisa en el rostro. Desmontado y plegado para el viaje, el aeroplano parecía una libélula enjaulada.

—¿Y enseñarle a pilotarla?

—En cuanto la instale en un vagón hangar de primera.

—Pero yo no sé pilotarla. Solo soy un mecánico.

—No te preocupes por eso. Límitate a ponerla en marcha y a enseñarme cómo funcionan los mandos. ¿Cuánto tardarás en volver a montarla?

—Un día, si dispongo de un buen ayudante. ¿Ha pilotado alguna vez una máquina

voladora?

—Conduzco un Locomobile que alcanza los ciento sesenta kilómetros por hora. He conducido una motocicleta de carreras V-Twin, una locomotora Pacific 4-6-2 y un yate impulsado por turbina con casco de acero capaz de navegar a cincuenta nudos construido por el mismísimo *sir* Charles Algernon Parsons. Confío en que aprenderé.

—Las locomotoras y los yates de acero no levantan el vuelo, señor Bell.

—¡Por eso estoy tan entusiasmado! Termina de comer y dile adiós a Danielle. Está mirando desde la decimocuarta ventana de la izquierda, en la segunda fila contando desde abajo. No puede sacar la mano entre los barrotes, pero puede verte.

Moser miró con tristeza colina abajo.

—No soporto dejarla, pero dice que usted nos ayudará a sacarla de ahí.

—No te preocupes, la sacaremos. Y mientras tanto, el doctor Ryder ha prometido que su tratamiento mejorará, radicalmente. ¿Llegará tu camión a Albany?

—Sí, señor.

—Yo me adelantaré y fletaré un tren. Estaré esperándote en el parque ferroviario de Albany con todo preparado para dirigirnos a Belmont Park. Unos mecánicos te aguardarán allí para ayudarte a montar de nuevo el *American Eagle* en cuanto llegues.

—¿Belmont Park? ¿Piensa inscribir el *American Eagle* en la carrera?

—No —contestó Bell riéndose—. Pero me ayudará a vigilar a Josephine Josephs.

Andy Moser adoptó una expresión de incredulidad. De todas las cosas que había leído y oído desde que Isaac había aparecido en su Ford modelo K, esa se llevaba la palma.

—¿Conoce a la Novia Voladora?

—Soy detective privado. El marido de Josephine intenta asesinarla. Con el *American Eagle* procuraré salvarle la vida.

Después de fletar un tren de refuerzo, Bell envió un telegrama a San Francisco para comunicar a Dashwood que el nombre auténtico de Marco Celere era Marco Prestogiacomo. Puede que al desembarcar en San Francisco todavía se apellidara Prestogiacomo, y Bell esperaba que ese nuevo dato acelerara el progreso inusualmente lento de las pesquisas de Dashwood.

—No pienso malgastar tiempo de vuelo mirando cómo Dmitri Platov hace una demostración de su motor térmico —dijo Josephine a Isaac Bell un día más tarde—. Dudo que funcione. Y aunque funcione, Steve Stevens está demasiado gordo para pilotar una máquina voladora, incluso una de Marco.

—¿Una de Marco? ¿A qué se refiere?

—Es un biplano que él inventó para levantar peso, para transportar a un grupo de pasajeros.

—No sabía que Marco tuviera otra máquina inscrita en la carrera.

—Steve Stevens la compró a sus acreedores. Tuvo suerte. Es la única máquina del mundo que puede levantarlo. Pagó una miseria. El pobre Marco no recibió nada.

Bell escoltó a Josephine hasta su monoplano. Los mecánicos de Van Dorn hicieron girar la hélice y, cuando el humo azul del motor se vio blanco, ella enfiló la aeronave por el campo a toda velocidad y despegó para realizar otro de sus largos vuelos de práctica.

Bell observó cómo disminuía de tamaño hasta convertirse en un punto amarillo, con la confianza que le daba saber que dentro de poco estaría volando al lado de ella. El *Eagle* había llegado el día anterior, entrada la noche, en un tren especial con cuatro vagones que Bell había fletado para toda la competición. Andy Moser y un equipo de la agencia Van Dorn estaban transportando las piezas del parque ferroviario al campo interior del hipódromo.

Lo único que le restaba por hacer de momento, se dijo Bell, era aprender a pilotar aquel trasto antes de que la carrera empezase. O por lo menos llegar a manejarlo lo bastante bien para continuar aprendiendo mientras seguía a Josephine por el país. Cuando la carrera terminase en San Francisco, se habría convertido en un piloto muy bueno, y lo primero que haría sería llevar a Marion Morgan a dar una vuelta. Según le había dicho Andy, el motor del *Eagle* tenía potencia de sobra para transportar a un pasajero. Marion incluso podría llevar una cámara de cine. Sería un estupendo regalo de boda.

Observó cómo Josephine desaparecía hacia el este.

—Está bien, chicos, quedaos aquí y esperad a que Josephine vuelva —dijo a los detectives de Van Dorn—. No os separéis de ella. Si me necesitáis, estaré donde el motor térmico.

—¿Frost volverá a atacar? Sabe que estamos preparados.

—Ya nos ha sorprendido antes. No os separéis. Volveré antes de que Josephine aterrice.

Bell cruzó el campo interior hasta el raíl de acero de cien metros de largo en el que Platov había prometido que su motor correría, en un último experimento antes de que lo instalaran en el biplano de Steve Stevens.

Stevens, un hombre extremadamente obeso vestido con un abultado traje blanco de colono, echaba chispas de impaciencia por los ojos sentado a una mesa de desayuno que sus ancianos criados habían engalanado con una mantelería y con cubiertos de plata. Platov y el mecánico jefe de Stevens estaban tratando de reparar el todavía silencioso motor a reacción; el mecánico ajustaba válvulas e interruptores mientras Platov consultaba su regla de cálculo. Stevens desahogaba su inquietud reprendiendo a sus criados. Se quejaba de que el café estaba frío. Los bollos estaban rancios, y no había bastantes. Los dóciles ancianos que servían al algodónero se veían

atemorizados.

La mirada arrogante de Stevens se posó en el traje blanco de Bell.

—Seguro que por sus venas corre sangre del sur —dijo alargando las palabras con un suave acento sureño—. No he visto a ningún yanqui que esté a la altura de los hombres del viejo sur que visten de blanco immaculado.

—Mi padre pasó tiempo en el viejo sur.

—Y le enseñó a vestir como un caballero. ¿Me equivoco o compraba algodón para las hilanderías de Nueva Inglaterra?

—Era agente de inteligencia del Ejército de la Unión y hacía cumplir la orden del presidente Lincoln de liberar a los esclavos.

—Listo, señores —gritó Dmitri Platov.

El bigote poblado del inventor ruso temblaba de emoción, y le brillaban los ojos oscuros.

—Motor térmico listo.

Stevens lanzó una mirada fulminante a su mecánico jefe.

—¿Es eso cierto, Judd?

—Más listo que nunca, señor Stevens —murmuró Judd.

—Ya era hora. Estoy harto de esperar sentado... ¿Adónde vas?

Judd, que había cogido un bate de béisbol, echó a andar por el raíl.

—Tengo que dar al interruptor de parada cuando el motor se acerque al final para apagarlo.

—¿Es así como vas a detener el motor de mi máquina voladora? ¿Debes estar delante de mí con un bate de béisbol?

—¡No preocupar! —gritó Platov—. Máquina con interruptor automático. Esto solo prueba. ¿Ve? —Señaló el motor térmico posado sobre el raíl—. Interruptor grande. Solo tocar con bate cuando motor pasar.

—Está bien, dense prisa, por el amor de Dios. El resto de los pilotos estarán cruzando el Mississippi antes de que yo despegue.

Judd corrió sesenta metros raíl abajo y se colocó en el lugar indicado. A los ojos de Bell, parecía tan triste como el bateador de una bola larga al que le mandaran que la tocara.

—¡Acción! —gritó Platov.

El motor térmico se encendió emitiendo un tenue silbido que aumentó de volumen hasta convertirse en un chirrido ensordecedor. Bell se cubrió las orejas con las manos para proteger su agudo oído y observó que el motor empezaba a vibrar con una potencia asombrosa. No le extrañaba que todos los mecánicos respetasen a Platov. La caja de acero que había diseñado era más pequeña que un baúl de equipaje, pero parecía contener la increíble energía de una locomotora moderna.

Platov accionó la palanca de liberación, y los seguros que inmovilizaban el



aparato se abrieron.

El motor térmico salió disparado por el raíl.

Bell no podía creer lo que sus ojos veían. El motor vibraba a su lado y, un instante después, había llegado hasta el hombre del bate. Funcionaba de verdad, y su velocidad era sensacional. Entonces se desató el caos. Justo cuando Judd estaba a punto de tocar el interruptor de parada con el bate, el motor térmico saltó del raíl.

Impactó contra el mecánico jefe como si fuera una diana de papel, derribó al suelo lo poco que quedó de su cuerpo y voló por los aires unos cien metros. Durante el trayecto se estrelló contra el flamante New Haven Curtiss de Martin aparcado en la hierba y arrancó la cola de un Blériot antes de caer en el interior de un camión del sindicato Vanderbilt, donde se incendió.

Isaac Bell corrió junto a Judd y enseguida vio que no podía hacerse nada por él. A continuación, mientras los demás se apresuraban hasta el New Haven destruido y el camión en llamas, Bell inspeccionó el raíl del que el motor se había salido.

Dmitri Platov estaba retorciéndose las manos.

—Iba muy bien hasta entonces. Tan bien... Pobre hombre. Miren ese pobre hombre.

Steve Stevens se acercó con sus andares de pato.

—¡Esto es el colmo! Mi mecánico jefe está muerto, y me he quedado sin motor a reacción para mi máquina. ¿Cómo narices voy a participar en la carrera?

Platov se echó a llorar. Se tiraba de su tupido cabello moreno y se golpeaba el pecho con las manos.

—¿Qué he hecho? Ser terrible. ¿Tenía esposa?

—¿Quién demonios se habría casado con Judd?

—Ser terrible, ser terrible.

Isaac Bell, que estaba agachado debajo del raíl, se levantó, apartó a Stevens al pasar y posó con firmeza la mano en el hombro de Platov.

—Yo en su lugar no me culparía, señor Platov.

—Ser yo. Ser capitán de barco. Ser mi máquina. Ser mi error. He matado a un hombre.

—Pero no era su intención. Ni la de su asombrosa máquina. Contó con ayuda.

—¿De qué demonios está hablando? —dijo Stevens.

—El raíl se ha roto. Eso es lo que ha hecho que la máquina saltara.

—¡Es el raíl de Platov! —gritó Stevens—. Es su responsabilidad. Él es quien lo puso ahí. Él es el responsable si se ha roto. Voy a llamar a mis abogados. Presentaremos una demanda.

—Fíjese en esta junta —dijo Bell.

Condujo a Platov hasta el lugar en el que los dos extremos del raíl se habían separado. El inventor ruso se agachó a su lado, frunciendo los labios cada vez con

más fuerza.

—Los pernos estar sueltos —dijo airadamente.

—¿Suelos? —gruñó Stevens—. Porque usted no los apretó... ¿Qué hace, señor? —dijo, retrocediendo, mientras Bell le ponía los dedos debajo de la nariz.

—Huele esto y cálese.

—Huele a aceite. ¿Y qué?

—Aceite penetrante, para desenroscar con facilidad los pernos.

—Sin chirriar —dijo Platov tristemente—. Sin hacer ruido.

—El raíl ha sido sabotado —explicó Isaac Bell—. Alguien aflojó estos pernos para que el raíl se soltara con la presión.

—¡No! —exclamó Platov—. Yo revisar raíl cada prueba. Yo revisar esta mañana.

—Ah —dijo Bell—, eso es. —Se agachó y recogió unas cerillas humedecidas de aceite—. Así es como lo hizo —reflexionó en voz alta—. Metió estas cerillas en la rendija para reducir el movimiento cuando usted lo probó. Pero debieron de caerse cuando el raíl empezó a vibrar al acercarse el motor. Es diabólico.

—Raíl moverse —dijo Platov—. Motor salir volando... Pero ¿por qué?

—¿Tiene enemigos, señor Platov?

—Platov caer bien.

—¿Tal vez en Rusia? —preguntó Bell, consciente de que muchos inmigrantes rusos de toda condición, de radicales a reaccionarios, habían huido de su agitado país.

—No. Yo dejar amigos, familia... Yo enviar dinero a casa.

—Entonces ¿quién puede haber hecho algo así? —intervino Steve Stevens.

—¿Es posible, señor Stevens, que alguien no quisiera que usted ganara la carrera con el extraordinario motor del señor Platov? —terció Bell.

—¡Se van a enterar! ¡Platov, constrúyame un nuevo motor!

—No posible. Llevar tiempo. Yo sentir. Tener que buscar motor de gasolina corriente. De hecho, necesita dos motores, montados sobre las alas inferiores.

—¡Dos! ¿Para qué?

Platov extendió los brazos como si estuviera midiendo el contorno de Stevens.

—Para levantar peso. Potencia equivalente a motor térmico. Dos motores montados sobre el ala inferior.

—¿Cómo narices voy a encontrar dos motores? ¿Y quién demonios los instalará, ahora que Judd está muerto?

—Los ayudantes de Judd.

—Granjeros, peones de tractor. Servían para hacer lo que Judd les decía, pero no son mecánicos de verdad. —Stevens apoyó sus rollizos puños en sus anchas caderas y echó un vistazo al campo interior; echaba chispas por los ojos—. Esto es el colmo. Tengo una máquina. Tengo dinero para comprar motores nuevos, pero no tengo mecánicos que los instalen. Usted, Platov, ¿quiere trabajo?

—No, gracias. Tener que encargar fabricación de nuevo motor térmico.

—Pero le he visto aceptando trabajillos a cambio de dinero. Le pagaré bien.

—Mi motor térmico ir primero.

—Le diré lo que haremos. Cuando no esté ocupado en mi máquina voladora, podrá trabajar en su motor.

—¿Poder remolcar su tren mi vagón taller?

—Claro. Me alegraré de tener sus herramientas a mano.

—¿Y yo poder seguir trabajando como técnico independiente para ganar dinero para nuevo motor térmico?

—Siempre que mi máquina tenga prioridad. —Stevens hizo señas a sus criados—. ¡Tom! Eh, Tom. Trae algo de desayunar al señor Platov. Un mecánico como Dios manda no puede trabajar con el estómago vacío.

Platov miró a Isaac Bell como si quisiera preguntarle qué debía hacer.

—Parece que ha vuelto a la carrera —dijo Bell.

Vio que Josephine regresaba y corrió hacia la extensión vacía donde iba a aterrizar. Tenía el ceño fruncido. Estaba pensando en las casualidades. Que el accidente del inglés se hubiera producido a la vez que el ataque de Frost no era ninguna casualidad. Había sido un sabotaje deliberado con el fin de crear una distracción que facilitara el ataque.

Pero ¿cuál era la distracción esa vez? No se había producido ningún ataque. Josephine estaba en el cielo, y Bell no había visto nada fuera de lugar en el campo interior del hipódromo. Según el último informe acerca de Harry Frost, este se encontraba en Cincinnati. Era posible que hubiera vuelto a Nueva York. Pero le parecía poco probable que atacase otra vez en Belmont Park a plena luz del día, sobre todo considerando que Bell había destinado a nuevos detectives, respaldados por policías locales, para que inspeccionaran la carga de todos los camiones y carros cerrados que entraran en el campo del hipódromo. Era de esperar que Frost prefiriese permanecer a la espera y aparecer por sorpresa.

Bell se acercó hasta los mecánicos de la agencia Van Dorn que trabajaban para Josephine. Estaban observando el monoplano amarillo, que descendía en espiral hacia el campo realizando una serie de picados abruptos y giros cerrados.

—¿Habéis visto algo fuera de lo común, chicos?

—Nada, señor Bell. Solo el motor térmico que se ha descontrolado.

¿Había sido ese sabotaje una casualidad? ¿Quizá un saboteador que no trabajaba para Frost había destruido el motor de Platov? Puede que el tipo que había hecho que el Farman perdiera un ala no hubiera sido el responsable, sino que lo fuera otro individuo que trabajaba por su cuenta. Pero ¿con qué finalidad? Para eliminar a un competidor con muchas posibilidades, parecía la única respuesta.

—¿Ha dicho algo, señor Bell?

Isaac Bell repitió entre dientes lo que acababa de gruñir en voz baja.

—Odio las casualidades.

—¡Sí, señor! Es lo primero que me enseñaron cuando ingresé en la agencia Van Dorn.

—¡Tiene una máquina voladora preciosa! —exclamó Josephine, encantada—. ¡Mírese, señor Bell! Parece un niño con zapatos nuevos.

El investigador estaba sonriendo. Andy Moser y los mecánicos que Bell había contratado para que lo ayudasen tensaban en ese momento los cables de vuelo y de aterrizaje que sostenían el ala. Todavía quedaba trabajo pendiente en la cola y en los eslabones de control, y el motor estaba desmontado en infinidad de piezas en su impecable vagón hangar, pero con el ala extendida a través del fuselaje empezaba a parecer un artefacto capaz de volar.

—Debo decir que en mi vida he comprado algo que me gustara tanto.

Josephine siguió dando vueltas alrededor de la máquina, examinándola con profesionalidad.

Bell prestó atención a su reacción cuando dijo:

—Andy Moser me ha contado que Di Vecchio obtuvo el sistema de control de Breguet.

—Ya veo.

—El volante hace que gire como un automóvil. Si se mueve a la izquierda, el timón gira a la izquierda. Cuando se inclina el volante hacia un lado, al mismo tiempo se mueven los *alettoni* para que la aeronave se ladee hacia ese lado. Si se empuja la palanca del volante hacia delante, desciende. Y tirando de ella, los timones de altura hacen que ascienda.

—Cuando le coja el tranquillo podrá pilotarlo con una sola mano —dijo Josephine.

Eso le dejaría una mano libre para una pistola, lo que significaba que si alguien atacaba a Josephine en su aeroplano él podría defenderla.

—Funciona como su máquina —comentó.

—Es lo último en tecnología.

—Espero que haga que aprender a volar resulte más fácil —dijo Bell.

—Ha comprado una preciosidad, señor Bell. Pero le advierto que es muy traviesa. El problema de ir rápido es que también aterrizas rápido. Y el motor Gnome empeora todavía más las cosas, ya que no tendrá un regulador como el de mi Antoinette.

Aunque los parecidos eran asombrosos, Bell tenía que reconocer que si comparaban sus motores de fabricación francesa, los monoplanos Celere y Di Vecchio eran radicalmente distintos. El Celere de Josephine estaba impulsado por un convencional Antoinette V-8 refrigerado por agua, un motor resistente y ligero,

mientras que Di Vecchio había instalado el nuevo y revolucionario Gnome Omega refrigerado por aire. Con sus cilindros girando alrededor de un cigüeñal central, el Gnome ofrecía un funcionamiento suave y una refrigeración superior (si bien a costa de un mayor consumo de combustible), un mantenimiento minucioso y un carburador rudimentario que si no estaba abierto hacía que casi resultara imposible que el motor funcionara a cierta velocidad.

—¿Puede aconsejarme la manera de reducir la velocidad para aterrizar como le he visto hacer a usted?

Josephine señaló con actitud severa el volante.

—Antes de hacer filigranas, practique encendiendo y apagando el magneto con el botón de control.

Bell negó con la cabeza. Encender y apagar el motor, interrumpiendo la electricidad de la bujía, era una forma de reducir la marcha.

—Andy Moser dice que no hay que pasarse con ese botón porque las válvulas podrían quemarse.

—Mejor las válvulas que usted, señor Bell. —Josephine sonrió—. Necesito a mi protector con vida. Y no se preocupe por si el motor se para: tiene inercia de sobra para seguir girando. —A la joven se le descompuso el rostro—. Disculpe, ha sido una estupidez por mi parte decirle que lo necesito vivo. ¿Qué tal está Archie?

—Tirando. Esta mañana me han permitido verlo. Tenía los ojos abiertos, y creo que me ha reconocido... Josephine, he de preguntarle una cosa.

—¿Qué?

—Fíjese en los tirantes del ala.

—¿Qué les pasa?

—¿Ve cómo convergen en esas piezas triangulares, arriba y abajo?

—Por supuesto.

—¿Ve cómo los triángulos forman básicamente montantes de acero ligeros? La punta que sobresale del ala es en realidad la parte superior de la base ancha que se extiende por debajo de la misma.

—Por supuesto. De esa forma gana en robustez.

—¿Y ve cuán ingeniosamente está reforzada por el chasis?

Josephine se agachó al lado del detective, y observaron el resistente soporte, con piezas oblicuas en forma de X, que unía el cuerpo del aeroplano con sus patines y ruedas.

—Es el mismo sistema que el de su Celere, ¿verdad? —preguntó Bell.

—Se parece —reconoció Josephine.

—No he visto nada comparable en ningún otro monoplano. Tengo que preguntárselo: ¿es posible que Marco Celere «tomara prestada» de Di Vecchio, por así decirlo, esta innovación para reforzar el ala?

—¡Por supuesto que no! —dijo Josephine con vehemencia.

Bell observó que la aviadora de carácter entusiasta se mostraba inquieta por la acusación directa que acababa de hacer. Se levantó de un salto. Su sonrisa se había apagado como una luz, y sus mejillas se estaban sonrosando. ¿Acaso sospechaba, o incluso temía, que fuera cierto?

—¿Tal vez Marco podría haberla copiado... inconscientemente? —preguntó con delicadeza.

—No.

—¿Marco le dijo en alguna ocasión que había trabajado para Di Vecchio?

—No.

Entonces, de manera extraña, la joven volvió a sonreír. Con suficiencia, pensó Bell, y se preguntó por qué. Su delgado cuerpo ya no estaba en tensión, adoptando su habitual actitud atrevida, como si fuera a ponerse en movimiento.

—¿Nunca le dijo Marco que había trabajado para Di Vecchio?

—Di Vecchio había trabajado para Marco —replicó Josephine, lo que explicaba su sonrisa serena—. Hasta que Marco tuvo que despedirlo.

—He oído que fue al revés.

—Ha oído mal.

—Tal vez no lo entendí bien. ¿Marco le contó que la hija de Di Vecchio lo apuñaló el año pasado?

—Esa loca estuvo a punto de matarlo. Le dejó una cicatriz terrible en el brazo.

—¿Le dijo Marco por qué?

—Por supuesto. Estaba celosa. Quería casarse con él. Pero a Marco no le interesaba. De hecho, me dijo que su padre la había obligado con la esperanza de que él volviera a contratarlo.

—¿Marco le contó que ella lo acusaba de ser un ladrón?

—Pobre chiflada —dijo Josephine—. ¿Y toda esa historia de que le había «robado» el corazón? Está desquiciada. Por eso la encerraron. Todo estaba en su cabeza.

—Entiendo —dijo Bell.

—Marco no sentía nada por ella. Nunca sintió nada. Nunca. Se lo garantizo, señor Bell.

Isaac Bell pensó con rapidez. No la creía, pero para proteger su vida necesitaba que Josephine confiara en él.

—Josephine... —Le sonrió con afecto—. Eres una joven muy educada, pero tenemos que colaborar muy estrechamente. ¿No crees que ya va siendo hora de que me llames Isaac?

—Claro, Isaac. Como quieras. —Escrutó el rostro del detective como si lo estuviera viendo por primera vez—. ¿Tienes novia, Isaac?

—Sí. Estoy prometido.

Ella le dedicó una sonrisa coqueta.

—¿Quién es la afortunada?

—La señorita Marion Morgan, de San Francisco.

—¡Oh! El señor Whiteway ha hablado de ella. ¿No es la mujer que registrará imágenes en movimiento?

—Sí, vendrá dentro de poco.

Josephine consultó el reloj de mujer que llevaba cosido a la manga de su chaqueta de aviador.

—Eso me recuerda que tengo que volver al tren. El señor Whiteway ha enviado a una modista y una costurera con otro traje de vuelo que debo ponerme para los reporteros.

Josephine alzó sus bonitos ojos al cielo con anhelo. Observó el color azul claro de las tardes cálidas sin viento, antes de que las fuertes brisas marinas azotaran Belmont Park y volar resultara peligroso.

—Me da la impresión de que preferirías surcar el cielo —dijo Bell.

—Ya lo creo. No necesito un traje especial. ¿Viste el atuendo blanco que el señor Whiteway hizo que me pusiera el otro día? Dejó de estar impoluto en cuanto le quitamos el morro al Antoinette. Esto es todo lo que necesito —dijo, señalándose los gastados guantes de piel, la chaqueta de lana ceñida a su cintura de avispa y los pantalones de montar remetidos en unas botas altas con cordones—. Ahora el señor Whiteway quiere que pose con un traje de seda morado. Y por la noche tengo que llevar largos vestidos blancos y guantes de seda negros.

—Vi tu conjunto de anoche. Muy favorecedor.

—Gracias. —Josephine esbozó otra sonrisa coqueta—. Pero, entre tú y yo, Isaac, estaba deseando volver a ponerme el mono y ayudar a los chicos a arreglar la máquina. No me quejo. Sé que el señor Whiteway quiere que haga cualquier tipo de publicidad que ayude a la carrera.

Bell la acompañó al parque ferroviario.

—¿No te ha pedido que lo llames Preston en lugar de señor Whiteway?

—Continuamente. Pero no deseo que se llame a engaño si empleo su nombre de pila.

Después de dejarla en el *Josephine Special* amarillo bajo la custodia de la modista y de los detectives que vigilaban el tren, Bell se dirigió a toda prisa al vagón que hacía las veces de cuartel general, equipado con una llave telegráfica conectada al sistema privado de la agencia de detectives.

—¿Ninguna noticia de San Francisco? —preguntó al agente de servicio.

—Lo siento, señor Bell. Todavía no.

—Envía otro telegrama a James Dashwood.

El joven alargó la mano hacia la llave.

—Listo, señor.

—Escribe: NECESITO INFORMACIÓN CELERE Y PRESTOGIACOMO LO ANTES POSIBLE.

Bell hizo una pausa. Las opiniones profundamente divergentes que Danielle di Vecchio y Josephine Josephs Frost tenían sobre Marco Celere plantearían interesantes preguntas sobre cualquier víctima de asesinato, pero resultaban imprescindibles en ese caso concreto, dado que la supuesta víctima había desaparecido.

—¿Eso es todo, señor? ¿Envío el telegrama?

—Continúa: HISTORIA SESGADA MEJOR QUE NADA.

»Y añade: DEPRISA.

»De hecho, añade: DEPRISA DEPRISA.

—Ya está, señor. ¿Lo envío ahora?

Bell lo consideró. Si fuera posible establecer una conferencia telefónica con San Francisco, podría preguntar a Dashwood por qué tardaba tanto y recalcarle la urgencia del informe.

—¡Añade otro DEPRISA!



—He oído que los hermanos Wright han abierto una escuela de aviación, señor Bell —gritó Andy Moser desde la parte delantera del *American Eagle* cuando el investigador le mandó que hiciera girar la hélice para arrancar la reluciente máquina.

—No tengo tiempo para ir a Ohio. La carrera empieza la semana que viene. Además, ¿cuántos instructores han pilotado máquinas voladoras durante más de un año? La mayoría de los aviadores aprenden por su cuenta, como Josephine. ¡Haz que gire!

Era un día perfecto para volar, una soleada mañana de finales de primavera en Belmont Park con un suave viento del oeste. Andy y los mecánicos que Bell había contratado para que lo ayudasen habían llevado el *Eagle* a una extensión de césped alejada del concurrido y ajetreado campo interior del hipódromo. Habían bloqueado las ruedas, y cuando oyeron que Bell indicaba a Andy que arrancara el motor, cogieron las cuerdas de los calzos y se prepararon para estabilizar la aeronave corriendo junto a las alas.

Bell estaba sentado detrás del ala, con la cabeza, los hombros y el torso descubiertos. El motor se alojaba delante de él; era la ubicación más segura, insistía Eddison-Sydney-Martin, donde no aplastaría al piloto en caso de accidente. Delante del motor brillaba una hélice de dos palas de nogal pulido que medía casi tres metros; el lugar más caro, había observado Joe Mudd.

—Si se estrella con el morro, le costará cien pavos una nueva hélice.

Bell inclinó la palanca del volante y observó el efecto que producía en las alas. En los extremos de estas, a cinco metros y medio a su izquierda y su derecha, los *alettoni* subieron y bajaron. Miró atrás a lo largo del esbelto fuselaje, cuyos aguilonos y montantes estaban cubiertos a la perfección con tela de seda a fin de reducir la resistencia aerodinámica, y giró el volante. El timón se movió a la izquierda y a la derecha. Tiró del volante hacia él. Los timones de altura sujetos mediante bisagras a la cola horizontal se inclinaron. En teoría, cuando repitiera esa maniobra en el aire, la máquina ascendería.

—¡Haz que la hélice gire!

—Unos cien aviadores han muerto en accidentes —le recordó Andy por tercera vez esa mañana.

—Más montañistas mueren despeñándose por precipicios. ¡Dale vueltas!

Moser se cruzó de brazos. Era uno de los hombres más tercos que Bell había conocido. Su padre era policía, y Moser hacía gala de la firmeza de un agente oponiéndose a todas las cosas que a él le gustaban. Esa actitud férrea se hallaba

fortalecida por una confianza inquebrantable en las máquinas voladoras. Él las conocía, las amaba y creía ciegamente en ellas.

—Sé que la máquina está lista para volar porque la he montado con mis propias manos. Sé que la hemos inspeccionado y hemos probado cada parte móvil y cada refuerzo. Y sé que el motor está listo porque he sacado las culatas de los cilindros para afinar la distribución y la presión. Lo único que no sé si está listo para volar es el piloto, señor Bell.

Isaac Bell clavó una mirada seria a su preocupado mecánico.

—Si quieres ayudarme a proteger a Josephine, más vale que te hagas a la idea de que los detectives de Van Dorn se ocupan de sus asuntos sin demora. He observado cómo despegan los aviadores desde que llegué a Belmont Park. Cuando compré el *American Eagle*, pregunté tanto a Josephine Josephs como a *sir* Eddison-Sydney-Martin acerca de sus técnicas. También he interrogado a Joe Mudd, cuya forma de pilotar su Liberator denota una mano especialmente firme para el vuelo. Todos están de acuerdo en que los mandos de Breguet permiten aprender mucho más fácilmente. Y por último, pero no menos importante —dijo Bell sonriendo—, he leído todos los ejemplares de *Aeronautics* y *Flight* desde que se publicó el primer número. Sé lo que hago.

La sonrisa de Bell desapareció como un foco al recibir un disparo de escopeta. Sus ojos eran oscuros como el mes de diciembre.

—¡Haz que gire!

—¡Sí, señor!

Bell abrió la válvula de gasolina y situó la válvula de aire en la posición de marcha en vacío. Había aprendido que con el motor rotativo Gnome, el piloto hacía las veces de carburador.

Andy Moser giró la hélice en repetidas ocasiones, introduciendo combustible en el motor. Bell movió el interruptor del magneto.

—¡Contacto!

Andy agarró la hélice con las dos manos, tiró fuertemente impulsándose con su larga y enjuta espalda, y saltó hacia atrás antes de que las palas lo partieran por la mitad. El motor arrancó, traqueteó y expulsó un humo azul claro. Bell dejó que se calentase. Cuando le pareció que estaba listo, abrió al máximo la válvula de aire. El humo se hizo más claro aún. Los relucientes cilindros de acero al níquel y la brillante hélice empezaron a verse borrosos a medida que giraban a toda velocidad emitiendo un sonoro ¡blat!, ¡blat!, ¡blat! Él nunca había visto un motor que girase con tanta suavidad. A mil doscientas revoluciones por minuto, funcionaba tan impecablemente como una turbina.

Miró a Andy.

—¡Listo!

El mecánico asintió con la cabeza e hizo señales a sus ayudantes para que retiraran los calzos y corrieran junto a la máquina para estabilizar las alas si el viento soplaba de costado. El *American Eagle* empezó a avanzar dando botes sobre unos neumáticos unidos a los patines del chasis con unas tiras de goma elásticas, y rápidamente ganó velocidad. Los hombres que corrían junto a las alas quedaron atrás. Bell notó un suave tirón muscular cuando la cola elevó el aparato del suelo.

Disponía de cien metros de espacio abierto delante de él antes de que el césped terminase en la valla que separaba el campo interior de la pista del hipódromo. Podía presionar el botón del magneto para reducir la marcha del motor con el fin de practicar avanzando por el suelo. O podía tirar del volante hacia atrás y probar en el aire.

Isaac Bell tiró del volante hacia atrás y probó a volar.

En un abrir y cerrar de ojos, el *Eagle* dejó de dar botes. La hierba estaba a un metro y medio debajo de él. A diferencia de los trenes y los automóviles que se sacudían a medida que iban más rápido, cuando la máquina alzó el vuelo Bell se sintió como si estuviera flotando sobre un mar en calma. Pero no estaba flotando. Iba directo contra la valla de madera blanca que separaba el campo interior de la pista.

Apenas se había elevado del suelo. Las ruedas no rebasarían la valla. Tiró un poco más fuerte de la palanca del volante para seguir ascendiendo. Se había excedido. Advirtió que la máquina se inclinaba bruscamente hacia arriba. Un instante después, notó que un repentino vacío se abría debajo de él, y el *Eagle* empezó a caer.

Había estado en apuros similares conduciendo automóviles y motocicletas, incluso manejando botes y a lomos de un caballo.

La solución era siempre la misma.

Deja de pensar.

Permitió que sus manos empujaran ligeramente el volante hacia delante. Notó un empujón por debajo. La hélice hendió el aire. De repente, las ruedas superaron la valla sin ningún problema, y el cielo lució en toda su extensión.

Un poste apareció súbitamente frente a Bell, uno de los marcadores de treinta metros de altura repartidos por el hipódromo que servían para medir el tiempo en las competiciones de velocidad. Tal como Andy y Josephine le habían advertido, la fuerza giroscópica ejercida por el peso del motor rotativo lo arrastró hacia la derecha. Bell giró el volante a la izquierda. El *Eagle* se balanceó de lado y se vio arrastrado a la izquierda. Bell enderezó la máquina, ladeó la aeronave a la derecha, que se balanceó repetidas veces, y poco a poco consiguió estabilizarla.

Era como navegar, comprendió en un momento de lucidez que le permitió verlo todo más claro. Aunque tenía que contrarrestar el impulso del motor, el *Eagle* apuntaría a donde él quisiera mientras conociera la procedencia del viento. El viento, el aire, estaba a su servicio, siempre que tuviera presente que con la hélice

impulsándolo a través de este, la mayoría del viento que encontraba lo producía él mismo.

Tiró del volante hacia atrás para ascender. Se cumplió el mismo principio. Ascendió por etapas y se elevó como si estuviera subiendo por una escalera, manteniendo una trayectoria horizontal cuando le parecía que iba demasiado despacio, inclinando la máquina hacia arriba cuando ganaba velocidad. Josephine le había dicho que la velocidad hacía que el aire fuera más resistente.

Belmont Park disminuyó de tamaño debajo de Bell, como si estuviera mirando a través del extremo equivocado de un telescopio. Granjas y pueblos se extendían a sus pies. A su izquierda vio el intenso azul oscuro del océano Atlántico. Delante de él, humo y montones de vías de ferrocarril y de tranvía que convergían en el mismo lugar apuntaban a la ciudad de Nueva York.

Un pensamiento racional cruzó su mente, y se sorprendió. Levantó una mano del volante para tirar de la cadena de su reloj de oro, lo sacó del bolsillo y lo abrió con destreza. Reparó en que estaba disfrutando tanto que quizá había perdido la noción del tiempo; debía consultar la hora. Andy Moser había puesto suficiente gasolina y aceite de ricino en los depósitos para alimentar el motor durante una hora. Solo en mitad del cielo, Isaac Bell rió a carcajadas. Tenía la intensa sensación de que su vida había cambiado para siempre y de que podría quedarse eternamente allí arriba sin regresar a tierra.

—Una venda —dijo *sir* Eddison-Sydney-Martin, presionando contra la frente de Isaac Bell— suele poner menos nerviosa a mi mujer que una herida descubierta. Me imagino que a usted le pasará lo mismo con su prometida.

—Solo es un rasguño —dijo Bell—. Mi pobre máquina voladora ha salido mucho peor parada.

—Solo las ruedas y los patines —explicó el *baronet*—. El chasis se ve intacto, aunque debo decir que su mecánico parece disgustado.

Bell miró a Andy Moser, quien daba vueltas alrededor del *Eagle* con paso airado y gritaba a su ayudante. Eddison-Sydney-Martin retrocedió para contemplar su obra.

—Ya está, y la hemorragia se ha detenido. De hecho, a juzgar por su cara, creo que necesitará más coraje para informar a su prometida del que ha tenido para despegar. Sea valiente, amigo. Me han dicho que la señorita Morgan es una mujer extraordinaria.

Bell se dirigió al hotel Garden City en coche para ver a Marion, quien llegaba de San Francisco esa tarde. En cuanto entró en el hotel supo que Marion se le había adelantado. Unos caballeros sentados en el vestíbulo miraban por encima de sus periódicos sin leerlos; los botones, impacientes por ser llamados, estaban en fila como soldados de hojalata, y el *maître* de Palm Court servía personalmente té a

Marion.

Bell se detuvo un instante para contemplar a la alta y esbelta belleza rubia de treinta años que le había robado el corazón. Todavía llevaba la ropa de viaje, una falda de color malva plisada hasta los tobillos con un chaleco a juego y una blusa de cuello alto ceñida en su estilizada cintura, y un elegante sombrero de copa alta y caída posterior. Sus ojos de color verde coral eclipsaban el anillo de diamantes que lucía en un dedo.

Bell la abrazó y le dio un beso.

—Nunca te he visto tan guapa.

—¿Te has peleado? —preguntó ella en alusión a la venda.

—Mi primera lección de vuelo. He descubierto un fenómeno aeronáutico llamado «efecto suelo». Aterrizar el *Eagle* ha sido todo un desafío. Andy y su ayudante se quedarán levantados la mitad de la noche arreglando las ruedas.

—¿Se ha enfadado tu instructor?

Bell se puso derecho.

—En realidad —reconoció—, he aprendido solo.

Marion arqueó una de sus exquisitas cejas y lo observó con la mirada sosegada de una mujer que se había licenciado con matrícula de honor en la facultad de Derecho de Stanford y se había dedicado a la banca antes de prosperar en la novedosa industria del cine.

—Tengo entendido que Orville y Wilbur Wright aprendieron de la misma forma —dijo—. Claro que ellos estuvieron ocupados inventando el aeroplano.

—Yo tenía la ventaja de contar con los consejos de aviadores experimentados... Estás mirándome de forma rara.

—Nunca te había visto los ojos tan brillantes, y tienes una sonrisa de oreja a oreja. Parece que todavía estuvieras volando.

Isaac Bell se echó a reír.

—Supongo que aún lo estoy. Supongo que siempre lo estaré. Aunque lo que observas en este momento es el efecto de la alegría que me produce verte.

—Yo también estoy contentísima de verte, querido, y encantada de experimentar el «efecto amor». Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Marion se levantó de su silla.

—¿Qué haces?

—Me levanto para volver a besarte.

Bell la besó otra vez hasta que ella dijo:

—El detective del hotel se acercará a llamarnos la atención.

—No te preocupes por eso, Marion. El hotel Garden City acaba de firmar un contrato con el servicio de seguridad Van Dorn. Nuestro investigador ha asumido el puesto de detective del hotel esta misma mañana.

—Bueno —dijo ella, volviendo a sentarse—, háblame del chichón que tienes en la cabeza. Y de ese «efecto suelo».

—El efecto suelo te impide bajar cuando se forma un colchón de aire entre las alas y la tierra. Resulta que el aire es resistente, más de lo que imaginas. Básicamente, la máquina no quiere dejar de volar, y tienes que convencerla de alguna forma, como cuando un caballo se desboca.

—Un caballo volador —comentó Marion.

—Por lo visto el efecto es mayor en un monoplano porque...

—Dime, ¿qué viste cuando estabas allí arriba? —lo interrumpió Marion.

—La velocidad se percibe de forma distinta en el aire. El paisaje no se ve borroso como en un tren o en mi Locomobile. Parecía que todo desfilara por debajo de mí. Cuanto más alto subía, más despacio pasaban las cosas en tierra.

—¿A qué altura ascendiste?

—Lo bastante alto para ver el río Hudson. Cuando lo divisé, supe que tenía que ir allí.

Los hermosos ojos de Marion se abrieron desorbitadamente.

—¿Fuiste volando hasta el Hudson?

Bell volvió a reír.

—Me pareció menos peligroso que volar sobre el océano..., que también vi, por cierto.

—¿Al mismo tiempo que veías el río Hudson divisaste el océano Atlántico? —preguntó Marion, asombrada—. Entonces seguro que viste los rascacielos de Nueva York.

—Como estacas entre el humo.

—Tienes que llevarme para que grabe imágenes en movimiento.

—Te encantará —contestó Bell—. Vi un esturión gigantesco nadando en el fondo del río.

—¿Cuándo iremos? —preguntó ella, mientras la emoción asomaba a su voz.

—Bueno, volar no entraña ningún peligro, por supuesto. Pero conmigo todavía sí.

Isaac Bell se recordó que su amada podía ser tan obstinada como Josephine cuando Marion, sonriendo de forma desafiante, dijo:

—Me pregunto si Preston Whiteway contrataría a un aviador para que me llevara arriba.

—Déjame practicar antes. Cuando termine la carrera ya le habré pillado el tranquillo.

—¡Maravilloso! Sobrevolaremos San Francisco. ¡Me muero de ganas! Pero debes tener cuidado cuando practiques.

—Te lo prometo —dijo Bell.

—Me niego a preocuparme por los tiroteos o las reyertas con navajas, pero

¿volar? Estás fuera de tu mundillo.

—No por mucho. La próxima vez que vea que el viento ha cambiado, aterrizaré como corresponde.

—¿Cómo sabías en qué dirección soplaban el viento si estabas en medio de él? ¿Viste una bandera ondeando?

—Vi las vacas.

—¿Vacas?

—Alrededor del parque hay granjas lecheras, y Josephine me explicó que las vacas siempre pastan de espaldas al viento. Son precisas como una veleta, y más fáciles de divisar desde arriba.

—¿Qué más te ha enseñado la Novia Voladora de Estados Unidos?

—A estar pendiente de los espacios donde aterrizar en caso de emergencia. Pero hay que evitar los campos verdes. Están demasiado húmedos para tomar tierra como es debido.

Bell omitió que Josephine le había advertido que evitara los movimientos extremos que hicieran que las alas se desprendiesen. Y tampoco repitió el lacónico comentario de Eddison-Sydney-Martin: «Yo en su lugar evitaría entrar en barrena, amigo», ni el franco consejo de Joe Mudd: «No intente hacer filigranas hasta que domine la práctica».

—Por lo que dicen todos, incluido Preston que la pone por las nubes, Josephine parece un personaje interesante.

—Ya lo creo que es un personaje, y me vendría bien tu ayuda para entenderla. Mientras tanto, no me importaría que me dieras otro beso. ¿Mando al detective del hotel que levante una barricada de biombos chinos y maceteros de palmeras?

—Tengo una idea mejor. Las doncellas ya habrán deshecho mis maletas. Deja que me quite la ropa del viaje y que me dé un baño. Luego podrías subir y cenar conmigo, o lo que te apetezca.

—¿Pido champán?

—Ya lo he pedido yo.

—En serio, querido, ¿por qué has decidido no recibir clases de vuelo? —preguntó Marion más tarde en su habitación.

Bañada, perfumada y ataviada con una larga bata verde esmeralda, dio unos golpecitos en la tumbona en la que estaba. Bell llevó las copas hasta allí y se sentó a su lado.

—No tengo tiempo. La carrera empieza la semana que viene, y entre que Harry Frost intenta asesinar a Josephine y un saboteador está destrozando máquinas voladoras, estoy muy ocupado.

—Creía que Archie había disparado a Frost.

—Tres veces, con esa pistolita alemana que se empeñaba en llevar. —Bell movió la cabeza con gesto de consternación—. Yo creía que también le había dado. Está herido, pero desde luego no está fuera de combate. Un banquero de Cincinnati ha dicho que Frost tenía la mandíbula hinchada y que pronunciaba mal al hablar, pero que por lo demás parecía sano, algo impropio de un hombre que lleva un montón de plomo encima.

—Puede que fallases.

—No con mi Browning. Nunca falla. Y estoy seguro de que vi a Archie acribillar a bocajarro. Es imposible que no le acertara. Pero Frost es un hombre corpulento. Si las balas no le dieron en los órganos vitales, ¿quién sabe? Es un misterio.

Isaac Bell acostumbraba hablar de sus casos con Marion. Era una mujer culta, con una mente avispada y perspicaz, y siempre aportaba nuevos enfoques a los problemas.

—Hablando de fallos misteriosos —dijo Bell—, al parecer Frost también erró un tiro cuando disparó a Marco Celere. Un tiro fácil para un cazador experto como él. He descubierto que el rifle que probablemente usó tenía la mira telescópica estropeada. Otro motivo más por el que quiero ver los restos de Celere.

—¿Es posible que Harry Frost llevara algún tipo de armadura cuando atacó?

—Una armadura no desvía las balas. Por eso la pólvora acabó con los caballeros andantes.

—¿Una cota de malla?

—Es una idea interesante porque con una aleación de acero moderno tal vez podría fabricarse una cota de malla lo bastante resistente para detener una bala. Sabe Dios lo que pesaría. Hace unos años el ejército estaba probando los llamados «chalecos antibalas», pero daban mucho calor y eran demasiado pesados para resultar prácticos... Una idea interesante, querida. Diré a Grady Forrer que ponga a los chicos del departamento de investigación a trabajar en ello a primera hora de la mañana.

Marion se estiró voluptuosamente.

—¿Hay algún otro misterio que pueda resolver?

—Varios.

—¿Empezando por...?

—¿Dónde está el cadáver de Marco Celere?

—¿Algún otro enigma?

—¿Por qué la mujer italiana a la que le compré el aeroplano insiste en que Marco Celere robó los secretos de su padre mientras que Josephine no se cansa de afirmar que el padre de la señorita Di Vecchio trabajaba para Celere y, por lo tanto, no tenía ningún secreto que pudieran robarle?

—¿Cómo es la señorita Di Vecchio?



—Sorprendentemente atractiva.

—¿De verdad?

—De hecho, es tan atractiva que cuesta creer que Marco Celere, o cualquier hombre, le diera plantón.

—¿Cómo escapaste tú a su encanto?

Bell entrechocó su copa con la de Marion.

—Soy inmune.

—¿Ciego a la belleza? —dijo ella en tono provocativo.

—Estoy enamorado de Marion Morgan, y mi corazón está reservado para ella.

Marion le devolvió la sonrisa.

—A lo mejor Marco tenía echado el ojo a Josephine.

—Josephine es una monada, pero no puede compararse con la señorita Di Vecchio. Es guapa, graciosa y coqueta, pero tiene más de granjera que de mujer fatal.

»Claro que, por otra parte, es ambiciosa. Al menos volando —dijo Bell—, y muy diestra pilotando aeroplanos. Hay hombres que se sienten atraídos por las mujeres competentes.

—El amor es extraño, ¿a que sí?

—Si es que Marco y Josephine fueron amantes de verdad. Archie cree que ella estaba enamorada de las máquinas voladoras de Marco. Y como ya sabes, Archie tiene muy buen ojo para esas cosas.

—¿Qué te dice a ti tu ojo? —preguntó Marion.

—Sinceramente, no lo sé. Solo sé que Josephine defiende a ultranza a Marco cuando se le pregunta quién robó el invento a quién.

—¿Podría ser que esté defendiendo su máquina voladora más que a su amante?

—Es muy posible —dijo Bell—. Mientras que Marco, sospecho, estaba enamorado de una chica que podía permitirse comprar sus máquinas voladoras.

—Entonces todo el mundo consiguió lo que quería.

—Menos Harry Frost. —La mirada de Bell se tornó sombría y, a continuación, ardiente de ira—. Pobre Archie. Frost hizo algo terrible. No alcanzo a entender cómo un hombre puede cargar un arma con una munición tan monstruosa.

Marion le cogió la mano.

—He hablado con Lillian por teléfono. Iré a verla al hospital mañana.

—¿Cómo está?

—Cansada pero esperanzada. Pobrecilla. Para las dos es una pesadilla, pero yo soy mayor y hace más tiempo que te amo, y no me preocupo de la misma forma. Lillian me ha confesado que, desde que Archie volvió al trabajo después de la luna de miel, pasaba miedo todos los días hasta que él volvía a casa sano y salvo. Cariño, ¿estás arriesgándote tanto aprendiendo a volar porque estás preocupado por Archie? ¿O porque tratas de compensar lo que le pasó a él?

—Siempre he tenido muchas ganas de volar.

—Pero ¿tienes ganas de volar por los motivos equivocados? Isaac, sabes que nunca te molestó agobiándome por tu seguridad, pero esto me parece más arriesgado que de costumbre. ¿Qué puedes hacer en el aire si Frost dispara a Josephine?

—Disparar a Frost y acabar con él de una vez por todas.

—¿Y quién manejará el aeroplano mientras disparas?

—Puedo pilotarlo con una mano... Bueno, en realidad, para ser del todo sincero —reconoció, y sonrió un tanto arrepentido—, dentro de poco podré pilotarlo con una mano. Hoy agarraba fuertemente el volante con las dos.

Marion extendió los brazos.

—¿Me haces una demostración?

—¿Me darías algún consejo para enderezar rápidamente el avión justo antes de aterrizar, como haces tú? —preguntó Isaac Bell a Josephine.

La carrera iba a comenzar dentro de tres días, y Bell tenía programada una prueba de certificación para obtener el permiso de piloto oficial que expedía el Aero Club.

—¡No lo hagas! —dijo Josephine sonriendo—. Ese es el mejor consejo que puedo darte. Practica encendiendo y apagando el magneto, y no intentes hacer acrobacias para las que tu máquina no está preparada.

—Mis *alettoni* son iguales que los tuyos.

—No, no lo son —replicó Josephine, y su sonrisa desapareció.

—El refuerzo de las alas es igual.

—Parecido.

—Igual de resistente.

—Yo no contaría con eso —dijo ella seriamente.

Siempre se ponía quisquillosa con ese tema, pero Bell advirtió que ya no repetía que el padre de Danielle había trabajado para Marco Celere, como si sospechara que la verdad era todo lo contrario.

—Tal vez querías decir que soy yo quien no está preparado —afirmó con delicadeza Bell.

Ella sonrió como si le agradeciera haberle permitido salir del paso.

—Lo estarás. Te he observado. Tienes facultades, eso es lo importante.

—Me alegro de saberlo —dijo Bell—. No puedo quedarme atrás si quiero protegerte.

En realidad, Bell había ideado una estrategia de defensa en la que él no era más que un elemento. Los tiradores de Van Dorn armados con rifles se turnarían en la cubierta del vagón de refuerzo, adonde subirían sin problemas a su posición de tiro a través de una trampilla. Dos turismos metidos en un furgón con rampa estarían listos para ir tras ella si por algún motivo Josephine se desviaba de la vía de ferrocarril. Y todos los días los detectives ocuparían sus posiciones en la siguiente parada programada con la anticipación suficiente.

En la puerta del hangar se armó un alboroto.

Bell se deslizó por delante de Josephine al tiempo que sacaba la Browning de su chaqueta.

—¡Josephine! ¡Josephine! ¿Dónde está esa mujer?

—Dios mío —exclamó Josephine—. Es Preston Whiteway.

—¡Josephine! ¡Josephine! —Whiteway entró corriendo—. ¡Aquí estás! ¡Traigo

buenas noticias! ¡Magníficas noticias!

Bell guardó el arma. La mejor noticia que se le ocurría era que los detectives de la agencia hubieran detenido a Harry Frost.

—¡Mis abogados han convencido al tribunal para que anule tu matrimonio con Harry Frost alegando que ese loco ha intentado matarte! —gritó Whiteway.

—¿Anular?

—Eres libre... ¡Libre!

Isaac Bell observó el encuentro entre Josephine y Whiteway durante el tiempo suficiente para formarse una opinión de su carácter y luego salió por la puerta.

—¡Corten! —oyó ordenar a Marion bruscamente.

Su operador de cámara, encorvado sobre una máquina grande apoyada en un trípode resistente, dejó de dar a la manivela como si un halcón se hubiera lanzado en picado sobre él y le hubiera agarrado el brazo. Era bien sabido entre los operadores de la señorita Morgan que al señor Bell no le gustaba que lo filmasen.

—Qué alegría verte, cariño.

El investigador la encontró adorable con su uniforme de trabajo, una blusa y una falda larga, y el cabello recogido para que no le molestase al mirar a través del objetivo de la cámara.

Marion le explicó que ella y su equipo habían seguido a Preston Whiteway durante toda la mañana para rodar escenas correspondientes al capítulo del documental que rezaría: «¡¡¡La llegada del patrocinador de la carrera!!!».

Bell la abrazó.

—Qué sorpresa. ¿Podemos comer juntos?

—No, tengo que rodar. —Marion bajó la voz—. ¿Cómo se ha tomado Josephine la noticia?

—Me ha dado la impresión de que estaba intentando enfriar el entusiasmo de Whiteway ante la idea de que ella fuera «¡Libre! ¡Libre!».

—Me imagino que Preston está preparando el terreno para pedirle que se case con él.

—Las señales son evidentes —convino Bell—. Sonríe como un niño. Lleva un traje elegante. Y su rostro está radiante como si se lo hubieran afeitado especialmente para la ocasión.

Marion tenía a su equipo en sus puestos, dando a la manivela de la cámara, cuando Preston Whiteway atrajo a los periodistas de Nueva York a la gran carpa amarilla de Josephine, instalada en el campo interior del hipódromo, prometiéndoles el anuncio de un cambio importante en la carrera. Bell vigiló de cerca la reunión acompañado de Harry Warren, el experto en bandas de la oficina de Van Dorn en Nueva York, a quien Bell había pedido que sustituyera a Archie al mando del equipo de Belmont Park.

Bell vio que Whiteway había hecho realidad su más ferviente deseo: los demás periódicos ya no podían ignorar la Copa Whiteway por más tiempo. La carrera aérea era la noticia más importante del país. Pero justo por ese motivo sus competidores hacían caso omiso de la misma, y la reunión informativa, dos días antes de que la carrera empezase, fue abiertamente hostil. Cuarenta periodistas gritaban preguntas, espoleados por el detective de la agencia Van Dorn Scudder Smith, que en el pasado había sido reportero, o eso afirmaba.

—Si ese detective ha bebido tanto como parece, suspéndelo una semana y descuéntale el sueldo de un mes —le dijo Isaac Bell a Harry Warren.

—A Scudder no le pasa nada —le aseguró Harry—. Forma parte de su disfraz.

—¿Y de qué va disfrazado?

—De reportero borracho.

—¿Puede negar, señor Whiteway —gritó ofendido un reportero del *Telegram*—, que el brevísimo trecho entre Belmont Park y el hipódromo Empire City de Yonkers es una treta para sacar más dinero a los espectadores de Nueva York?

—¿No es cierto que es posible volar de Belmont Park a Yonkers en planeador? —gritó el periodista del *Tribune*.

—¿Dieciséis kilómetros, señor Whiteway? —preguntó el representante del *Times*—. ¿No podrían ir andando los aviadores?

—¿O en bicicleta? —terció el detective Smith.

Bell hubo de reconocer que admiraba la inteligencia con la que Whiteway estaba dejando que sus competidores se divirtiesen antes de contraatacar con toda la artillería. De hecho, sospechaba que Whiteway debía de haber planeado el cambio anunciado para hacer caer a los demás periódicos en su trampa.

—Es para mí un motivo de satisfacción colmar su anhelo de nuevas sensaciones anunciando un cambio de última hora en la carrera. La primera etapa hasta el hipódromo Empire City requerirá que los competidores vuelen veintiocho kilómetros hacia el oeste desde Belmont Park hasta la estatua de la Libertad. Cuando lleguen al símbolo de la libertad de Estados Unidos, los aviadores que compitan por la Copa Whiteway de oro darán la vuelta alrededor de la estatua para que los vean los cientos de miles de espectadores situados en las orillas y las embarcaciones, y luego dirigirán sus máquinas otros treinta y cinco kilómetros hacia el norte hasta Yonkers, que suman un espectacular total de sesenta y tres kilómetros el primer día. Los valerosos aviadores aprovecharán la oportunidad para pulir imperfecciones al cruzar dos masas de agua (el traicionero East River y la extensa Upper Bay) y después sobrevolarán el ancho río Hudson para aterrizar sin percances, Dios mediante, en el hipódromo Empire City, cuya pista ofrece un excelente campo de aviación... Gracias, caballeros. Estoy seguro de que sus directores esperarán con impaciencia sus noticias para sacar a la calle ediciones extras antes de la competición.

Podría haber añadido que las ediciones extras de los periódicos que él controlaba ya estaban en manos de todos los vendedores de la ciudad, pero no le hizo falta. Los reporteros se dirigieron en desbandada a los teléfonos del hipódromo, quejándose de que los habían engañado y suponiendo que sus directores los despellejarían vivos.

—Odio esa maldita estatua —dijo Harry Frost a Gene Weeks.

Weeks, un barquero entrecano de Staten Island, estaba apoyado en el timón de su gabarra para la pesca de ostras, que se encontraba amarrada en una orilla embarrada del Kill Van Kull. La embarcación, que medía siete metros de eslora y tres de manga, era parecida a muchas de su clase, pero su pintura desconchada y sus cubiertas descoloridas ocultaban la existencia de un descomunal motor de gasolina que le permitía ir mucho más rápidamente que las gabarras empleadas en la pesca legal.

—¿Por qué, señor?

—Esa maldita estatua atrae a los extranjeros. Tenemos demasiados inmigrantes; no necesitamos más sangre mestiza.

Gene Weeks, cuya familia había emigrado de Inglaterra antes de que la de Frost hubiera desembarcado del *Mayflower*, dejó que aquel chiflado despotricase. Frost le estaba enseñando billetes; se los entregaría a cambio de una travesía en su gabarra. Era mucho dinero. De haber sido más joven, Weeks se lo habría arrebatado de las manos y habría lanzado a Frost por la borda. O lo habría intentado, reconoció pensándolo mejor. Ese lunático era un tipo corpulento, y los bultos de su chaqueta probablemente no se debieran a que ocultase una petaca de alcohol o el almuerzo. De modo que si quería el dinero de ese loco, tendría que ganárselo, decidió Weeks.

—¿Adónde ha dicho que quería que lo llevase, señor?

Frost desdobló un periódico, una edición extra, y lo extendió sobre el banco incrustado de sal que había al lado del timón de la embarcación de Weeks. Farfullando improperios a la brisa del puerto que arrugaba el diario, mostró al marinero un mapa de la primera etapa de la Carrera Aérea de la Copa Whiteway.

—Van a rodear esa maldita estatua y a seguir río arriba. ¿Lo ve?

—Sí —confirmó Gene Weeks.

El hombre corpulento había dibujado una X en el mapa.

—Quiero estar aquí, con el sol detrás de mí.

—¿Ha habido variaciones extrañas con respecto a las apuestas por Josephine? —preguntó Isaac Bell al corredor Johnny Musto dos noches antes de la carrera.

—Siguen a veinte contra uno, señor. Si apuesta mil dólares por la Novia Voladora, ganará veinte mil.

—Ya he apostado dos mil.

—Desde luego, señor. Y como admiro su valiente espíritu deportivo, estoy considerando la interesante posibilidad de aumentar su inversión inicial. Si la chica gana, podrá comprarse un automóvil y una finca en el campo.

Envuelto en nubes de colonia violeta y ayudado por unos matones de mirada imperturbable que custodiaban el dinero y permanecían atentos por si veían policías, Johnny Musto se paseaba por el campo interior del hipódromo murmurando:

—¡Hagan sus apuestas, caballeros, hagan sus apuestas! Si quieren saber cómo está cada competidor, solo tienen que preguntarme. Jueguen cien dólares y ganarán cincuenta si el flamante Curtiss de hélice trasera de *sir* Eddison-Sydney... como-se-llame llega a San Francisco con el mejor tiempo. Lo mismo para el franchute Chevalier que pilota un Blériot. Uno a dos, uno a dos por Chevalier. Pero si Billy Thomas, que vuela en representación del sindicato Vanderbilt, es el más rápido, por cada cien dólares apostados recibirán otros cien.

—¿Qué tal Joe Mudd? ¿Cómo están las apuestas por Joe Mudd? —preguntó un jugador que fumaba un gran puro.

Johnny Musto sonrió alegremente. Estaba claro, pensó Bell, que era un hombre favorecido por la suerte.

—La máquina voladora de los obreros ofrece una oportunidad excepcional de ganar a lo grande: tres contra uno. Trescientos dólares por cien apostados a Joe Mudd. Pero si buscan una opción segura, apuesten cien dólares por *sir* Eddison-Sydney... como-se-llame y ganarán cincuenta pavos para llevar a su chica a Atlantic City... ¡Un momento! ¿Qué ocurre?

Un hombre vestido con chaleco de mecánico y gorra de lana susurró a Johnny Musto algo al oído.

—¡Caballeros! Las apuestas por *sir* Eddison-Sydney... como-se-llame están cambiando —anunció Musto—. Si juegan cien, ganarán cuarenta.

—¿Por qué? —gritó un apostador, decepcionado al ver que sus previsibles ganancias menguaban.

—Sus posibilidades de vencer a todos los competidores acaban de mejorar. Sus mecánicos han cortado el canard de la parte delantera de su máquina. Han

descubierto que no necesitan un elevador frontal porque ya tienen uno en la parte trasera. El Curtiss de *sir* Eddison-Sydney... como-se-llame vuela sin plano delantero. Ahora nadie puede vencerlo.

Esa misma noche el saboteador que había provocado el último y terrible vuelo del motor térmico, que acabó con la vida de Judd y destruyó varios aeroplanos, se frotaba el brazo con nerviosismo mientras observaba cómo los mecánicos de *sir* Eddison-Sydney-Martin realizaban los ajustes finales en el nuevo Curtiss sin plano delantero del inglés. Con la extracción del elevador delantero, el avión de hélice trasera lucía unas líneas muy aerodinámicas.

El saboteador lo había examinado mientras lo pilotaban a la última luz de la tarde y había coincidido con todos los expertos en la materia que se hallaban presentes en el campo del hipódromo en que el Curtiss volaba así considerablemente mejor que antes y era algo más rápido. Los corredores de apuestas, que estaban enamorados del nuevo motor de seis cilindros con noventa caballos de la compañía Curtiss Motor (una «unidad de potencia» fiable, según se decía) fueron los primeros en apresurarse a declarar que el Curtiss de hélice trasera sin plano delantero era la aeronave a batir, en especial porque la pilotaba un campeón de la aviación de larga distancia como el *baronet* inglés.

Finalmente los mecánicos cubrieron la máquina con lonas, apagaron el generador que alimentaba las luces de trabajo y regresaron en tropel a ocupar sus literas en el parque ferroviario. Sin perder de vista a los detectives de Van Dorn que recorrían la zona, el saboteador sacó un berbiquí y una barrena de su bolsa de herramientas y se puso manos a la obra.

—El comienzo de su examen de certificación estaba fijado para hace cinco minutos, señor Bell.

El representante del Aero Club que esperaba junto a la máquina de Bell hizo gestos de impaciencia con su carpeta.

El detective se colocó de un salto en el asiento del piloto del *American Eagle*, lanzó su sombrero a uno de los mecánicos que sujetaban las alas, y se puso los anteojos y el casco de aviador.

—¡Todo listo!

Acababa de idear una táctica de última hora con Harry Warren. Andy y los chicos tenían el monoplano dispuesto en una pista de hierba, con el motor caliente y los calzos inmovilizando las ruedas.

—Para optar al permiso de piloto, señor Bell, tiene que ascender a treinta metros y volar por el recorrido marcado con postes. Luego ascenderá a ciento cincuenta



metros y permanecerá a esa altitud durante diez minutos. A continuación realizará una demostración de tres métodos de descenso: un planeo sencillo en una serie de círculos, una bajada gradual en punto muerto y un picado en espiral más pronunciado. ¿Queda claro?

Bell sonrió.

—¿Hay algún problema si mantengo una velocidad constante mientras estoy a ciento cincuenta metros durante diez minutos?

—En absoluto. De hecho, no puede pararse. De lo contrario, la máquina caerá. ¡Venga! No dispongo de todo el día.

Pero el motor de Bell apenas si había empezado a girar cuando el corpulento Grady Forrer, el jefe de investigación de la agencia Van Dorn, se acercó corriendo entre el humo de aceite de ricino, gritando a Isaac que esperase.

Bell apretó el interruptor del magneto. El Gnome se detuvo a regañadientes renqueando. Andy Moser dispuso la caja de jabón que usaban para encaramarse al monoplano. Grady subió a ella.

—He descubierto cómo Frost sobrevivió a vuestros disparos —informó a Bell.

—¡Bien hecho! ¿Cómo?

—¿Recuerdas que te dije que hace diez años un sacerdote de Chicago fabricó lo que se dio a conocer como «chaleco antibalas», que contaba con múltiples capas de una seda muy tensa tejida especialmente en Austria?

—Pero el ejército lo rechazó. Pesaba dieciocho kilos y daba un calor de mil demonios.

—¿Adivina quién invirtió en su fabricación a pesar de todo?

—Chicago —dijo Bell—. Claro. Es la clase de chisme por el que Harry Frost se habría interesado intuyendo sus posibilidades. Ser inmune a las balas es el sueño de todo criminal.

—Y un tipo de su tamaño podría cargar con ese peso.

—Así que la única herida que sufrió fue la rotura de mandíbula que Archie le provocó cuando estaba cayendo.

—La próxima vez lleva contigo un cañón —dijo Grady Forrer.

Bell ordenó a Grady que comunicara la noticia a todos los hombres que intervenían en el caso. Las armas de cinto —cuchillos, revólveres y pistolas automáticas— no atravesarían el chaleco. Había que llevar rifles. Y disparar a la cabeza, por si acaso.

—De acuerdo, señor —gritó al certificador del Aero Club—. Estoy listo para la prueba.

Andy alargó la mano para hacer girar la hélice. Bell tocó el interruptor del magneto. Estaba a punto de gritar: «¡Contacto!», pero en lugar de ello dijo: «¡Espera!».

—Y ahora ¿qué? —exclamó el representante del Aero Club.

Bell vio con el rabllo del ojo que un joven agente de la oficina de Van Dorn en Nueva York que parecía terriblemente asustado corría hacia él. Hizo una señal a Andy, que se disponía a girar la hélice, y este volvió a colocar el cajón de jabón. Eddie Tobin se subió en él de un salto y se inclinó para que solo Bell pudiera oírle.

—Han visto a Harry Frost en Saint George.

Saint George, en Staten Island, era un pueblo turístico situado donde el Kill Van Kull se juntaba con Upper Bay. Albergaba majestuosos hoteles y ofrecía unas vistas preciosas del puerto de Nueva York. En los concurridos muelles recalaban ferris, remolcadores, barcas para el carbón, yates de vapor y gabarras para la pesca de ostras.

—¿Estáis seguros de que era Frost?

—Ya sabe que tengo familiares que se dedican al negocio de las ostras.

—Sí —dijo Bell sin hacer más comentarios.

Para determinadas familias de Staten Island, el negocio de las ostras se extendía a actividades que la Patrulla Portuaria del Departamento de Policía de Nueva York consideraba piratería. El pequeño Eddie era de lo más honrado, y Bell habría confiado al chico su vida. Pero la sangre tiraba, motivo por el cual Eddie Tobin estaba extraordinariamente bien informado en lo tocante al lado oscuro del tráfico marítimo que tenía lugar en el puerto de Nueva York.

—Un tipo muy parecido a Harry Frost (corpulento, cara colorada, barba canosa) estaba ofreciendo dinero para alquilar un barco.

—¿Qué clase de barco?

—Dijo que tenía que ser estable: ancho como una gabarra. Y rápido. Más rápido que las embarcaciones de la Patrulla Portuaria.

—¿Encontró alguno?

—Desde entonces han desaparecido un par de embarcaciones muy veloces. Las dos pilotadas por tipos capaces de hacerlo a cambio de dinero. Frost, si es que era Frost, estaba enseñando mucha pasta.

Isaac Bell dio al muchacho una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, Eddie.

En la cara del aprendiz de detective, que lucía las cicatrices de una paliza propinada por una banda, tan brutal que había estado a punto de costarle la vida, se dibujó una sonrisa torcida. Sus ojos habían sobrevivido, aunque uno estaba parcialmente cubierto por un párpado caído, y brillaron de orgullo al oír el cumplido del investigador jefe.

—¿Puedo preguntarle qué cree que significa, señor Bell?

—Si era Harry Frost (y no un maleante que trataba de sacar algo de contrabando de un barco o de rescatar a un amigo de la cárcel para llevarlo a un lugar con una

jurisdicción en la que cuente con amigos), significa que ese individuo busca una plataforma de tiro estable y un medio para huir rápidamente.

Bell sacó sus largas piernas de la barquilla del piloto del *Eagle*, bajó de un salto y cayó en la hierba como un acróbata.

—¡Andy! ¡Deprisa!

—¡Espere! —gritó el certificador del Aero Club—. ¿Adónde va, señor Bell? Todavía no hemos empezado la prueba.

—Lo siento —dijo Bell—. Lo dejaremos para otro momento.

—Pero para participar en la carrera debe tener el certificado. Las normas lo estipulan.

—Yo no participo en la carrera. ¡Andy! Pinta la aeronave de amarillo.

—¿Amarillo?

—«Amarillo Whiteway». El mismo color que el de Josephine. Pide a sus muchachos que te den todo el material que necesites y que te echen una mano con las brochas. Quiero la máquina pintada mañana por la mañana.

—¿Cómo distinguirá la gente su aeroplano y el de la señora Josephine? Son casi idénticos. Va a resultar muy difícil diferenciarlos.

—Esa es la idea —dijo Isaac Bell—. No pienso ponérselo fácil a Harry Frost.

—Sí, pero ¿y si le dispara a usted creyendo que es ella?

—Si dispara, revelará su posición. Entonces será todo mío.

—¿Y si le da a usted?

Isaac Bell no respondió. Estaba haciendo señas a sus detectives y dirigiéndose a ellos de manera apremiante.

—El joven Eddie ha descubierto una pista crucial. Apostad tiradores con rifles a bordo de lanchas en el East River, en Upper Bay y en el curso del Hudson hasta Yonkers. Tenemos a Harry Frost donde nos interesa tenerlo.

## **Libro tres**

«Arriba, arriba, un poco más alto».

Isaac Bell pilotaba su monoplano *American Eagle* a trescientos metros de altitud por encima de Belmont Park para estar alerta por si surgían problemas cuando la carrera empezase. Esa tarde soplaban un viento molesto (el disparo del cañón de salida hubo de aplazarse en dos ocasiones debido a las fuertes ráfagas), y a pesar de lo novato que era, el alto detective se tomaba en serio el amor de los aviadores expertos al vuelo de gran altura. Josephine Josephs, Joe Mudd, el teniente Chet Bass, el piloto de coches de carreras Billy Thomas, el dueño de una plantación de algodón Steve Stevens y el franchute Renée Chevalier preferían la altitud elevada por motivos que el *baronet* Eddison-Sydney-Martin había resumido así: «Si caes desde mucha altura, dispones de tiempo para reaccionar. Si caes desde poca altura, no tardas en estrellarte contra el suelo».

Desde aquella altitud Bell gozaba de una vista espectacular del hipódromo de Belmont Park. El campo interior, de un verde muy vivo, estaba salpicado de aeroplanos de todos los colores. Grupos de mecánicos, diferenciados por sus chalecos y sus manguitos, se arremolinaban en torno a ellos, ajustando los tirantes de alambre, poniendo a punto los motores, llenando los depósitos de combustible y los radiadores. Cincuenta mil espectadores, que agitaban pañuelos blancos, abarrotaban la tribuna.

Menos mal que Bell había contado con semejante aglomeración. Nubes de humo de carbón cubrían el parque ferroviario. Los trenes de refuerzo ya habían dado marcha atrás, tratando de salir de Belmont Park para dirigirse al hipódromo Empire City de Yonkers. La vía que iba hacia allí estaba ocupada por una fila larguísima de convoyes que avanzaban a paso de tortuga, de la locomotora al furgón de cola, tan lentos y pesados como un desfile de elefantes de circo. Las locomotoras maniobraban para conseguir posicionarse en los cambios de agujas, los maquinistas hacían sonar sus silbatos estridentes, los guardafrenos corrían a toda prisa, los controladores gritaban y los revisores se tiraban de los pelos en un ruidoso ballet lleno de humo que se llevaría a cabo cada mañana que los aviadores partieran hacia el siguiente campo de aviación. El vagón hangar del *American Eagle* de Bell había sido enviado por adelantado a medianoche con dos automóviles Thomas Flyer y ya estaba en Yonkers.

Las cubiertas de cada furgón y cada coche cama estaban pintadas con los colores y los nombres de los respectivos participante, de tal manera que todos ellos podían saber de un vistazo si la locomotora y los vagones que divisaban desde las alturas eran su tren de refuerzo, el de un competidor o simplemente un convoy de mercancías que seguía su ruta.

La alegre caravana amarilla de Josephine la remolcaba una rápida Atlantic 4-4-2

con ruedas de gran diámetro. El palaciego vagón privado de Whiteway estaba enganchado a la parte de atrás, separado del coche cama de ella por el vagón hangar, el vagón restaurante, los coches cama de los mecánicos, los periodistas y los detectives, así como el vagón en el que estaba el Rolls-Royce de Whiteway. El tren iba muy adelantado. Bell se había ocupado de ello ordenando que partiera antes del amanecer, dejando atrás un camión eléctrico GMC con un segundo juego de herramientas. Si todo salía según lo planeado, el *Josephine Special* estaría esperando en Yonkers cuando ella aterrizara. Con suerte, sería la primera de todos, pensó Bell, quien había depositado temerariamente otros mil dólares en la palma perfumada de Johnny Musto.

Delante de los lentos trenes podía ver el humo de Nueva York que teñía el cielo azul a unos dieciséis kilómetros hacia el oeste. Los rascacielos de Wall Street despuntaban entre la grisura, y señalaban el lugar donde el sur de Manhattan se adentraba en el puerto y separaba las aguas desde las que Harry Frost atacaría.

Bell había desplegado detectives de la oficina de Nueva York, dirigidos por Harry Warren y guiados por el barquero de Staten Island Eddie Tobin, en el East River, en Upper Bay y en el río Hudson; iban en tres lanchas rápidas, una para cada lugar. Gracias a las propinas generosamente repartidas, contarían con la ayuda de la Patrulla Portuaria del Departamento de Policía de Nueva York.

Bell era consciente de que le resultaría casi imposible comunicarse con su equipo disperso por una zona tan vasta. De supervisar la operación por tierra, podría dar órdenes y recibir informes por teléfono y telégrafo, y utilizando automóviles. Una radio Marconi, como las que la marina estadounidense usaba para comunicarse con los acorazados, le habría sido útil para coordinar sus extensas y diseminadas fuerzas. Pero un telégrafo inalámbrico pesaba considerablemente más que el *American Eagle* y requería una fuente de electricidad todavía más pesada, de modo que tendría que confiar en la vigilancia y el carácter emprendedor de los detectives que había repartido tanto en tierra firme como en el agua.

Sonó el disparo del cañón de salida.

Isaac Bell no lo oyó con el rugido del Gnome, pero vio una gran bocanada blanca de humo de pólvora.

Habían echado a suertes el orden de salida de los competidores. El primero en atravesar el campo de césped a toda velocidad fue el algodonero Steve Stevens, con su enorme biplano blanco impulsado por dos Antoinette V-8 a presión parecidos al motor de la máquina de Josephine solo que más grandes. Dmitri Platov los había instalado, comentando en broma a los demás mecánicos que el elevado peso de los Antoinette casi compensaba el tonelaje del algodonero sureño. Necesitó ciento ochenta metros para despegar. Giró bamboleándose y rodeó el poste de salida, donde el contable Weiner registró su hora de partida. Pero cuando se dirigió hacia el oeste, a

Bell le pareció que se movía a una velocidad sorprendente.

El teniente del ejército Chet Bass alzó el vuelo a continuación en su avión militar Wright del Cuerpo de Comunicaciones. Joe Mudd lo siguió en su biplano «rojo revolución». Momentos después de que Mudd rodeara el poste de salida, *sir* Eddison-Sydney-Martin lo adelantó con su avión de hélice propulsora azul sin plano delantero. Las máquinas se elevaron una tras otra, mientras su tiempo quedaba registrado al dar la vuelta alrededor del poste de salida, y se dirigieron a la estatua de la Libertad.

A Josephine le había tocado la china. Despegó la última haciendo saltar su Celere del campo en menos de setenta metros, se acercó peligrosamente al suelo para ganar velocidad en el giro del poste, y se dirigió al oeste tan rauda como si la hubieran lanzado con una honda. Bell volaba por encima de ella y ligeramente por detrás, dando gracias a Andy Moser por haber afinado tan bien el motor Gnome que era capaz de mantener el ritmo del potente Antoinette de Josephine.

Cayó en la cuenta de la enormidad de su empresa cuando los extensos campos agrícolas de Nassau dieron paso a las azoteas de una ciudad densamente poblada como Brooklyn. Podía verlo todo a kilómetros de distancia, pero nada con detalle. Si Harry Frost abría fuego, protegido por las chimeneas, los palomares y los tendederos en los que se agitaban las ropas de las coladas, el primer indicio en el aire sería el plomo al agujerear la máquina de Josephine.

O el monoplano que él pilotaba, pensó Bell a modo de macabro consuelo, ya que las dos aeronaves amarillas se parecían. También suponía para él un alivio que la trayectoria de la aviadora variara continuamente debido a las corrientes de aire y las ráfagas de viento. Si Frost disparaba dentro de un radio de cuatrocientos metros a los lados de la trayectoria de Josephine, los mismos objetos que lo ocultaban también le impedirían tirar con precisión. Por ese motivo, lo más probable era que el avisado cazador atacase desde el agua.

Bell vio delante de él el destellante aeroplano de Josephine diez minutos después de que ella despegase.

El puerto de Nueva York era una extensión enorme de ríos y bahías atestados de remolcadores, flotas de transbordadores que transportaban a gente que deseaba contemplar la carrera, barcas, barcos de vapor, buques de mercancías negros que expulsaban nubes de humo, barcos de cuatro mástiles, botes de pesca, embarcaciones ostreras, barcas de remos, lanchas motoras y gabarras. A su derecha, Bell vio el puente de Brooklyn que cruzaba el East River y conectaba Brooklyn con la isla de Manhattan. Un acorazado blanco rodeado de pequeños remolcadores se dirigía al astillero naval. Otros, pintados con el nuevo color gris de camuflaje, se hallaban amarrados al muelle porque los estaban equipando con modernos mástiles de observación.

Bell vio en línea recta el final de Brooklyn a la altura del canal Buttermilk. Al

otro lado del estrecho se encontraba Governors Island. Una lancha motora patrullaba la zona; su cubierta lucía una letra de lona blanca: la V de Van Dorn. Más allá de Governors Island, el mar abierto se extendía a lo largo de casi un kilómetro y medio hasta la estatua de la Libertad.

La colosal obra escultórica de cobre verde se alzaba a noventa y tres metros de altura sobre un pedestal revestido de granito encima de un antiguo fuerte con forma de estrella en la pequeña isla de Bedloe. La agencia Van Dorn tenía otra lancha con la letra definitiva V navegando cerca de aquella isla, serpenteando entre los transbordadores, las barcas provistas de gradas y los yates privados llenos de espectadores que saludaban agitando sombreros y pañuelos.

Bell vio que el biplano blanco de Steve Stevens ya había rodeado el punto de ruta y estaba desapareciendo muy hacia el norte por el río Hudson. Lo seguía de cerca el conductor de coches de carreras Billy Thomas con el Curtiss verde. Cuatro competidores iban rezagados con respecto a ellos. El biplano rojo de Mudd estaba completando el giro alrededor de la alta estatua, y otros dos aviones le pisaban los talones. La máquina azul de Eddison-Sydney-Martin había desaparecido, y Bell intuyó que Josephine debía de estar preocupada porque el inglés sacara tanta ventaja a Stevens que podría estar tomándose un té en Yonkers.

Bell levantó la mano izquierda del volante, cogió los gemelos que llevaba colgados del cuello y escudriñó las aguas en busca de embarcaciones pequeñas como la que supuestamente Frost había alquilado. Hacia el norte vio un grupo de remolcadores y dos transbordadores enormes que dejaban grandes estelas mientras convergían a toda máquina hacia una zona entre Governors Island y el extremo lleno de muelles del sur de Manhattan. Bell enfocó hacia esa dirección con los gemelos y vio una máquina voladora de un color azul muy vivo hundiéndose en el agua. El Curtiss sin plano delantero de *sir* Eddison-Sydney-Martin había caído a la bahía. El ala inferior y el fuselaje ya se habían sumergido.

El *Eagle* empezó a dar sacudidas como si se tratase de un automóvil que se deslizara hacia una cuneta. Bell soltó los gemelos para poder usar las dos manos. Una vez que hubo conseguido estabilizar de nuevo el aparato, siguió volando con una mano, enfocó con los gemelos los restos del accidente y vio al inglés con sus gafas de aviador. El *baronet* estaba arrodillado sobre el ala superior de su aeronave. Tenía los anteojos torcidos y había perdido el casco, pero de algún modo había conseguido encender un cigarrillo, con el que, agradecido, saludó al primer remolcador que llegó para sacarlo del agua.

Antes de que Bell pudiera seguir escudriñando pequeñas embarcaciones con sus gemelos, lo sorprendió una zona de turbulencias y tuvo que usar las dos manos para controlar el *American Eagle*. El aire lo zarandeó con violencia. Dedujo que había entrado justo en la confluencia donde chocaban en el cielo los vientos opuestos que



soplaban a través de los ríos y por la bahía de Nueva York. Fuera cual fuese el motivo, notó que azotaban su monoplano, poniendo a prueba el diseño del ala de Di Vecchio en busca de puntos débiles.

De repente la máquina se escoró hacia un lado, giró a la derecha y empezó a caer.

Isaac Bell reaccionó instintivamente con rapidez y determinación, y trató de evitar un nuevo giro con el timón. Mientras lo movía, tiró del volante hacia atrás para elevar el morro. Ni el timón de dirección ni el de altura produjeron el menor efecto. El *American Eagle* giró con más brusquedad todavía y se escoró.

Su instinto lo había traicionado. La hélice apuntaba al cielo, y vio de pronto que los barcos del puerto se hallaban debajo de su hombro derecho. De repente, antes de que pudiera averiguar qué estaba haciendo mal, todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

Vislumbró con el rabillo del ojo una mancha borrosa amarilla; en un instante, se hizo enorme. Era la máquina de Josephine. Pasó silbando muy cerca de ella como un tren expreso y no se estrelló contra su protegida por unos metros, imaginándose la reacción de Van Dorn si su investigador jefe colisionaba con la Novia Voladora de Estados Unidos a la vista de un millón de espectadores.

«¡Velocidad!», esa había sido siempre la primera respuesta de Josephine cada vez que él le formulaba una pregunta sobre su técnica de vuelo. «La velocidad es tu amiga. La velocidad hace el aire fuerte».

Bell giró otra vez el timón a una posición neutra, dejó de tirar de la palanca de control y la empujó hacia delante. A continuación, con la suavidad con la que manejaría a un caballo asustado, ladeó la palanca, levantó el *alettone* del ala izquierda y bajó el de la derecha. El *American Eagle* se enderezó, dejó de caer de lado, bajó el morro y ganó velocidad.

A los pocos segundos estaba fuera de peligro. Las ráfagas todavía lo azotaban, pero el *Eagle* parecía más un aeroplano que una roca precipitándose desde las alturas. No he contado con la velocidad, se reprenió mientras la máquina se estabilizaba. La teoría de la velocidad era fácil de recordar cuando se volaba sin contratiempos; no así cuando estos aparecían y uno estaba enfrascado en superarlos.

La confluencia de los vientos de los ríos y del mar que había estado a punto de suponer su perdición resultó tan enérgica como mortal. Produjo un segundo torbellino, más violento que el primero, y afectó a Josephine.

Bell cayó en la cuenta de que había tenido suerte. A él le había dado de refilón. La fuerza de un montón de ráfagas de viento arremolinándose frenéticamente azotó el Celere de Josephine con tal potencia que la abatió. La máquina giró de lado. Y, en un instante, el monoplano empezó a caer dando vueltas sin control.

Cuando descendió en picado por debajo de su máquina, Bell vio que un trozo del ala izquierda del Celere se rompía.

El trozo roto arrastraba a Josephine, atrapada por los cables de control. Bell reconoció un *alettone*, uno de los alerones con bisagras. De repente, los cables se partieron, y el alerón se alejó volando como una hoja al viento. Si Bell no hubiera luchado momentos antes contra las mismas ráfagas, habría pensado que Harry Frost había pegado un tiro al ala con un rifle potente. Pero la acometida que Josephine estaba sufriendo no era el ataque de ningún criminal. Era la madre naturaleza mostrando su peor cara. Aunque no era tan cruel, el efecto sería igual de mortal.

Josephine no vaciló. «¡Velocidad!».

Bell vio que la aviadora se lanzaba hacia delante y utilizaba todo el peso de su cuerpo menudo para empujar el volante. Estaba intentando bajar el morro, forzando al aeroplano a caer hacia el frente en lugar de hacerlo de lado. Y, al mismo tiempo, inclinaba el *alettone* que le quedaba para que girara en el sentido contrario.

Bell tensó todos los músculos, como si con su determinación pudiera ayudar a la máquina de Josephine a resistir. Pero parecía evidente que ella daría con sus huesos contra el puerto, a pesar de su valor, sus reflejos rápidos y toda su experiencia, a causa de la fuerza del viento y la grave pérdida de un alerón de control.

Vio una luz borrosa que destellaba a través de las aguas en torno a la estatua de la Libertad. Los espectadores que iban a bordo de un montón de barcos contemplaban cómo la aeronave caía; miles de caras boquiabiertas de horror.

Bell pulsó el interruptor del magneto, apagó el motor y planeó bruscamente con el monoplano, descendiendo detrás de la máquina de Josephine en un ángulo cerrado, tratando de permanecer con ella, en un intento desesperado por ayudarla, tan impetuoso como vano. El zumbido del viento entre los tirantes de alambre se hizo más sonoro a medida que el *Eagle* cobraba velocidad.

A unos treinta metros por encima del agua, el aeroplano de Josephine se ladeó y el giro la situó en una trayectoria de choque contra el pedestal con columnatas de la estatua de la Libertad. La aeronave se estabilizó al ir directa contra el viento, que hacía ondear todas las banderas en una hilera tensa desde el sur. La máquina descendió y se bamboleó hacia la izquierda de la estatua. Estaba tratando de posarse, advirtió Bell, repentinamente esperanzado. Parecía que apuntara a una pequeña parcela de césped situada detrás de los muros de piedra del fuerte con forma de estrella y del agua.

Aquella franja estrecha no parecía mayor que un huerto, con menos de sesenta metros de largo y una anchura apenas equivalente a dos envergaduras. Pero cuando Bell estabilizó su máquina para dejar de planear y volvió a encender el Gnome, reparó en que era el espacio que la aviadora necesitaba. Sus ruedas tocaron el borde de la franja de hierba, y el monoplano brincó, patinó y se detuvo a treinta centímetros de la orilla del agua en el extremo de la isla.

Josephine salió de la barquilla. Se quedó de pie con los brazos en jarras,

inspeccionando el ala donde el *alettone* se había roto. A continuación, imitando a la colosal estatua verde, alzó el brazo derecho como la Dama Libertad levantaba la antorcha y saludó con la mano a los miles de espectadores que la observaban desde los barcos. La pálida ola de rostros horrorizados estalló en el festivo revuelo de miles de pañuelos que se congratulaban por la buena suerte de la aviadora.

En cuanto Isaac Bell vio una lancha de vapor de la agencia Van Dorn navegando a toda máquina hacia la isla de Bedloe, hizo avanzar su aeroplano más allá de la severa nariz gala de la estatua y enfiló el río Hudson a casi cien kilómetros por hora. La naturaleza le había echado una mano con las letales ráfagas de aire, un regalo que no podía desperdiciar. Josephine estaba a salvo en tierra, donde pronto contaría con la protección de detectives armados, y si Harry Frost acechaba más adelante en la ruta, el señuelo de Bell era ahora la única máquina voladora amarilla a la que el asesino podría disparar.

El alto detective no tuvo que esperar mucho.

Cuatro minutos más tarde (seis kilómetros río arriba, con el centro de Manhattan a su derecha y los muelles de Weehawken asomando en el agua a su izquierda), una bala de rifle de alta potencia pasó silbando muy cerca de su cabeza.

Bell oyó el traquido de otra bala. Luego un tercer proyectil atravesó el fuselaje del *Eagle* justo detrás de Isaac Bell y sacudió el respaldo de su asiento. Una cuarta bala arrancó chirriando el pendolón triangular situado encima del ala. Eran proyectiles potentes. Marlin del calibre 45-70, dedujo Bell; las favoritos de Frost. Un quinto disparo impactó con tanta fuerza en el timón que hizo vibrar la palanca de mando. Los disparos provenían en ese momento de detrás de él. Había sobrevolado la posición de Frost y estaba escapando de su alcance.

Bell giró en un ángulo cerrado y regresó con estruendo, buscando la embarcación desde la que el tirador había abierto fuego en el concurrido río. Había estado volando por el centro del Hudson, que medía un kilómetro y medio de anchura, a una distancia equidistante entre las orillas llenas de muelles de la isla de Manhattan y New Jersey cuando los disparos comenzaron. Los ochocientos metros de distancia resultantes respecto a tierra eran excesivos para que Frost hubiera podido apuntar con tanta precisión. Estaba justo debajo de Bell, en algún lugar a resguardo entre el humo y la bruma, y protegido por el tráfico de remolcadores, barcas, barcazas transbordadoras de vagones, gabarras, ferris, lanchas y embarcaciones de vela.

Bell divisó un casco corto, ancho y plano de color gris muy veloz. Navegaba entre una barcaza de tres vías que transportaba un tren de mercancías y una goleta de tres mástiles con sus velas. Descendió para investigar. Era una gabarra para la pesca de ostras que se movía a una velocidad fuera de lo normal, dejando una larga estela blanca a su paso y expulsando gases de escape azules por un motor de gasolina. El timonel estaba encorvado sobre el timón en la popa. El mástil había sido desmontado y se hallaba en la cubierta; junto a él, echado boca arriba, se encontraba un pasajero. Era un hombre corpulento, del tamaño de Harry Frost, que parecía haber caído. Pero cuando el aeroplano de Bell alcanzó la gabarra, el investigador vio el destello de un rayo de sol en un rifle largo.

Bell sujetó el volante de mando con la mano izquierda, sacó la pistola con la derecha y empujó la palanca de mando hacia delante. Si Harry Frost se estaba preguntando por qué el monoplano amarillo de su mujer había dado la vuelta, estaba a punto de llevarse la sorpresa de su vida cuando se enterara de que había confundido el Celere de Josephine con una aeronave parecida de un color idéntico.

El *Eagle* descendió en picado hacia la gabarra. Bell apoyó la automática en el casco del aeroplano, apuntó a la figura tendida en la cubierta y apretó el gatillo tres veces. Uno de los impactos lanzó por los aires astillas de madera y otro abrió un largo surco en el mástil. El aeroplano dio una sacudida agitado por una corriente de aire, y

Bell erró el tercer disparo.

El *Eagle* sobrevoló la embarcación tan cerca que el detective pudo oír las sonoras detonaciones de respuesta del rifle de Frost, tres tiros disparados muy seguidos que al impactar en el ala, a un metro del hombro de Bell, abrieron tres agujeros tan próximos que la tela se rasgó como si hubiera recibido un cañonazo. Adiós al efecto sorpresa de los dos aeroplanos amarillos.

—Sabes disparar —murmuró Bell—. Debo admitirlo.

En un abrir y cerrar de ojos había sobrevolado y dejado atrás la gabarra. Cuando dio la vuelta otra vez para acercarse de nuevo, vio que la embarcación huía a toda máquina hacia Weehawken. Vista desde arriba, una gran extensión de vías de ferrocarril se desplegaba desde una docena de muelles hasta unos parques ferroviarios y un enorme cercado de doce hectáreas lleno de vacas apiñadas. Eran descargadas allí por los miles de trenes que venían del oeste con destino a los barcos de ganado que las llevarían a través del río a los mataderos de Manhattan.

Bell se lanzó a por la gabarra y se acercó por detrás disparando con su pistola una y otra vez. Pero a tan poca altura, la máquina voladora brincaba y se deslizaba con el viento superficial lleno de humo, lo que hacía imposible apuntar con estabilidad. Mientras, Harry Frost, que disparaba desde la plataforma más estable de la gabarra, le lanzó otra lluvia de plomo asombrosamente precisa. Bell vio que aparecía otro agujero en su ala. Una bala le rozó la mejilla.

Entonces un tiro afortunado dio en un tirante del ala.

El cable se rompió emitiendo un sonoro estallido, y toneladas de tensión se soltaron de repente. Bell contuvo el aliento, esperando que toda el ala se desplomara debido a la falta de sujeción. Los giros bruscos aumentarían la tensión. Pero tenía que girar, y rápido, para efectuar otra pasada sobre la gabarra antes de que esta alcanzara los muelles. Si Harry Frost conseguía llegar a tierra, tenía muchas posibilidades de escapar. Bell se lanzó tras la embarcación disparando con su pistola, aunque sabía que resultaría prácticamente inútil, y jurando que, si salía de esa con vida, encargaría a los mecánicos que equipasen el *American Eagle* con un soporte giratorio para un rifle de carga automática.

Los timoneles de Frost pusieron rumbo a un embarcadero en el que había, a un lado, una goleta aparejada con velas cangrejas y, al otro, un clíper del salitre de ciento veinte metros de eslora con casco de acero que estaba descargando guano. El embarcadero estaba oculto por un bosque de mástiles, velas y crucetas. A Bell le resultaba imposible disparar a Frost, y mucho menos intentar aterrizar en el embarcadero.

La gabarra se detuvo junto a una escalera de mano. Frost subió por ella con la agilidad de un oso grizzly. Cuando alcanzó el embarcadero, se quedó quieto un largo instante observando cómo Bell daba vueltas en lo alto. Entonces le dijo adiós

triunfalmente con la mano y echó a correr hacia la orilla. Dos hombres corpulentos con sombreros flexibles, detectives de una compañía de ferrocarril, le cerraron el paso. Frost los tumbó a ambos sin aminorar siquiera su avance.

Bell recorrió con la mirada aquella zona industrial. Por supuesto, no había hierba a la vista. El parque ferroviario se hallaba surcado de trenes de mercancías, y los corrales estaban llenos de novillos. Eligió la única opción que le quedaba. Luchando contra el viento de costado y confiando en los setenta metros de espacio abierto de los que disponía, trató de aterrizar su aeroplano en el muelle paralelo al que Frost había usado para desembarcar. Se alegró al ver que una locomotora de maniobras retiraba en ese momento una hilera de furgones del embarcadero para conducirlos a los parques ferroviarios. Pero los estibadores corrían de un lado a otro con carretillas, y un tiro de caballos se aventuró hasta el muelle arrastrando un carro de carga.

El ruidoso motor Gnome de Bell, que armaba un gran estruendo cuando lo encendía y apagaba para aminorar la velocidad, espantó a los caballos. Los animales se negaron a avanzar, y cuando vieron el monoplano de vivo color amarillo descendiendo del cielo, se encabritaron y retrocedieron. Los estibadores se precipitaron en busca de cobijo y dejaron el camino libre de estorbos, a excepción de las carretillas que abandonaron.

El muelle medía veinticuatro metros de anchura. Las alas del *American Eagle* tenían una envergadura de doce metros. Bell aterrizó justo en medio de una superficie de madera lisa entre dos vías de ferrocarril. Sus ruedas de suspensión de goma recibieron el primer impacto, que las empujó hacia arriba para que los patines hicieran de frenos. Pero los maderos eran más lisos que la hierba, y el *Eagle* se deslizó como un esquiador en la nieve, sin apenas perder velocidad hasta que chocó contra una carretilla, que frenó el avance de la aeronave. El *Eagle* volcó hacia delante sobre la hélice. La hélice de nogal pulida de casi tres metros se partió como una cerilla.

Bell saltó del aeroplano y tal como cayó al suelo echó a correr. Extrajo el cargador vacío de su pistola e introdujo uno nuevo. Los barcos amarrados a lo largo del embarcadero al que Harry Frost había subido desde la gabarra le impedían ver al hombre fugado. Lo vio cuando casi había llegado a la orilla; Frost ya estaba en tierra firme y se dirigía hacia los corrales de ganado como una exhalación.

Otro policía ferroviario cometió el error de intentar detenerlo. Frost lo derribó de un golpe y le quitó el revólver que llevaba en la cinturilla del pantalón. Un cuarto policía ferroviario le gritó y sacó una pistola. Frost se detuvo, apuntó con precisión y lo abatió a tiros. Acto seguido giró sobre sus talones lentamente como si retara a cualquiera a que intentara detenerlo.

Bell se encontraba cien metros por detrás de él, una distancia excesiva para un disparo de pistola, incluso con su Browning modelo 2 modificada. Arrancó a correr

con sus largas piernas. A una distancia de setenta metros, apuntó a la cabeza de Frost, dando por supuesto que el malhechor llevaba puesto el chaleco antibalas. Seguía siendo una distancia extrema. Apoyó la pistola en su firme antebrazo, vació de aire sus pulmones y curvó suavemente el dedo en el gatillo. Obtuvo por recompensa un grito de dolor.

Frost se llevó la mano a la oreja, y su grito se hizo más y más grave hasta convertirse en un gruñido animal. Descargó el revólver del policía ferroviario en dirección a Bell, quien oyó el silbido de las balas muy cerca de él y volvió a disparar. Frost tiró su pistola vacía y echó a correr hacia los corrales de ganado. Los temerosos novillos se apartaron poco a poco. Frost saltó una valla de madera y se situó entre ellos, y los animales huyeron en desbandada chocando entre sí.

Un novillo saltó por encima del lomo de otro, cayó sobre la valla y derribó un tramo de la misma. Cuando el cercado se vino abajo, los animales salieron en tropel por la abertura, aplastaron otra sección y luego otra, corriendo en todas direcciones: hacia el parque ferroviario, hacia la carretera a Weehawken y hacia los muelles situados detrás de Bell. A los pocos segundos, cientos de reses de ganado vacuno se apiñaban entre él y su objetivo. Frost se abrió paso entre ellas a empujones, gritando y disparando con una pistola que había sacado de su chaleco.

Bell estaba rodeado de animales que corrían y entrechocaban sus cuernos. Intentó abrirse paso entre ellos disparando al aire, pero, por cada criatura enloquecida que huía del disparo, otra embestía directamente contra él. Patinó en los adoquines resbaladizos por culpa de los excrementos. Trastabilló con el talón y estuvo a punto de perder pie. Si caía, las reses lo pisotearían y lo harían papilla. Un enorme novillo de cabeza blanca se precipitó sobre él; era un híbrido de la raza Texas Longhorn y la Hereford que Bell conocía perfectamente gracias a los años que había pasado en el oeste. Por lo general eran más dóciles de lo que parecían, pero ese en concreto apartaba a golpes a las vacas más pequeñas como si fueran bolos.

Bell enfundó la pistola para tener las manos libres. En vista de que no tenía nada que perder y todo que ganar si escapaba, saltó a la velocidad del rayo, asió los cuernos del novillo con las dos manos para impulsarse y se subió a su lomo pasando por encima de su cabeza. Lo sujetó con las rodillas empleando todas sus fuerzas, se giró hacia un lado y agarró el mechón greñado que el animal tenía entre los cuernos cerrando firmemente el puño, se quitó el casco de piloto de un tirón y lo agitó como un jinete de rodeo.

El novillo se asustó, y se arqueó y saltó frenéticamente para quitarse de encima a Bell. Se abrió paso entre las inquietas reses, saltó por encima de un trozo de valla caída y regresó con gran estruendo al cercado ya vacío. Bell cayó y se levantó dando traspiés. No vio a Harry Frost por ninguna parte.

El investigador pensó que quizá el ganado habría pisoteado a Frost y lo buscó



sobre los corrales adoquinados. También miró en el interior de los cobertizos y debajo de la oficina elevada. Bell no podía creer que hubiera escapado; el detective había sido muy afortunado, y era poco probable que Frost hubiera corrido la misma suerte. Sin embargo, no encontró ningún cadáver, ni siquiera un arma caída, una chaqueta hecha jirones o un sombrero aplastado. Parecía que el asesino se hubiera ido de allí volando.

Siguió buscando mientras los ganaderos empezaban a regresar de los muelles, los parques ferroviarios y la ciudad de Weehawken, trayendo novillos capturados que entraban en los corrales arrastrando las patas, demasiado agotados para resultar peligrosos. Las sombras de la tarde proyectadas por los acantilados de piedra de las Palisades se estaban alargando cuando el detective de la agencia Van Dorn tropezó con una estructura de ladrillo curvado situada a escasos centímetros por debajo de los adoquines. Era un círculo de ladrillo y argamasa de casi dos metros de diámetro parcialmente cubierto por un disco de hierro forjado. Se arrodilló para inspeccionarlo y vio grabada en relieve una fecha: 1877.

Un ganadero se acercó haciendo restallar un látigo.

—¿Qué es esto? —preguntó Bell.

—Una vieja tapa de alcantarilla.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué hay debajo?

—Una vieja cloaca, supongo. Hay unas cuantas en la zona. Se usaban para evacuar el estiércol... Vaya, ¿quién demonios lo ha movido? Debe de pesar una tonelada.

—Un hombre fuerte —contestó Bell. Escudriñó la oscuridad debajo de la tapa. Vio un pozo bordeado de ladrillos—. ¿Va a parar al río?

—Antes sí. Probablemente ahora se detiene debajo de uno de los muelles. ¿Ve el lugar donde ganaron terreno al mar y construyeron el muelle?

Bell corrió hacia la aeronave siniestrada en busca de una linterna y volvió a toda prisa con una que tiempo atrás había comprado a un policía ferroviario. Bajó al pozo, se agachó debajo del techo de ladrillo bajo y echó a andar. El túnel avanzaba en línea recta y formaba una pendiente ligera. Olía a excrementos de vaca y a décadas de humedad. Y, como el ganadero había anunciado, después de casi cuatrocientos metros encontró una viga que lo dividía en vertical. A juzgar por los escombros de ladrillo roto desparramados por el suelo, Bell dedujo que los constructores del muelle los habían acumulado sin darse cuenta a través de la olvidada alcantarilla en desuso.

El alto detective rodeó con dificultad los escombros y se dirigió al lugar del que le llegaba un sonido de agua corriente. Entonces percibió el olor del río. Los ladrillos estaban resbaladizos en esa zona, y la linterna reveló unas franjas de moho, como si las paredes se mojasen dos veces al día cuando la marea subía. Dejó atrás otra viga vertical y llegó abruptamente a la boca de la cloaca. Ese debía de haber sido el final

del conducto, sumergido bajo el agua con la marea alta. Hacía cuarenta años se extendía hasta el río, antes de que los escombros se acumularan.

A sus pies, un torrente de agua salada de la marea baja y de agua dulce del río corría hacia el mar. En lo alto, vio las sombras de un compacto almacén de pilotes y vigas: el vientre del muelle. Puso el pie en el borde de ladrillo desmoronado y miró a su alrededor.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo una voz.

Isaac Bell dispuso de una fracción de segundo para enfocar con la linterna una cara con barba manchada de sangre antes de que Harry Frost le asestara un puñetazo demoledor.

Después de cuatro años como boxeador universitario y una década como detective de la agencia Van Dorn, incluyendo una investigación en el territorio de Arizona disfrazado de boxeador profesional itinerante, y otra de leñador, Isaac Bell reaccionó encajando el golpe.

Su memoria se aceleró como si diera vueltas en una turbina. Recordó los hechos con demasiada rapidez para percibirlos tal como habían ocurrido. Rememoró el puño que Frost había proyectado hacia él y visualizó en su mente cómo lo cogía por sorpresa. En aquel momento había sabido que si caía a los pies de Frost era hombre muerto. Su única posibilidad de sobrevivir había sido asegurarse de que no podía asestarle otro golpe.

Harry Frost le había hecho un favor golpeándolo hacia atrás y lanzándolo al río Hudson.

La corriente era rápida; la marea y el río fluían a toda velocidad hacia el mar.

Isaac Bell estaba semiconsciente, con la mandíbula dolorida y la cabeza a punto de estallarle.

Vio que Frost recorría con dificultad el estrecho saliente de sedimentos que la marea baja había dejado al descubierto en la orilla debajo de los muelles. Esquivando los pilotes que se adentraban en el río desde tierra, Frost trató de seguir el curso de la corriente. Correteaba como un perro que tuviera ganas de saltar al agua a por una pelota pero temiera ahogarse.

La corriente estrelló a Bell contra los pilotes. Se agarró a uno. Menos de cinco metros separaban al detective y el asesino.

—¡Frost! —gritó, aferrándose a la madera resbaladiza y luchando contra la corriente—. ¡Ríndete!

Para gran sorpresa de Bell, Harry Frost se echó a reír.

El investigador esperaba que se pusiera a soltarle improperios; sin embargo, el asesino estaba riéndose, y no precisamente con una risa de loco. Frost parecía casi alegre cuando le dijo:

—Vete al infierno.

—¡Se acabó! —gritó Bell—. No puedes escapar de nosotros.

Frost soltó más carcajadas.

—Antes de que vosotros me deis caza, atraparé a Josephine.

—Matar a tu pobre esposa no te servirá de nada, Harry. ¡Ríndete!

Frost dejó de reírse.

—¿Pobre esposa? —Su rostro ensangrentado se movió convulsivamente—.

¿Pobre esposa? —Levantó la voz en un grito airado—. ¡Tú no sabes lo que tramaban!

—¿Quiénes? ¿A qué te refieres?

Frost lo miró fijamente a través de la rápida marea.

—Tú no sabes nada —dijo con amargura. Encogió sus hombros enormes. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios antes de que su expresión se endureciera como una máscara funeraria—. Vaya, mira esto.

Harry Frost se agachó y rebuscó en el lodo. Cuando se irguió empuñaba la Browning de Bell.

—Se te ha caído cuando has ido a parar al agua. ¡Toma!

Lanzó la pistola a la cara de Bell.

El detective la atrapó al vuelo. Manipuló la empuñadura manchada de lodo con la palma de la mano y quitó el seguro.

—¡Ríndete!

Harry Frost volvió la espalda a Bell. Agarrándose al pilote del agua, avanzó con paso airado río arriba contra la corriente de la marea.

—¡Que te rindas!

—No me das miedo —gritó Frost por encima del hombro, provocándolo—. No eres nada. Ni siquiera has sido capaz de aguantar un puñetazo y te has venido abajo.

—¡Alto ahí!

—Si no has tenido estómago para soportar otro golpe, está claro que careces del valor necesario para dispararme por la espalda.

Bell apuntó a las piernas de Harry Frost con la intención de impedirle que siguiera avanzando; saldría del agua y lo atraparía. Pero se le habían entumecido las manos a causa del frío y la cabeza le daba vueltas por culpa del puñetazo. Tuvo que esforzarse para estabilizar el cañón y también para, acto seguido, curvar suavemente el dedo alrededor del gatillo de forma que no fallase.

La Browning le pareció muy pesada.

—No tienes agallas para apretar ese gatillo —le espetó Frost por encima del hombro.

La pistola pesaba más que de costumbre. ¿Se estaba quedando inconsciente? No. Pesaba demasiado. ¿Por qué Frost lo desafiaba a que disparase? Bell soltó el gatillo, puso el seguro, dio la vuelta a la pistola y miró la boca del arma. Estaba llena de lodo.

Cuando Frost se había agachado para recoger el arma había presionado el cañón contra los sedimentos del río; pretendía que le explotase en la mano a Bell. Típico de Harry Frost. Como las herraduras dobladas lanzadas a través de las ventanas de sus víctimas habían servido para aterrorizarlas, la mano lisiada del investigador jefe serviría de advertencia a todos los detectives de Van Dorn: «No os metáis con Harry Frost».

Bell introdujo la pistola en el agua y la agitó de un lado a otro para quitarle el

lodo incrustado. Con suerte, dispararía un tiro o dos. Pero cuando buscó a su objetivo, Harry Frost había desaparecido entre las sombras.

—¡Frost!

Por toda respuesta, el detective oyó una risa resonando bajo un muelle lejano.

—¿Dónde está Josephine? —gritó Isaac Bell por el teléfono que había en la oficina de los corrales de ganado.

—¿Estás bien, Isaac? —preguntó Joseph van Dorn.

—¿Dónde está Josephine?

—Ha acampado en la isla de Bedloe. Está arreglando su máquina. ¿Dónde estás tú?

—¿Quién la vigila?

—Seis de mis mejores detectives y veintisiete reporteros. Por no hablar del señor Preston Whiteway, que está dando vueltas en un yate de vapor y tiene focos encendidos para que tu prometida ruede una película. ¿Estás bien?

—En cuanto consiga una hélice, un nuevo tirante para el ala y un rifle de carga automática Remington, estaré estupendamente.

—Avisaré a Marion de que te encuentras bien. ¿Dónde estás, Isaac?

—En los corrales de ganado de Weehawken. Frost ha escapado.

—Parece que se está convirtiendo en una costumbre —observó el jefe de Bell con tranquilidad—. ¿Lo has herido al menos?

—Le he arrancado una oreja.

—Por algo se empieza.

—Pero eso no lo detuvo.

—¿Adónde se dirige?

—No lo sé —reconoció Bell.

Le dolía la cabeza y tenía la mandíbula como si hubiera estado masticando espinos.

—¿Crees que volverá a intentarlo?

—Me ha asegurado que no dejará de intentarlo hasta que mate a Josephine.

—¿Has hablado con él?

A juzgar por el tono de voz de Van Dorn, Bell pensó que si pudiera ver a través del cable del teléfono, se encontraría con unas cejas muy arqueadas.

—Brevemente.

—¿Cuál es su estado mental?

Isaac Bell no había podido pensar demasiado desde que había llegado a tierra nadando.

—Harry Frost no está loco —dijo—. De hecho, de una forma un tanto rara, se lo está pasando bien. Como advertí a Whiteway en San Francisco, Frost sabe que esta es

su última baza y no va a retirarse de la partida hasta que prenda fuego al casino.

—Sin embargo, está llegando a unos extremos para vengar la supuesta seducción de su esposa que encajarían con lo que la mayoría de la gente entiende por locura —afirmó Joseph van Dorn.

—Déjame preguntarte una cosa, Joe. ¿Por qué crees que Frost no mató a Josephine cuando todavía estaban juntos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué disparó a Marco Celere en lugar de a ella?

—Para poner fin a la aventura, confiando en que su esposa volviera a su lado.

—Sí. Exceptuando un detalle. Después de haber matado a Marco, suponiendo que esté muerto...

—Lo está —lo interrumpió Van Dorn—. Ya hemos tratado ese asunto.

—Después de haber matado, o intentado matar a Marco —matizó Bell sin alterarse—, ¿por qué Frost intenta acabar ahora con Josephine?

—O está chiflado o simplemente está loco de celos. Ese hombre era conocido por sus accesos de ira.

—¿Por qué no mató a Josephine en primer lugar?

—¿Me estás pidiendo que explique el orden de los asesinatos de un demente?

—¿Sabes lo que me ha dicho?

—Yo no estaba ahí cuando escapó, Isaac —le recordó a bocajarro Van Dorn.

Isaac Bell estaba tan absorto en esa línea de investigación que encajó la pulla de Van Dorn.

—Harry Frost me ha dicho: «Tú no sabes lo que tramaban».

—¿Tramaban? Marco y Josephine iban a huir juntos, eso es lo que tramaban... o eso es lo que Frost sospechaba.

—No. No parecía que se refiriese solo a una aventura amorosa. Dio a entender que estaban intrigando. Era como si hubiese descubierto que habían cometido algún tipo de traición peor que la seducción.

—¿Qué?

—No lo sé, pero empiezo a sospechar que nos enfrentamos a algo más complicado que lo que nos encargaron.

—Nos encargaron proteger a Josephine de quien intenta matarla —replicó con firmeza Van Dorn—. De momento, ha resultado bastante complicado para dos agencias de detectives. Si lo que estás insinuando tiene algún fundamento, deberíamos llamar a una tercera agencia.

—Hazme llegar el Remington de carga automática.

Van Dorn envió a un aprendiz en el transbordador de Weehawken con el rifle y ropa seca de la habitación de Bell en el club Yale. Andy Moser llegó en uno de los

automóviles una hora más tarde con herramientas y tirantes de alambre, así como con una nueva y reluciente hélice de dos metros y setenta y cinco centímetros sujeta a los guardabarros.

—Menos mal que es usted rico, señor Bell. Este chisme cuesta cien pavos.

—Pongámonos manos a la obra. Quiero ver esta máquina volando al amanecer. Ya he retirado el tirante roto.

Andy Moser silbó.

—¡Vaya! Es la primera vez que veo partirse un cable de alambre.

—Harry Frost contribuyó a ello.

—Es increíble que el ala no se desprendiera.

—La máquina es resistente —dijo Bell—. Los otros tirantes contrarrestaron la rotura.

—Como siempre digo, el señor Di Vecchio las fabricó para que durasen.

Sustituyeron la hélice y el tirante roto, y pusieron remiendos en los agujeros que los disparos de Frost habían hecho en la tela del ala. Luego Bell cortó con una sierra treinta centímetros de la culata de madera del rifle Remington de carga automática y Andy improvisó un soporte giratorio en el *American Eagle*, prometiendo que cuando volviera a su taller en el vagón hangar instalaría uno más resistente con un tope para que el detective no disparase a su propia hélice. La próxima vez que Harry Frost quisiera derribar el aeroplano a tiros descubriría que al *Eagle* le habían salido dientes.

Seis kilómetros río abajo, al pie de la estatua de la Libertad, Josephine intentaba reparar su máquina voladora. Cegada por los deslumbrantes focos del yate de vapor de Preston Whiteway, ahogándose con el humo de carbón de su aeronave y acosada por reporteros que gritaban preguntas estúpidas, ella y los detectives-mecánicos de la agencia Van Dorn, que habían acudido finalmente en una embarcación, se enfrentaron al ala dañada. Pero con sus conocimientos y las pocas herramientas de las que disponían no podían repararla. La joven aviadora había empezado a perder la esperanza cuando, de repente, recibió ayuda de la última persona que esperaba que se la ofreciera.

Dmitri Platov saltó de una lancha de la Patrulla Portuaria de la isla de Manhattan, estrechó las manos de los policías que lo habían llevado y se despidió de ellos agitando alegremente su regla de cálculo. Todo el mundo decía que el apuesto ruso era el mejor mecánico de la carrera, pero nunca se había acercado a la máquina de Josephine ni le había ofrecido sus servicios. Ella estaba segura de saber el motivo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Platov la saludó con su sombrero de paja.

—Platov venir ayudar.

—¿Steve Stevens no tiene miedo de que le gane si usted me ayuda?

—Steve Stevens estar comiendo en banquete de victoria en Yonkers —contestó Platov, mostrándole sus dientes blancos a través del bigote—. Platov hombre independiente.

—Necesito un salvador, señor Platov. Los daños son mucho peores de lo que creía.

—Vamos a arreglar, no a asustar.

—No sé qué pensar. ¿Ve este manguito...? ¡Enfocad aquí con las luces!

Los detectives de Van Dorn corrieron a obedecerle y orientaron las luces eléctricas que habían conectado a la dinamo de la estatua de la Libertad.

—¿Lo ve? El manguito que sostiene el pivote del *alettone* no es lo bastante resistente. No está bien ajustado en el armazón. Y la otra ala está todavía peor. He tenido suerte de que no se desprendiera también.

Platov palpó el manguito con los dedos, como un veterinario examinaría a un becerro. Se volvió hacia el mecánico que se encontraba más cerca de él.

—Por favor, ¿traer segunda bolsa de herramientas de lancha?

El investigador de Van Dorn se encaminó a toda prisa al muelle.

Platov se dirigió al otro detective.



—Por favor, traer más luces.

—No puedo creer lo que veo —dijo Josephine—. Es un diseño de aficionado. El hombre que construyó la máquina no era consciente de la presión a la que esta parte estaba sometida.

Dmitri Platov miró a Josephine directamente a la cara y se aproximó a ella.

Josephine se quedó desconcertada. Al no haber estado nunca a menos de veinte metros de Platov hasta ese momento, jamás había reparado en que su tupido cabello moreno y sus patillas le cubrían buena parte del rostro; tampoco se había fijado en sus mejillas, su barbilla y sus labios, ni en el brillo de los ojos del ruso dentro de ese nido rizado. Se sintió cautivada por aquellos ojos. Había algo extrañamente familiar en ellos.

—¿Un diseño malo? —preguntó Platov, sin rastro de acento ruso—. Lo considero una ofensa personal.

Josephine lo miró totalmente asombrada.

Se llevó a la boca una mano enguantada y se manchó de grasa la mejilla. Había reconocido la voz de Marco Celere, el timbre que este empleaba únicamente cuando estaban solos, una voz con un ligerísimo acento italiano y el dejo británico que había adquirido de adolescente cuando era ayudante de un operario de Birmingham.

—Marco —susurró—. Oh, Marco mío, ¡estás vivo!

Marco Celere le guiñó un ojo de forma casi imperceptible.

—¿Le digo a los demás que se vayan?

Ella asintió con la cabeza, sin apartarse la mano enguantada de la boca.

Marco se dirigió a los mecánicos de Van Dorn con el familiar acento ruso de Dmitri Platov.

—Caballeros, demasiadas cocineras estropear caldo. Dejar a genio Platov solo reparando máquina de aviadora Josephine.

Josephine vio que los detectives-mecánicos se miraban.

—Dama hacer de ayudante —añadió Platov.

A Josephine le pareció que los detectives estaban incómodos. ¿Sospechaban? Gracias a Dios, Isaac no estaba allí. El investigador jefe Bell se habría hecho preguntas acerca de la sorpresa de su rostro. Aquellos agentes más jóvenes y menos experimentados intuían que había algo raro, pero ¿eran lo bastante listos para desafiar al experto mecánico a quien todos los participantes en la carrera conocían como «el ruso loco» Platov?

—Tranquilos —dijo Josephine—. Yo seré su ayudante.

El jefe de los detectives asintió con la cabeza. Después de todo, Josephine sabía más de mecánica que cualquiera de ellos. Se retiraron al cordón que habían establecido para mantener a raya a los reporteros.

—Vendremos enseguida si nos necesita, Josephine.

—Pasar llave inglesa a Platov, querida —dijo Marco.

Ella buscó a tientas la herramienta. Apenas podía creer lo que sus sentidos percibían. Y sin embargo, se sentía como si hubiera despertado de aquella pesadilla que empezó a la semana de casarse con Harry Frost, cuando vio cómo su marido casi mataba a un hombre a puñetazos y patadas por sonreírle. Harry nunca le había hecho daño, pero desde ese momento Josephine tuvo la corazonada de que algún día se lo haría, de repente, sin previo aviso. Ella había pagado el precio del miedo por sus aeroplanos, esperando con el alma en vilo, a pesar de que Harry aplaudía su pasión por volar y le compraba máquinas..., hasta el último otoño, cuando empezó a sospechar de Marco.

Harry Frost reaccionó entonces a la velocidad del rayo. En primer lugar, la suprimió de su testamento, para, a continuación, gritarle a la cara que la mataría si se atrevía a pedirle el divorcio. Una vez que la tuvo totalmente atrapada, se negó a asumir los gastos que Marco había tenido con la máquina que necesitaban para competir por la Copa Whiteway. El día que invitó a Marco a cazar, Josephine se temió lo peor: con esa treta, Harry haría salir a Marco del bosque y lo asesinaría, alegando luego que había sufrido un «accidente de caza».

Sin embargo, Marco tenía un plan para salvarlos a los dos y participar en la carrera, un plan brillante con el que fingiría su muerte e incriminaría a Harry.

Marco manipuló la mira telescópica del rifle de caza de Harry para que disparase alto y, en el momento oportuno, se situó en el punto preciso desde donde podría saltar a un saliente estrecho que había debajo del borde del precipicio cuando Harry disparase. Josephine sobrevolaría el lugar y presenciaría los disparos. Harry huiría. Marco habría fingido su muerte, y todos creerían que su cuerpo había sido arrastrado por el North River. El violento y sanguinario marido de Josephine sería encerrado de por vida en el manicomio, que era donde debía estar. Josephine, finalmente, tendría libertad para persuadir con su encanto al acaudalado editor de periódicos de San Francisco Preston Whiteway de que la patrocinase en la Carrera Aérea Atlántico-Pacífico con un nuevo monoplano Celere. Más tarde, cuando Harry estuviera encerrado, Marco saldría del bosque de Adirondack fingiendo que padecía amnesia y que solo recordaba que Harry Frost le había herido.

Pero las cosas habían salido muy mal. Harry disparó de verdad a Marco (ella lo había visto despeñarse por el precipicio con sus propios ojos) y no se dejó atrapar.

Temiendo que Marco estuviera muerto, Josephine se sintió castigada por lo que había sucedido, tenía que reconocerlo, fue un plan maléfico, y deseó que el italiano no la hubiera convencido para llevarlo a cabo. Del mismo modo, una parte de ella se arrepentía ahora de haber seguido con su plan para convertir a Whiteway en su defensor en la carrera. Simplemente no se le había pasado por la cabeza que el rico y atractivo editor se enamorase de una granjera tan poco femenina como ella.

Algunas mujeres considerarían que Josephine no merecía el privilegio de poder convertirse en la esposa de un magnate del periodismo como Whiteway, pero ella no quería saber nada del asunto. Amaba a Marco y había llorado su pérdida. Y ahora, de repente, él estaba vivo, allí, como un inesperado regalo de Navidad entregado con retraso.

—Marco —susurró ella—. Marco, ¿qué sucedió?

—¿Que qué sucedió? —murmuró Marco mientras seguía evaluando el ala rota del monoplano—. Tu marido no me dio, pero no falló por tanto como esperábamos. La puñetera bala por poco me arrancó la cabeza.

—Sabía que deberíamos haber usado munición de fogeo. Cambiar la mira simplemente fue arriesgado.

—Harry Frost es demasiado listo; habría descubierto que le habíamos puesto munición de fogeo. Ya te lo dije. Habría notado que el rifle tenía menos retroceso y habría oído un disparo menos potente. Tenía que ser con una bala de verdad. Pero subestimé su astucia. Él intuyó que a la mira le pasaba algo con un solo disparo. Fue tan avisado que al apretar el gatillo por segunda vez compensó el fallo. Cuando quise darme cuenta estaba cayendo por el precipicio.

—Lo vi.

—¿Fui convincente? —preguntó Marco, guiñando otra vez el ojo de forma casi imperceptible.

—Creía que habías muerto. ¡Oh, cariño...!

Josephine tuvo que hacer un gran esfuerzo para no besarlo y abrazarlo.

Una sonrisa elevó el bigote de Marco.

—Yo también. Caí sobre el saliente, como habíamos previsto, pero me desmayé. Cuando me desperté era de noche. Estaba helado. Tenía la cabeza a punto de estallar. No podía mover el brazo. Lo único que sabía era que seguía vivo y que, milagrosamente, Harry no me había buscado para rematarme.

—Porque sabía que yo le había visto dispararte. Huyó.

—Como planeamos.

—Pero tú no tenías que morir. Ni siquiera debías resultar herido.

Marco se encogió de hombros.

—Un detalle sin importancia. Sin embargo, el plan dio resultado. Más o menos. Harry ha huido de la justicia. Lamentablemente, está yendo demasiado lejos. Ya deberían haberlo atrapado y encerrado, o haberlo matado a tiros. Pero tú tienes un maravilloso aeroplano inscrito en la carrera, como queríamos.

—¿Y tú, Marco?

Él no pareció oírla.

—Ganarás la carrera más importante del mundo.

—¿Ganar? Ya llevo un día de retraso, y la competición acaba de empezar.

—Ganarás. Yo me encargaré de que ganes. No te preocupes. Nadie te sacará ventaja.

Parecía muy seguro, pensó Josephine. ¿Cómo podía estar tan convencido?

—¿Y tú, Marco?

De nuevo, él pareció no oír la pregunta y dijo:

—Y tienes un pretendiente.

—¿A qué te refieres?

—En Belmont Park todos decían que Preston Whiteway se ha enamorado de ti.

—Eso es ridículo. Solo se ha encaprichado.

—Ha hecho anular tu matrimonio.

—Yo no se lo pedí. Él se adelantó y lo hizo.

—Tenías que engatusarlo para que te comprase un aeroplano, pero cuando dices: «¿Y tú, Marco?», parece que ya hayas contestado a la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—No parece que en tu plan haya sitio para Marco.

—No es mi plan. Yo solo quería tu aeronave. Como planeamos.

—Has conseguido más de lo que planeamos en un principio.

Josephine notó que los ojos se le llenaban de lágrimas calientes.

—No pensarás que prefiero a Whiteway a ti, ¿verdad, querido Marco?

—No puedo culparte. Creías que yo estaba muerto. Él es rico. Yo soy un pobre inventor de aeroplanos.

—Él jamás podría sustituirte —protestó ella—. Y ahora que has vuelto, nosotros...

—¿Qué? —preguntó Marco en tono sombrío—. ¿Estaremos juntos? ¿Cuánto tiempo te dejaría pilotar Whiteway mi aeroplano si te viera conmigo?

—¿Por eso fingiste que habías muerto?

—Fingí que había muerto por varios motivos. En primer lugar, estaba herido de gravedad, y si me quedaba en North River, Harry me habría matado en la cama del hospital.

—Pero ¿cómo...?

—Me subí a un tren con destino a Canadá. Una amable familia de campesinos me acogió y me cuidó durante todo el invierno. Cuando me enteré de que estabas con Whiteway y te habías inscrito en la carrera, y de que Harry seguía suelto, decidí colarme disfrazado en la competición, manteniéndome alerta, antes de salir del bosque milagrosamente con mi verdadera identidad, como habíamos planeado.

—¿Cuándo lo harás?

—Después de que ganes.

—¿Por qué quieres esperar tanto?

—Acabo de explicártelo: Whiteway tendría tantos celos de mí como Harry. Puede

que no se pusiese tan violento, pero se enfadaría lo bastante para aislarte y quitarte el aeroplano. Es su dueño, ¿no? ¿O te ha dado el título de propiedad?

—No. Él es el dueño.

—Es una lástima que no le pidieras el título.

Josephine agachó la cabeza.

—No sabía cómo. Me lo está pagando todo. Hasta la ropa.

—Los ricos suelen ser amables, pero nunca generosos.

—No sé cuánto tiempo podré soportar mirarte y fingir que no eres tú.

—Concéntrate en mi peludo disfraz.

—Pero tus ojos, tus labios...

Se lo imaginó con el aspecto que tenía antes: su cabello moreno reluciente, su frente noble, su elegante bigote, sus ojos oscuros hundidos.

—No pienses en mis labios hasta que ganes la carrera —dijo él—. Pilota mi aeroplano. Sé la vencedora. Y recuerda que entonces Josephine, la Novia Voladora de Estados Unidos, será una mujer triunfadora con montones de dinero. Y Marco, el diseñador del monoplano Celere ganador, será un hombre triunfador que tendrá contratos con el ejército italiano para fabricar cientos de aeronaves.

—¿Cómo ha sido para ti mirarme durante todo este tiempo?

—¿Que cómo ha sido? Como desde el primer día que te vi. Como un mar de dicha que me llena el corazón. Y ahora, vamos a arreglar tu máquina.

Isaac Bell trató de dormir envuelto en una manta debajo del monoplano, pero su mente volvía una y otra vez sobre la extraña declaración de Harry Frost. De repente se incorporó, impulsado por una idea totalmente distinta y todavía más extraña. Le había sorprendido la resistencia de su aeroplano, y había agradecido que le salvara la vida, antes incluso de que Andy Moser comentara con admiración que Di Vecchio los «fabricó para que durasen».

Bell se calzó las botas y corrió a la caseta de los envíos del parque ferroviario, donde disponían de un telégrafo. La peculiar resistencia del *American Eagle* era el resultado de múltiples refuerzos y de eslabones de control adicionales. Su inventor no solo había usado los mejores materiales, sino que había diseñado la máquina anticipando los posibles fallos estructurales y los desastres.

Un inventor que construía artilugios para que durasen no parecía un tipo de hombre capaz de suicidarse porque estaba arruinado. Un hombre así, pensó Bell, consideraría la quiebra simplemente un revés temporal y superaría el fracaso.

—Van Dorn —dijo al controlador de la línea de ferrocarril central de Nueva York.

Si bien tenía una carta de recomendación del presidente de la línea, no necesitó mostrarla porque el controlador estaba encantado de ayudar a cualquiera relacionado con la carrera aérea.

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero enviar un telegrama.

La mano del controlador se situó sobre el pulsador de latón.

—¿A quién?

—A James Dashwood. Agencia Van Dorn. San Francisco.

—¿Mensaje?

Bell escuchó mientras el controlador traducía las letras de su mensaje al alfabeto Morse:

INVESTIGA SUICIDIO DEL SEÑOR DI VECCHIO.

ACELERA INVESTIGACIÓN SOBRE MARCO.

¡DEPRISA!

—¡Allá va!

Volando a toda potencia, con el motor Antoinette emitiendo un agudo gruñido que parecía el sonido de una lona rasgándose, el monoplano amarillo de Josephine pasó como un rayo por Weehawken, en New Jersey, al amanecer.

—¡Dale vueltas!

Isaac Bell ya estaba a los mandos del *Eagle*, después de enterarse por teléfono de que Dmitri Platov y los mecánicos de Van Dorn habían trabajado durante toda la noche para sustituir de la aeronave de Josephine tanto el *alettone* como los soportes que el viento había destrozado. La aviadora acababa de despegar de la isla de Bedloe. Bell tenía el *American Eagle* situado en la parte delantera del muelle en el que había aterrizado el día anterior para despegar sobre el río. Su motor rotativo Gnome estaba caliente y listo para volar. Arrancó renqueando con un solo giro de la hélice.

—¡Los calzos!

Andy y su ayudante retiraron los calzos que inmovilizaban las ruedas, y el monoplano empezó a rodar. Echaron a correr cada uno a un lado de las alas, estabilizándolas, mientras Bell atravesaba a toda velocidad los tablones lisos situados entre las vías y alzaba el vuelo a la zaga de Josephine.

Permaneció justo detrás de ella mientras sobrevolaban el centro del río Hudson, buscando rastros de Harry Frost en barcos y botes, pilotando con una mano y girando el rifle con la otra. Después de veinticuatro kilómetros, los dos aeroplanos amarillos viraron hacia la orilla de Nueva York, donde la ciudad de Yonkers teñía el cielo de humo.

Aunque Bell iba siguiendo el aeroplano de Josephine, practicó la navegación aérea con un mapa de la carrera en el que estaban dibujadas las marcas pertinentes. Con el papel rígido sujeto con una banda a la pierna, recorrió el óvalo del hipódromo Empire City, que se hizo visible a un par de kilómetros hacia el interior junto a un enorme foso de lodo en el que las palas mecánicas de vapor estaban excavando un nuevo embalse para la ciudad de Nueva York.

Bell vio unos purasangres que corrían a medio galope por la pista a modo de ejercicio matutino, pero en el campo interior del hipódromo no había ninguna máquina voladora, y el único tren que localizó en el parque ferroviario era el largo *Josephine Special* amarillo. Al posarse detrás de Josephine descubrió que el resto de las máquinas voladoras de la carrera ya habían partido hacia Albany.

Mientras los mecánicos rellenaban con combustible, aceite y agua los depósitos del aeroplano de Josephine, y ponían gasolina y aceite de ricino en los de Bell, les

informaron de que aunque el biplano tractor de dos hélices con doble motor Antoinette que Steve Stevens pilotaba había registrado el mejor tiempo de Belmont Park a Yonkers, el alodonero estaba furioso con Dmitri Platov porque este había ayudado a Josephine a reparar su avión en la estatua de la Libertad.

—La idea es que todo mundo correr junto —dijeron, imitando afectuosamente a Platov.

—Así que el señor Stevens gritó al pobre Dmitri —continuaron, esa vez imitando el acento sureño—. Sois todos unos socialistas.

Bell se fijó en que Josephine no reía. Tenía el semblante tenso. Supuso que estaría disgustada por llevar retraso en una fase tan temprana de la competición. Por lo general, Josephine era educada y agradable con todo el mundo, pero en ese momento estaba mostrándose muy dura con sus mecánicos, diciéndoles que se dieran prisa, mientras ellos hacían reparaciones adicionales en el ala deteriorada a causa del torbellino.

—No te preocupes, Josephine —dijo Bell con delicadeza—, los alcanzarás.

El alto detective hizo señas a uno de los mecánicos de Van Dorn que estaban en el tren de refuerzo para que se reuniera con él.

—¿Alguna idea de por qué se desprendió el alerón del ala?

—Se vio atrapada en un tornado pequeño.

—Eso ya lo sé. Pero ¿es posible que alguien hubiera debilitado previamente las articulaciones?

—¿Me pregunta si hay señales de sabotaje? Es lo primero que he buscado, señor Bell. La verdad es que no hemos perdido de vista la máquina en ningún momento mientras ha estado en tierra. El señor Abbott nos lo dejó muy claro. Hemos estado muy atentos por si se producía un acto de sabotaje. Dormimos al lado del aeroplano en Belmont, y siempre había un hombre despierto.

Andy y su ayudante llegaron de las Palisades de New Jersey en un Thomas Flyer a bordo de un transbordador antes de que los mecánicos de Josephine terminasen. Subieron el vehículo al *American Eagle Special* por la rampa, y Bell envió el tren por adelantado.

Era mediodía cuando Josephine pudo surcar el cielo.

La aviadora rodeó la tribuna para que el sustituto de Weiner, el contable, registrara su hora de partida, ascendió a trescientos metros y se dirigió al norte. Isaac Bell volaba un poco por encima de ella y a cuatrocientos metros de su cola. Según el mapa de la carrera, había doscientos veinticinco kilómetros hasta el terreno de la feria de Altamont, en Albany. La ruta era fácil de seguir; la vía de la línea de ferrocarril central de Nueva York iba paralela a la orilla este del río hasta que, cuando sobrevolaba la ciudad de Hudson, vio una serie de vías breves que se unían desde el este. En el confuso empalme, los comisarios de la carrera habían marcado con largas



flechas de lona blancas la vía correcta que los participantes debían seguir.

Los dos monoplanos continuaron hacia el norte sin incidentes y finalmente adelantaron al tren *Eagle Special* con la cubierta blanca de Bell, que avanzaba pausadamente para que ellos lo alcanzasen. El fogonero echó un poco más de carbón para seguir el ritmo de las máquinas voladoras.

De repente, a dieciséis kilómetros de Albany, Bell vio que Josephine perdía altura bruscamente.

La siguió en una serie más larga de tirabuzones descendentes, y todavía estaba en lo alto cuando ella se posó en un campo de heno recién segado a las afueras del pueblo de Castleton-on-Hudson. Mientras observaba la maniobra a través de sus gemelos, comprendió por qué Josephine había buscado un lugar para aterrizar. El *Antoinette* expulsaba nubes de humo. Había habido algún problema con la refrigeración por agua.

Bell giró otra vez hacia la vía de la línea central de Nueva York. Sobrevoló a escasa altura el *Eagle Special* y orientó su aeronave hacia el lugar por el que había llegado. Entonces vio el *Josephine Special* con su cubierta amarilla, que iba a toda máquina para recuperar el tiempo perdido. El detective se lanzó en picado delante de la locomotora y giró en la dirección en la que Josephine estaba. El tren se detuvo en la siguiente vía muerta, donde el ferrocarril de Van Dorn ya había estacionado. Los guardafrenos se apearon de un salto, agitaron una bandera roja y accionaron las agujas hacia delante para que el ferrocarril saliera de la vía principal.

Bell se posó al lado de Josephine y le dijo que la ayuda estaba en camino. Llegó a bordo de dos vehículos: el Rolls-Royce de Preston Whiteway, con dos detectives-mecánicos que, tan pronto como bajaron del coche, se pusieron a trabajar en la máquina de la aviadora, y el Thomas Flyer modelo 35 de Bell, con Andy Moser, que rellenó los depósitos de gasolina y aceite de ricino y ajustó el motor Gnome. El problema de Josephine resultó más complicado que un simple manguito de agua roto. Toda la bomba de agua estaba destrozada. El Thomas Flyer se dirigió a toda velocidad al tren a por un recambio.

—Señor Bell, tardarán dos horas como mínimo —dijo Andy.

—Eso parece.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Faltaría más —dijo Bell, y se llevó la mano al bolsillo, pensando que Andy necesitaba un préstamo—. ¿Qué quieres?

—Lléveme arriba.

—¿A volar? —Bell estaba desconcertado, ya que a Andy le aterraban las alturas y nunca quería volar—. ¿Estás seguro, Andy?

—¿No se da cuenta de dónde estamos?

—A dieciséis kilómetros de Albany.

—Y treinta kilómetros al oeste de Danielle. Me preguntaba si podríamos sobrevolar el manicomio Ryder y si, una vez allí, usted movería las alas para que Danielle nos viera.

—Da vueltas a la hélice y sube. Pasaremos lo más cerca posible de Ryder.

A Bell no le sorprendió que Andy tuviera un mapa. El mecánico enamorado incluso había marcado el manicomio con un corazón rojo. Buscaron una vía de ferrocarril que pudieran seguir hasta el pueblo más próximo y despegaron. Andy, apretujado detrás de él, seguía las indicaciones del plano. A cien kilómetros por hora e impulsados por el viento del oeste, Bell oteó en menos de veinte minutos el lúgubre edificio de ladrillo rojo. Lo rodeó repetidas veces. En cada ventana con barrotes apareció una cara. Una de ellas tenía que ser la de Danielle. Una máquina voladora llamaba la atención a la gran mayoría de las personas que vivían fuera de una gran ciudad y que no habían visto ninguna antes. Probablemente los pasillos estaban llenos de internos, enfermeras y celadores, todos ellos boquiabiertos o prorrumpiendo en exclamaciones. El característico sonido del tubo de escape del Gnome sin duda indicaría a Danielle que se trataba de la máquina de su padre, aunque no pudiera verla.

El semblante del pobre Andy reflejaba una mezcla confusa de alegría y tristeza, entusiasmo y frustración.

—¡Estoy seguro de que nos oye! —gritó Bell.

Andy asintió con la cabeza, consciente de que el detective solo trataba de ayudar. Bell siguió descendiendo en el valle y dio vueltas a escasa altura sobre el torreón donde había entrevistado a Danielle, en las dependencias privadas de Ryder. Consultó el reloj que había colgado del pendolón. Tiempo y combustible de sobra, pensó. ¿Por qué no mataba dos pájaros de un tiro ofreciendo un respiro al pobre Andy y preguntando a Danielle por la muerte de su padre?

Al otro lado del muro había una extensión de césped bastante amplia. Aterrizó sin problemas el *Eagle*. Unos guardias se acercaron corriendo a instancias del doctor Ryder, quien lució una sonrisa forzada en el rostro ante la inoportuna visita de Isaac Bell.

—Menuda entrada, señor Bell.

—Hemos venido a visitar a la señorita Di Vecchio.

—Desde luego, señor Bell. Estará lista en un momento.

—Tráigala aquí fuera. Me imagino que disfrutará respirando un poco de aire fresco.

—Como desee. Enseguida vuelvo.

Andy estaba mirando el lúgubre edificio, sus ventanitas con barrotes.

—Usted no le cae bien a ese hombre —observó.

—Tienes razón.

—Pero le obedece.

—No le queda más remedio. Sabe que conozco a su banquero. Y también sabe que si se le ocurre tocar un pelo a Danielle, le aplastaré la nariz de un puñetazo.

El primer detalle de Danielle en el que Bell reparó fue que su bata de paciente blanca era nueva; el segundo, que consideraba a Andy Moser más un hermano pequeño que un novio. El detective se retiró para dejarles un momento de intimidad. Andy se mostró tímido.

—Andy, ¿por qué no muestras a Danielle lo que le has hecho a la máquina de su padre? —gritó Bell.

Andy, entusiasmado, procedió a mostrársela, y Danielle rodeó la aeronave a su lado, prorrumpiendo en exclamaciones de asombro y acariciando la lona con las puntas de los dedos.

—Muchas mejoras —anunció la joven finalmente—. ¿Sigue siendo ingobernable, señor Bell?

—Andy la ha convertido en un corderito —dijo Bell—. Me ha salvado más de una vez.

—Ignoraba que usted supiera volar.

—Todavía está aprendiendo —dijo con seriedad Andy.

—Su padre construyó una auténtica maravilla —afirmó Bell—. Es increíblemente resistente. El otro día un tirante se rompió, y los demás mantuvieron el ala sujeta.

—*Elastico!* —exclamó Danielle.

—¿Era su padre *elastico*? —preguntó con mucho tacto Bell.

Los grandes ojos de la joven se iluminaron evocando recuerdos felices.

—Como una *biglia*. Una pelota de caucho. *Rimbalzare!* Él rebotaba.

—¿Le impresionó cómo murió?

—¿Que se quitara la vida? No. Si estiras una goma demasiado y demasiadas veces, se rompe. Un hombre se rompe cuando demasiadas cosas le salen mal. Pero antes él *rimbalzava*. ¿Está pilotando Josephine el monoplano de Celere en la carrera?

—Sí.

—¿Qué tal le va?

—Lleva un día entero de retraso.

—*Brava!* —Danielle sonrió.

—Me sorprendió cuando me enteré de que Marco tenía otra máquina en la carrera. Un gran biplano con dos motores.

—¿A quién cree que se lo robó? —dijo Danielle sonriendo burlesco.

—¿A su padre?

—No. Marco copió el biplano a un estudiante brillante del que se hizo amigo en París. En la *École Supérieure des Techniques Aéronautiques et de Construction Automobile*.

—¿Cómo se llamaba?

—Sikorsky.

—¿Ruso?

—Y medio polaco.

—¿Lo conoció?

—Mi padre daba clases en la escuela. Conocíamos a todo el mundo.

—¿Conoce a Dmitri Platov?

—No.

—¿Y su padre?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Bell consideró hacerle otra pregunta. ¿Podía descubrir algo más sobre el suicidio de su padre interrogando a Danielle di Vecchio que compensara el dolor que le provocaría? ¿O debía confiar en que James Dashwood lo averiguase en San Francisco? Andy lo sorprendió acercándose y murmurando algo entre dientes:

—Basta. Dele un respiro.

—Danielle... —dijo Bell.

—¿Sí, señor Bell?

—Marco Celere convenció a Josephine de que él era el único inventor de su aeroplano.

Los orificios nasales del mecánico se ensancharon y le brillaron los ojos.

—¡Ladrón!

—Me pregunto si podría darme... munición para convencerla de lo contrario.

—¿Qué más le da a ella?

—Percibo inquietud. Duda.

—¿Qué le importa a ella?

—En el fondo es honrada.

—Es muy ambiciosa, lo sabe.

—Yo no creería todo lo que dicen los periódicos. Hace muy poco que la competencia de Preston Whiteway ha empezado a cubrir su carrera.

Danielle señaló airadamente al muro.

—Yo no leo periódicos aquí. Dicen que los periódicos nos confundirían.

—Entonces ¿cómo sabe que Josephine es ambiciosa?

—Marco me lo contó.

—¿Cuándo?

—Estaba alardeando cuando lo apuñalé. Dijo que ella era muy ambiciosa, pero que él lo era todavía más.

—¿Más ambicioso? Ella quiere volar. ¿Qué quería él? ¿Dinero?

—Poder. A Marco no le importaba el dinero. Él sería un príncipe o un rey. —Danielle sacudió la cabeza y rió airadamente—. El rey de los sapos.

—¿Qué tiene la máquina de Josephine que fuese inventado sin ningún género de dudas por su padre y no por Marco Celere?

—¿A usted qué más le da?

—Piloto un aeroplano que su padre creó. Tengo un elevado concepto de su genialidad, su capacitación y hasta sus sueños. No creo que le deban ser robados, sobre todo cuando él no está entre nosotros para defenderse. ¿Puede proporcionarme algo que pueda usar para defenderlo?

Danielle cerró los ojos y frunció el ceño.

—Lo entiendo —dijo—. Déjeme pensar... Verá, su monoplano se construyó más tarde. Después de que Marco hiciera su copia. Él es como una esponja. Se acuerda de todo lo que ve, pero nunca tiene ideas propias. Así que el monoplano de Marco no cuenta con las mejoras que mi padre incorporó en el suyo.

—¿Como qué? ¿Qué mejoró? ¿Qué cambió?

—Los *alettoni*.

—Pero ¡parecen idénticos! Los he comparado.

—Vuelva a mirar —dijo ella—. Más de cerca.

—¿En qué debo fijarme?

—Observe el *cardine*. ¿Cómo se dice en su idioma? El pivote. ¡La articulación! Observe en su aeroplano cómo los *alettoni* están sujetos con esa especie de bisagras. Y luego fíjese en las de la máquina de Josephine.

Bell vio la expresión de asombro del rostro de Andy Moser.

—¿Qué ocurre, Andy?

—Los chicos dijeron que sus alerones estaban mal ajustados. Los pernos eran demasiado pequeños. Por eso el alerón se desprendió.

Bell asintió con la cabeza, pensando detenidamente.

—Gracias, Danielle —dijo. Había sido una visita productiva—. Tenemos que marcharnos. ¿La tratan bien ahora?

—Mejor, *grazie*. Y tengo un abogado. —Se volvió hacia Andy y dedicó al mecánico una sonrisa deslumbrante—. Gracias por visitarme, Andy. —Le tendió una mano, que Andy estrechó con fuerza. Danielle miró a Bell poniendo los ojos en blanco y dijo—: Andy, cuando una dama te da la mano, es preferible besarla a estrecharla.

—Andy, prepara la máquina —pidió Bell—. Enseguida estoy allí. —Esperó hasta que el muchacho estuvo lo bastante lejos para no oírle decir a Danielle—: Hay otra cosa que debo preguntarle.

—¿De qué se trata?

—¿Estaba enamorada de Marco Celere?

—¿De Marco? —Danielle se echó a reír—. No hablará en serio, señor Bell, ¿verdad?

—Yo no lo conocí.

—Antes que a Marco Celere, querría a un erizo de mar. Un erizo de mar venenoso. No tiene ni idea de lo traidor que es. Respira mentiras como los demás hombres respiran aire. Intriga, finge, roba... Es un *truffatore*.

—¿Qué es un *truffatore*?

—Un *imbroglione*.

—¿Qué es un *imbroglione*?

—¡Un *impostore*! ¡Un *defraudatore*!

—Un estafador —dijo Bell.

—¿Qué es un estafador? —preguntó Danielle.

—Un timador. Un ladrón que se hace pasar por tu amigo.

La mente ágil de Isaac Bell empezó a funcionar a toda velocidad. Un ladrón asesinado cuyo cadáver no había sido hallado era un misterio. Un embaucador asesinado cuyo cuerpo había desaparecido era un misterio totalmente distinto. Sobre todo cuando Harry Frost había gritado con congoja y perplejidad: «Tú no sabes lo que tramaban».

Ni tú tampoco, Harry Frost, pensó Bell. Por lo menos hasta que trataste de matar a Marco Celere. Por eso no asesinaste en primer lugar a Josephine. No tenías intención de quitarle la vida. Ese retorcido deseo te acometió más tarde, después de que te enterases de algo relacionado con ellos que consideraste peor que la seducción, se dijo.

Bell estaba eufórico. Había sido una visita sumamente productiva. Aunque todavía no sabía qué habían tramado Marco y Josephine, ahora estaba seguro de que Harry Frost no desvariaba.

—Josephine me ha dicho que a usted le dolió que Marco le robase el corazón.

No le sorprendió que Danielle contestara:

—Marco debió de contarle esa mentira. En mi vida he visto a esa chica.

Danielle ayudó a Bell y a Andy a hacer rodar el *Eagle* hasta el otro extremo del césped del manicomio y lo orientó contra el viento. Agarró el patín de cola hecho con caña, mientras Andy hacía girar la hélice, y lo sujetó firmemente para retrasar el movimiento hacia delante mientras él se esforzaba por frenarlo y subía a bordo. Era una mujer fuerte, advirtió Bell, y en lo tocante a las máquinas voladoras sabía lo que se hacía.

El investigador rebasó el muro del manicomio. Siguió la vía de ferrocarril hasta su conexión con la línea central de Nueva York y luego la que llevaba hasta la estación de Castleton-on-Hudson. Al sobrevolar a gran altura la calle principal, vio unos carros de bomberos tirados por caballos blancos y una banda de músicos en formación con sus instrumentos de metal reluciendo al sol.

La banda de música del Departamento de Bomberos avanzaba calle arriba a la

cabeza de una multitud, en dirección al campo de heno donde la máquina de Josephine estaba siendo reparada. Pasaron por una escuela de ladrillo cuyas puertas se abrieron de golpe, y cientos de niños salieron en tropel para unirse al desfile. Bell se dio cuenta de que se había corrido la voz. Todo el pueblo iba a dar la bienvenida a Josephine, y había más personas en el desfile de las que cabrían en el campo.

Bell recorrió a toda velocidad el kilómetro y medio de distancia hasta el campo de heno, aterrizó y corrió a advertir a sus detectives.

—Todo el pueblo viene a recibir a Josephine. Incluso han dejado salir a los niños del colegio. Tendremos que pasar aquí la noche si no nos vamos ahora.

Josephine estaba fuera de sí.

—¡Daos prisa! —gritaba a los mecánicos.

—Yo te llevaré por la carretera —dijo Bell—. Da un discurso. Deja que te vean para que no abarroten el campo.

—No —dijo ella—. No quieren verme a mí; quieren tocar la máquina. Es lo que ocurrió en California el año pasado. Los niños escribieron sus nombres en las alas y agujerearon la tela con los lápices.

—Sus padres también vienen.

—Son aún peores que ellos. Arrancaron partes de la máquina y se las llevaron de recuerdo.

—Yo les impediré pasar —dijo Bell.

Envió el Rolls-Royce y el Thomas Flyer para que trataran de interceptar el desfile en la carretera; una solución temporal, en el mejor de los casos, ya que los emocionados pueblerinos solo tendrían que rodear los automóviles. Desplazó su *Eagle* por tierra a la parte delantera del campo para distraerlos.

Unos niños que se habían adelantado al desfile saltaron la cuneta que separaba la carretera del campo de heno. Bell comprendió que no habría forma de detener a los críos, que ignoraban lo peligrosas que eran las hélices, hasta que se interpusieran en el camino de Josephine.

Justo cuando parecía que le cerrarían el paso, todos alzaron la vista.

Bell oyó el inconfundible rugido autoritario de un Curtiss de seis cilindros. El avión azul intenso del *baronet* Eddison-Sydney-Martin, que Bell había visto por última vez flotando en el puerto de Nueva York, surcaba las nubes directo hacia Albany.

—Ese hombre tiene nueve vidas —dijo Andy.

Josephine soltó la llave inglesa y subió de un salto a bordo del *Celere*.

Los niños dejaron de correr y se quedaron inmóviles, mirando fijamente al cielo. Dos monoplanos amarillos en tierra les habían parecido el sùmmum de la emoción, pero la imagen de una máquina voladora en el aire era aún más insólita, tan extraordinaria como celebrar el Cuatro de Julio en Navidad.

—¡Da a la hélice! —gritó Josephine.

Su Antoinette silbó. Los mecánicos que sostenían las alas le dieron la vuelta para situarlo contra el viento, y la máquina corrió a través del heno y se elevó en el cielo. Isaac Bell estaba justo detrás de ella, un paso por delante del comité de bienvenida.



Cuando Bell llegó al terreno de la feria de Altamont, en Albany, circulaban rumores de sabotaje por todas partes. Los mecánicos que se ocupaban de las máquinas en el campo central debatían sobre si las alas del Curtiss de hélice trasera sin plano delantero de *sir* Eddison-Sydney-Martin habían sido dañadas a propósito. Bell fue a buscar al inglés. Los encontró a él y a su esposa, Abby, en una fiesta que se celebraba en una carpa amarilla instalada junto al vagón de ferrocarril privado de Preston Whiteway.

El editor de periódicos detuvo a Bell.

—No me gustan los rumores que circulan —le susurró, alarmado—. Por raro que parezca, inducen a pensar que un segundo chiflado, que no es Harry Frost, está actuando. Quiero que investigue si hay un asesino entre nosotros o si Frost está atacando a todo el mundo.

—Ya estoy en ello —dijo Bell.

—Quiero informes continuos, Bell. Informes continuos.

El detective buscó a su alrededor algo para distraer a Whiteway.

—¿Quién es ese atractivo francés que habla con Josephine?

—¿Un francés? ¿Qué francés?

—Ese tan apuesto.

Whiteway se abrió paso con dificultad entre sus invitados para plantarse junto a Josephine en actitud protectora y fulminar con la mirada al piloto del Blériot, René Chevalier, quien había hecho sonreír a la joven a pesar de su mala actuación.

Bell se acercó a Eddison-Sydney-Martin, lo felicitó por haber sobrevivido y le preguntó cómo había llegado a caer su avión en el puerto.

—Uno de mis chicos dice que descubrió un agujero que atravesaba el montante que se partió. Eso hizo que el ala se desplomase.

—¿Sabotaje?

—Basura.

—¿Cómo que basura?

—Creo que fue un nudo de una madera mal elegida por el fabricante, aunque nunca lo reconocerá.

—¿Puedo verla?

—Me temo que se fue flotando cuando rescataron el avión del agua. Perdimos varias piezas al subirlo a la barcaza.

Bell localizó al mecánico que trabajaba en el avión azul de hélice trasera, un estadounidense de la compañía Curtiss, que se burló de la explicación del nudo.

—Si no fue un nudo, ¿podría haber hecho alguien un agujero sin querer y haberlo cubierto para ocultar el fallo? —preguntó Bell.

—No.

—¿Por qué no?

—Ningún fabricante de máquinas voladoras correría ese riesgo. Reconocerían el fallo y sustituirían la pieza aunque tuvieran que pagarla ellos. Mire, señor Bell, imagínese que un carpintero de casas hace un agujero en una tabla. Puede tapanlo, calafatearlo, pintarlo por encima y nadie se dará cuenta. Pero un montante de una máquina voladora es harina de otro costal. Todos sabemos que si algo se rompe en esa parte, el avión cae.

—Y cayó —dijo Bell.

—Podría haber sido un asesinato. El inglés tuvo mucha suerte de que lo sacaran del agua sano y salvo.

—¿Por qué cree que el *baronet* insiste en que el accidente se debió a un agujero de un nudo en la madera?

—*Sir Eddison-Sydney-Martin* es un ingenuo. No le cabe en la cabeza que alguien sea capaz de hacerle daño para ganar la carrera, como tampoco concibe que un aviador quiera ser el vencedor solo para cobrar los cincuenta mil pavos. Siempre está diciendo que «la victoria es suficiente premio», cuando no dice que «la carrera es el premio». Vuelve locos a los chicos. Él está por encima de todo, ya sabe lo que quiero decir, con su título y su esposa rica. Pero el caso es que no es justo para el señor Curtiss. Glenn Hammond Curtiss jamás dejaría que una chapuza saliera de su fábrica.

—¿En algún momento el avión estuvo sin vigilancia la noche antes de que empezara la carrera?

—Como el resto de las máquinas en Belmont Park. Su «aviadora» fue la única que tenía vigilantes, pero eso es por el marido, según tengo entendido.

—Entonces, si de la fábrica de Curtiss no pudo salir la aeronave ni con un nudo ni con un agujero hecho sin querer, ¿cómo cree que ese boquete acabó en el montante roto?

—Sabotaje —dijo el mecánico—. Todo el mundo lo dice. Bastaría con haber hecho un agujero donde nosotros no pudiéramos descubrirlo, donde la tela lo cubriese o donde una pieza lo tapase. Al Farman del inglés también le pasó, ¿no? Y mire lo que le ocurrió al motor de Platov. Esos fueron casos de sabotaje, ¿verdad?

—Así es —convino Bell.

—Solo que no entiendo qué relación tenían esos accidentes con el marido loco de Josephine. ¿Y usted, señor Bell?

Bell puso dos dólares en la mano del mecánico.

—Tome, invite a una copa a los chicos.

—No hasta que llegemos a San Francisco. De ahora en adelante dormiremos totalmente sobrios debajo del avión. Un hombre permanecerá despierto durante toda la noche.

Bell se centró en la inquietante idea de que de tres actos de sabotaje, solo uno podía estar relacionado con Harry Frost. Tres actos de sabotaje desde que los

participantes de la carrera se habían reunido en Belmont Park. *Sir* Eddison-Sydney-Martin había sido víctima de dos de ellos, y Platov y el pobre mecánico Judd se vieron afectados por el tercero.

El primer accidente de *sir* Eddison-Sydney-Martin había sido claramente una distracción maquinada por Harry Frost para matar a Josephine.

Pero ¿cómo podía culpar a Frost del segundo ataque que el *baronet* había sufrido? ¿Qué conseguiría aquel loco con el accidente del inglés? Como ya se había preguntado en Belmont Park, ¿qué lograría Frost haciendo descarrilar el motor y matando a un mecánico? ¿Acaso pretendía sabotear la competición en sí en lugar de centrarse en matar a su esposa? No tenía sentido a esas alturas. El objetivo que Frost perseguía era demasiado claro para no concentrar únicamente en él sus esfuerzos. Trataría de matar a Josephine primero y, en caso de conseguirlo, ese crimen mancillaría la carrera de Preston Whiteway también.

Pero ¿con qué fin un saboteador que no estaba en la nómina de Frost había manipulado el motor de Platov? ¿Y con qué fin habían provocado el accidente del avión del inglés?

La respuesta más probable a ambas preguntas era: para eliminar a un competidor con posibilidades de ganar.

¿Quién se beneficiaría de ello? Tres posibilidades rondaban la mente de Bell, dos probables y una extraña pero no del todo improbable. El saboteador podía ser un competidor, uno de los aviadores, que iba eliminando a sus rivales. O quizá fuera un jugador que tratara de amañar a su favor la carrera deshaciéndose de los participantes que iban en cabeza. O, por extraño que pareciese, podía ocurrir que el mismísimo patrocinador de la competición buscara con todo aquello darle publicidad.

Lo más probable era que un competidor tratase de obtener ventaja eliminando a sus rivales más fuertes. Cincuenta mil dólares era un premio muy cuantioso, más dinero del que un obrero ganaría en toda su vida.

Sin embargo, el dinero apostado a medida que la carrera recorriera el país superaría el que se ganaría amañando una carrera de caballos. Jugadores empedernidos como Johnny Musto podían sacar mucha tajada.

Preston Whiteway representaba una tercera y extraña posibilidad. Bell no olvidaba que el editor había afirmado con descaro que lo mejor que podía ocurrir para mantener emocionada a la gente era que los contrincantes varones se estrellassen antes de llegar a Chicago. «Si el grano se criba de forma natural —como él había declarado fríamente—, se convertirá en una competición que enfrentará a los mejores aviadores con la valiente Josephine».

¿Demasiado descabellado? Pero ¿Preston Whiteway era incapaz ciertamente de maquinar accidentes de aeroplanos para vender periódicos? La verdad, los hechos y la moral no le habían impedido tratar de iniciar una guerra contra Japón por culpa de

la Gran Flota Blanca. Ni tampoco lo habían disuadido de utilizar el hundimiento del acorazado *Maine* para provocar la guerra hispano-estadounidense.

Josephine Josephs se quedó todavía más atrasada en el tramo de doscientos treinta kilómetros comprendido entre Albany y Syracuse cuando el *alettone* reparado a toda prisa se trabó y hubo que sustituir todo el soporte. Luego perdió medio día entre Syracuse y Buffalo cuando al *Antoinette* le reventó un cilindro.

Isaac Bell le recordó que no era la única competidora que tenía dificultades. Tres aeroplanos ya habían quedado fuera de la carrera. Un gran *Voisin* impactó mortalmente contra la valla de un prado; un veloz biplano *Ambroise Goupy* quedó hecho pedazos cuando una corriente descendente lo lanzó contra una hilera de árboles cerca del campo en el que estaba intentando aterrizar, y el formidable *Renée Chevalier*, que se había estrellado en el canal de Erie, hizo añicos su *Blériot* y a punto estuvo de ahogarse en las aguas poco profundas, sin poder nadar siquiera porque se había roto las dos piernas.

Josephine, que se había vuelto bastante reservada desde que habían salido de Belmont, sorprendió a Bell con una de sus extraordinarias sonrisas de antaño.

—Gracias por tratar de consolarme, Isaac. Supongo que debería mostrarme agradecida por no haberme roto ningún hueso todavía.

Bell contrató a un tercer mecánico (un muchacho de Chicago muy habilidoso, llamado *Eustace Weed*, que había perdido su trabajo al quedar destruido el *Voisin*) para que mantuviera el *American Eagle* a punto. Su incorporación proporcionó a *Andy* tiempo libre para investigar la causa mecánica de cada uno de los accidentes con vistas a ofrecer pruebas de sabotaje. El meticuloso hijo de policía recabó pruebas escrupulosamente e informó de que desde el accidente de *Eddison-Sydney-Martin* en el puerto de Nueva York la mayoría de los accidentes habían tenido una explicación mecánica que justificaba lo que había fallado. El de *Chevalier* era la posible excepción, pero partes cruciales de su máquina se habían quedado en el fondo del canal de Erie.

Bell procedió a investigar a los mecánicos. ¿Quién estaba cerca de la máquina? ¿Quién estaba en el vagón hangar? ¿Algún extraño? Ninguno, por lo que ellos recordasen. A veces los mecánicos hallaban pruebas que mostrar a los detectives de *Van Dorn* (un montante roto, un tubo de combustible aplastado, un cable de alambre retorcido), y en otras ocasiones no encontraban ninguna.

*Preston Whiteway* no paraba de recriminar a Bell que hubiera «un asesino entre nosotros». El detective siguió su consejo, consciente de que *Whiteway* podía ser esa persona, no un asesino en el sentido estricto, sino un saboteador despiadado con escasa consideración por la suerte de los pilotos cuando se estrellaban.

A medida que los aviadores avanzaban hacia el oeste, los accidentes fueron cada

vez más comunes. Las máquinas fallaban, las alas se desprendían sin previo aviso y los pilotos cometían errores. Otros sufrían averías que añadían horas a su tiempo. El robusto Liberator rojo de Joe Mudd perdía tanto aceite que toda la parte delantera de la máquina se tiñó de negro. Luego estuvo a punto de matarlo cuando el aceite empezó a arder mientras sobrevolaba Buffalo. Mudd tuvo más suerte que Chet Bass. El Wright Flyer del Cuerpo de Comunicaciones del Ejército que pilotaba resbaló de lado al aterrizar en Erie, Pennsylvania, y lo lanzó nueve metros a través de la hierba.

Bell escuchó atentamente las discusiones acaloradas que tuvieron lugar después del accidente. El hecho de que Bass perdiera dos días en el hospital debido a una conmoción cerebral movió a los pilotos y los mecánicos a debatir si merecía la pena instalar cinturones para impedir que los aviadores cayesen de sus máquinas. Un aristócrata austríaco que pilotaba un monoplano Pischhof se mofó de la «cobarde» idea de ponerse un cinturón. Muchos estuvieron de acuerdo en que sujetarse de aquella manera sería impropio de un hombre. Pero Billy Thomas, el piloto de coches de carreras que había demostrado su valor repetidas veces en los circuitos antes de aprender a pilotar el gran Curtiss de doble hélice trasera del sindicato Vanderbilt, anunció que el austríaco podía irse al infierno porque él llevaría un cinturón.

El día que se lo puso, un fuerte viento de los Grandes Lagos empujó su Curtiss contra el poste de un semáforo de ferrocarril situado encima de una caseta de cambio de agujas. El Curtiss rebotó contra veinte cables de telégrafo y salió despedido hacia atrás a través de las ventanas de la segunda planta de la caseta.

El cinturón de Billy Thomas lo mantuvo entre los restos, pero la fuerza del frenazo repentino contra el cuero rígido de la cinta prácticamente lo partió por la mitad. Con los órganos internos destrozados, quedó fuera de la carrera.

Esa noche las conversaciones en el terreno de la feria de Cleveland se desviaron hacia el concepto de cinturón elástico. Los mecánicos empezaron a trabajar con las gruesas cintas de goma que tenían a mano para hacer rebotar las ruedas de los aeroplanos.

El aristócrata austríaco siguió burlándose. Al día siguiente, una ráfaga escoró bruscamente su Pischhof, y el piloto cayó del monoplano a trescientos metros por encima de Toledo, Ohio.

En el funeral, Eddison-Sydney-Martin anunció que su esposa insistía «vehementemente» en que se abrochara un ancho cinturón fabricado a partir de una correa de transporte para caballos.

Las aeronaves parecidas de Josephine e Isaac Bell tenían los asientos más encajados en el fuselaje, cosa que hacía menos probable que cayesen. Josephine hizo caso omiso de las súplicas de Preston Whiteway para que llevase cinturón. Había sobrevivido a un accidente en un biplano en llamas, explicó, y verse atrapada en su avión le daba miedo.

A instancias de Marion Morgan, Isaac Bell ordenó a Andy que fijase al *Eagle* un cinturón ancho de motociclista mediante bandas de goma. Envainado al lado de una de esas tiras guardó un cuchillo de caza muy afilado.

No habían tenido noticias de Harry Frost desde que escapó de Isaac Bell bajo los muelles de Weehawken. El detective sospechaba que Frost estaba esperando a que la carrera llegase a Chicago, la ciudad donde él había iniciado su ascensión meteórica a la cúspide del crimen, desde la que había amasado su fortuna legal. En ninguna otra ciudad Frost se hallaba tan bien establecido como en Chicago, pues allí contaba con socios pertenecientes a bandas y con la colaboración de políticos corruptos. En ninguna otra ciudad se había infiltrado tanto en la policía.

Bell, mentalmente, lo desafió a que lo intentara. La agencia de detectives Van Dorn también había empezado a funcionar en Chicago. Ellos también conocían el frío de la ciudad. Cuando la carrera se vio interrumpida en Gary, Indiana, por unas tormentas del lago que, según el pronóstico del Servicio Meteorológico durarían cuatro días, se adelantó en tren para explorar Chicago.

—Lo machacaremos si lo intenta aquí —juró Bell a Joseph van Dorn mientras mantenía una conferencia con él desde la oficina de la agencia en el hotel Palmer House de la ciudad.

Van Dorn, que estaba en Washington, recordó a Bell que había prometido mantener la mente despejada.

Bell cambió de tema y sacó a colación el sabotaje. Van Dorn lo escuchó atentamente y luego comentó:

—El punto débil de esa línea de investigación es que las máquinas voladoras son perfectamente capaces de estrellarse sin ayuda de sinvergüenzas.

—Solo que en los casos de Eddison-Sydney-Martin y Renée Chevalier, e incluso de Chet Bass, han sido los aviadores que iban en cabeza quienes han sufrido los accidentes —replicó Bell—. En cuanto alguien adelanta al grupo, algo le ocurre.

—Steve Stevens todavía no ha sufrido ningún accidente. En el *Washington Post* he leído que Stevens va en cabeza.

—Josephine está dándole alcance.

—¿Cuánto has apostado por ella?

—Suficiente dinero para comprar mi propia agencia de detectives, si gano —contestó Bell de forma enigmática.

De hecho, los periódicos empezaban a percatarse de que un aviador más corpulento que el orondo presidente Taft volaba más rápido que cinco hombres que pesaban la mitad que él y una mujer que apenas pesaba una tercera parte.

—Según el *Post*, el caballo oscuro es el caballo más pesado —dijo Van Dorn riendo entre dientes.

Bell había visto titulares parecidos en Cleveland: «¿Siete días de Nueva York a Chicago?», especulaba ansiosamente el *Plain Dealer*, antes de que los dioses pusieran freno al exceso de optimismo mediante la climatología.

«Vuelo milagroso. El dueño de una plantación algodonera sigue en cabeza», se leía en otro titular.

—Hay que reconocerlo —dijo Van Dorn—. Whiteway se ha sacado un conejo de la chistera. Todo el país habla de la carrera. Ahora que los demás periódicos no tienen más remedio que cubrir la noticia, están apoyando a sus favoritos y calumniando a los rivales. Y todo el mundo tiene una opinión. Los cronistas deportivos alegan que Josephine no puede ganar porque las mujeres no tienen resistencia.

—Los corredores de apuestas son de la misma opinión.

—Los periódicos republicanos sostienen que los obreros no deberían darse aires de superioridad, y mucho menos volar. Los periódicos socialistas exigen que los aristócratas se queden en tierra, ya que el aire es de todos. Llamaban a tu amigo Eddison-Sydney-Martin el «afortunado gato británico» por su costumbre de sobrevivir a los accidentes.

—Como Whiteway nos dijo, aman al más débil.

—Cogeré un tren —dijo Van Dorn—. Os alcanzaré en Chicago. Mientras tanto, Isaac, ten presente que, haya sabotaje o no, nuestro principal cometido es proteger a Josephine.

—Voy a volver a Gary. El tiempo debería cambiar dentro de poco.

Cuando Bell colgó tenía mucho en lo que pensar. Mientras mantenía la mente despejada como había prometido, no pudo obviar la evidencia de que había más asuntos en marcha que los ataques sangrientos de Harry Frost contra Josephine. Se estaba cocinando algo más, algo todavía más importante y más complejo que los intentos de un hombre furioso por matar a su esposa. Había una segunda misión que cumplir, otro crimen que resolver, antes de que se arruinase la carrera. Bell no solo tenía que detener a Harry Frost; debía resolver también un crimen que aún no sabía cuál era... o cuál sería.

Isaac Bell envió un telegrama a Dashwood, que se encontraba en San Francisco, en el que insistía en que debía investigarse el suicidio de Di Vecchio. Además, quería saber qué era lo primero que Marco Celere había hecho cuando había llegado a Estados Unidos procedente de Italia.

Su telegrama pilló a Dashwood en uno de los momentos poco frecuentes en los que el tenaz y joven detective no estaba investigando sobre el terreno. Dashwood le contestó enseguida:

DISCULPE RETRASO. SUICIDIO DI VECCHIO COMPLICADO.  
 MARCO CELERE LLEGÓ SAN FRANCISCO.  
 TRADUCTOR DE CORRESPONSAL DE PERIÓDICO ROMANO  
 DE VIAJE POR CALIFORNIA.

Isaac Bell leyó el telegrama dos veces.

—¿Traductor?

Josephine le había dicho que le era difícil comunicarse con Marco Celere, que le costaba entender su manera de pronunciar.

Bell sonrió para sus adentros. Señorita Josephine, ¿qué estás tramando?, pensó. ¿Intentabas despejar las sospechas de Harry Frost acerca de que lo engañabas? ¿Querías que Preston Whiteway, tu nuevo benefactor, y su severa madre tuvieran la tranquilidad de que tu corazón era puro? ¿O encubrías a Marco Celere?, se dijo.

Cuando el detective James Dashwood oyó las notas iniciales del aria «Celeste Aida» hendiendo la niebla de San Francisco, dijo a las monjas que había llevado con él:

—Ya vienen.

—¿Por qué cantan a Verdi los pescadores? —preguntó la madre superiora, agarrando fuertemente del brazo a una hermosa novicia joven que hablaba italiano.

Dashwood había ido con ellas al nuevo Fisherman's Wharf, donde estaban rodeados de agua, aunque no podían verla. La fría oscuridad se arremolinaba a su alrededor, les helaba los pulmones y les humedecía las mejillas.

—Los pescadores cantan para identificar sus barcos en la niebla —contestó el delgado y juvenil Dashwood—. Eso me han contado, aunque yo tengo la teoría de que se orientan prestando atención a cómo su voz resuena desde la costa.



Encontrar un traductor italiano en San Francisco no había sido difícil. La ciudad estaba llena de inmigrantes italianos que huían de su pobre y atestada patria. Pero encontrar uno con el que los gregarios y temerosos pescadores del Viejo Mundo estuviesen dispuestos a hablar había sido una tarea imposible hasta el momento. Maestros de escuela, importadores de aceite de oliva y de queso e incluso un tipo de una fábrica de chocolate situada cerca del muelle se habían topado, todos ellos, con un muro de silencio. Esa vez sería distinto, esperaba Dashwood. Había sido necesaria una cálida presentación por parte del abad de un monasterio próspero de la costa con el que había tratado en el curso de la investigación del caso del Saboteador, además de la promesa de ofrecer una contribución (a todas luces abusiva) al cepillo para las limosnas del convento, a fin de convencer a la madre superiora de que llevase a la novicia a Fisherman's Wharf para traducir las preguntas de Dashwood y las respuestas de los pescadores.

El canto se hizo más sonoro. Las bocinas de los barcos ofrecían un contrapunto grave y profundo, y los silbatos de los remolcadores pitaban, mientras embarcaciones desconocidas avanzaban con cuidado por el puerto invisible. La niebla se aclaraba o se hacía más densa en algunas zonas. El largo casco negro de un barco de cuatro mástiles apareció repentinamente y desapareció de igual forma. Un buque de vapor pasó por delante de ellos, transparente como un fantasma, y se desvaneció. Un pequeño bote verde con una vela latina cobró forma.

—Por ahí vienen —anunció Dashwood—. Pietro y Giuseppe.

—¿Cuál de ellos es el que tiene un solo brazo? —preguntó la madre superiora.

—Giuseppe. Me han dicho que se lo arrancó un tiburón. O puede que fuera una raya.

La hermosa Maria se santiguó.

—Es lo que ellos llaman el «pulpo» —dijo Dashwood en tono tranquilizador.

Giuseppe frunció el ceño cuando vio al detective que había visitado Fisherman's Wharf tan a menudo últimamente que algunos pensaban que compraba pescado para un mayorista. Pero cuando los ojos de marinero, rodeados de arrugas, se posaron en los hábitos negros de las monjas, se persignó y dio un codazo a Pietro, que estaba preparándose para lanzar una amarra por una abrazadera, y él también se santiguó.

Mejor, pensó Dashwood. Por lo menos no le lanzaban cabezas de pescado, que era como había acabado la visita anterior.

—¿Qué quiere preguntarles? —inquirió la madre superiora.

—En primer lugar, ¿es cierto que oyeron una discusión en la calle delante de su pensión entre dos inventores de máquinas voladoras?

—¿Y si la oyeron?

—La oyeron, eso seguro. Lo difícil será convencerlos de que no tengo malas intenciones y solo intento reparar un daño, y de que no tiene nada que ver con ellos ni

les causaré problemas.

La madre superiora, una irlandesa directa que había dirigido su convento durante el reciente terremoto y los incendios, y que había acogido a refugiados como la joven novicia Maria de otras órdenes desalojadas cuyos conventos se habían desplomado, dijo:

—Maria va a estar muy ocupada convenciéndolos de la mitad de las cosas que ha dicho, detective Dashwood.

Después de esperar durante tres días de viento y lluvia en un embarrado terreno de feria de Gary, Indiana, la Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway se reanudó con la esperanza de llegar al arsenal de la Guardia Nacional de Illinois en Chicago antes de que los sorprendiera otra tormenta. En las gradas levantadas a lo largo de la avenida amplia que hacía las veces de plaza de armas del arsenal, los impacientes espectadores fueron informados con la lectura de un telegrama de que los truenos y los relámpagos habían obligado a los aviadores a aterrizar en Hammond.

La banda de música de la Guardia Nacional con cincuenta instrumentos de metal tocó para tranquilizar al público. A continuación, unos aviadores de la zona despegaron a bordo de unos de los primeros modelos de Wright Flyer para entretenerlos lanzando «bombas» de yeso sobre un «acorazado» dibujado con tiza en mitad de la avenida. Los adoquines acababan de mancharse con fragmentos de yeso cuando otro mensaje resonó por fin a través del megáfono.

El cielo sobre Hammond se había despejado. Los aviadores estaban otra vez en el aire.

Una hora más tarde, alguien dio un grito.

—¡Ahí están!

Todos los ojos se clavaron en el cielo.

Una a una, las máquinas voladoras fueron llegando. El biplano blanco de Steve Stevens estaba en cabeza. Rodeó el parapeto del arsenal con aspecto de fortaleza, descendió a la avenida y fue dando brincos a lo largo de los adoquines, mientras sus hélices gemelas levantaban nubes de polvo de yeso. La compañía de soldados con uniformes de gala le dedicó un saludo, y la guardia de honor presentó armas.

Dos agentes del servicio de seguridad Van Dorn que vigilaban la azotea del arsenal se hallaban apoyados en las ranuras del parapeto, contemplando el cielo. Detrás de ellos, una figura corpulenta y ancha de espaldas salió sin hacer ruido del sotechado que cubría la escalera, rodeó un tragaluz y otro sotechado que encerraba la maquinaria del ascensor, y se acercó sigilosamente.

—Si yo fuera Harry Frost y hubiera venido por la escalera por la que acabo de

subir —dijo con una voz áspera como la boca de una carbonera—, ya estaríais muertos, muchachos...

Los agentes del servicio de seguridad se dieron la vuelta y vieron al adusto señor Joseph van Dorn en persona.

—... y ese cerdo asesino tendría total libertad para matar a la aviadora por cuya protección la agencia está recibiendo una suma de dinero considerable.

—Lo siento, señor Van Dorn.

Milago agachó la cabeza en actitud arrepentida.

Lewis se disculpó.

—Creíamos que los soldados de la Guardia Nacional vigilaban la escalera.

—Los ingenuos soldados de la Guardia Nacional —gruñó sarcásticamente un lívido Van Dorn— salen de casa de sus madres para defender la ciudad de Chicago de los huelguistas y los invasores extranjeros de Canadá. No reconocerían a Harry Frost aunque se lo encontrasen en un callejón. Ni tampoco sabrían cómo comportarse en un callejón. Por eso estáis vosotros aquí.

—Sí, señor Van Dorn —contestaron a coro sus dos agentes.

—¿Tenéis los carteles?

Milago y Lewis le mostraron los carteles de SE BUSCA en los que aparecía Harry Frost, con y sin barba.

—¿Tenéis las pistolas?

Los dos agentes abrieron sus chaquetas para que Van Dorn viera sus revólveres enfundados.

—Permaneced alerta. Vigilad la escalera.

En la plaza de armas, Marco Celere, disfrazado de Dmitri Platov, se encontraba hombro con hombro con los mecánicos que se habían adelantado en sus trenes de refuerzo. Los mecánicos buscaban señales de mal tiempo en el cielo; parecían inquietos.

Celere aplaudió con entusiasmo cuando Steve Stevens aterrizó en primer lugar; era lo mínimo que se esperaba que Platov lograra. Sin embargo, mientras aplaudía y sonreía, se imaginaba flotas enteras de máquinas voladoras eliminando a los soldados con ametralladoras y demoliendo el arsenal de ladrillo rojo con una lluvia de dinamita caída del cielo.

La matanza desde el cielo con la que Marco Celere soñaba exigiría unas máquinas voladoras que todavía no se habían construido. Los acorazados del cielo contarían con dos o tres, incluso cuatro, motores sobre unas alas enormes y transportarían muchas bombas cuando hubieran de recorrer largas distancias. Unas máquinas de acompañamiento más pequeñas y ligeras los protegerían de posibles contraataques.

Celere sabía perfectamente que no era una idea original. Desde hacía mucho tiempo, genios visionarios y soldados despiadados habían imaginado aeronaves veloces capaces de transportar a muchos pasajeros o de llevar muchas bombas. Pero las ideas de otros hombres eran su sustento. Él era una esponja, como le había dicho Danielle di Vecchio. Un ladrón y una esponja.

Así pues, ¿qué más daba que Dmitri Platov, el ficticio mecánico de aeroplanos, operario y diseñador del motor térmico ruso, fuera su única invención original? Un proverbio italiano decía que la necesidad es la madre de la inventiva. Marco Celere necesitaba destruir las máquinas voladoras de sus competidores para asegurarse de que la de Josephine ganaba la carrera. ¿Y quién mejor para sabotearlas que el servicial y amable Platov?

Celere era un experto fabricante de herramientas y tenía un talento especial para imaginar desde el principio el artefacto acabado. Ese don le había hecho destacar por encima de los operarios y los mecánicos comunes cuando empezó a trabajar como aprendiz a los doce años en un taller de máquinas de Birmingham, un puesto que su padre, un camarero inmigrante, le había proporcionado seduciendo a la mujer del dueño. Cuando el metal se colocaba en un torno para ser transformado en piezas, los otros chicos veían un bloque sólido, pero Marco era capaz de visualizar la pieza terminada incluso antes de que el metal empezase a girar. Era como si pudiera ver lo que contenía. Para sacar a la luz la parte que atesoraba dentro solo había que extraer lo que sobraba.

Ese principio también le funcionaba en la vida. Marco Celere se había visto a sí mismo dentro del primer monoplano de Di Vecchio obteniendo contratos para fabricar aviones de combate con los que vencer al archienemigo de Italia, Turquía, y apoderarse de las colonias del Imperio turco-otomano en el norte de África.

Poco después de que la máquina copiada se estrellase, vio una oportunidad de resarcirse «esperando dentro» de un lujoso tren especial que llegó a la Primera Competición Aérea de California celebrada en San Francisco. Del tren bajaron Harry Frost y su joven esposa. La acaudalada pareja (el bombardero pesado y la acompañante ligera), mucho más rica que el rey de Italia, le había ofrecido una

segunda oportunidad de vender futuras máquinas de guerra.

A Josephine, desesperada por pilotar aeroplanos y necesitada de afecto, la sedujo sin problemas. Extraordinariamente observadora, resuelta y valiente en el aire, resultaba fácil bajarla a la tierra, donde su resolución se tornaba en impulsividad y donde parecía extrañamente incapaz de predecir las consecuencias de sus actos.

Para Marco Celere la Carrera Aérea de la Copa Whiteway era la oportunidad perfecta para demostrar que sus aeroplanos eran los mejores. Tenían que serlo. Él había copiado solo lo mejor. No le cabía duda de que Josephine ganaría con sus dotes para la aviación y con la ayuda que él le brindaría saboteando a sus competidores. Ganando, Marco se haría valer a los ojos del ejército italiano. Los accidentes del pasado quedarían olvidados cuando sus aviones de combate derrotasen a Turquía e Italia conquistase sus colonias en el norte de África.

Dos manchas amarillas aparecieron a lo lejos: Josephine e Isaac Bell, que la seguía como un pastor justo detrás y unos metros más arriba de ella. La multitud empezó a vitorear: «¡Josephine! ¡Josephine!». Whiteway era un genio, pensó Celere. Adoraban a la Novia Voladora. Cuando ganase la Copa Whiteway todos los habitantes del mundo conocerían su nombre. Y todos los generales del mundo sabrían de quién era la máquina que la había llevado a la victoria.

Si Steve Stevens conseguía terminar, tanto mejor: Celere vendería al ejército bombarderos pesados además de aeronaves ligeras de acompañamiento. Pero era mucho suponer. Las vibraciones incontrolables, debidas a una falla en la sincronización de los motores gemelos, estaban haciendo pedazos la máquina. Si Stevens se estrellaba antes de terminar, Celere echaría la culpa al peso del granjero y a su mal pilotaje. Tenía que reconocer que, a esas alturas, el joven Igor Sikorsky habría resuelto el problema de la vibración, pero estaba fuera de las aptitudes de Celere. Y ya era demasiado tarde para robar esas ideas aunque Sikorsky estuviera allí y no en Rusia. Si el motor térmico que había comprado en París hubiera funcionado... Pero eso también estaba fuera de sus aptitudes.

Los agentes de los servicios de seguridad Van Dorn que vigilaban la azotea del arsenal habían estado pendientes de la puerta y la escalera, como Joseph van Dorn les había ordenado, aunque, cada vez que el público prorrumpía en vítores, su atención se desviaba hacia la plaza de armas, las gradas y la siguiente máquina voladora que descendía del cielo.

En ese momento yacían muertos a los pies de Harry Frost, tras ser sorprendidos por sus demolidores puñetazos después de que surgiera del sotechado del ascensor, y no del de la escalera, donde había estado escondido desde el amanecer.

Frost apoyó un rifle Marlin sobre el muro de piedra, entre dos ranuras del parapeto, y esperó pacientemente a que la cabeza de Josephine ocupara por completo

el círculo de su mira telescópica. Ella iba directa hacia él, preparándose para rodear el arsenal como exigían las normas, y él podía verla a través del contorno borroso de su hélice. Tal vez no fuese una forma de matarla tan satisfactoria como estrangularla, pero los detectives de Van Dorn no le habían dado ninguna oportunidad de acercarse a ella. Y había veces en que un hombre debía conformarse con lo que tenía a su alcance. Además, gracias a la mira telescópica parecía que la tuviera al otro lado de una mesa.

Tan pronto como Isaac Bell vio las ranuras en la piedra del parapeto almenado, empujó hacia delante el volante de mando con todas sus fuerzas e hizo que el *Eagle* descendiera en picado. La azotea era el lugar exacto donde Frost tendería una emboscada. Las normas de la carrera garantizaban que la víctima tendría que volar tan cerca de aquel edificio que le fuera posible darle con una piedra.

Mientras pilotaba con la mano derecha, giró su rifle Remington de carga automática con la izquierda. Vio la expresión de asombro en el rostro de Josephine cuando pasó como un rayo junto a ella. Más adelante, entre las ranuras de la piedra, vio que el sol destellaba en un objeto de acero. Detrás del brillo, medio oculta en la sombra, la silueta corpulenta de Harry Frost apuntaba a la máquina amarilla de Josephine.

Entonces Frost vio que el *American Eagle* bajaba como una flecha hacia él.

Movió el cañón en dirección a Bell y abrió fuego. Apoyado en la firme azotea del arsenal, fue todavía más certero de lo que lo había sido en la embarcación para pescar ostras. Dos balas atravesaron el fuselaje del *American Eagle* justo detrás de los mandos, y Bell supo que se había salvado gracias a que Frost había subestimado la extraordinaria velocidad del picado que él había efectuado. Ahora era su turno. Esperó a que la hélice quedase fuera de su campo de tiro y disparó con el Remington. Unas esquirlas de piedra salieron volando junto a la cara de Frost, y este soltó el rifle y cayó hacia atrás.

Isaac Bell hizo girar el *Eagle* bruscamente, demasiado; notó que empezaba a entrar en barrena, corrigió la dirección antes de perder el control y se lanzó otra vez sobre el arsenal. Frost atravesaba con dificultad la azotea, saltando por encima de los cadáveres de los dos detectives abatidos. Había dejado el rifle donde se le había caído y se cubría un ojo con una mano. Bell apretó el gatillo dos veces. Un disparo hizo añicos el cristal de la estructura que albergaba la maquinaria del ascensor. El otro hizo una muesca en el tacón de la bota de Frost. El impacto de la potente bala de percusión central del calibre 35 derribó al corpulento criminal.

Bell dio la vuelta de nuevo con el *Eagle*, haciendo caso omiso del grito de protesta del viento en los tirantes y de un siniestro sonido estridente que vibraba a través de los mandos, y regresó a toda velocidad al edificio de ladrillo rojo para

rematar a Frost. Al otro lado de la azotea, la puerta de la escalera se abrió de golpe. Unos soldados armados con rifles largos y toscos la cruzaron en tropel y se dispersaron, lo que obligó a Bell a detener el fuego para no herirlos. Frost se escondió detrás de la caseta del ascensor. Cuando Bell pasó volando con gran estruendo, vio que el asesino abría una puerta y entraba rápidamente.

Miró a la avenida situada delante del edificio, vio que Josephine había aterrizado y que había espacio para él. Descendió encendiendo y apagando el motor. Cayó con fuerza sobre los adoquines, dio media vuelta, recuperó el control y, una vez que el patín de cola hubo frenado casi totalmente la máquina, bajó de un salto y subió corriendo la escalera principal del arsenal, al tiempo que desenfundaba su pistola.

Una guardia de honor compuesta por soldados con uniforme de gala que sostenían sus rifles en posición de presenten armas le cerró el paso.

—¡Van Dorn! —Bell se dirigió al sargento, un hombre de acción condecorado en cuyo pecho lleno de insignias de guerra se encontraba la Medalla al Servicio de la Infantería de Marina concedida en la guerra hispano-estadounidense—. Hay un asesino en la caseta del ascensor. ¡Sígueme!

El viejo veterano se puso en marcha corriendo detrás del alto detective y llamando a sus hombres. El interior del arsenal era un espacio catedralicio para la instrucción igual de ancho que el exterior del edificio y la mitad de profundo. El techo artesonado llegaba hasta la azotea. Bell corrió hasta el ascensor y la escalera. Las puertas del ascensor estaban cerradas, y la flecha de latón que indicaba su ubicación señalaba que la cabina se encontraba en lo alto de la edificación.

—¡Que dos hombres se queden aquí! —ordenó Bell—. No le dejen salir si el ascensor baja. Los demás, vengan conmigo.

Subió cuatro tramos de escalera dando saltos, seguido ruidosamente por los soldados, llegó a la azotea y salió justo cuando el Liberator rojo de Joe Mudd daba la vuelta alrededor del edificio con gran estruendo, varios metros por delante del Curtiss azul de *sir* Eddison-Sydney-Martin.

Bell corrió a la caseta del ascensor. La puerta estaba cerrada.

—Ábranla a tiros.

Los soldados miraron al sargento.

—¡Adelante! —ordenó este.

Seis hombres dispararon tres descargas de fuego de rifle contra la puerta y la abrieron de golpe. Bell entró primero con la pistola en ristre. El cuarto de máquinas estaba vacío. Miró a través de la reja de acero del suelo. Podía ver la cabina sin techo del ascensor, que seguía en lo alto del arsenal, justo debajo de él. También estaba vacía. Harry Frost había desaparecido.

—¿Dónde está? —gritó el sargento—. No veo a nadie. ¿Está seguro de que lo vio aquí dentro?

Isaac Bell señaló una trampilla abierta en el suelo de la cabina.

—Ha bajado por el cable de tracción.

—¡No puede ser! Es imposible que un hombre sea capaz de agarrarse a ese cable grasiento.

Bell descendió a la cabina del ascensor y miró a través de la trampilla. Sus ojos de lince descubrieron dos estrías en la grasa que cubría abundantemente el cable de acero trenzado. Las mostró al sargento.

—¿De dónde demonios ha sacado un freno de mano?

—Venía preparado —dijo Bell, que ya corrían hacia la escalera.

—¿Tiene idea de quién era?

—Harry Frost.

En el rostro del viejo soldado se atisbó una expresión de temor.

—¿Estábamos persiguiendo a Harry Frost?

—No se preocupe. No llegará lejos.

—Chicago es su ciudad, señor.

—Ahora también es nuestra, y los detectives de Van Dorn no nos rendimos nunca.



Esa noche Issac Bell aparcó un gran Packard modelo 30 a tiro de pistola de la mansión de tres plantas situada en Dearborn Street que albergaba el club Everleigh, el burdel más lujoso de Chicago. Mantuvo la visera de su gorra de chófer bien calada sobre sus ojos y observó cómo dos fornidos detectives de la agencia subían la escalera principal. Forasteros a los que no reconocerían ni el portero ni los jefes de planta, iban vestidos con ropa de etiqueta a fin de parecer lo bastante ricos para ser clientes del establecimiento. Llamaron al timbre. La enorme puerta de roble se abrió y se cerró en cuanto ellos hubieron pasado.

Bell buscó policías y gánsteres en las aceras.

Alguien se movía con sigilo cerca del círculo de luz que proyectaba una farola. Aquello llamó la atención de Bell. Una figura menuda, un joven con un traje arrugado y un bombín, pasó por delante de la luz y cruzó la acera siguiendo una ruta que lo acercaría lo suficiente al Packard para que Bell lo reconociera.

—¡Dash!

—Hola, señor Bell.

—¿De dónde diantres has salido?

—El señor Bronson me ha dado permiso para informarle en persona. Me ha traído gratis vigilando el vagón expreso en el semidirecto de la línea terrestre.

—Llegas justo a tiempo. ¿Llevas tu revólver?

James Dashwood sacó de su pistolera un Colt de cañón largo perfectamente forjado.

—Aquí mismo, señor Bell.

—¿Ves la puerta de cristal del balcón del tercer piso?

—El tercer piso.

—Esa escalera sube del balcón a la azotea. Preferiría no enzarzarme en un tiroteo con alguien que tratase de escapar del balcón por esa puerta. ¿Ves el pomo?

La aguda vista de Dashwood penetró las sombras y enfocó el pomo de bronce de cinco centímetros que apenas resultaba visible.

—Ya lo veo.

—Si se mueve, dispárale.

Bell sacó el reloj de oro de su bolsillo y siguió la segunda manecilla.

—Dentro de veinte segundos, nuestros chicos llamarán a la puerta del pasillo.

Veintitrés segundos más tarde, el pomo giró. Dashwood, que había sido adiestrado por su madre (una ex pistolera del espectáculo de Buffalo Bill) disparó una vez. El pomo salió volando de la puerta.

—Sube al coche —dijo Bell—. Oigamos lo que ese tipo tiene que contarnos.

Momentos más tarde, los corpulentos detectives salieron por la parte delantera del burdel, sujetando a un hombre como si fueran sus amigos y lo ayudaran porque estaba borracho. Bell avanzó con cuidado a lo largo de la acera, y metieron al hombre en el asiento trasero.

—¿Sabe usted quién soy? —dijo en tono fanfarrón.

—Es usted Alderman William T. Foley, anteriormente conocido como Bill el Burdeles, no tanto por su cara bonita como por su habilidad para los negocios en el mundo del crimen.

—Haré que lo detengan.

—Se presenta como candidato reformista a la reelección.

—El concejal llevaba esto —dijo uno de los detectives al tiempo que mostraba a Bell dos pistolas de bolsillo, una daga y una porra.

—¿Dónde está Harry Frost?

—¿Quién? —preguntó Bill Foley inocentemente.

Como cualquier delincuente de Chicago que había pasado a ocupar un cargo público, Foley podía reconocer a unos detectives de la agencia Van Dorn cuando se sentaba entre ellos en la parte trasera de un Packard. Estaba envalentonado porque sabía que era menos probable que le disparasen en un callejón o que lo ahogasen en el lago Michigan que en otras partes de la ciudad.

—¿Harry Frost? Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Esta noche usted ha estado gastando en el prostíbulo más caro de Chicago el dinero de Frost, exactamente el dinero que él le ha pagado esta tarde para que cobrase en su nombre un cheque de cinco mil dólares en el Bank First Trust and Saving. Repito: ¿dónde está Harry Frost?

—No ha dejado ninguna dirección.

—Es una lástima para usted.

—¿Qué van a hacer, entregarme al sheriff, que da la casualidad de que es el tío de mi mujer?

—Señor Foley, se presenta como candidato reformista a la reelección. Nuestro cliente publica un periódico en esta ciudad, y a usted no le conviene tenerlo por enemigo.

—No me dan miedo los periódicos de Whiteway —contestó con voz burlona Foley—. En Chicago a nadie le importa un bledo ese fanfarrón de California que...

Bell lo interrumpió.

—La gente de Chicago puede seguir aguantando sus sobornos y su corrupción, pero no tolerará que se insinúe en lo más mínimo que Alderman William T. Foley pondría en peligro la vida de la señorita Josephine Josephs, la Novia Voladora de Estados Unidos.

Foley se humedeció los labios.

—¿Dónde está Harry Frost? —repitió Bell.

—Se ha ido de la ciudad.

—Alderman Foley, no ponga a prueba mi paciencia.

—No bromeo. Se ha ido. Le he visto marcharse.

—¿En qué tren?

—Iba en coche.

—¿Qué clase de coche?

—Un Thomas Flyer.

Bell se percató de que James Dashwood le dirigía una mirada. El Thomas era un vehículo resistente, perfecto para todos los terrenos, motivo por el cual Bell lo había elegido como parte del equipo que transportaba en su tren de refuerzo. Ese vehículo, capaz de atravesar carreteras en mal estado y prados abiertos, e incluso de avanzar por vías de ferrocarril cuando la lluvia y el suelo accidentado hacían todo lo demás impracticable, haría a Frost más peligroso porque le daría movilidad.

—¿Adónde ha ido?

—Al oeste.

—¿A Saint Louis?

Alderman Foley se encogió de hombros.

—Me dio la impresión de que iba a Kansas City..., adonde se dirige su carrera, si lo que he leído en los periódicos es cierto.

—¿Está solo?

—Iba con un mecánico y un conductor.

Bell y Dash volvieron a mirarse. Había ochocientos kilómetros de campo cada vez más abierto entre Chicago y Kansas City, y Frost iba preparado para el largo trayecto.

—Los dos son pistoleros —añadió Foley.

—¿Cómo se llaman?

—Mike Stotts y Dave Mayhew. Stotts es el conductor. Mayhew es el mecánico; trabajaba de telegrafista hasta que lo pillaron vendiendo resultados de carreras de caballos a los corredores de apuestas. Los telegrafistas están obligados a mantener el secreto, como ya sabe.

—Lo que no sé —dijo Bell, frunciendo el ceño y mirando con curiosidad a Foley — es por qué usted se ha mostrado tan hablador de repente, Alderman. ¿Se lo está inventando sobre la marcha?

—No. Solo sé que Harry no va a volver. Le he hecho un último favor.

—¿Cómo sabe que Frost no regresará?

—Nunca pensé que llegaría el día, pero ustedes, los malditos detectives de Van Dorn, lo han obligado a irse de la ciudad.

Isaac Bell llevó a James Dashwood a un asador de carne para que cenase mientras el chico le informaba de lo que había descubierto en San Francisco.

—La última vez que me enviaste un telegrama, Dash, habías descubierto que Celere y Di Vecchio estuvieron en San Francisco el pasado verano. Celere, que llegó antes, trabajó como traductor y luego construyó un biplano que, posteriormente, vendió a Harry Frost, quien lo envió a los montes Adirondack y contrató a Celere para que trabajase en las máquinas voladoras de Josephine en su campamento. Tanto Celere como Di Vecchio habían huido de Italia escapando de sus acreedores. Di Vecchio se suicidó. ¿Qué más sabemos?

—Se pelearon.

Dos inmigrantes italianos que se dedicaban a la pesca, explicó Dashwood, habían oído por casualidad una larga y acalorada pelea callejera delante de su pensión. Di Vecchio acusaba a Marco Celere de robarle su diseño para el reforzamiento de las alas.

—Ya lo sé —dijo Bell—. Celere aseguraba que era al revés. ¿Qué más?

—Di Vecchio empezó la discusión gritando que Celere había copiado toda su máquina. Celere contestó que si eso era cierto, ¿por qué el ejército italiano compraría sus máquinas y no las de Di Vecchio?

—¿Qué respondió Di Vecchio?

—Dijo que Celere había envenenado el mercado.

Bell asintió impacientemente con la cabeza. Eso también se lo había contado Danielle.

—Y luego ¿qué?

—Luego empezó a chillar a Celere que no tocara a su hija. Se llama...

—Danielle —anticipó Bell—. ¿Qué tenía que ver si tocaba o no a su hija con que el ejército italiano comprara su diseño de aeroplano?

—Di Vecchio gritó: «Búscate otra mujer para el trabajo sucio».

—¿Qué trabajo sucio?

—Utilizó una palabra que a mi traductora le costó mucho repetir.

—Un término técnico. ¿Era *alettone*?

—No era una palabra técnica. La chica sabía lo que significaba, pero no deseaba pronunciarla delante de la madre superiora.

—¿Madre superiora? —Bell clavó una mirada glacial a su protegido—. Dash, ¿qué has estado haciendo?

—Eran monjas.

—¿Monjas?

—Usted siempre me dice que las personas quieren hablar, pero que hay que conseguir que se sientan cómodas. Esa novicia, Maria, fue la única traductora de

italiano con la que los pescadores accedieron a hablar. Una vez que empezaron a contar la historia, no había forma de que se callasen. Creo que era porque esa monja era muy guapa.

Isaac Bell alargó la mano a través del mantel para dar una palmada a Dashwood en el hombro.

—¡Bien hecho!

—Encontrarla fue lo que me llevó tanto tiempo. El caso es que la novicia estaba traduciendo de maravilla hasta que oyó esa palabra y se detuvo en seco. Yo le supliqué. Incluso me ofrecí a rezar con ellas, y por fin susurró: «Gigoló».

—¿Di Vecchio acusó a Marco Celere de ser un gigoló?

A Bell no le sorprendió, recordando que poco después de que Josephine y Harry Frost apareciesen en San Francisco la joven esposa había convencido a su marido para que comprase el biplano de Celere.

—¿Mencionó algún detalle?

—Di Vecchio dijo que Celere convenció a la hija de un general del ejército italiano para que comprase su máquina. Por lo que ellos oyeron, el pescador pensó que no era la primera vez que utilizaba a las mujeres para que hiciesen tratos por él.

—¿Acusó a Celere de aceptar dinero de las mujeres?

—Él compró un tipo de motor en un encuentro aéreo que tuvo lugar en París. Parece que una mujer puso el dinero. Pero en San Francisco Celere estaba otra vez sin blanca. Creo que el trato con el ejército fracasó.

—La máquina se estrelló cuando el general la pilotaba.

—Por eso Di Vecchio no paraba de gritar que Celere les había vendido una pésima máquina voladora y que había fastidiado con ello a los demás inventores.

—¿Acusó Di Vecchio a Celere de tratar de seducir a Danielle?

—Eso es lo que Di Vecchio le estaba advirtiéndole: «No toques a mi hija».

—Por lo que se ve, tus pescadores se tropezaron con una buena riña.

—No se tropezaron precisamente. Ellos también vivían allí.

Bell escudriñó atentamente el rostro del joven detective.

—Has conseguido mucha información, Dash, tal vez suficiente para compensar la espera. ¿Tuviste un golpe de suerte o sabías lo que buscabas?

—Bueno, esa es la cuestión, señor Bell. ¿No repara en un detalle? Estaban discutiendo delante del hotel en el que Di Vecchio murió. La noche que murió.

Isaac Bell miró con insistencia a su protegido, mientras su mente asimilaba la posibilidad de que una discusión acalorada hubiera acabado en asesinato.

—¿Todo ocurrió la misma noche?

—La misma noche —contestó James Dashwood—. Y en el mismo edificio en el que Di Vecchio se asfixió dejando el gas encendido de una luz.

—¿Estás seguro de que se suicidó?

—He analizado esa posibilidad. Por eso pensé que debía informarle cara a cara, para explicarle por qué pienso lo que pienso.

—Adelante —lo apremió Bell.

—Estaba investigando el suicidio, como usted me mandó, cuando me enteré de lo de la pelea. Usted me había dicho que el apellido original de Marco Celere era Prestogiacomo. Descubrí que se alojaba allí con ese nombre. Usted siempre dice que desconfía de las coincidencias, así que pensé que tenía que haber alguna conexión. Hablé con el forense de San Francisco, quien reconoció que no investigan a conciencia cómo mueren los inmigrantes italianos en esa ciudad. Hay muchos allí, pero se lo callan. Así que me pregunté qué pasaría si fingiese que el muerto no era italiano sino estadounidense. ¿Y si fingía que no era pobre sino que ganaba tres mil dólares al año y que tenía una casa, criados y una cocinera? ¿Qué preguntas haría si ese tipo muriese asfixiado con gas en una habitación de hotel?

Bell ocultó una sonrisa de orgullo.

—¿Qué conclusiones sacas? —preguntó muy serio a Dashwood.

—El gas ofrece una forma excelente de matar a alguien sin que te pillen.

—¿Has encontrado alguna pista que apoye esa conjetura?

—El recepcionista nocturno me dijo que Di Vecchio tenía un chichón grande en la cabeza, como si se hubiera caído de la cama al perder el conocimiento. Podría haberse despertado atontado, haber intentado levantarse y haber caído. O podría haberle pegado en la cabeza el mismo tipo que abrió el gas. El problema es que nunca lo sabremos.

—Probablemente no —convino Bell.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor Bell?

—Dispara.

—¿Por qué me pidió que investigara el suicidio de Di Vecchio?

—Estoy pilotando la última máquina voladora que construyó. No funciona como una aeronave hecha por un hombre capaz de suicidarse. Es extraordinariamente resistente, y vuela como una máquina construida por un hombre a quien le encantaba

hacer aeronaves y que estaba deseando fabricar muchas más. Pero solo es una extraña sensación mía, no una prueba.

—A pesar de ello, si añade su extraña sensación al extraño chichón de Di Vecchio, tenemos una especie de coincidencia, ¿no?

—En cierto modo —convino Bell, sonriendo.

—Pero como usted dice, señor Bell, nunca lo sabremos. Di Vecchio está muerto, y también el tipo que pudo haberle pegado.

—Tal vez... —Isaac Bell reflexionó—. Dash, has dicho que el motor que, según Di Vecchio, Celere compró con el dinero de una mujer en un encuentro aéreo en París era un tipo de motor. ¿Qué quieres decir con «un tipo de motor»?

Dashwood sonrió.

—Eso confundió mucho a las pobres monjas. Se quedaron pasmadas.

—¿Por qué?

—Los pescadores lo llamaron *polpo*, «pulpo» en italiano.

—¿Qué clase de motor se parece a un pulpo? —preguntó Bell—. Un Antoinette de ocho cilindros, quizá.

—Bueno, al pulpo también lo llaman raya, aunque no tiene sentido aplicado a los motores.

—¿Qué pasó cuando las monjas se quedaron confundidas? —preguntó Bell.

—Los pescadores probaron con otra palabra. *Calamaro*.

—¿Calamar?

—Eso dijo Maria, la monja guapa.

—¿Un motor como un calamar o un pulpo? En realidad, son muy distintos: el calamar es largo y estrecho, y tiene tentáculos en la parte trasera; el pulpo es redondo y achaparrado, y tiene ocho brazos. Dash, quiero que vayas a la biblioteca. Averigua qué tienen en común don Calamar y don Pulpo.

Eustace Weed, el joven oriundo de Chicago que Isaac Bell había contratado como ayudante de Andy Moser, a fin de que este pudiera dedicar más tiempo a investigar las causas mecánicas de los accidentes de los aviadores, pidió la noche libre; quería despedirse de su chica, Daisy, que vivía en el South Side.

—Vuelve antes de que amanezca —le dijo Andy—. Si el tiempo se mantiene, partirán para Peoria.

Eustace prometió que regresaría con tiempo de sobra. Sabía que cumpliría su promesa ya que la madre de Daisy estaría sentada al otro lado de la puerta del salón. Sus peores temores resultaron fundados. A las nueve de la noche, la señora Ramsey gritó desde la otra habitación:

—¿Daisy? Despídete del señor Weed. Es hora de irse a la cama.

Eustace y la hermosa pelirroja Daisy se miraron fijamente, convencidos de que

sería una hora estupenda para irse a la cama si la madre de la chica no estuviera allí. Pero estaba, de modo que Eustace gritó educadamente: «Buenas noches, señora Ramsey», y recibió un formal «Buenas noches» a través de la puerta cerrada. En un inesperado momento de sagacidad, Eustace se dio cuenta de que la señora Ramsey no era tan poco romántica ni tan insensible como él había dado por sentado. Tomó a Daisy entre sus brazos y le dio un auténtico beso de despedida.

—¿Cuándo volverás? —susurró ella cuando se separaron para tomar aire.

—Viajaremos tres semanas más, si todo va bien, tal vez cuatro. Espero estar en casa dentro de un mes.

—Eso es mucho tiempo —dijo Daisy gimiendo. A continuación preguntó súbitamente—: ¿Josephine es guapa?

En su segundo momento de sagacidad esa noche, Eustace contestó:

—No me he fijado.

Daisy le dio un beso de tornillo y pegó su cuerpo al de él hasta que su madre, a través de la puerta y esa vez en voz más alta, repitió:

—¡Buenas noches!

Eustace Weed bajó la escalera tambaleándose, con la cabeza dándole vueltas y sintiendo el corazón henchido.

Dos matones bloqueaban la acera: unos chicos del West Side.

A Eustace le dio la impresión de que le esperaba una pelea, y encima una de esas en las que tenía pocas probabilidades de ganar. Le pareció mejor idea correr como alma que llevara el diablo. Era alto y delgado, y seguramente conseguiría dejarlos atrás. Pero antes de que pudiera moverse, los matones se separaron y, para gran asombro y súbito horror de Eustace, abrieron sendas navajas automáticas.

—El jefe quiere verte —dijo uno—. ¿Vas a venir por las buenas?

Eustace miró las navajas y asintió con la cabeza.

—¿De qué va esto?

—Ya lo descubrirás.

Se colocaron a cada lado de Eustace y le hicieron andar un par de manzanas hasta una calle con tabernas, donde entraron en un establecimiento tenuemente iluminado y lo llevaron a través del local lleno de humo hasta una oficina situada en la trastienda. El tabernero, un hombre de barriga prominente con bombín, chaleco y pajarita, estaba sentado detrás de una mesa. Sobre ella, calentada con una vela, bullía una cazuelita de hierro fundido con parafina. Hervía y desprendía un olor parecido al del aceite de ricino quemado de los gases de escape del motor Gnome. Al lado de la cazuela había un trozo pequeño de tubería de cobre, un jarro de agua con un pitorro estrecho, un saco de piel un poco más largo que la tubería y una cachiporra de aspecto terrible con mango flexible y cabeza gruesa.

—Cerrad la puerta.



Los matones obedecieron y se quedaron al lado de la entrada. El tabernero hizo señas a Eustace para que se acercara a su mesa.

—Te llamas Eustace Weed. Tu chica se llama Daisy Ramsey y es un bombón. ¿Quieres que lo siga siendo?

—¿Qué desea us...?

El tabernero cogió la cachiporra y dejó colgado el extremo pesado para que se balanceara de un lado a otro como un péndulo.

—¿O quieres volver a casa después de la carrera y encontrarte su cara hecha papilla?

Presas de su primer ataque de pánico, Eustace creyó que se habían equivocado de persona. Debían de pensar que tenía deudas de juego, cosa que no era cierta porque él nunca jugaba salvo al billar, de vez en cuando, y se le daba demasiado bien para considerar que jugaba. Entonces reparó en que no se habían equivocado de persona. Sabían que estaba trabajando en la carrera aérea. Eso significaba que también sabían que trabajaba en la máquina voladora propiedad del investigador jefe de la agencia de detectives Van Dorn. Y sabían lo de Daisy.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar.

Todo aquello, se dijo Eustace, tenía que estar relacionado con Harry Frost, el chiflado que trataba de matar a Josephine.

Antes de que pudiera terminar la pregunta, el tabernero lo interrumpió con voz suave. Tenía unos ojos que reflejaban la luz como las bolas duras y pulidas de unos cojinetes.

—¿Por qué te amenazamos? Porque vas a hacer algo por nosotros. Si lo haces, volverás a Chicago y encontrarás a tu Daisy como la dejaste. Te lo prometo, esta noche correrá la voz: el que se atreva a silbarle siquiera, vendrá aquí a rastras y tendrá que pasar cuentas conmigo. Pero si no haces lo que te pedimos, bueno... Dejaré que lo adivines. En realidad, no has de adivinarlo. Ya te lo he dicho. ¿Lo entiendes?

—¿Qué quiere?

—Quiero que me digas que lo entiendes antes de que pasemos a hablar de lo que espero que hagas.

Eustace no vio otra manera de salir del aprieto que decir:

—Lo entiendo.

—¿Entiendes que si vas a la policía con el cuento no sabrás qué agentes son de los nuestros?

Eustace se había criado en Chicago. Estaba al tanto de las conexiones entre la policía y los gánsteres, y había oído las viejas historias que circulaban sobre Harry Frost. Asintió con la cabeza. El tabernero arqueó inquisitivamente la ceja y esperó hasta que Eustace repitió en voz alta:

—Lo entiendo.

—Bien. Entonces tú y Daisy viviréis felices para siempre.

—¿Cuándo me dirá lo que quiere que haga?

—Ahora mismo. ¿Ves esta cazuela?

—Sí.

—¿Ves lo que hierve dentro?

—Huele a parafina.

—Eso es lo que es. Es parafina. ¿Ves esto?

El tabernero levantó el trozo de tubería de cobre de siete centímetros de longitud y dos de grosor.

—Sí.

—¿Sabes lo que es?

—Es un trozo de tubería de cobre.

—Apaga la vela.

Eustace se quedó desconcertado.

—Inclínate y apaga la vela para que la parafina deje de hervir —dijo el tabernero.

Eustace obedeció mientras se preguntaba si era una trampa. ¿Le golpearían y le lanzarían la parafina caliente a la cara? Notó un hormigueo en la nuca cuando apagó la vela. Nadie lo golpeó. Nadie le quemó la cara con la parafina.

—Bien. Ahora vamos a esperar un momento a que se enfríe.

El tabernero aguardó sentado y en un silencio absoluto. Los matones de la puerta fueron cambiando el peso de sus cuerpos de un pie al otro. Eustace oyó el murmullo de una conversación procedente de la taberna y una carcajada.

—Coge el tubo de cobre.

Eustace lo cogió, con más curiosidad que miedo.

—Moja un extremo en la parafina. Ten cuidado, no te quemes los dedos en la cazuela. Todavía está caliente.

Eustace introdujo el tubo en la parafina, que se estaba cuajando y solidificando a medida que se enfriaba.

—Déjalo ahí... —Al minuto, el tabernero dijo—: Sácalo. Bien. Mójalo en ese jarro de agua para enfriarlo... Déjalo ahí. Muy bien, ahora tienes que ser rápido. Dale la vuelta para que el tapón de parafina baje... Has hecho un tapón. La parafina tapa ese extremo del tubo. ¿Lo ves?

—El tubo está tapado.

—Ahora coge el jarro y echa agua en el tubo. Con cuidado, no hace falta mucha. ¿Cuánta dirías que hay, dos cucharadas?

—Más o menos —convino Eustace.

—Ahora mantén el tubo recto, y sin derramar el agua, moja un dedo de la otra mano en la parafina... No te preocupes, no te quemará. Todavía está caliente, puede que escueza un poco, pero nada más.

Eustace mojó el dedo índice en la parafina caliente y flexible.

—Ya casi hemos terminado —dijo el tabernero—. Recoge un poco de la parafina de tu dedo y úsala para tapar el otro extremo del tubo.

Eustace hizo lo que el tabernero le ordenaba, metiendo la parafina en la abertura y alisando los bordes.

—Repítelo. Mete un poco más. Asegúrate de que está cerrado herméticamente. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Está bien, dale la vuelta. Veamos si no gotea agua.

Eustace dio la vuelta con cuidado al tubo y lo mostró como solía enseñar los trabajos del taller en los que sacaba matrícula de honor.

El tabernero lo cogió y lo agitó con fuerza. El tapón aguantó. No se escapó ni una gota de agua. Lo metió en un saco de piel, tiró de los cordones y se lo entregó a Eustace Weed.

—No dejes que se caliente tanto que la parafina se derrita.

—¿Qué tengo que hacer con él?

—Escóndelo hasta que alguien te diga dónde ponerlo. Y entonces ponlo donde te diga.

Totalmente perplejo, Eustace Weed sopesó el saco en su mano y preguntó:

—¿Eso es todo?

—¿Todo? Tu chica se llama Daisy Ramsey. —El tabernero bajo y redondo cogió la cachiporra y golpeó tan fuertemente la mesa con ella que hizo saltar la cazuela—. Eso es todo.

—Lo entiendo —soltó rápidamente Eustace, aunque entendía más bien poco, empezando por el motivo por el que el tabernero se había complicado la vida con la cazuela de parafina. ¿Por qué no le había dado directamente el tubo cerrado con parafina metido en el saco?

El hombre lo miró fijamente y luego sonrió.

—¿Te estás preguntando a qué viene todo esto?

Señaló la cazuela.

—Sí, señor.

—Así si pierdes el que te he dado, no tendrás excusa. Sabes preparar otro. Eres un mecánico de máquinas voladoras, el mejor del sector. Puedes hacer cualquier cosa. De manera que cuando alguien te diga dónde ponerlo, estarás listo para ponerlo donde y cuando te diga. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Está bien. ¡Largo de aquí!

Hizo una señal a los matones.

—Ellos te sacarán sano y salvo del barrio. Ahora eres un hombre valioso. No

queremos que nadie pregunte por qué tienes cardenales. Pero no olvides que no has de dejar que nadie vea el tubo de agua. Si alguien empieza a hacer preguntas, la ciudad de Chicago perderá una cara bonita.

Cuando estaban sacando a Eustace Weed por la puerta, el tabernero gritó:

—Por cierto, si te estás preguntando qué es y cómo funciona, no lo hagas. Y si da la casualidad de que lo averiguas y no te gusta, acuérdate de la bonita naricilla de Daisy. Y de sus ojos.

Isaac Bell dejó a Dashwood a la vuelta de la esquina del Palmer House, en un pequeño hotel que ofrecía descuento a los detectives de la agencia Van Dorn que no residían en Chicago. Luego fue en coche al distrito de Levee y aparcó en una calle que no había cambiado mucho en una década. En lugar de carros había camiones puestos en fila delante del almacén de periódicos, pero la cuneta seguía empedrada con adoquines grasientos, y los edificios destartalados todavía albergaban tabernas y burdeles, así como casas de huéspedes y de empeños.

A la luz tenue de las separadas farolas, distinguió la intersección de los ladrillos nuevos y los viejos donde la dinamita de Harry Frost había derribado los muros del almacén. Un hombre dormía en el portal en el que los asustados vendedores de periódicos se habían acurrucado. Una mujer de la vida salió del callejón estrecho. Vio el Packard y se acercó luciendo una sonrisa esperanzada.

Bell le devolvió la sonrisa, la miró a los ojos y le puso en la mano una moneda de oro de diez dólares.

—Vete a casa. Tómate la noche libre.

No creía en absoluto que la agencia de detectives Van Dorn hubiera echado a Harry Frost de Chicago. El criminal se había ido de la ciudad por sus propios medios y por motivos personales. A Bell no le cabía la menor duda de que Frost era tan adaptable como impredecible. Viajando en el Thomas Flyer, el gángster de ciudad sembraría el terror a sus anchas en las praderas del Medio Oeste y la inmensa llanura más allá del Mississippi mientras los políticos, los banqueros y los delincuentes de su organización de Chicago le cubrían las espaldas, le enviaban dinero y cumplían sus órdenes.

Llevar a un telegrafista en el Thomas era un perverso golpe de genialidad. Harry Frost podría mandar a Dave Mayhew que trepase a los postes de telégrafo del ferrocarril para que pinchase las líneas, escuchase a escondidas mensajes en código Morse y le comunicase lo que los jefes de estación informaban sobre el progreso de la carrera. Diabólico, pensó Bell. Frost había reclutado a cientos de ayudantes entregados para que siguiesen la pista de Josephine por él.

Un borracho dobló la esquina, rompió una botella en la cuneta y se puso a cantar:

*Ven, Josephine, en mi máquina voladora...*  
*Arriba, arriba, un poco más alto.*  
*¡Caramba! La luna está ardiendo...*

James Dashwood alcanzó a Isaac Bell a doscientos setenta kilómetros al oeste de Chicago en un parque ferroviario próximo al terreno de la feria de Peoria, en la orilla del río Illinois. Era una tarde húmeda de calor sofocante, típica de los estados del Medio Oeste, informó Bell al joven californiano, y el olor a humo de carbón y vapor, a la creosota con la que estaban tratadas las traviesas y a la cena de los mecánicos flotaba en el aire.

Los trenes de refuerzo estaban aparcados unos al lado de otros en las vías muertas paralelas reservadas para la carrera. El de Bell era el que estaba más cerca de la vía principal junto con otro, un especial de cuatro vagones verde con decoraciones doradas, propiedad de un magnate maderero que había invertido en el sindicato Vanderbilt y había anunciado que no veía motivo para no acompañar al grupo de la carrera solo porque su participante se hubiera estrellado contra una caseta de señales. Después de todo, Billy Thomas se estaba recuperando favorablemente y era un hombre de espíritu deportivo que insistiría en que el espectáculo siguiese sin él.

El *Josephine Special*, el tren amarillo de seis vagones de Whiteway, se hallaba al lado del *Eagle Special*, pues Bell había ordenado a su maquinista que estacionara el tren de forma que los dos convoyes de refuerzo estuviesen juntos. Ambos tenían bajadas las rampas para los automóviles, que en ese momento no se encontraban allí porque los hombres habían ido con ellos a buscar piezas para las máquinas voladoras a las ferreterías de Peoria y a explorar la ruta a seguir. Podían oírse las risas y el tintineo del cristal que provenían de la cena que Preston Whiteway estaba ofreciendo.

Dashwood encontró a Bell estudiando unos mapas topográficos a gran escala del terreno que atravesaba Illinois y Missouri hasta Kansas City, que había desenrollado y colgado del techo de su vagón hangar.

—¿Qué has descubierto, Dash?

—He encontrado un libro de zoología marina titulado *Informe sobre los cefalópodos*. Los calamares y los pulpos son cefalópodos.

—Lo sé —dijo Bell—. Pero ¿qué tienen en común?

—La propulsión.

Bell se alejó del mapa.

—Claro. Los dos se mueven expulsando agua en el sentido contrario al que se desplazan.

—El calamar más que el pulpo, ya que este último tiende preferiblemente a arrastrarse o a avanzar con sus tentáculos.

—Avanzan expulsando chorros de agua.

—Pero ¿con qué clase de motor los estarían comparando los pescadores?

—Con el motor térmico de Platov. Él usó la palabra «chorro». —Bell pensó en ello—. Así que los pescadores oyeron a Di Vecchio acusar a Celere de ser un gigoló porque aceptó dinero de una mujer para comprar un motor en un encuentro aéreo celebrado en París. Un motor a reacción. Parece el motor térmico de Platov.

Una mano golpeó pesadamente el lateral del vagón hangar, y un hombre que sudaba a mares apareció en lo alto de la rampa.

—¿El investigador jefe Bell? Soy Asbury, contratista de la línea central de Illinois.

—Sí, claro. Pase, Asbury.

El contratista era un policía jubilado que cubría la región de Peoria a tiempo parcial investigando, por lo general, robos de bancos. Bell le tendió la mano y le presentó al detective Dashwood, de San Francisco.

—¿Qué ha averiguado, Asbury?

—Bueno... —El contratista se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo rojo mientras pensaba la respuesta—. La carrera ha traído a la ciudad a un montón de forasteros. Pero no he visto a ninguno de la corpulencia de Harry Frost.

—¿Alguno le ha llamado la atención? —preguntó Bell pacientemente.

A medida que se dirigía al oeste siguiendo la carrera, ya contaba con encontrar detectives privados y agentes de la ley tan lacónicos que considerarían al reservado agente Hodge de North River de una locuacidad temeraria.

—Hay un jugador importante de Nueva York. Está acompañado de un par de matones. Enseguida me identificó como representante de la ley.

—¿Es un tipo de mediana edad, ancho de caderas, con un traje a cuadros? ¿Huele a barbería?

—Ya lo creo. Su perfume atraía a un enjambre de moscas del tamaño de murciélagos al atardecer.

—Es Johnny Musto, de Brooklyn.

—¿Qué hace en Peoria?

—Dudo que haya venido por las aguas. Gracias, Asbury. Si lo desea, vaya al vagón restaurante del tren del señor Whiteway y dígales de mi parte que le preparen algo de cenar... Dash, ve a vigilar a Musto. Con suerte, no te reconocerá como detective de la agencia. Lo digo porque no eres de Nueva York —añadió Bell, aunque en realidad el mejor disfraz de Dashwood era su inocencia de monaguillo—. Dame tu revólver. Enseguida vería el bulto en tu chaqueta.

Bell guardó el Colt de cañón largo en el cajón de su mesa. Se llevó la mano a su sombrero y la bajó empuñando su pistola corta de dos disparos.

—Métete esto en el bolsillo.

—No hace falta, señor Bell —dijo sonriendo Dashwood.

Flexionó la muñeca con un movimiento brusco, y su nueva y reluciente pistola corta salió de la manga y se deslizó en sus dedos.

Isaac Bell se quedó impresionado.

—Espectacular, Dash. Bonita pistola, por cierto.

—Un regalo de cumpleaños.

—De tu madre, supongo.

—No, he conocido a una chica que juega a las cartas. Se aficionó por su padre. Él también juega a las cartas.

Bell asintió con la cabeza, contento de que el muchacho se relacionara.

—Vuelve aquí cuando hayas terminado con Musto —dijo, y fue a buscar a Dmitri Platov.

Encontró al ruso bajando por la rampa del vagón hangar de Joe Mudd, limpiándose la grasa de los dedos con un trapo humedecido en gasolina.

—Buenas noches, señor Platov.

—Buenas noches, señor Bell. Hacer caliente en Peoria.

—¿Puedo preguntarle si vendió un motor térmico en París, señor?

Platov sonrió.

—¿Puedo preguntar por qué usted preguntar?

—Tengo entendido que un inventor de máquinas voladoras italiano llamado Prestogiacomo pudo haber comprado un motor a reacción en el encuentro aéreo de París.

—No a mí.

—Quizá usó otro nombre. A lo mejor se hizo llamar Celere.

—Le repito que no comprar a mí.

—¿Conoció a Prestogiacomo?

—No. De hecho, yo nunca oír hablar de Prestogiacomo.

—Debió de causar una gran sensación. Vendió un monoplano al ejército italiano.

—Yo conocer solo a un italiano.

—¿Marco Celere?

—Yo no conocer a Celere.

—Pero ¿sabe de quién hablo?

—Por supuesto, del italiano que hacer la máquina de Josephine y la grande en la que yo trabajar para Steve Stevens.

Bell cambió de tema a propósito.

—¿Qué opina de la máquina de Stevens?

—No sería justo que yo hablar del asunto.

—¿Por qué?

—Porque usted trabajar para Josephine.

—Yo protejo a Josephine. No trabajo para ella. Solo se lo pregunto por si puede



decirme algo que me ayude a protegerla.

—No veo qué tener que ver la máquina de Stevens con eso.

Bell cambió otra vez de táctica y preguntó:

—¿Ha coincidido alguna vez en París con un ruso llamado Sikorsky?

Una sonrisa de oreja a oreja separó las patillas largas y tupidas de Platov.

—Un genio compatriota.

—Tengo entendido que las vibraciones son un problema grave que afecta a más de un motor. ¿Es posible que Sikorsky quisiera su motor térmico para sus máquinas?

—Tal vez algún día. ¿Me disculpa, si ser tan amable? El deber me llama.

—Por supuesto. Siento haberle robado tanto tiempo... Ah, señor Platov, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—¿Sí?

—¿A qué italiano conoció en París?

—Al profesor Di Vecchio. Gran hombre. Poco práctico, pero grandes ideas. No pudo hacerlas realidad, pero grandes ideas.

—Mi monoplano Di Vecchio se eleva a mucha altura —explicó Bell, preguntándose por qué Danielle había afirmado que no conocía a Platov—. Yo diría que sí que es una realidad.

Platov se encogió de hombros de forma enigmática.

—¿Conocía bien a Di Vecchio?

—En absoluto. Solo asistir de oyente a sus clases. —De repente, Platov miró a su alrededor como si quisiera confirmar que estaban solos y bajó la voz para hablar en un murmullo conspirativo—. Sobre el biplano bimotor de Stevens, estar usted en lo cierto. Las vibraciones de los bimotores ser muy fuertes. Sacudir violentamente. Y ahora disculpar, si ser tan amable.

Isaac Bell observó al ruso mientras este atravesaba el campo, inclinándose ante las damas y besándoles las manos. Platov, pensó el alto detective, eres más sutil que tu motor térmico.

Y le resultó inconcebible que aquel donjuán no se hubiera presentado nunca a la hermosa hija del profesor Di Vecchio.

Bell siguió estudiando los mapas topográficos para determinar dónde podría atacar Frost. Dash regresó y le informó de que había visto a Johnny Musto invitando a copas a los reporteros.

—No hay ninguna ley que le prohíba hacerlo —observó Bell—. Los corredores de apuestas viven de la información. Como los detectives.

—Sí, señor Bell, pero lo he seguido hasta el parque ferroviario y le he visto dar fajos de billetes a los mismos reporteros.

—¿Qué piensas al respecto?

—Si los está sobornando, me pregunto qué harán ellos a cambio del dinero.

—Dudo que Musto quiera ver su nombre en los periódicos —dijo Bell.

—Entonces ¿qué quiere?

—Muéstrame dónde está.

Dash le señaló la dirección.

—Hay un furgón junto a la orilla del río donde se juega a los dados. Musto está allí, aceptando apuestas.

—Acércate lo bastante para poder oír, pero que no te vea conmigo.

Antes incluso de reconocer la voz del jugador de Brooklyn, Bell supo de su presencia por el olor, pues una fragancia a gardenias muy intensa penetró los olores más densos a traviesas de ferrocarril y humo de locomotora. Poco después oyó su ronco susurro.

—Apuestas, caballeros. Hagan sus apuestas.

Bell rodeó el solitario furgón situado en un rincón oscuro del parque ferroviario.

Un matón de mirada impertérrita dio un codazo a Musto.

—Vaya, si ha venido uno de mis mejores clientes. Nunca es tarde para aumentar la inversión, señor. ¿Cuánto quiere añadir a los tres mil que ha jugado por la señorita Josephine? Aunque debo advertirle que las apuestas están cambiando. La chica está a quince contra uno, porque algunos jugadores se han fijado en que va alcanzando a Stevens.

Bell lució una sonrisa más afable que su voz.

—Me pregunto si los jugadores están conspirando para amañar la carrera.

—¿Se refiere a mí?

—Estamos muy lejos de Brooklyn, Johnny. ¿Qué haces aquí?

Musto protestó enérgicamente.

—Yo no tengo que amañar ninguna carrera. Ganar, perder, empatar... Me da igual. Usted es un hombre aficionado al juego, señor Bell. Y un hombre de mundo, por lo que tengo entendido. Usted sabe que un corredor de apuestas no pierde nunca.

—Eso no es cierto del todo —repuso Bell—. A veces los corredores sí que pierden.

Musto intercambió una mirada de sorpresa con sus guardaespaldas.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando se vuelven codiciosos.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién es codicioso?

—Estás sobornando a los reporteros.

—Eso es ridículo. ¿Qué podrían hacer esos gacetilleros por mí?

—Promocionar una máquina voladora por encima de otra para millones de lectores que hacen apuestas —dijo Isaac Bell—. En otras palabras, sesgar las apuestas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué máquina estaría promocionando?

—La misma que has estado promocionando desde el principio: el avión de hélice trasera de Eddison-Sydney-Martin.

—El Curtiss es una máquina de primera —protestó Musto—. No necesita la ayuda de Johnny Musto.

—Pero, de todas formas, está recibiendo mucha ayuda de tu parte.

—Oiga, no estoy amañando la carrera. Estoy transmitiendo información. Podría decirse que ofrezco un servicio público.

—Yo diría que eso es una confesión.

—No puede demostrar nada.

La sonrisa de Isaac Bell había desaparecido. Miró fríamente al corredor de apuestas.

—Supongo que conoces a Harry Warren.

—¿Harry Warren? —Johnny Musto se acarició la papada—. ¿Harry Warren? ¿Harry Warren? Déjeme pensar. ¡Ah, sí! ¿No es el detective de Van Dorn que se dedica a espiar a las bandas de Nueva York?

—Harry Warren va a enviarme un telegrama dentro de dos días para confirmarme que te has presentado en la sede de Van Dorn en el hotel Knickerbocker de Nueva York, en la esquina de la calle Cuarenta y dos con Broadway. Si no me lo envía, iré a por ti personalmente y te empapelaré.

Los guardaespaldas de Musto le lanzaron una mirada asesina.

Bell no les hizo caso.

—Johnny, quiero que hagas correr la voz: apostar honradamente por la carrera me parece bien; amañarla, no.

—Yo no tengo la culpa de lo que hagan los demás jugadores.

—Haz correr la voz.

—¿De qué le servirá?

—No podrán decir que no se les avisó. Que tengas buen viaje de vuelta a casa.

Musto puso cara triste.

—¿Cómo voy a ir a Nueva York en dos días?

Isaac sacó la gruesa cadena de oro de su reloj del bolsillo de su chaleco, levantó la tapa y mostró a Musto la hora.

—Si te das prisa, puedes coger el tren de la leche a Chicago.

—Johnny Musto no viaja en el tren de la leche.

—Cuando llegues a Chicago, date el gusto de coger el semidirecto *20th Century*.

—¿Y la carrera?

—Dos días. Nueva York.

El jugador y sus guardaespaldas se marcharon a toda prisa, murmurando con indignación.

James Dashwood bajó de la cubierta del furgón, desde donde había estado escuchando.

Bell le guiñó el ojo.

—Un estorbo menos. Pero no es el único fanfarrón ostentoso que sigue la carrera, así que quiero que vigiles a los demás. Tienes mi autorización para hacer las apuestas que consideres necesarias a fin de hacerte notar.

—¿Cree que Musto volverá a aparecer? —preguntó Dash.

—No es tonto. Lamentablemente, el mal ya está hecho.

—¿Qué quiere decir, señor Bell?

—Los reporteros a los que sobornó ya han enviado sus noticias por telegrama. Si, como sospecho, hay un saboteador que intenta hacer fracasar a los aviadores que van en cabeza, entonces Musto ha puesto a Eddison-Sydney-Martin en su punto de mira.

Las tormentas volvieron a abatirse sobre Illinois y separaron en dos grupos a los participantes de la carrera. Los competidores que iban rezagados, los que habían salido con retraso de Peoria debido a fallos mecánicos o a errores cometidos por los aviadores a causa del cansancio, aterrizaron en Springfield. Pero los primeros, Steve Stevens y *sir* Eddison-Sydney-Martin, desafiaron a las nubes que se elevaban hacia el oeste y siguieron avanzando, con la esperanza de llegar al hipódromo de Columbia antes de que la tormenta los derribase.

Josephine, que estaba a mitad de camino entre los primeros aviadores y los rezagados, continuó adelante. Isaac Bell siguió con ella, peinando el terreno en busca de Harry Frost.

Los trenes de refuerzo de los primeros aviadores avanzaron con ellos, y luego echaron mano del carbón para adelantarse hasta el hipódromo para recibirlos allí provistos de lonas con las que proteger los aeroplanos de la lluvia, así como con estacas y cuerdas para sujetarlos y hacer frente al viento.

Marco Celere interpretó a conciencia el papel del amable y servicial Dmitri Platov, dirigiendo al enorme séquito de mecánicos, ayudantes y criados en la operación de protección del gran biplano blanco. A continuación cogió chubasqueros y corrió a ayudar a amarrar las máquinas de Josephine y de Bell cuando descendieron del cielo súbitamente atravesado por relámpagos.

Los monoplanos amarillos se posaron en tierra rebotando segundos antes de que cayera un aguacero.

Platov lanzó un impermeable a Josephine y otro a Bell, quien le dio las gracias.

—Vamos, Josephine. Los chicos lo sujetarán —dijo Bell a la Novia Voladora. Pasó su largo brazo por encima del hombro de ella y la apartó de allí. Luego se dirigió a Platov—: Imagínese qué sucedería si tuviera que informar al señor Van Dorn de que la Novia Voladora de Estados Unidos ha sido alcanzada por un rayo.

—Estar aquí para ayudar, no preocupar.

Platov se puso su impermeable. Las enormes gotas de lluvia empezaron a levantar el polvo del suelo. Por un instante, chisporrotearon con el calor abrasador. Luego el cielo se oscureció como si fuera de noche, y un viento glacial lanzó la lluvia a través del campo interior del hipódromo. El último espectador corrió al hotel contiguo a la tribuna.

Los hombres de Bell, Andy Moser y sus ayudantes, cubrieron el *Eagle* con lonas.

—Tranquilo, señor Platov —dijo Eustace Weed, el nuevo mecánico que Bell había contratado en Buffalo—. Nosotros nos ocupamos.

Celere corrió a ayudar a los desmañados detectives-mecánicos de Josephine a sujetar su máquina y recordó lo frustrante que era no poder trabajar en el aeroplano de Josephine (su aeroplano) para que volase lo mejor posible. Josephine lo hacía bien, pero no tanto. Puede que él fuera un *truffatore*, un estafador, pero, si había un don que poseía, era ser un buen mecánico.

Celere esperó hasta que las máquinas estuvieron cubiertas y sujetas, y luego se aseguró de que Isaac Bell no volvería a su vagón privado después de acompañar a Josephine. A continuación, corrió bajo la lluvia torrencial hasta el lugar donde la máquina de Eddison-Sydney-Martin estaba amarrada. Hizo ver que revisaba las cuerdas, aunque era poco probable que alguien pudiera verlo a través de la oscuridad y la bruma. El *baronet* y sus mecánicos habían corrido a guarecerse en su tren. Era su oportunidad de causar daño. Pero tenía que trabajar con rapidez y hacer algo inesperado.

Un trueno retumbó. Un rayo alcanzó el tejado de la tribuna, y el verdense fuego de San Telmo recorrió los canalones y los conductos de desagüe. El siguiente rayo cayó en el centro del campo interior, y Marco Celere empezó a apreciar la prudencia de Bell al huir de la madre naturaleza. Corrió hacia el refugio más próximo, un cobertizo provisional de madera que se había construido para suministrar gasolina, aceite y agua a las máquinas voladoras.

Alguien había buscado cobijo allí dentro. Era demasiado tarde para dar media vuelta, se dijo Celere, y vio que se trataba del inglés Lionel Ruggs, el mecánico jefe del *baronet* y el principal motivo por el que había evitado el avión de hélice trasera, aparte de perforar un agujero a escondidas en el montante de su ala en Belmont Park.

—¿Qué estás haciéndole a la máquina de mi jefe?

—Solo revisar las cuerdas.

—Has dedicado mucho tiempo a revisar las cuerdas.

Celere agachó la cabeza como si estuviese avergonzado.

—Está bien, tú pillarme. Estaba espionando a la competencia.

—¿Espionando o manipulando?

—¿Manipulando? ¿Qué iba a manipular?

Lionel Ruggs se acercó mucho a Celere. Era más alto y más corpulento que él. Lo miró inquisitivamente a los ojos. Entonces sonrió sin entusiasmo.

—Jimmy Quick. Sabía que eras tú el que se ocultaba debajo de esos rizos.

Marco Celere no podía negarlo. Ruggs lo había pillado con las manos en la masa. Aunque habían transcurrido quince años, de los catorce a los dieciocho años trabajaron codo con codo en el mismo taller y compartieron habitación en la buhardilla de la casa del dueño. Celere siempre había temido que tarde o temprano se tropezaría con su pasado. ¿Cuántos mecánicos había en el pequeño y reducido mundo de las máquinas voladoras?

Jimmy Quick había sido su apodo inglés, una versión amable de Prestogiacomo, apellido que a los ingleses les costaba mucho pronunciar. Había reconocido a Ruggs de lejos y procuró no cruzarse en su camino. Sin embargo, en ese momento se había tropezado cara a cara con él bajo la tormenta.

—¿A qué viene ese disfraz de ruso? —preguntó Ruggs—. Apuesto a que te han pillado robando algo, como en Birmingham. Acostarte con la hija del dueño era una cosa (más poder para ti), pero robarle el diseño de la máquina en la que había trabajado toda la vida fue rastrero. Ese viejo nos trató bien.

Celere miró a su alrededor. Estaban solos. No había nadie cerca del cobertizo.

—El sueño del viejo no se cumplió —dijo—. Fue una pifia.

A Ruggs se le encendió el rostro.

—Porque tú se lo robaste antes de que pudiera perfeccionarlo... Tú agujereaste el montante de nuestra ala, ¿verdad?

—No.

—No te creo, Jimmy.

—No me importa si me crees o no.

Lionel Ruggs se golpeó el pecho.

—A mí sí me importa. Mi jefe es un buen hombre. Puede que sea aristócrata, pero es un tipo bondadoso y se merece ganar en buena ley. No se merece morir en un accidente provocado por un parásito como tú.

Marco Celere volvió a mirar a su alrededor y confirmó que seguían solos. No veía a más de un metro ochenta del cobertizo.

—Olvidas que yo hago máquinas —dijo.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Es lo que el viejo nos enseñó. Nos ofreció un techo. Nos ofreció desayuno, comida y té. Nos ofreció un oficio bien remunerado. Tú se lo devolviste robándole su sueño. Y lo echaste a perder porque eras demasiado vago e impaciente para hacerlo bien.

Celere metió la mano debajo de su impermeable y sacó una regla de cálculo de su chaqueta.

—¿Sabes qué es esto?

—Es la regla que agitas disfrazado.

—¿Crees que esta regla es solo una regla?

—Te he visto agitarla. ¿Qué pasa con ella?

—Deja que te lo muestre.

Celere levantó el instrumento a la luz tenue de la puerta abierta y Ruggs lo siguió con la mirada. El italiano efectuó un movimiento rápido horizontal con la regla como si se tratara del arco de un violín. Ruggs dejó escapar un grito ahogado y se llevó las manos al cuello, tratando de contener la sangre.

—Es una navaja, no la regla que «Dmitri Platov» siempre agita. Una navaja, por

si las moscas, y tú eres una mosca.

Ruggs abrió los ojos desmesuradamente. Dejó de sujetarse el cuello para agarrar a Celere, pero sus manos estaban inertes y se desplomó, salpicando de sangre al italiano.

Celere observó cómo moría a sus pies. Era la segunda vez que mataba a un hombre y no le resultó más fácil, aunque mereció la pena. Le temblaban las manos, y sintió que el pánico invadía su cuerpo y amenazaba con atenuar su cerebro y convertirlo en un pedazo de carne incapaz de pensar o actuar. Tenía que huir. No había ningún lugar donde deshacerse del cadáver u ocultarlo. La lluvia cesaría, y lo pillarían. Trató de imaginarse corriendo. La lluvia limpiaría la sangre de su impermeable. Pero aun así lo perseguirían. Miró la navaja, y de repente se la imaginó cortando tela.

Rápidamente se agachó e hizo un tajo en los bolsillos de Ruggs. Sacó de ellos monedas, un fajo de billetes y una cartera de piel con más billetes. Se los metió en los bolsillos, rajó el chaleco de su antiguo compañero y le quitó su humilde reloj de níquel. Inspeccionó el cuerpo en busca de otras joyas y cogió la alianza de oro de Ruggs. A continuación salió corriendo a la lluvia.

No había tiempo para sabotajes. Si milagrosamente no lo pillaban, volvería y lo intentaría de nuevo.

A doscientos kilómetros de Columbia, Illinois, pero cerca del río Mississippi, el tren de pasajeros con rumbo al oeste redujo la marcha y se metió en una vía muerta. Marco Celere rezó para que solo se detuviesen a repostar agua. Había huido presa del pánico, aferrándose a la esperanza infundada de que si podía cruzar el Mississippi no lo atraparían. Rezando para que solo fuera un apartadero donde llenar el depósito de agua, pegó la cara a la ventanilla y estiró el cuello para mirar el tanque. Pero ¿por qué se detenían tan cerca de la siguiente ciudad?

Celere había considerado más seguro como medio de huida un lujoso coche salón que un vagón corriente. Le pareció que dos hombres de negocios sentados al otro lado del pasillo lo miraban fijamente. Se armó un alboroto en el vestíbulo. Celere estaba convencido de que vería a un fornido sheriff con una estrella de hojalata en la chaqueta y una pistola en la mano.

En lugar de un sheriff, un vendedor de periódicos subió a bordo de un salto y corrió por el pasillo gritando:

—¡La gran carrera aérea se acerca!

Marco Celere compró un ejemplar del *Hannibal Courier-Post*. Inquieto y asustado, buscó un artículo sobre un asesinato que contuviera la descripción física de un tipo como él.

La carrera ocupaba la mitad de la primera plana. Las palabras de Preston



Whiteway, descrito como «un hombre de negocios sagaz y avisado», aparecían citadas en negrita: «A pesar de la triste noticia de la reciente muerte de Mark Twain (el bardo de Hannibal), es aún más triste que el señor Twain no viviera para ver las máquinas voladoras de la Gran Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway posarse en su querida ciudad natal de Hannibal, Missouri».

Celere buscó las noticias breves de fuera de la ciudad que los periódicos locales obtenían a través del telégrafo. La primera que vio fue una entrevista con un «destacado especialista en aviación» que decía que el Curtiss de Eddison-Sydney-Martin era el aeroplano a batir. «Con diferencia, es el más robusto y más veloz, y está equipado con un motor que mejora cada día».

No mejoraría tan rápidamente con Ruggs fuera de combate, pensó Celere. Pero el célebre y ambicioso *baronet* no tendría problemas para atraer a otros mecánicos de renombre deseosos de asociarse a un vencedor. El avión sin plano delantero seguía siendo la mayor amenaza para Josephine.

Celere ojeó el periódico con más detenimiento por si se detallaba su descripción física. Iban a solicitar la intervención de la milicia del estado. Le dio un vuelco el corazón hasta que leyó que era para sofocar una huelga laboral en una fábrica de cemento de Hannibal. Se culpabilizaba de la huelga a «extranjeros», incitados por «italianos», que buscaban la protección del consulado de Italia en Saint Louis. Gracias a Dios, iba disfrazado de ruso, pensó Celere, pero cuando alzó la vista para mirar a los hombres de negocios de rostro adusto vio que bajaban sus periódicos para escudriñarlo desde el otro lado del pasillo. Él no parecía italiano con su atuendo de Platov, pero era innegable que era el pasajero con más aspecto de extranjero de aquel coche salón. ¿O acaso habían leído un artículo sobre el asesinato y una descripción de su cabello rizado y sus patillas tupidas, su omnipresente regla de cálculo y su elegante sombrero de paja con una cinta roja a la moda?

El que estaba más cerca de él se inclinó a través del pasillo.

—¡Oiga! —dijo, dirigiéndose a Celere sin rodeos—. Usted...

—¿Es a mí, señor?

—¿Es un huelguista?

Celere sopesó el riesgo de ser un agitador extranjero en vez de un asesino a la fuga y optó por lidiar con la amenaza más inminente.

—Yo ser mecánico de aviación en la Carrera Aérea de la Copa Whiteway.

La expresión de suspicacia desapareció de sus rostros y se les iluminó el semblante.

—¿Está usted en la carrera? ¡Choque esos cinco, amigo!

Unas suaves palmas rosadas atravesaron el pasillo y le estrecharon vigorosamente la mano.

—¿Cuándo van a llegar a Hannibal?

—Cuando las tormentas terminan.

—Esperemos que no haya tornados.

—Si fuera usted aficionado al juego, ¿por qué aviador apostaría?

Celere levantó el periódico.

—Aquí decir que máquina inglesa es mejor.

—Sí, yo también he leído lo mismo en Chicago, pero usted está metido en el meollo. ¿Qué hay de Josephine? ¿Sigue atrasada?

Celere se quedó paralizado. Su vista se había posado en un titular en la parte inferior de la página:

## ASESINATO Y ROBO

### AL AMPARO DE UNA TORMENTA

—¿Sigue atrasada Josephine?

—Estar recuperando terreno —masculló Celere.

Acto seguido leyó para sí lo más rápido que podía: «Un mecánico de la carrera aérea fue hallado asesinado de forma diabólica en el terreno de la feria de Columbia con el cuello seccionado, víctima de un robo. Según el sheriff Lydem, el asesino podría ser un agitador fugado de la huelga del cemento en Missouri y podría estar dispuesto a emplear todos los medios que le posibilitaran agilizar la huida. El cadáver de la víctima tardó muchas horas en ser descubierto debido a la violencia de la tormenta de anoche».

Marco Celere alzó la vista sonriendo de oreja a oreja a los hombres de negocios.

—Josephine estar recuperando terreno —repitió.

El tren cruzó con estruendo un puente de vigas de hierro, y el cielo se abrió de pronto sobre un ancho río.

—Aquí está el Mississippi. He leído que los aviadores llevan chalecos de corcho cuando vuelan por encima del agua, ¿no?

—Es bueno para flotar —dijo Celere al tiempo que miraba a través de las vigas la célebre vía fluvial.

El río, de color marrón, crecido por las lluvias y salpicado de olas de espuma blanca, se ondulaba por delante de la ciudad de Hannibal, cuyas casas de madera se hallaban encaramadas en la orilla opuesta.

—Creía que ser más ancho —dijo.

—Es suficientemente ancho. Pruebe a cruzarlo sin este puente. Pero si quiere ver lo ancho que es, vaya más allá de Saint Louis, donde se junta con el Missouri.

—Y si quiere verlo en toda su anchura, tan vasto como el mar, eche un vistazo

donde el Ohio confluye. Díganos, señor, ¿qué hace usted en este tren cuando la carrera está en Illinois?

Los dos hombres de negocios miraron a Celere fijamente otra vez, sospechando que los engañaba.

—Exploro ruta —contestó Celere con desenvoltura—. En Hannibal bajar de tren y volver a carrera.

—Qué envidia me da, señor. A juzgar por la sonrisa de su cara, tiene usted suerte de participar en la competición aérea.

—Ser feliz —respondió Celere—. Ser muy feliz.

Un buen plan siempre le hacía feliz. Y se le acababa de ocurrir una genialidad. El benévolo, generoso y chiflado Platov se ofrecería a ayudar al *baronet* Eddison-Sydney-Martin sustituyendo a su pobre mecánico jefe Ruggs, que había muerto asesinado.

Steve Stevens se quejaría, pero al diablo con aquel idiota seboso. Dmitri Platov ayudaría todas las veces que hiciera falta hasta que terminase el trabajo en la infernal máquina del inglés de una vez por todas.

—Eustace, he estado observándote y no pareces contento —dijo Isaac Bell—. ¿Añoras el hogar?

Estaban preparando la máquina para despegar en Topeka, Kansas. El muchacho de Chicago que había contratado para que ayudara a Andy Moser echaba gasolina en ese momento a través de las capas de estopilla que absorberían toda el agua que pudiera haber contaminado las reservas. Era un ritual que se llevaba a cabo cada día antes de añadir el aceite de ricino que lubricaba el motor Gnome.

—No, señor Bell —contestó Weed apresuradamente.

Pero a juzgar por su ceño fruncido y sus labios apretados, el detective sospechó que algo no iba nada bien.

—¿Echas de menos a tu chica?

—Sí, señor —reconoció el muchacho—. Ya lo creo. Pero... ya sabe.

—Sí, lo sé —convino Bell—. Yo también suelo estar lejos de mi prometida. En este caso he tenido suerte porque ella está filmando la carrera para el señor Whiteway, así que tengo ocasión de verla de vez en cuando. ¿Cómo se llama tu chica?

—Daisy.

—Bonito nombre. ¿Y cuál es su apellido?

—Ramsey.

—Daisy Ramsey. Parece un trabalenguas... Pero si os casáis, pasará a llamarse Daisy Weed, que significa Margarita Mala Hierba.

Bell lo dijo sonriendo y arrancó una lánguida mueca de simpatía al muchacho.

—Oh, sí. Bromeamos sobre eso —dijo.

La débil sonrisa desapareció de su rostro.

—Si algo te preocupa, hijo, si puedo hacer cualquier cosa para ayudarte, solo tienes que decirlo.

—No, gracias, señor. Estoy bien.

Eddie Edwards, el canoso jefe de la oficina de Kansas City, se acercó a Bell y murmuró:

—Tenemos problemas.

Bell se dirigió a toda prisa al vagón hangar con él.

Andy Moser, que había estado trabajando cerca de ellos apretando los tensores del tirante del ala, se aproximó a su ayudante.

—¿Seguro que estás bien, Eustace? El señor Bell parece preocupado por ti.

—Te traspasa con la mirada como un rayo helado.

—Solo cuida de ti.

Eustace Weed rezaba para que Andy tuviera razón, porque lo que Isaac Bell había visto reflejado en su rostro era el horror de saber lo que le obligarían a hacer con el tubo de cobre con agua cerrado con parafina.

Había albergado la esperanza de que los criminales que amenazaban a Daisy hubieran cambiado de opinión. Nadie se dirigió a él en Peoria, ni en Columbia ni en Hannibal, Missouri, para decirle qué hacer con aquel tubo. Después de Hannibal, donde la carrera cruzó el río Mississippi, supuso que el momento llegaría en Kansas City. Era la única ciudad que merecía ser llamada así en el trayecto desde Chicago, y Eustace se había formado la imagen mental de unos taberneros que se conocían entre ellos pero despreciaban a sus colegas de provincias. De modo que temió llegar a Kansas City.

Sin embargo, nadie se había dirigido a él allí tampoco, ni cuando la carrera hizo una parada en la orilla opuesta del río Missouri. Incluso había una carta de Daisy esperándolo, y su novia parecía encontrarse bien. Esa misma mañana, mientras estaban acampados en la orilla del río Kansas a las afueras de Topeka y preparaban la máquina del señor Bell para dirigirse al sur y el oeste sobre las llanuras yermas rumbo a Wichita, el asustado mecánico había empezado a preguntarse si la pesadilla desaparecería sin más. El problema era que no podía dejar de pensar en ello. Y en ese preciso momento, mientras el señor Bell observaba cómo escurría la gasolina antes de mezclar el combustible, Eustace Weed supo de repente que el hombre de Harry Frost le ordenaría que echara el tubo en el depósito del combustible de la máquina voladora de Isaac Bell.

Había averiguado la forma en que el pequeño tubo de cobre haría que la aeronave de Bell se estrellara. Era una argucia tan ingeniosa como horrible. El motor rotativo Gnome del *American Eagle* se lubricaba con combustible. No tenía depósito de aceite, ni cárter ni bomba para mantener la presión de este líquido graso; de hecho, no tenía aceite en absoluto. El aceite de ricino suspendido en la gasolina hacía las veces de lubricante, engrasando el conducto del pistón a través de cada cilindro. Se mezclaba fácilmente porque el aceite de ricino se disolvía en la gasolina.

Como la parafina. La parafina que tapaba el tubo de cobre también se disolvería en la gasolina. Cuando se derritieran los tapones, al cabo de una hora más o menos, el agua saldría y contaminaría el combustible. Dos cucharadas grandes de agua en el depósito de gasolina de una máquina voladora bastarían para que el motor de Isaac Bell se detuviera en seco. Si en ese momento estaba volando a gran altura, podría aterrizar planeando sin percances. Pero si estaba despegando o intentando posarse, o realizando un giro cerrado a escasa altura del suelo, se estrellaría.

Isaac Bell escuchó con gran preocupación, pero sin excesiva sorpresa, cómo Eddie

Edwards le informaba de las desalentadoras noticias de las que se había enterado a través de un contacto que tenía en el ejército de Estados Unidos. Alguien había llevado a cabo un arriesgado asalto en el arsenal de Fort Riley, en Kansas.

—El ejército lo ha encubierto —explicó Eddie—. No les interesa que se publique en el periódico que unos delincuentes han irrumpido en su arsenal.

—¿Qué se han llevado?

—Dos ametralladoras Colt-Browning M1895 refrigeradas por aire y alimentadas por cinta.

—Ha tenido que ser Frost —dijo Bell, imaginándose aquellas armas capaces de disparar cuatrocientos cincuenta proyectiles por minuto envolviendo el monoplano de Josephine en una lluvia de plomo.

—Hay que reconocer que ese hombre tiene valor. Delante de las mismísimas narices del ejército de Estados Unidos...

—¿Cómo entró? —preguntó Bell.

—De la forma habitual. Sobornó a un intendente.

—Me cuesta creer que un intendente, por más ladrón que sea, se arriesgue a que el ejército eche en falta unas ametralladoras.

—Frost le hizo creer que iba a robar uniformes de los excedentes. Le dijo que los vendería en México o le contó un cuento chino que el intendente creyó... o que quiso creer. No hace falta añadir que ese intendente es un hombre aficionado a la bebida. En cualquier caso, se llevó la sorpresa de su vida cuando despertó en la prisión militar. Pero entonces ya hacía mucho que las armas habían desaparecido.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres días.

Bell desplegó el mapa topográfico de Kansas suspendido del techo del vagón hangar.

—Frost tiene tiempo de sobra para situarse entre nosotros y Wichita.

—Por ese motivo he dicho que tenemos problemas. Aunque no sé cómo va a meter dos ametralladoras en un Thomas Flyer. Y menos aún cómo piensa esconderlas. Hacen falta tres hombres para montar una de esas armas. Pesan más de ciento ochenta kilos con las cureñas.

—Es lo bastante fuerte para levantar una él mismo. Además, lo acompañan en el vehículo dos ayudantes.

Bell trazó en el mapa con un dedo la vía de ferrocarril que los conduciría hasta Wichita. A continuación, recorrió las que convergían en Junction City, la ciudad más cercana a Fort Riley.

—Transportarán las ametralladoras por tren y luego en un carro de carga o un camión.

—Para atacar en cualquier lugar entre Kansas y California.

Bell ya había llegado a esa conclusión.

—De momento sabemos que piensa a lo grande. Contratará a más hombres para la segunda ametralladora y los repartirá a cada lado de la vía sobre la que nosotros volemos. Acribillarán a Josephine por los dos flancos. —Bell hizo unos cálculos rápidos y añadió en tono sombrío—: Abrirán fuego a un kilómetro y medio de distancia. Si de algún modo Josephine consigue pasar, girarán las ametralladoras y seguirán con la descarga. Cuando ella sobrevuele la vía a cien kilómetros por hora, podrán dispararle con precisión durante dos minutos enteros.

Steve Stevens sacudió un ejemplar del *Wichita Eagle* delante de las narices de Preston Whiteway, indignado.

—Citan las palabras publicadas en el *San Francisco Inquirer*, en las que digo que me alegro de que el ruso loco esté ayudando al inglés porque en la carrera todos somos como una gran familia —le echó en cara alzando la voz.

—Sí, ya lo he leído —dijo Whiteway con suavidad—. No parecía propio de usted.

—Ya lo creo que no. ¿Por qué lo ha publicado?

—Si lo lee con detenimiento, verá que mis reporteros citaban al señor Platov, quien a su vez lo citaba a usted al afirmar que la Gran Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway es para todo el mundo y que todos somos una gran familia.

—Yo no he dicho eso.

—Pues como si lo hubiera dicho. Ahora todo el mundo lo cree.

Stevens, disgustado, cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. Le tembló el voluminoso vientre, y sus carrillos se sacudieron y se tiñeron de rojo.

—Ese ruso chiflado puso esas palabras en mis labios. Yo no he dicho...

—¿Qué problema hay? Todo el mundo cree que usted es un buen tipo.

—Me importa un bledo ser un buen tipo. Yo quiero ganar la carrera. Y ahí está Platov, dejándome de lado para ayudar a Eddison-Sydney... como-se-llame cuando mi máquina está haciéndose trizas.

—Cuenta usted con mi solidaridad —dijo Preston Whiteway, sonriendo al oír que Stevens confirmaba los rumores que sus espías le habían comunicado: quizá el veloz algodónero no acabara la carrera—. Y ahora, si me disculpa, quiero ver cómo mi máquina (que, gracias a Dios, no está haciéndose trizas) alza el vuelo en las buenas manos de Josephine, la Novia Voladora de Estados Unidos y futura ganadora de la Copa Whiteway.

—¿Ah, sí? Pues déjeme decirle, señor dandi de la prensa, que he oído que la gente está perdiendo el interés por su carrera ahora que nos encontramos tan al oeste y que los únicos espectadores que tenemos son liebres, coyotes e indios.

Preston Whiteway arqueó despectivamente una ceja mientras miraba al orondo

algodonero, un hombre muy rico pero no tanto como él.

—Siga leyendo, señor Stevens. Dentro de poco, informaremos de unos hechos que incluso a usted le sorprenderán y mantendrán en vilo a la gente de a pie.

Isaac Bell encendía y apagaba el interruptor del motor en la barra de mando para reducir la velocidad del Gnome. Andy Moser lo había puesto a punto tan bien que el detective estaba adelantando sin querer el monoplano Celere de Josephine al tiempo que vigilaba por encima y por detrás de ella. Irónicamente, mientras que su Celere empezaba a acusar el desgaste propio de la larga carrera, el *American Eagle* parecía cada vez más resistente. Andy repetía a todas horas que el padre de Danielle los «fabricó para que durasen».

Sobrevolaban el recorrido de la vía de ferrocarril.

A seiscientos metros por debajo, la cosecha de trigo invernal de Kansas se extendía luciendo un color amarillo oscuro hasta el horizonte a cada lado de los raíles. El campo llano y vacío se veía interrumpido de vez en cuando por una casa de labranza solitaria entre un grupo de graneros y silos, y alguna que otra franja de árboles que bordeaba un arroyo o un río. Bell esperaba que Frost disparase al aeroplano de Josephine con las ametralladoras desde una de esas arboledas, y la había convencido para que volase cuatrocientos metros a la derecha de la vía a fin de incrementar la distancia y alejarse de los árboles. Bell le explicó que si Frost la atacaba, debía modificar su rumbo mientras él descendía en picado disparando con el rifle que había montado en el *American Eagle*.

Acababan de cruzar un empalme ferroviario señalado de forma conveniente con flechas de lona cuando Bell percibió un movimiento detrás de él. No le sorprendió ver que el biplano azul de *sir* Eddison-Sydney-Martin los adelantaba. El nuevo motor Curtiss del *baronet* cada vez iba más rápido. Andy Moser atribuía su rendimiento al «ruso loco», aunque Bell no estaba tan seguro de ello. Después de una conversación con los mecánicos habituales de Eddison-Sydney-Martin, el detective se había convencido de que el verdadero héroe no era el *baronet* sino el motor de seis cilindros de su aeroplano, que no solo era más potente sino también más suave que los motores de cuatro cilindros de los otros aviadores. Estaba claro que ellos no estaban dispuestos a conceder al ruso más mérito que el de echarles una mano.

—Puede que el motor de seis cilindros no sea tan suave como su Gnome rotativo, señor Bell —dijeron—, pero es considerablemente más fácil de mantener a punto. Tiene usted suerte de contar con Andy Moser.

El biplano azul con hélice trasera adelantó a Bell y luego a Josephine, y el *baronet* los saludó alegremente con la mano. Bell vio que Josephine levantaba la suya para toquetear su depósito de gasolina alimentado por gravedad. Su velocidad aumentó, pero a costa del humo gris que salió del motor. Eddison-Sydney-Martin



siguió avanzando, y se encontraba varios cientos de metros por delante de ella cuando Bell vio algo oscuro que salía despedido hacia atrás súbitamente en la estela del inglés.

Parecía que hubiera chocado contra un ave.

Sin embargo, cuando el Curtiss se bamboleó en el aire, Bell se dio cuenta de que el objeto oscuro que colgaba detrás de Eddison-Sydney-Martin no era un ave sino su hélice.

Repentinamente privado de energía y obligado a planear, Eddison-Sydney-Martin trató de bajar su timón de altura. Pero antes de que la aeronave pudiera descender planeando de forma controlada, un trozo de cola salió volando. Lo siguió otro, y otro, y Bell vio que la hélice que se había desprendido había cortado fragmentos de la cola al salir despedida y seguía girando como una sierra circular.

El timón de altura del biplano se soltó y fue dejando pedazos azules a su paso. A continuación se desprendió la cola vertical. A más de trescientos metros por encima del suelo, el veloz avión con hélice trasera del *baronet* cayó como una piedra.

—Al gato se le han acabado las vidas.

—¡No digas eso!

Josephine se volvió en contra del mecánico que acababa de expresar en un murmullo lo que todos se temían. Corrió junto a Abby, quien estaba llorando. Pero cuando trató de abrazarla, la esposa del *baronet* retrocedió y permaneció rígida como una estatua de mármol.

Josephine solo podía pensar en la promesa que Marco le había hecho: «Ganarás. Yo me encargaré de que ganes. No te preocupes. Nadie te sacará ventaja».

¿Qué había hecho?

Josephine e Isaac Bell, que habían aterrizado en un camino de tierra al lado de la vía, y Abby y todos los mecánicos, quienes habían visto el accidente desde su tren de refuerzo, estaban reunidos en las orillas de un arroyo bastante ancho, a treinta y dos kilómetros al sudoeste de Topeka. El biplano azul, lo que quedaba de él, flotaba en aquellas aguas, atrapado en un tocón en mitad de las mismas.

¿Acaso Marco había saboteado la máquina del marido de Abby para que Josephine pudiera ganar? Allí estaba, ataviado con su absurdo disfraz de ruso. Solo ella sabía quién era él en realidad y era la única, asimismo, que sospechaba que había hecho algo terrible. Pero le daba miedo preguntar.

Debo hacerlo, se dijo Josephine. Tengo que preguntarle. Y si es cierto, he de confesar todas las mentiras. Se acercó a Marco. Él estaba agitando su regla de cálculo y parecía tan afectado como los demás, pero Josephine se dio cuenta de que había perdido la confianza en él y no podía estar segura de que no fingiera.

—Tengo que hablar contigo —le susurró.

—¡Oh, pobre Josephine! —gritó Celere interpretando el papel de Platov—. Estar viendo todo pasar delante de ojos.

—Tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué?

Antes de que ella pudiera hablar oyó un chillido. Era Abby quien gritaba. A continuación, milagrosamente, todas las gargantas prorrumpieron en una ovación. Se volvió hacia el arroyo. Todo el mundo miraba aguas abajo. El *baronet* Eddison-Sydney-Martin cojeaba con paso vacilante por la orilla, empujando, cubierto de barro y sosteniendo torpemente un cigarrillo que no lograba encender.

Bell dijo a Andy Moser que estaba seguro de que había visto desprenderse la hélice

de Eddison-Sydney-Martin.

—¿Es habitual?

—A veces ocurre —respondió Andy.

—¿Qué ha podido provocarlo?

—Muchas cosas. Una grieta en el eje, quizá.

—Pero el *baronet* inspecciona su máquina cada vez que vuela. Revisa los soportes, los tirantes y todo lo demás, como hacemos todos. Y también lo inspeccionan sus mecánicos, como haces tú para mí.

—Pudo haberle golpeado una piedra que rebotó en el campo.

—Él se habría dado cuenta, lo habría notado o lo habría oído.

—Se habría dado cuenta si la piedra en cuestión hubiera hecho pedazos la hélice —dijo Andy—. Pero si dio justo en el eje cuando él estaba ocupado haciendo despegar la máquina y el motor hacía mucho ruido, tal vez no se percatara. Hace un par de meses oí que una hélice dejó de ser estable porque la habían guardado de pie. La humedad penetró en la pala inferior.

—La hélice del *baronet* era nueva y la ha usado prácticamente todos los días desde que la compró.

—Sí, pero es posible que se agrietara.

—Por eso estaba pintada de plateado —replicó Bell—, para que se viesen pocas grietas.

Era el procedimiento habitual en los aviones de hélice propulsora. La de Bell no era así porque una hélice plateada girando delante de él lo deslumbraría.

—Ya lo sé, señor Bell. Y evidentemente tampoco se ha usado suficiente tiempo para que la madera se pudriese. —Moser alzó la vista para mirar al detective—. Si me preguntara si ha sido sabotada, le diría que desde luego es posible.

—¿Cómo? Si quisieras que la hélice de un aeroplano se desprendiera, ¿qué harías?

—Cualquier cosa con tal de desestabilizarla. Cuando la hélice está desequilibrada, vibra. Las vibraciones la rompen o sueltan el eje, o incluso sacuden el motor de su soporte.

—Pero no te interesaría que se sacudiera mucho porque el tipo al que pretenderías matar se daría cuenta, pararía el motor y aterrizaría lo antes posible.

—Tiene razón —dijo Andy seriamente—. El saboteador tendría que conocer su oficio.

Pero eso, no podía por menos de reconocer Isaac Bell, era aplicable a todos los mecánicos de la carrera, con las posibles excepciones de los detectives disfrazados que acompañaban a Josephine. Otro dato que Bell no podía pasar por alto era que Preston Whiteway había hecho realidad el deseo que había expuesto con tanto descaro en San Francisco. Había tenido que esperar a dejar muy atrás Chicago y estar

en mitad de Kansas, pero el grano se había «cribado» y la carrera se había convertido en una competición que enfrentaba a los mejores aviadores con la valiente Josephine.

Probablemente Eddison-Sydney-Martin había sido el mejor... y su criba por sabotaje no se había producido por causas naturales. Pero el prudente Joe Mudd estaba demostrando que no era ningún principiante, mientras que el antipático pero decidido Steve Stevens era un piloto veloz que avanzaba sin dejarse intimidar por las vibraciones que ponían en peligro su máquina.

Bell no tenía forma de saber cuál sería la siguiente víctima del saboteador. De hecho, lo único que el alto detective sabía con total certeza era que su cometido principal seguía siendo el mismo que al principio: impedir que Frost matase a Josephine.

Isaac Bell se preguntaba si el robo de las ametralladoras en Fort Riley podía haber sido una compleja estratagema de Harry Frost, una distracción para atraer a los protectores de Josephine y aflojar el cordón que mantenían en torno a ella todas las noches en los terrenos de las ferias y los parques ferroviarios. Teniendo presente esa posibilidad, el detective planeó una emboscada. Esperó a que anocheciera (después de despedirse con tristeza del matrimonio Eddison-Sydney-Martin, cuyo tren de refuerzo partió del parque ferroviario de la feria del condado de Morris para regresar a Chicago) y subió a la cubierta del vagón privado de Josephine. Estuvo al acecho durante horas, escudriñando los trenes aparcados al otro lado del especial de Whiteway y permaneciendo atento por si oía el crujido de unas botas en el balasto.

Era una noche calurosa. Las ventanillas, los tragaluces y las trampillas del techo estaban abiertas. Los murmullos de las conversaciones y alguna que otra carcajada se mezclaban con el susurro de las locomotoras cuyos fuegos producían el vapor suficiente para alimentar las luces y calentar el agua.

En torno a la medianoche, oyó que alguien llamaba a la puerta del vagón de Josephine. Quiquiera que fuese debía de haber cruzado el tren, pues Bell no había visto ni oído a nadie en el balasto. A pesar de todo, el detective sacó su Browning y apuntó con ella a la puerta a través de la trampilla abierta en el techo. Oyó que Josephine gritaba con voz soñolienta desde su compartimento:

—¿Quién es?

—Preston.

—Señor Whiteway, es un poco tarde.

—Debo hablar contigo, Josephine.

Josephine salió al vestíbulo vestida con una sencilla bata sobre un pijama de algodón, y abrió la puerta.

Whiteway llevaba puesto un traje con una corbata de seda y se había peinado el cabello rubio con unas ondas muy elegantes.

—Quiero que sepas que he meditado lo que voy a decirte. —Empezó a pasearse por el estrecho pasillo—. Qué raro... Me siento un poco cohibido.

Josephine se acurrucó en un sillón mullido, metió los pies descalzos debajo de su cuerpo y le observó con recelo.

—Espero que no haya cambiado de opinión —dijo—. Me va mucho mejor. Mis tiempos están mejorando. He estado recuperando el terreno perdido. Y ahora que el pobre *baronet* ha quedado fuera de la carrera, tengo más posibilidades de ganarla.

—¡Por supuesto que sí!

—Joe Mudd no es tan rápido. Y Steve Stevens no aguantará mucho más.

—Vas a ganar. Estoy seguro.

Josephine sonrió.

—Es un consuelo. Parecía tan nervioso que he pensado que iba a dejarme... Pero ¿qué quiere decirme?

Whiteway se alzó cuan largo era, sacó pecho y barriga, y soltó:

—¡Cásate conmigo!

—¿Qué?

—Yo seré un marido maravilloso, y tú serás rica y podrás pilotar aeroplanos todos los días hasta que tengamos hijos... ¿Qué dices?

Josephine guardó silencio.

—No sé qué responder —dijo al fin—. Es usted muy amable proponiéndomelo, pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué puede haber mejor?

Josephine respiró hondo y se levantó del sillón. Whiteway abrió los brazos para estrecharla entre ellos.

—¿Qué pasó entonces? —susurró Marion cuando Bell se lo contó mientras desayunaban en el lujoso vagón comedor del *Josephine Special*.

Sus enormes ojos de color verde coral estaban muy abiertos y resultaban tan hermosos que por un largo instante Bell perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Respondió que sí? —preguntó ella, instándolo a que continuara.

—No.

—Bien. Preston está demasiado enamorado de sí mismo para ser un marido cariñoso. Si Josephine es tan encantadora como los periódicos afirman, se merece algo mejor.

—Tú la conoces más que los lectores de esos periódicos.

—Solo nos hemos saludado al pasar. Pero pensaba que ella habría contestado «Quizá».

—¿Por qué? —preguntó Bell.

Marion reflexionó.

—Me da la impresión de que es una mujer que siempre consigue lo que quiere.

—Lo cierto es que su respuesta fue una especie de «quizá». Dijo que tenía que pensárselo.

—Sospecho que no tiene con quien hablar. La escucharé. Y le daré mi opinión, si me la pide.

—Esperaba que dijeras eso —dijo Bell—. En realidad, esperaba que te centraras en lo que Harry Frost quiso decir cuando afirmó que ella y Celere tramaban algo.

Marion miró por la ventanilla. Un viento fuerte hacía girar pequeños remolinos de humo de carbón, paja de trigo y cenizas alrededor de los trenes.

—Hoy no se vuela. Voy ahora mismo a hablar con Josephine.

—Cuando sea mayor quiero ser como tú —dijo sonriendo Josephine a Marion.

Estaban solas en el salón principal del vagón privado de la Novia Voladora, acurrucadas en sendas butacas situadas una enfrente de la otra. En medio de ellas había unas tazas de café sin tocar.

—Espero no parecer tan vieja. Además, ya eres mayor. Estás pilotando una aeronave a través del país.

—No es eso. Quiero ser igual de sincera que tú.

—¿A qué te refieres?

—Me has dicho sin rodeos que Isaac oyó que Preston me pedía que me casara con él.

—También te he dicho que tengo mucha curiosidad por saber lo que opinas de su propuesta.

—No lo sé. Me pregunto para qué quiere casarse conmigo. —Josephine dedicó a Marion una de sus sonrisas de oreja a oreja—. Yo solo soy una chica tonta de campo.

—Los hombres son criaturas extrañas —dijo Marion, devolviéndole la sonrisa—. La mayoría. A lo mejor él te quiere.

—No dijo que me quisiera.

—Bueno, Preston no se caracteriza por su inteligencia en muchos aspectos. De todos modos, es guapo.

—Supongo.

—Y muy pero que muy rico.

—Harry también lo era.

—Preston tiene muchos defectos, pero, a diferencia de Harry, no es un bruto.

—Sí, pero es tan corpulento como Harry.

—Y está ganando peso —añadió riendo Marion—. Si no se anda con cuidado, acabará como el presidente Taft.

—O como Steve Stevens.

Las dos soltaron una risotada. Marion observó detenidamente a la joven y

preguntó:

—¿Lo estás teniendo todo en cuenta?

—En absoluto. No amo a Preston Whiteway. Ya sé que dijo que me compraría aeroplanos. De hecho, afirmó que me compraría aeroplanos al menos hasta que tuviéramos hijos. Pretende que después de tenerlos deje de volar.

—¡Dios mío! —exclamó Marion—. Preston es todavía más tonto de lo que pensaba.

—Crees que no debería casarme con él, ¿verdad?

—Yo no puedo responder a eso —dijo Marion—. Tú tienes que saber lo que quieres hacer.

—Si gano los cincuenta mil dólares, tendré mi propio dinero. Podré comprarme mis propios aeroplanos.

—Querida, si ganas la carrera, harán cola para regalarte aeroplanos —dijo Marion.

—¿En serio?

—Estoy segura. Saben que los clientes comprarán los aeroplanos que tú pilotes. Así que lo de casarte con Preston no tiene nada que ver con los aeroplanos, ¿verdad?

—Si gano.

—Isaac dice que estás segura de que ganarás. Y —añadió riéndose otra vez— él también está seguro de que ganarás. Ha apostado tres mil dólares por ti.

Josephine asintió con la cabeza distraídamente y miró por la ventanilla de su vagón. El viento seguía haciendo vibrar el cristal. Cerró los ojos y empezó a formar palabras con los labios; acto seguido, los apretó fuertemente. Se moría por hablar, pensó Marion. Parecía que la proposición de Preston la estuviera obligando a pensar en cosas en las que prefería no pensar.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué te preocupa realmente?

Josephine frunció los labios y espiró bruscamente.

—¿Puedes guardar un secreto?

Sus ojos se clavaron suplicantes en los de Marion.

—No, no puedo. No puedo ocultar nada a Isaac.

Josephine puso los ojos en blanco.

—¿Por qué eres tan sincera, Marion?

—Prefiero serlo. ¿Qué quieres contarme?

—Nada... Cuando vi que Marco recibía los disparos, me llevé una gran sorpresa.

—No me extraña.

—Era lo último que esperaba.

—Y entonces —confesó Marion Morgan a Isaac Bell—, metí la pata. En lugar de callarme mientras Josephine terminaba lo que estaba diciendo, cometí la estupidez de

decir algo así como «¿Quién esperaría ver que tu marido dispara a un amigo tuyo?», y Josephine no añadió ni pío.

—Si dijo «Lo último que esperaba» implica que esperaba que pasase otra cosa — meditó Bell—. Como si estuviera «tramando algo», como afirmó Harry Frost... ¿Va a casarse con Preston?

—Al final dijo que de ninguna manera.

—¿Cambiará de opinión?

—Solo si llega a temer que no ganará la carrera.

—¿Porque en ese caso no ganaría los cincuenta mil dólares y Preston es rico?

—Deberías haber visto cómo se le iluminaron los ojos cuando le dije que si es la vencedora de la Copa Whiteway los inversores le regalarán aeroplanos. Creo que no se lo había planteado. Es como si no pensara a largo plazo. Está dispuesta a hacer cualquier cosa que le permita seguir pilotando máquinas voladoras. Incluso podría casarse con Preston... aunque solo por las máquinas. No es el tipo de chica que aspire a tener montones de niños, joyas y casas.

—Esto me recuerda otro asunto. —Isaac Bell estrechó a Marion entre sus brazos—. ¿Cuándo vas a casarte conmigo?

Marion observó la esmeralda que destellaba en su dedo. Acto seguido miró a los ojos a Bell y sonrió. Recorrió su bigote con la punta del dedo y lo besó con firmeza en los labios.

—Cuando insistas mucho. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Pero hasta entonces, soy muy pero que muy feliz y me contento con ser tu prometida.

El viento de Kansas ululó durante todo ese día y esa noche hasta la mañana siguiente.

Como no había nadie volando, Andy Moser aprovechó la oportunidad para desmontar por completo el motor Gnome de Bell y volver a armarlo, limpio, pulido y puesto a punto.

Los albañiles, mamposteros, yeseros y fogoneros de Joe Mudd separaron el motor del Liberator en partes y aislaron finalmente el tubo de cobre agrietado que provocaba la fuga de aceite que seguía ennegreciendo la máquina roja.

El ruso Dmitri Platov dirigió a los mecánicos de Steve Stevens en otro vano intento por sincronizar definitivamente los motores gemelos del biplano. Cuando Stevens se quejó groseramente y amenazó con descontar dinero del salario de todos, el inventor del motor térmico, un hombre habitualmente tranquilo, se marchó con paso airado a ayudar a Josephine a quitar la cabecera de su Antoinette para sustituir una junta que goteaba.

Isaac Bell los observó. Platov no paraba de hablar con ella en voz baja y en tono apremiante. El detective se preguntaba si Josephine estaba debatiendo la propuesta de Whiteway con el ruso. Quizá fuera una idea extraña, pero su conversación parecía



muy acalorada. Cada vez que él se acercaba para oír qué decían, dejaban de hablar.

—¿Por qué merodea Bell? —preguntó Marco Celere a Josephine, saludando cordialmente al detective con la regla de cálculo de Dmitri Platov.

—Porque cuida de mí.

—No temerá por tu seguridad en presencia del amable Platov, ¿verdad?

—Dudo que tenga miedo a algo —dijo Josephine.

Celere empezó a extraer la junta vieja del bloque del motor.

—Hoy estás un tanto quisquillosa, cariño.

—Perdona. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Empezando por la propuesta del señor Whiteway?

—¿Tú qué crees? —contestó hoscamente Josephine.

—Creo que deberías casarte con él.

—¡Marco!

—Lo digo en serio.

—Eso es repugnante, Marco. ¿Cómo puedes querer que me case con otro hombre?

—Él es algo más que «otro hombre». Es el editor de periódicos más rico de Estados Unidos. Él y su dinero podrían serte muy útiles. Y a mí también.

—¿De qué nos servirá que me case con él?

—Lo dejarías por mí cuando llegase el momento oportuno.

—Marco, me pone enferma que quieras que esté con él.

—Yo te recomendaría que aplazases la luna de miel para después de la carrera. Seguro que puedes alegar que tienes que concentrarte en la victoria.

—¿Y la noche de bodas?

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

El viento amainó. Según el pronóstico del Servicio Meteorológico, era posible que permaneciese en calma durante unas horas. A media tarde, los pilotos salieron en tropel del terreno de la feria del condado de Morris. Antes de que anoheciera, todos tocaron tierra sin contratiempos en Wichita, donde Preston Whiteway apareció andando a grandes zancadas de forma teatral bajo las lámparas de vapor de mercurio del noticiario que la señorita Morgan filmaba.

Los operadores de Marion manejaban dos cámaras cinematográficas, la segunda de las cuales era un modelo caro que Whiteway se había negado a pagar hasta entonces a pesar de la insistencia de ella en que dos cámaras ofrecerían emocionantes cambios de perspectiva que atraerían a más público. Una cámara enfocaba al editor y la otra estaba orientada para captar las reacciones de los reporteros.

El día siguiente, anunció Whiteway, sería una jornada libre oficial. El límite de los cincuenta días no se vería afectado porque, según anunció el editor, pensaba dar «la fiesta más grande que el estado de Kansas ha presenciado jamás para celebrar mi compromiso con la señorita Josephine Josephs, la Novia Voladora de Estados Unidos».

Marion Morgan alzó la vista de su puesto entre las cámaras e intercambió una mirada de asombro con Isaac Bell, quien movió la cabeza con gesto de incredulidad.

Un corresponsal del *San Francisco Inquirer* había recibido instrucciones para que gritase:

—¿Cuándo es la boda, señor Whiteway?

—¿Tenemos que esperar hasta que termine la carrera? —corearon otros empleados de Whiteway, como este les había indicado.

—Josephine no me dejaría —respondió Whiteway cordialmente—. A petición de mi hermosa novia, celebraremos una boda de la envergadura de Texas en el coliseo de North Side, en Fort Worth, conocido como el pabellón más opulento y dinámico de todo el hemisferio occidental. Nos casaremos cuando la Gran Carrera Aérea Atlántico-Pacífico Whiteway llegue a Fort Worth.

Marion sonrió a Bell y movió los labios para que él leyera:

—Qué descaró.

—No tiene vergüenza —contestó de igual modo Bell, sonriendo a su vez.

Pero no podía negarse que a la hora de «promocionar» su carrera aérea, Preston Whiteway sabía despertar el interés del público mejor que P. T. Barnum, Florenz Ziegfeld y Mark Twain juntos.

La única incógnita era: ¿por qué Josephine había cambiado de opinión? Sus marcas estaban mejorando y a menudo superaban las de sus rivales. Y su máquina voladora funcionaba de maravilla. No tenía motivos para temer que pudiese perder la carrera.

## INVESTIGAD DMITRI PLATOV.

Isaac Bell telegrafió a los hombres de Van Dorn en Chicago y en Nueva York. Estaba seguro de que el inventor ruso había influido de alguna forma en Josephine para que se casara con Preston Whiteway. El motivo por el que Platov querría que ella contrajera matrimonio con el editor era un enigma. Pero al alto detective le intrigaba igualmente el poder del que Platov gozaba para hacer cambiar de opinión a Josephine con respecto a una decisión tan importante y personal como el matrimonio.

Bell no podía pasar por alto semejante misterio acerca de un hombre que tenía libre acceso a los campos de aviación de la carrera y era bienvenido en todos los vagones hangares. Sobre todo desde que Dmitri Platov se había ofrecido a sustituir al mecánico asesinado de Eddison-Sydney-Martin días antes de que la hélice del inglés se desprendiera y le hiciera estrellarse en un arroyo de Kansas. Y si había un mecánico en la carrera que conocía su oficio, era Platov.

El informe preliminar de los investigadores, teleografiado al cabo de medio día, era desconcertante.

La única información sobre Dmitri Platov la habían hallado en los archivos de Van Dorn que contenían recortes de periódico acerca de los preparativos de la Copa Whiteway en Belmont Park y los informes que el propio Isaac Bell había enviado desde el terreno. Asimismo, los reporteros habían descrito, con mayor o menor grado de exactitud, el revolucionario motor térmico de Platov, pero solo en artículos que relataban su destrucción en el accidente que le había costado la vida al mecánico jefe de Steve Stevens.

Bell reflexionó sobre el significado de la falta de información acerca de Dmitri Platov. Coincidió con lo que había dicho sobre el ruso Danielle di Vecchio, quien aseguraba que no lo había conocido en el Salón Aeronáutico Internacional de París ni tampoco había oído su nombre allí.

¿Era posible que Platov no hubiera estado en ese encuentro aéreo celebrado en la capital de Francia?

Pero si no había estado en París, ¿a quién había comprado Marco Celere su motor a reacción?

Bell envió un telegrama al departamento de investigación de la agencia:

## CONCENTRAOS EN MOTOR TÉRMICO.

¡DEPRISA!

Luego llamó a Dashwood a su vagón central.

—Olvídate de los jugadores y vigila a Dmitri Platov. Pégate a él como si fueras su sombra, pero que no se dé cuenta.

—¿Qué tengo que buscar?

—Me preocupa —dijo Bell—. Quizá sea tan inocente como parece, pero tuvo la oportunidad de sabotear la máquina del inglés.

—¿Podría ser el infiltrado de Harry Frost? —preguntó Dashwood.

—Podría ser cualquier cosa.

Isaac Bell echó mano de todos los hombres de la agencia en el sudoeste a su disposición para que protegieran la boda de Josephine de las ametralladoras de Harry Frost. Mientras los detectives privados llegaban a toda prisa y se presentaban en el *Eagle Special*, él recalcaba su estrategia:

—Impedid que Harry Frost se acerque lo suficiente para causar daños. Aprovechad vuestros contactos. Somos muy pocos, pero si juntamos nuestras conexiones con agentes de la ley, policía ferroviaria, confidentes, jugadores y delincuentes en deuda con nosotros, estableceremos un perímetro igual de amplio que el alcance de las ametralladoras e impediremos que Frost lo penetre.

El largo alcance de las Colt suponía una amenaza. Las ametralladoras resultaban letales hasta un kilómetro y medio de distancia. Pero Frost casi podía triplicar la amenaza elevando los cañones para lanzar tiros fijantes indirectos, de manera que los proyectiles impactarían indiscriminadamente sobre el objetivo desde una distancia de hasta cinco kilómetros.

—No es tan difícil como parece —aseguró Bell a los detectives—. El sheriff de Worth nos está echando una mano amablemente con un grupo nutrido de ayudantes temporales en el que también hay peones de las inmediaciones. Ellos reconocerán a los forasteros. Y estamos consiguiendo que colaboren con nosotros detectives ferroviarios. La compañía Texas & Pacific y la Fort Worth & Denver nos prestan su apoyo.

—¿Y si a Harry Frost se le ocurre la misma idea y contrata a lugareños? —preguntó un detective de Los Ángeles que acababa de apearse del tren, ataviado con un bombín de color crema y una corbata rosa.

—¿Tú qué dices a eso, Walt? —Bell señaló con la cabeza a su viejo amigo Walt Hatfield, el agente Texas, quien había llegado a caballo.

Delgado como un raíl de acero y considerablemente más resistente, el ex ranger

de Texas convertido en detective de Van Dorn miró al petimetre de California entornando los ojos por debajo del ala de su sombrero de vaquero.

—No podemos hacer nada para impedir que Frost reúna a un grupo numeroso de lugareños —dijo alargando las palabras—. Pero no puede meterlos en la ciudad porque los agentes de la ley los reconocerían. Sin embargo, Isaac —dijo a Bell—, «localizar» a Harry Frost no es lo mismo que detenerlo. Por lo que he leído hasta ahora en los informes de tus aventuras, creo que Frost no teme a nada. Sería capaz de asaltar el infierno con un cubo de agua.

Bell sacudió la cabeza.

—No esperes que Frost actúe temerariamente. No habrá ataques imprudentes ni agresiones desesperadas. Me lo dijo sin rodeos: no le da miedo morir. Pero solo después de matar a Josephine.

Tras colocar sus cámaras y sus lámparas de vapor de mercurio en el coliseo de North Side, Marion Morgan se reunió con Isaac Bell en el vagón central de la agencia Van Dorn. Bell elogió su nueva falda para montar, que ella había descubierto en unos almacenes de Fort Worth cuya clientela principal la constituían las mujeres de los rancheros ricos, y después le preguntó:

—¿Cómo es el lugar de la boda?

Bell estaba preocupado por establecer el perímetro, pero todavía tenía que inspeccionar el interior del coliseo.

Marion se echó a reír.

—¿Te acuerdas de cómo lo describió Preston?

—¿«El pabellón más opulento y dinámico de todo el hemisferio occidental»?

—Omitió una palabra: «Ganado». El pabellón más opulento y dinámico es donde celebran la feria de ganado nacional. Josephine se partía de risa.

—Ella es hija de un granjero de productos lácteos.

—Ha dicho: «Voy a casarme en un establo». En realidad, es un edificio imponente. Hay mucha luz para las cámaras. Cuenta con tragaluces y con electricidad para las lámparas. No tendré problemas. ¿Y tú?

—Es más fácil vigilar bajo techo —dijo Bell.

Cuando inspeccionó el coliseo, descubrió que era una sabia elección, pues había allí enormes parques ferroviarios para los trenes de refuerzo y los especiales de los invitados a la boda, así como corrales que se desmontarían fácilmente para hacer sitio a las máquinas voladoras.

Después de recorrer mil seiscientos kilómetros desde Chicago por carreteras espantosas, el turismo Thomas Flyer modelo 35 con cuatro cilindros y sesenta

caballos de Frost estaba cubierto de barro, teñido de gris a causa del polvo y repleto de cables de remolques y cadenas, latas de gasolina y aceite de reserva, así como neumáticos de recambio parcheados repetidas veces. Pero funcionaba de maravilla, y Frost sentía una libertad que no había experimentado jamás en una vía de ferrocarril, ni siquiera viajando en su propio tren especial. Como Josephine solía comentar cuando se explayaba sobre el acto de volar por el aire («sobre» el aire, decía ella, insistiendo en que el aire era casi sólido), un hombre podía ir a donde le viniera en gana.

A cincuenta kilómetros de Fort Worth, una ciudad con un matadero que manchaba el cielo de humo, Frost ordenó que se detuvieran en una colina baja. Escudriñó la pradera cubierta de matorrales con unos potentes gemelos alemanes que había comprado para los safaris en África. A un kilómetro y medio estaba la vía de ferrocarril. En una apartada vía muerta que antaño pasaba por un pueblo borrado del mapa por un tornado, había un vagón de mercancías.

—¡Vamos!

Mike Stotts, el mecánico de Frost, arrancó con la manivela el motor del Thomas. Tres horas más tarde y cuarenta kilómetros más adelante, volvieron a detenerse. Frost envió a Stotts delante en una bicicleta, que habían robado en Wichita Falls, para que inspeccionara el terreno y estableciera contacto con sus hombres en Fort Worth.

—¿Quiere que vaya con él? —preguntó Dave Mayhew, el telegrafista, a Frost.

—Tú quédate aquí.

Siempre podía conseguir otro mecánico, pero no abundaban los telegrafistas que también eran diestros con las armas de fuego. Stotts volvió antes de lo que Frost esperaba.

—¿Qué pasa?

—Piquetes. Tienen hombres a caballo patrullando.

—¿Seguro que no eran peones?

—No he visto ninguna vaca.

—¿Y en la ciudad?

—Hay policías por todas partes. La mitad de los hombres que he visto llevaban estrellas de ayudante del sheriff. Y buena parte de los que no lo eran parecían detectives.

—¿Has visto detectives ferroviarios?

—Unos cien.

Frost rumió en silencio. Era evidente que Isaac Bell estaba actuando partiendo del supuesto de que las ametralladoras robadas en Fort Riley obraban en su poder.

Cada uno tenía su manera de hacer las cosas. Frost mandó a Mayhew que trepase por un poste para enviar un telegrama al controlador de la compañía ferroviaria Texas & Pacific que estaba a su servicio y luego se dirigió al oeste, evitando Fort Worth.

Después del anochecer, el Thomas Flyer ascendió por el terraplén hasta la vía de ferrocarril, subió a los raíles y siguió hacia el oeste. Frost ordenó al mecánico que estuviera atento detrás de ellos por si veía faros de locomotoras. Él y el telegrafista miraban al frente. Cinco veces durante la noche salieron de la vía para dejar pasar a un tren.

Al día siguiente ya tarde, a mitad de camino de Abilene, Harry Frost vio a través de sus gemelos un gran carromato de provisiones tirado por seis mulas fuertes. Estaba parado al lado de un vagón de mercancías aparcado en una vía muerta apartada, propiedad de la compañía Texas & Pacific. La vía muerta pasaba por un enorme rancho a dieciséis kilómetros de distancia que pertenecía a una asociación de inversiones en la que Frost tenía una participación mayoritaria. Seis pistoleros vestidos de vaqueros acompañaban el carro. Desmontaron, abrieron un candado, descorrieron la puerta del furgón y cargaron en el carro unas pesadas cajas de madera con las palabras estarcidas ARADOS HOLIAN, SANDY HOOK, CONNECTICUT.

Frost recorrió la interminable extensión desierta de maleza y hierba con los gemelos, para comprobar, como había hecho en repetidas ocasiones, que no había nadie a la vista que pudiera interferir. La pradera salpicada de matas de arbustos marrones se extendía hasta el horizonte. Nubes, o tal vez colinas bajas, se alzaban hacia el oeste. A unos quince kilómetros hacia el norte, divisó una estructura alta y fina que podía ser bien un molino de viento para bombear agua o bien una torre de perforación para buscar petróleo. La vía relucía en línea recta tanto al este como al oeste, bordeada de una cinta irregular de hilo telegráfico tendido a lo largo de postes gastados.

Los supuestos vaqueros terminaron de cargar el carromato de provisiones. El vehículo se dirigió al oeste por el camino de tierra lleno de baches que avanzaba en paralelo a la vía del ferrocarril vigilada por los hombres a caballo. El Thomas Flyer lo alcanzó a tres kilómetros de la vía muerta. De cerca, el aspecto de aquellos hombres habría hecho desenfundar la pistola a cualquier agente de la ley que se preciara, pues parecían más atracadores de bancos que vaqueros: no tenían las manos encallecidas y llenas de cicatrices que caracterizaban a los trabajadores del campo. Llevaban revólveres de seis balas en pistoleras dobles ceñidas a la cintura y rifles Winchester metidos en fundas en las sillas de montar. Al contemplar a los tres hombres del Thomas, la banda de tipos duros se volvió con expectación hacia un individuo alto situado en medio. Harry Frost ya lo había identificado como el líder con el que se había comunicado a través de un intermediario de confianza de los viejos tiempos.

—¿Cuáles de vosotros estuvisteis en la guerra hispano-estadounidense? —preguntó Frost.

Cuatro hombres con sombreros de campaña asintieron con la cabeza.

—¿Disparasteis con ametralladoras Colt?

Asintieron otra vez con la cabeza; sus ojos seguían desviándose hacia su líder.

—Seguidme. Hay un lecho de un arroyo en el que podemos montar las armas. Ninguno de los hombres se movió.

—¿Herbert? —dijo Frost afablemente—. Mis amigos de Chicago me han asegurado que es usted un forajido duro de pelar. No he podido evitar fijarme en que todo el mundo lo mira como si fuera a impartir una lección de sabiduría.

Herbert contestó arrastrando las palabras:

—Estábamos debatiendo si deberíamos coger su dinero, su automóvil y sus ametralladoras en lugar de disparar a las máquinas voladoras y, si no nos dan problemas, dejarles subir a un tren de mercancías para volver a Chicago. Solo son tres, mientras que nosotros somos seis.

Harry Frost sacó una escopeta recortada con doble cañón del calibre 10 de entre sus botas agarrándola de la culata con su fuerte mano.

El forajido miró con actitud impasible las dos bocas del arma.

—No me gustan los hombres que me apuntan, en especial si lo hacen con un arma de diligencia.

—No estoy apuntándole, Herbert —contestó Harry Frost—. Voy a volarle la cabeza.

Apretó los dos gatillos. La escopeta atronó como un cañón, y una ráfaga de perdigones derribó a Herbert de su silla de montar.

El disparo no retumbó en el campo abierto, y solo se oyó una especie de trueno y los relinchos de los caballos asustados. Cuando la banda del hombre muerto hubo dominado sus monturas, Stotts y Mayhew los estaban apuntando con un revólver en cada mano. Harry Frost también había recargado su arma. Tenía la cara roja de una ira justificada.

—¿Quién más quiere?

Desembalaron las ametralladoras, los soportes, las cajas de munición y las cureñas a la escasa sombra de los arbustos y los árboles bajos que crecían en la orilla del arroyo. Desmontaron y limpiaron las ametralladoras, y a continuación las montaron sobre las cureñas con ruedas. Las armas pesaban casi ciento ochenta kilos, incluidas las cajas de munición. Maldiciendo el peso, las transportaron empujándolas por el lecho del arroyo seco, que era hondo y estrecho como una trinchera militar. Situaron las ametralladoras Colt a ciento ochenta metros de distancia una de la otra. Elevadas sobre las cureñas, dominaban la vía de ferrocarril que los aeroplanos seguirían hasta Abilene.

Para asegurarse de que las armas funcionaban perfectamente, introdujeron las cintas de cartuchos de lona en las recámaras y dispararon cincuenta proyectiles con cada una, que mataron a unas vacas que pastaban a un kilómetro de distancia.



Harry Frost dio a Stotts su cuchillo de caza.

—Ve a cortar carne para la cena. Corta también para el desayuno. Estaremos aquí algún tiempo.

Mandó a Mayhew que trepase por un poste y pinchase el hilo telegráfico.

El telegrafista tendió un cable hasta el suelo, lo conectó a una llave telegráfica, se sentó apoyado en el poste con la llave sobre el regazo y tradujo los mensajes que los controladores ferroviarios estaban transmitiendo entre sus remotas estaciones. En varias ocasiones advirtió a los demás que se acercaba un tren. Todos se ocultaron debajo del caballete que se extendía a lo largo del lecho del arroyo hasta que el tren hubo pasado con gran estruendo. La mayoría de las transmisiones telegráficas estaban relacionadas con los cambios de vía de los trenes auxiliares (ferrocarriles especiales de hombres ricos fletados por periódicos) que llegaban a Fort Worth con motivo de la gran boda.

Isaac Bell se sorprendió cuando Preston Whiteway le pidió que fuera su padrino de boda, hasta que cayó en la cuenta de que las únicas personas con las que el magnate de la prensa pasaba el tiempo eran las que trabajaban para él, y la actitud despótica con que trataba a sus empleados garantizaba que jamás serían sus amigos.

—Será un honor —dijo Bell, contento de estar cerca de Josephine para protegerla personalmente si Harry Frost les jugaba una mala pasada y abría brecha en las líneas de defensa exteriores.

No se alegró tanto cuando Josephine pidió a Marion que fuese su dama de honor. Eso situaba a su prometida directamente en la línea de fuego, pero Marion dejó claro que no podía rechazar la petición de Josephine, quien estaba a miles de kilómetros de su familia y era la única mujer que participaba en la carrera.

En respuesta a las preguntas de Joseph van Dorn desde Washington acerca del «alboroto de la boda», Isaac Bell contestó por telegrama:

#### PRESTON INSUPERABLE PROMOTOR.

Cientos de invitados y hordas de espectadores se dirigieron a Fort Worth en automóviles, calesas, carruajes y caballos. Trenes repletos partieron de Chicago, Nueva York, Los Ángeles y San Francisco. La compañía Northern Texas Traction puso tranvías extras para que salieran de Dallas. Una compañía de la milicia del estado fue requerida para controlar a las multitudes y proteger las máquinas voladoras. Otras compañías habían recibido órdenes en Tyler y Texarkana. Los operadores de cámara de Marion Morgan fueron pisoteados por legiones de dibujantes y fotógrafos de periódicos hasta que Whiteway en persona intervino para recordarles que era el propietario de Picture World y que no le haría ninguna gracia que sus cámaras salieran malparadas.

La ceremonia sufrió todos los retrasos imaginables.

El coliseo de North Side, que Whiteway había equipado con bancos de iglesia y un altar enviado desde Saint Louis, se diseñó en su día para el movimiento de ganado y no de personas, de modo que tardaron mucho tiempo en sentar a todo el mundo. Luego unos nubarrones estivales oscurecieron el cielo al oeste, y todos los mecánicos y los pilotos de la carrera, incluida la novia, salieron corriendo a atar sus máquinas y a cubrir con lonas las alas y los fuselajes.

Los truenos hicieron que el coliseo se estremeciera. Se levantaron vientos fuertes procedentes de la pradera. Los amarres del biplano de Steve Stevens se soltaron. Pese

al conocido desprecio que el obeso dueño de una plantación algodonera despertaba en la novia, Josephine encabezó otra salida para salvar la máquina de Stevens. Consiguieron asegurarla, si bien ya había empezado a caer una lluvia torrencial.

A Josephine hubieron de secarla sus damas de honor, un tumultuoso grupo de matronas de la alta sociedad de Fort Worth que se ofrecieron a sustituir a la familia ausente de la famosa aviadora. El sustituto del obispo de San Francisco (el reverendísimo adujo responsabilidades más importantes en su tarea de recaudar fondos para levantar una catedral en el barrio de Nob Hill, que el terremoto había arrasado) acababa de volver a reunir al rebaño delante del altar consagrado de forma temporal cuando el suelo comenzó a temblar por obra de una colosal locomotora Mikado 2-8-2 de color negro azabache que entró en el parque ferroviario con gran estruendo. Equipadas con fogones hondos, calderas sobrecalentadas y ocho ruedas motrices, las potentes Mikado solían transportar filas inmensas de furgones a cien kilómetros por hora. Esa en concreto remolcaba un largo vagón privado negro, que aparcó al lado de una rampa para el ganado que daba directamente al edificio.

—Santo Dios —susurró Preston Whiteway—, es mi madre.

Envuelta de la cabeza a los pies en seda negra y tocada con plumas de cuervo, la viuda Whiteway salió con paso airado del vagón privado.

El editor de periódicos se volvió en actitud suplicante hacia el investigador jefe de la agencia Van Dorn.

—Creía que estaba en Francia —susurró—. Bell, usted es el padrino. Le corresponde a usted hacer algo. Por favor...

El alto detective de cabello rubio se puso derecho y se dirigió con paso resuelto a la rampa para el ganado. Isaac Bell era vástago de una antigua familia de banqueros de Boston, y se había formado en un internado y educado en Yale, de modo que se sabía al dedillo la tradición de los padrinos que evitaban catástrofes, ya fuese localizando anillos perdidos o apaciguando a ex novias borrachas. Aun así, aquella situación en concreto lo sobrepasaba, como si fuera un vaquero al que le hubieran pedido que atase con una cuerda a un rinoceronte.

Ofreció a la viuda la mano y una reverencia digna de un príncipe.

—Por fin la ceremonia puede empezar —dijo a modo de saludo a la madre del novio, que se había presentado sin invitación.

—¿Quién es usted?

—Soy Isaac Bell, padrino de Preston y fiel lector de sus columnas en los suplementos dominicales.

—Si las lee, sabrá que no soy partidaria del divorcio.

—Josephine tampoco. Si su desafortunado matrimonio no hubiera sido debidamente anulado, no habría vuelto a casarse. Ahí está.

Josephine se aproximaba a ellos a toda prisa desde el altar. Se deshacía en

sonrisas.

—Es más valiente que mi hijo —murmuró la señora Whiteway—. Fíjese en él, que teme a su propia madre.

—Está avergonzado, señora. Creía que usted estaba en Francia.

—Esperaba que yo estuviera en Francia. ¿Qué opina de esa chica, señor Bell?

—Admiro su coraje.

Josephine se acercó con una mirada cordial y los brazos extendidos.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido, señora Whiteway! Mi madre no ha podido asistir, y me he sentido muy sola hasta ahora.

La señora Whiteway miró a Josephine de arriba abajo.

—Así que tú eres la chica sencilla —anunció—. Bastante bonita, pero no hermosa, gracias a Dios. La hermosura arruina a una mujer, la vuelve vanidosa... ¿Quién es esa joven con vestido de dama de honor que está mandando a esos hombres que me enfoquen con sus cámaras?

—Mi prometida —contestó Bell, que ya se había apartado de la línea focal—, la señorita Marion Morgan.

—Bueno, puede que haya excepciones a lo que he dicho sobre las mujeres hermosas. —La señora Whiteway carraspeó—. Jovencita, ¿quieres a mi hijo?

La aviadora la miró a los ojos.

—Me gusta.

—¿Por qué?

—Es alguien que consigue resultados.

—Es una virtud que heredó de mi marido. —Tomó la mano de Josephine—. Acabemos con esto —dijo, y la acompañó al altar.

Buscaron acomodo para la señora Whiteway en el primer banco. Justo cuando el sustituto del obispo estaba repitiendo por tercera vez «Estamos reunidos hoy aquí...», a través del tragaluz que había encima de Josephine y Preston el cielo empezó a brillar con un verde acerado.

—¡Huracanes! —gritaron los lugareños de las llanuras de Texas, que sabían que el cielo teñido de un color extraño como aquel solo podía anunciar tornados.

Los habitantes de Fort Worth huyeron a los refugios preparados para las tormentas como aquellas, e invitaron a acompañarlos a tantos presentes como pudieron. Los visitantes que habían llegado en trenes especiales se retiraron a sus inseguros cobijos. Los que no disponían de refugios ni de trenes buscaron tabernas donde resguardarse.

Los tornados recorrieron los pastizales hasta mucho después de que anoheciera, rugiendo como mercancías fuera de control, lanzando reses de ganado y barracones por los aires. Respetaron la ciudad, pero era medianoche pasada cuando los fieles, agradecidos, olieron por fin el banquete de boda y oyeron finalmente las palabras «Os

declaro marido y mujer».

Preston Whiteway, arrebolado después de intercambiar múltiples brindis con la novia, besó a Josephine en los labios. La dama de honor Marion Morgan aseguró a todos los que le preguntaron que, desde su cercana posición estratégica, había visto que Josephine se lo devolvía con el mejor de los ánimos.

Cientos de personas se dirigieron a las mesas al grito de «¡A comer!».

Whiteway alzó su copa.

—Un brindis por mi preciosa esposa, la Novia Voladora de Estados Unidos. Que vuele todavía más alto y más rápido en mis brazos y...

A pesar de que Whiteway pretendía continuar, su brindis quedó ahogado por el inconfundible ruido de los motores Antoinette de ocho cilindros impulsados por bombas que elevaban el biplano chamuscado de Steve Stevens en el aire nocturno.

Josephine se apartó de la mesa del banquete nupcial de un brinco y cruzó a toda velocidad la lona que cubría una rampa para el ganado que daba al campo de aviación. La máquina de Stevens, expulsando fuego por los dos motores, pasó por encima de una valla y de la locomotora de la señora Whiteway, fue directa a una línea de cables de telégrafo, pasó a escasos centímetros por encima de ellos, esquivó peligrosamente un granero y desapareció en la noche.

Marco Celere permanecía quieto con los calzos de las ruedas que había quitado a sus pies, diciendo adiós con la regla de cálculo de Platov y su sombrero de paja con la cinta roja.

—Te dije que pensaría algo para tu noche de bodas.

—¿Adónde va?

—A Abilene.

—Ese gordo tramposo...

—Lo he convencido de que se adelantara a fin de que tuviéramos tiempo para trabajar en los motores.

—¿Cómo puede ver por dónde vuela?

—Las estrellas y la luna se reflejan en la vía del tren.

Josephine gritó a sus mecánicos que llenasen de gasolina y aceite los depósitos de su máquina voladora y que hicieran girar la hélice. Marco la siguió con paso ligero mientras ella corría hacia la aeronave, arrastrando la cola de su vestido de boda como si fuera una estela de humo blanco. Mientras él retiraba la lona de las alas del monoplano, ella se arrodilló junto a las estacas para soltar las cuerdas.

—Tengo que advertirte... —susurró él en tono urgente.

—¿Qué?

Josephine aflojó un nudo de tensión, tiró de la cuerda del montante y se arrodilló para aflojar otra.

—Si a... Dmitri Platov le pasara algo, no te preocupes.

—¿A qué te refieres...? ¡Daos prisa! —gritó a sus detectives-mecánicos, que estaban vaciando latas de gasolina y aceite en los depósitos—. ¿Qué estás diciendo? Tú eres Dmitri Platov.

—A Dmitri Platov lo vigilan los detectives de Bell. Puede que tenga que desaparecer de repente.

Josephine desató la última cuerda, subió de un salto a la caja de jabón y se metió en su máquina, desesperada por alzar el vuelo. La cola de su vestido de boda se enredó en un montante.

—¡Un cuchillo! —gritó a un detective-mecánico.

El hombre abrió una hoja afilada y cortó la cola del vestido.

—¡No dejes que se enganche en la hélice! —ordenó ella, y el mecánico la apartó arrastrándola. Marco seguía sobre la caja de jabón, con su rostro de pobladas patillas a escasos centímetros del de Josephine—. ¿Y tú?

—Volveré. No te preocupes.

Empujó la palanca de mando hacia delante, tiró de ella hacia atrás y la inclinó hacia un lado, comprobando que el timón de altura, el timón de dirección y los *alettoni* se movían correctamente.

—De acuerdo, no me preocuparé. Apártate... ¡Contacto!

Isaac Bell ya sobrevolaba en círculos el campo de aviación; había ordenado a Andy Moser que mantuviera el motor caliente y los depósitos de gasolina y de aceite llenos. Desde lo alto, veía el coliseo de North Side y todo Fort Worth como un fulgor apagado perdido en el mar infinito de oscuridad que eran los pastizales de Texas teñidos de negro por la noche.

Josephine voló a toda velocidad hacia el oeste, siguiendo la vía de ferrocarril iluminada solo por la luz de la luna.

El alto detective estaba justo detrás de ella. Podía verla gracias al punto de fuego que señalaba la posición del escape de su Antoinette. A lo largo de los primeros dieciséis kilómetros, tuvo que ralentizar su motor para no adelantarla. Pero cuando el fulgor de Fort Worth hubo desaparecido por completo y el suelo se oscureció a todo su alrededor, Bell clavó los ojos en la doble línea de acero iluminada por la luna, levantó el dedo del interruptor de apagado y dejó que el *Eagle* volara.

## **Libro cuatro**

«¡Sube por los aires! ¡Sube!».

A Harry Frost le pareció oír algo que venía del este. No vio la luz del faro de ninguna locomotora, pero se arrodilló de todas formas y pegó la oreja buena al frío raíl de acero para confirmar que no se trataba de un tren. La vía no transmitía ninguna vibración.

Dave Mayhew se encorvó sobre la llave de su telégrafo para escuchar los mensajes que se intercambiaban los controladores ferroviarios. Fue él quien de repente comunicó la sorprendente noticia de que varias máquinas voladoras habían despegado de Fort Worth en la oscuridad. Josephine, la candorosa novia, estaba entre ellos.

—Esta vez le daré una noche de bodas que no olvidará —juró Harry Frost en un tono de voz tan grave que al curtido Mayhew la sangre se le heló en las venas.

Había estado observando el cielo del este durante casi una hora, con la esperanza de ver la aeronave de Josephine recortada contra la primera luz del día. De momento, nada. Todo seguía oscuro como boca de lobo. Entonces tuvo la certeza de que había oído un motor.

Se volvió hacia la izquierda y gritó en la oscuridad:

—¿Me oís?

—Sí, señor Frost.

Se volvió hacia la derecha y gritó otra vez.

—Sí, señor Frost.

—¡Preparaos!

Esperó a oír el grito de respuesta, «¡Preparados!», y acto seguido se volvió hacia su derecha y gritó de nuevo: «¡Preparaos!», y oyó: «¡Preparados!».

El frío aire nocturno le llevó un sonido. Oyó el característico clic metálico cuando, a cada lado de él, los tipos apostados tras las ametralladoras accionaron las palancas de las Colt para cargar los primeros proyectiles en las recámaras.

Había tres hombres junto a cada ametralladora, hundidos hasta las rodillas en el agua de lluvia que las tormentas vespertinas habían dejado: en primer lugar, un tirador; a su izquierda, un cargador que guiaba la cinta de cartuchos y, finalmente, un observador con unos gemelos. Frost tenía a Mike Stotts listo para correr con sus órdenes en caso de que no pudieran oírle.

El ruido aumentó de intensidad; parecía el sonido de una máquina cuyo motor rodaba al límite. Poco después Frost distinguió el estruendo de dos motores, no solo uno. Aquellos aeroplanos debían de volar muy cerca el uno del otro, pensó. Demasiado cerca. Algo no encajaba. De repente cayó en la cuenta de que estaba



oyendo los dos motores mal sincronizados que impulsaban el biplano de Steve Stevens. Stevens iba el primero.

—¡Alto el fuego! No es ella. ¡Alto el fuego!

El biplano los sobrevoló, con sus motores traqueteantes. Stevens volaba a escasa altura para poder ver los raíles. Josephine también tendría que volar bajo, lo que la convertía en un blanco fácil, se dijo Frost.

Transcurrieron diez minutos hasta que oyó otra máquina. Una vez más, no vio la luz de ninguna locomotora. Decididamente se trataba de un aeroplano. ¿Era el de Josephine? ¿Quizá el de Isaac Bell? La aeronave se acercaba con rapidez. Frost solo disponía de algunos segundos para tomar una decisión. Cayó en la cuenta de que, por lo general, Bell volaba detrás de Josephine.

—¡Preparaos!

—Preparados, señor Frost.

—Preparados, señor Frost.

El tirador situado a su izquierda gritó, entusiasmado:

—¡Ahí viene!

—¡Esperad...! ¡Esperad!

—¡Ahí viene, muchachos! —gritó el tirador que estaba a la derecha de Frost.

—¡Esperad! —repitió Frost.

De repente oyó el ruido cavernoso característico del escape de un motor rotativo.

—¡Es un Gnome! No es ella. ¡Es un Gnome! Va delante de ella. ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Demasiado tarde. Los excitados tiradores apagaron el sonido de sus palabras con largas ráfagas de fuego automático, cargando las cintas de munición todo lo rápido que las ametralladoras podían disparar. Las armas descerrajaron cuatrocientos proyectiles por minuto a la máquina que se acercaba, escupiendo cartuchos vacíos de latón y tela.

Isaac Bell localizó las dos ametralladoras por los fogonazos de las bocas de sus cañones, separadas a ciento ochenta metros al norte y el sur de la vía. Era imposible que los tiradores lo viesen puesto que los fogonazos debían de deslumbrarlos. Aun así tiraban certeramente apuntando al sonido de su motor, disparando de forma atronadora y cesando el fuego para escuchar, antes de volver a abrirlo.

El plomo volador traqueteó al pasar cerca de los pendolones del *American Eagle*.

Bell apagó el motor, planeó en silencio y volvió a encenderlo. Las ametralladoras siguieron disparando. Unas balas potentes sacudieron los puntales detrás de él. El timón de dirección recibió varios impactos, y Bell notó una sacudida en la barra del volante.

Dio la vuelta y voló siguiendo la vía en el mismo sentido por el que había llegado.

Mirando hacia el este, de nuevo hacia Fort Worth, vio el brillo grisáceo del alba. Gracias a que tenía una vista muy aguda pudo detectar un punto a varios kilómetros de distancia. Josephine se acercaba a cien kilómetros por hora. Disponía de dos minutos para inutilizar las ametralladoras antes de que ella se topase con las nubes de plomo que estaban disparando al cielo. Pero solo contaba con un rifle Remington; se encontraba en inferioridad de condiciones. Su única esperanza era sembrar la confusión.

Apagó otra vez el motor y, de costado, se deslizó en silencio hacia la derecha. Encendió el motor. La ametralladora del sur disparó una ráfaga, siguiendo el ruido de la aeronave pero delatando su posición. Bell viró hacia los fogonazos, se lanzó en picado hasta situarse a escasa altura y disparó con el rifle. Apagó el motor y planeó sobre la ametralladora. Una vez que la hubo dejado atrás, volvió a encender el motor, dio la vuelta con gran estruendo y se dirigió de nuevo hacia el este volando en línea recta respecto a las ametralladoras y siguiendo una trayectoria perpendicular a la vía.

Las dos armas, la más cercana situada al sur y la que estaba al norte, al otro lado de la vía, dispararon una cortina de fuego letal. Bell se lanzó en picado y pasó en vuelo rasante sobre la más próxima. Gracias a los fogonazos de la boca del arma, vio tres hombres junto a la ametralladora montada sobre una cureña con ruedas, que movieron con destreza cuando él pasó para dispararle por detrás.

Bell descendió por debajo de la ráfaga de proyectiles a tan poca altura que pudo ver destellos en la vía. Harry Frost disparaba con una escopeta al llameante tubo de escape del Gnome. Bell descendió casi hasta el suelo, prácticamente le hizo la raya en el pelo a Frost con los patines y disparó con el rifle a los tiradores de la ametralladora del norte, cosa que captó su atención y les hizo girar la Colt para dispararle ininterrumpidamente. Si mantenían el gatillo apretado un poco más, la Colt refrigerada por aire se quemaría. Podía ver que el cañón despedía un brillo candente. Pero dejaron de disparar bruscamente y se dispersaron como alma que llevara el diablo cuando su emplazamiento fue alcanzado por una ráfaga de los tiradores del sur, a los que Bell había engañado para que ametrallasen el puesto contrario cuando intentaban acribillarlo por detrás.

Un segundo más tarde, la ametralladora del sur explotó; las últimas balas del emplazamiento del norte habían hecho impacto en sus cajas de munición.

Bell realizó otro giro cerrado con el *Eagle* y disparó los últimos proyectiles del Remington a los fogonazos de la escopeta de Frost. Tenía pocas posibilidades de acertarle desde su máquina con aquella luz tan tenue, pero esperaba que las balas del calibre 35 que pasaban silbando cerca de su cabeza obligasen al asesino a ponerse a cubierto.

Frost no se inmutó.

Se mantuvo erguido y disparando repetidamente, hasta que su escopeta se vació.

A continuación saltó de la vía al lecho del arroyo y recorrió con sorprendente agilidad los noventa metros que lo separaban de la ametralladora cuyos tiradores habían huido. Cuando Josephine pasó como un rayo a escasa altura, Frost giró la cureña de la pesada arma y disparó una ráfaga larga detrás de ella. Bell orientó su máquina directa hacia él. El rifle Remington estaba vacío, pero sacó su pistola y disparó todo lo rápido que el gatillo le permitió. Rodeado de plomo volador, Harry Frost devolvió el fuego hasta que la cinta de munición se atascó al no haber nadie que la introdujera en la recámara.

Bell vio que la máquina de Josephine inclinaba un ala hacia abajo. El aeroplano descendió y pasó rozando la vía de ferrocarril. Bell se temió que la aviadora estuviese herida o que los mandos hubiesen quedado tan dañados que no le permitieran maniobrar para evitar que el ala impactara en el suelo y el aparato diese vueltas de campana. Bell tenía el corazón en un puño; observó, con una expectación terrible que dio paso al alivio y el asombro, cómo el monoplano Celere elevaba el ala, se enderezaba y ascendía al cielo bamboleándose.

Isaac Bell no se separó de Josephine hasta Abilene, donde la vía de la línea de Abilene y el norte, la de Abilene y el sur, y la de Santa Fe se cruzaban con la línea de Texas y el Pacífico. La aviadora aterrizó torpemente y se deslizó dando media vuelta delante de una estación de mercancías. Bell tomó tierra cerca.

La encontró desplomada sobre los mandos, agarrándose el brazo. Una bala de ametralladora le había rozado, le había desgarrado la piel y le había abierto un surco en la carne. Su vestido de boda estaba manchado de sangre y de grasa de motor. Le temblaban los labios.

—He estado a punto de perder el control.

—Lo siento mucho. Debería haberlo detenido.

—Te dije que es astuto como un animal. Nadie puede detenerlo.

Bell le ató un pañuelo alrededor de la herida, que todavía sangraba. Unos niños se habían acercado corriendo, seguidos de unos ancianos con barbas largas más propias de los tiempos de la guerra de Secesión. Hombres y muchachos contemplaban boquiabiertos las máquinas amarillas una al lado de la otra en el polvo.

—¡Chicos, corred a buscar a un médico! —gritó Bell.

Josephine se enderezó, pero no hizo ningún intento por bajar de la aeronave. Tenía el cuerpo rígido debido al esfuerzo continuado por mantener la máquina en el aire. Estaba pálida y parecía totalmente agotada. Bell le rodeó los hombros con un brazo.

—Llora si quieres —dijo con delicadeza—. No se lo contaré a nadie.

—Mi máquina está bien —respondió ella, con una voz aguda y lejana—. Pero me ha estropeado el vestido de boda. ¿Por qué estoy llorando? Si ni siquiera me importa

este ridículo vestido. ¡Un momento! —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Steve Stevens?

El médico llegó corriendo con su maletín.

—¿Ha visto un biplano blanco con un piloto gordo? —preguntó Josephine.

—Acaba de marcharse, señora. Va a Odessa. Ha dicho que espera llegar a El Paso en un par de días. A ver, vamos a sacarla de la máquina.

—Necesito aceite y gasolina.

—Necesita un vendaje en condiciones, ácido carbólico y una semana de reposo en la cama, señora.

—Míreme —dijo Josephine. Levantó el brazo ensangrentado y abrió los dedos—. Puedo mover la mano, ¿lo ve?

—Veo que el hueso no está roto —dijo el médico—. Pero su organismo ha sufrido una conmoción terrible.

Isaac Bell observó el gesto decidido de la mandíbula de Josephine y el súbito brillo intenso de sus ojos. Hizo señas a los chicos y lanzó a cada uno una moneda de oro de cinco dólares.

—Traed aceite y gasolina para la máquina voladora de la señora. Y gasolina y aceite de ricino para la mía. ¡Deprisa!

—No puede pilotar una máquina voladora en su estado —protestó el médico.

—¡Cúrele las heridas! —le pidió Bell.

—¿De verdad cree que la dama podrá volar a El Paso en su estado?

—No —repuso Isaac Bell—. Volará a San Francisco.

Dos días después Josephine sobrevolaba en círculos la zona comercial de El Paso mientras Isaac Bell recorría las azoteas con los gemelos en busca de Harry Frost con un rifle. Ese día su monoplane Celere había tomado la delantera en el tramo desde Pecos, al igual que el día anterior de Midland a Pecos.

En tierra se agitaban los diez mil tejanos de El Paso que se habían presentado para recibir a la aviadora, preparados para su llegada gracias a los titulares de los periódicos que proclamaban:

¡YA VIENE LA NOVIA!

Los espectadores llenaban de bote en bote la zona comercial para mirar desde las calles y las plazas, así como desde las ventanas y los tejados de los edificios de seis plantas. Teniendo presente las multitudes con las que se habían encontrado en Fort Worth, Bell había pedido a Whiteway que se trasladara el punto de aterrizaje a un parque ferroviario más fácil de vigilar al lado del río Grande. Después de observar la caótica escena que tenía lugar debajo, se alegró de haberlo hecho.

Josephine todavía estaba ofreciéndoles una exhibición cuando el gran biplano blanco de Steve Stevens apareció al este seguido con dificultad por el Liberator rojo de Joe Mudd. Ella dio una vuelta más, adornó la maniobra con una serie de tirabuzones que arrancaron exclamaciones al público y descendió al parque ferroviario.

Bell aterrizó al lado de ella.

Los pilotos habían luchado contra fuertes vientos contrarios durante todo el día, y sus trenes de refuerzo ya habían llegado. Los equipos estaban de celebración. Ahora que el estado de Texas quedaba detrás de ellos, la línea de meta parecía casi a la vista. Al sur, al otro lado del río, el exótico México relucía bajo el sol ardiente. Pero era el oeste lo que les interesaba: el territorio de Nuevo México, el territorio de Arizona y, por fin, California a orillas del océano Pacífico.

Todavía no habían llegado, Bell lo sabía, cautivado por una serie de cadenas montañosas azules que apuntaban a la divisoria continental. Para pasar por encima del extremo más bajo de las montañas Rocosas, las máquinas tendrían que ascender a más de mil doscientos metros.

Allí en El Paso le aguardaban unos telegramas. Uno le levantó enormemente el ánimo. Archie estaba lo bastante recuperado para arriesgarse a viajar al oeste con Lillian en el tren especial de Osgood Hennessy con el fin de presenciar el final de la

carrera. Bell contestó que metieran prisa a los abogados que pretendían liberar a Danielle di Vecchio del manicomio y llevarla con ellos para que pudiera ver que la máquina de su padre había atravesado el país al mismo tiempo que vigilaba la carrera; siempre y cuando, claro estaba, pensó Bell, tocando madera a regañadientes, que él no la hiciera pedazos ni Harry Frost lo abatiera a tiros.

Un largo telegrama del departamento de investigación de la agencia Van Dorn contenía noticias menos satisfactorias:

NADIE HA ENCONTRADO, NADIE HA VISTO, NADIE CONOCE  
PLATOV.

Así comenzaba el mensaje con el que Grady Forrer confesaba a Bell que había fracasado en la búsqueda de información sobre el inventor ruso Dmitri Platov más allá de los informes de Belmont Park. El jefe del departamento de investigación de Van Dorn añadía una intrigante nota que acrecentaba el misterio:

MOTOR TÉRMICO EXPUESTO EN SALÓN  
AERONÁUTICO INTERNACIONAL DE PARÍS  
POR INVENTOR/PASTOR DE OVEJAS  
ROB CONNOLLY.  
NO PLATOV.  
AUSTRALIANO VENDIÓ MOTOR  
Y REGRESÓ HOGAR.  
ACTUALMENTE INCOMUNICADO EN CAMPO.  
COMPRADOR DE MOTOR TÉRMICO DESCONOCIDO.  
¿¿¿QUIZÁ PLATOV???

Isaac Bell fue a buscar a Dmitri Platov.

Encontró a James Dashwood, a quien había encargado que vigilara al ruso, mirando la parte trasera del tren de refuerzo de Steve Stevens. Una expresión de perplejidad nublaba su rostro, y agachó la cabeza, avergonzado, cuando vio al investigador jefe dirigiéndose a su encuentro con paso resuelto.

—Supongo que has perdido a Platov —dijo severamente Isaac Bell.

—No solo a Platov. Su vagón taller ha desaparecido.

Era el último vagón del tren especial de Stevens. Ya no estaba.

—El vagón no se habrá ido solo.

—No, señor. Los chicos me han dicho que cuando se despertaron esta mañana ya había sido desenganchado y había partido.

Bell examinó la vía muerta en la que el tren de Stevens se encontraba. La vía se inclinaba ligeramente cuesta abajo. Una vez desenganchado, el vagón de Platov habría rodado por ella con facilidad.

—No puede haber llegado lejos.

Sin embargo, había unas agujas cambiadas al final del parque ferroviario que conectaban la vía muerta del tren de refuerzo con un ramal que desaparecía entre un grupo de fábricas y almacenes repartidos a lo largo del río.

—Ve a por una vagoneta, James.

Dashwood regresó accionando, arriba y abajo, la palanca de una vagoneta ligera de inspector de vía. Bell subió de un salto, y enfilaron la vía muerta de las fábricas. Bell contribuyó con su vigor al esfuerzo del delgado Dashwood, y pronto avanzaban a casi treinta kilómetros por hora. Poco después de tomar una curva, vieron humo más adelante, pero el origen quedaba oculto por unos almacenes con muros de tablillas. A la vuelta del siguiente recodo de la vía, vieron una columna de humo grasiento que se elevaba hacia el cielo azul claro.

—¡Más rápido!

Avanzaron entre un taller de pieles y un apestoso matadero, y vieron que el humo provenía del vagón taller de Platov, que se había empotrado contra el parachoques que bloqueaba el final de la vía. Salían llamas de las ventanillas, de las puertas y de la trampilla del techo. En los pocos segundos que Bell y Dashwood tardaron en alcanzarlo, el fuego devoró por completo el vagón.

—¡Pobre señor Platov! —gritó Dashwood—. Todas sus herramientas... Dios, espero que no esté dentro.

—Pobre señor Platov —repitió Bell, con el semblante serio.

Un vagón taller lleno de depósitos de aceite y gasolina ardía con facilidad y rapidez.

—Menos mal que el vagón no estaba enganchado al tren especial del señor Stevens —observó Dashwood.

—Y que lo digas —convino Bell.

—¿Qué es ese olor?

—Me temo que un pobre diablo que se está quemando.

—¿El señor Platov?

—¿Quién si no? —preguntó Bell.

Unos coches de bomberos tirados por caballos llegaron dando botes por la vía. Los bomberos desenrollaron las mangueras hasta el río y acoplaron su bomba de vapor. Los potentes chorros de agua horadaron las llamas pero con escasos

resultados. El fuego consumió en un santiamén los laterales de madera, la cubierta y el suelo del vagón hasta que no quedó más que un montón de cenizas apiladas entre los armazones de acero y las ruedas de hierro. Cuando se apagó, un bombero encontró los restos de un cuerpo humano cuyas botas y ropa se habían chamuscado.

Bell hurgó entre las cenizas húmedas.

Algo brillante le llamó la atención. Recogió un cuadrado de cristal de dos centímetros enmarcado en latón. Todavía estaba caliente. Le dio la vuelta sobre sus dedos. El latón tenía estrías en dos bordes. Se lo enseñó a Dashwood.

—Una regla de cálculo Faber-Castell... o lo que queda de ella.

—Por ahí viene Steve Stevens.

El enérgico algodónero se acercó con sus andares de pato, puso los brazos en jarras y contempló con expresión airada las cenizas.

—¡Esto es el colmo! Tengo un sindicalista rojo detrás de mí. Todos los idiotas sentimentales del país animan a Josephine porque es una chica. Y ahora el mecánico al que tan bien he estado pagando va y se asa a la parrilla. ¿Quién demonios hará funcionar mi máquina?

—¿Por qué no pregunta a los mecánicos a los que Dmitri ayudó? —propuso Bell.

—Es la idea más estúpida que he oído en mi vida. Ese maldito ruso era incapaz de sincronizar mis motores, pero nadie sabe arreglar mi máquina voladora como lo hacía él. La pobre máquina podría haberse quemado también. Él la conocía por dentro y por fuera. Sin él, tendré suerte si cruzo el territorio de Nuevo México.

—No es una idea estúpida —dijo Josephine.

Bell la había visto acercarse silenciosamente por detrás de ellos en una bicicleta que había pedido prestada. Stevens no había reparado en ella.

El sorprendido hombre obeso se dio la vuelta.

—¿De dónde demonios ha salido? ¿Cuánto tiempo lleva escuchando?

—Desde que usted ha dicho que me animan porque soy una chica.

—Maldita sea, es verdad, y usted lo sabe.

Josephine se quedó mirando los restos humeantes del vagón de Platov.

—Pero Isaac tiene razón. Ahora que Dmitri... no está, necesita ayuda.

—Ya me las apañaré. No crea que abandonaré la carrera porque haya perdido a un mecánico.

Josephine negó con la cabeza.

—Señor Stevens, tengo oídos. Oigo esos motores haciendo trizas su máquina cada vez que despega. ¿Quiere que les eche un vistazo?

—Bueno, no estoy seguro...

Bell lo interrumpió.

—Preguntaré a Andy Moser si puede examinarlo con Josephine.

—Por si piensa que sabotaré su máquina cuando usted no mire —dijo Josephine



sonriendo a Stevens.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo ha pensado. Deje que Andy y yo le echemos una mano. —Su sonrisa se ensanchó, y dijo bromeando—: Isaac pedirá a Andy que no me quite ojo de encima para que no destruya una pieza «por accidente».

—Está bien, está bien. Por echarle un vistazo no se pierde nada.

Josephine volvió pedaleando al parque ferroviario.

—Suba —dijo Bell a Stevens, e impulsó la vagoneta accionando la palanca detrás de Josephine.

Stevens estuvo callado hasta que dejaron atrás el matadero y las fábricas. Entonces dijo:

—Le agradezco que quiera ayudarme, Bell.

—Agradézcaselo a Josephine.

—Me ha pillado por sorpresa.

—Creo que los dos se están dando cuenta de que están metidos en esto por igual.

—Ahora habla como ese estúpido rojo.

—Mudd también está metido —dijo Bell.

—Maldito sindicalista.

Pero las mejores intenciones no pudieron vencer el desgaste del mal funcionamiento a lo largo de casi cinco mil kilómetros. Josephine y Andy pusieron a prueba su destreza con los dos motores toda la tarde antes de reconocer su derrota.

Josephine llevó a Bell aparte y le habló con tono de apremio.

—Dudo que Stevens quiera escucharme, pero tal vez a Andy sí le preste atención.

—¿Para oír qué?

—Esa máquina no llegará a San Francisco. Si Stevens intenta forzarla, lo matará.

Bell hizo señas a Andy.

—Lo máximo que he podido hacer ha sido sincronizar los motores unos minutos antes de que se averiaran otra vez. Pero aunque pudiéramos sincronizarlos por más tiempo, están hechos polvo. Ese aeroplano no cruzará las montañas.

—Díselo a Stevens.

—¿Puede venir conmigo, señor Bell? Por si se pone furioso.

Bell se quedó al lado de Andy mientras este explicaba la situación al aludido.

Stevens puso los brazos en jarras y enrojeció.

—Lo siento mucho, señor Stevens —dijo Andy—. Pero solo le estoy diciendo la verdad. Esos motores lo matarán.

—De ninguna manera regresaré a Mississippi con el rabo entre las piernas, muchacho —dijo Stevens—. Volveré con la Copa Whiteway o no volveré. —Miró a Bell—. Adelante, diga lo que tenga que decir. Cree que estoy loco, ¿no es así?

—Creo —dijo Bell— que hay una diferencia entre la valentía y la estupidez.

—¿Puede decirme cuál es esa diferencia?

—No me corresponde a mí decírselo a otro hombre —afirmó Bell.

Stevens se quedó mirando su gran biplano blanco.

—¿Estuvo usted gordo de niño, Bell?

—No que yo recuerde.

—Lo recordaría. —Stevens rió entre dientes con aire sombrío—. Es algo que no se olvida... Yo he sido un hombre gordo toda mi vida. Y antes de eso, un niño gordo.

Se situó delante del biplano, pasó su mano rolliza por encima de la tela tensa y acarició una de las grandes hélices.

—Mi padre solía decirme que nadie quiere a un hombre gordo. Resultó que tenía más razón que un santo... —Stevens tragó saliva—. Sé perfectamente que cuando vuelva a casa seguirán sin quererme. Pero sí que me respetarán.

A Josephine le asustaba el aire de la montaña. Era poco denso, sobre todo durante las horas más calurosas del día, y no tan fuerte como al que estaba acostumbrada incluso yendo a gran velocidad. Consultó el barómetro sin dar crédito a lo que sus ojos veían mientras daba vueltas en el cielo más azul que había contemplado en su vida, tratando de ganar altura por encima de la ciudad ferroviaria de Deming, en el territorio de Nuevo México. El altímetro improvisado parecía haberse estropeado. Lo golpeó fuertemente con un dedo, pero la aguja no se movió. Cuando miró abajo, la estación y el restaurante Harvey's, situados entre las vías paralelas de la línea de Atchison, Topeka y Santa Fe y la del Pacífico sur, no parecían más pequeños, y se dio cuenta de que su máquina estaba ascendiendo tan despacio como el instrumento indicaba.

Steve Stevens y Joe Mudd se hallaban muy por detrás de ella, y solo podía preguntarse qué tal les iba. Por lo menos ella tenía experiencia en las montañas, puesto que había volado sobre los montes Adirondack. Sin embargo, a decir verdad, no le sirvió de mucho cuando las contracorrientes del Salvaje Oeste embistieron contra sus alas, las corrientes ascendentes le dieron coces como lo habría hecho una mula, y el mismo aire que la empujaba hacia abajo no parecía dispuesto a volver a levantarla. Echó un vistazo por encima del hombro. El *Eagle* de Isaac, que mantenía una posición segura detrás y encima de ella, rebotaba arriba y abajo como si estuviera sujeto con una cuerda elástica.

Por fin alcanzó los novecientos metros de altura, renunció a ascender más y se dirigió a Lordsburg con la esperanza de seguir elevándose lo suficiente para rebasar las montañas. Siguió la vía de la línea del Pacífico sur y no tardó en adelantar a un tren expreso que había partido de Deming treinta minutos antes que ella. El humo de la locomotora subía recto mientras el convoy avanzaba por una pendiente pronunciada, clara advertencia para Josephine de que el terreno seguía ascendiendo y de que su aeroplano tenía que elevarse aún más.

De repente, unos pensamientos sombríos acerca de Marco la desconcentraron.

No temía que hubiera muerto disfrazado de Platov porque le había avisado en Fort Worth de que «desaparecería». Pero cuando volviera a aparecer con la identidad y el disfraz que hubiera elegido, la primera pregunta que ella tenía que hacerle era: ¿quién había muerto en el incendio en lugar de él? Era una pregunta terrible. No se le ocurría ninguna respuesta aceptable. Gracias a Dios, por el momento estaba muy ocupada tratando de cruzar la divisoria continental, y tenía que apartar todas esas ideas de su cabeza.

Más adelante vio que la vía se adentraba en un puerto entre dos picos. A pesar del

cielo azul tan límpido que se extendía en otras partes, unos nubarrones densos flotaban sobre el puerto. Parecía que alguien hubiera metido algodón entre las montañas y hubiera abierto un túnel de ferrocarril a través de él. Tuvo que ascender todavía más para permanecer por encima de las nubes. Si penetraba en ellas, se perdería y no tendría ni idea de dónde estaban los picos hasta que chocase contra uno.

Pero por más que trató de manipular el timón de altura y los *alettoni*, y de arrancar potencia a su forzado Antoinette, Josephine se vio envuelta en la fría niebla. A veces era tan densa que no podía ver la hélice de su aeroplano. Y de repente, por un instante, el cielo se aclaró. Divisó los picos, corrigió la trayectoria y se preparó para el siguiente tramo de niebla cegadora. Tuvo que obligar al monoplano a ascender durante todo el trayecto. De nuevo, la niebla se desvaneció. Vio que había virado a la derecha sin darse cuenta. Corrigió apresuradamente el rumbo. La nube se cerró en torno a ella. Voló a ciegas otra vez. Pero, al mismo tiempo, notó algo en la niebla que hacía el aire más fuerte.

De repente estaba en lo alto de todo, por encima del puerto, por encima de la nube, por encima incluso de los picos. Allí, donde quiera que miraba, el cielo era del azul más intenso y puro que había visto en su vida.

—¡Buena chica, *Elsie*!

Por un momento, creyó estúpidamente que podría ver el océano Pacífico, pero estaba mil cien kilómetros más adelante. Miró atrás. Isaac Bell estaba encima de ella, y juró que cuando ganase la carrera los primeros dólares del dinero del premio que gastase serían para comprar un motor rotativo Gnome.

Más atrás, el robusto biplano tractor de Joe Mudd volaba en grandes círculos mientras luchaba pacientemente por ganar altitud antes de enfrentarse al puerto de montaña. Steve Stevens remontó el vuelo debajo de Mudd, lo dejó atrás y salió disparado empleando la potencia de sus dos motores para obligar a la máquina a elevarse más. La aeronave se adentró en el grupo de nubes, en línea recta respecto a la vía de ferrocarril. Josephine miró a su espalda repetidas veces para ver si aparecía.

Sin embargo, en lugar del biplano blanco, una flor de vivo color rojo salió de las nubes de repente. No oyó ninguna explosión por encima del rugido de su motor, y tardó un instante en comprender lo que había ocurrido. A Josephine se le atragantó el aire en la garganta. Steve Stevens se había estrellado contra la montaña. Su biplano estaba ardiendo, y él había muerto.

Dos terribles pensamientos atravesaron su corazón.

El avión bimotor de Stevens, la potente máquina grande y veloz de Marco, estaba fuera de la carrera, lo que convertía al lento Liberator de Joe Mudd en su único competidor. Se odió por pensar de esa forma; no solo era indigno y poco compasivo, sino que se dio cuenta de que, a pesar de que Stevens le desagradaba, el algodónero había formado parte de su pequeño grupo de colegas aviadores.

Su segundo pensamiento fue más difícil de soportar. *Sir Eddison-Sydney-Martin* probablemente habría ganado si Marco no hubiera causado daños a su Curtiss de hélice trasera.

Esa noche en Willcox, en el territorio de Arizona, después de recalar en Lordsburg el tiempo justo para repostar gasolina y aceite, Josephine oyó que Marion decía a Isaac Bell:

—Whiteway está como unas pascuas.

—Ha conseguido lo que quería —contestó Isaac—. Una carrera igualada entre la valiente Novia Voladora de Estados Unidos y un sindicalista con una máquina lenta.

La peor pesadilla de Eustace Weed se hizo realidad en Tucson. La competición se interrumpió debido a una tempestad de arena muy violenta que enterró casi por completo las máquinas. Una vez que las desenterraron y las limpiaron, Andy Moser le dio la tarde libre para que fuera a jugar a billar al centro. Allí Eustace se encontró a un indio yaqui que trató de quitarle el dinero jugando a la bola ocho. El yaqui era bueno, muy bueno en realidad, y a Eustace Weed le llevó la mayor parte de la tarde desplumar tanto al indio como a los amigos de este, que apostaban por él. Cuando Eustace salió del salón de billar a la hora de la cena, el yaqui lo llamó «Chico de Chicago», y el joven mecánico se sintió como si estuviera en la cima del mundo, hasta que un tipo que lo esperaba en la acera lo abordó.

—Ha llegado tu momento, chico —dijo a Eustace.

—¿A qué se refiere?

—¿Todavía tienes lo que te dimos en Chicago?

—¿Qué?

—¿Lo has perdido?

—No.

—Déjame verlo.

Eustace Weed mostró de mala gana el saquito de piel. El tipo extrajo el tubo de cobre, se aseguró de que los tapones estuvieran intactos y se lo devolvió.

—Estaremos en contacto... dentro de poco.

—¿Se da cuenta de lo que esto hará a una máquina voladora? —protestó Eustace Weed.

—Dímelo tú.

—No es como si el motor de un automóvil se para. Está en el cielo.

—Tiene sentido, siendo una máquina voladora.

—El agua mezclada con la gasolina hará que el motor se detenga en seco. Si ocurriera cuando esté a mucha altura, el piloto podría bajar planeando sin problemas. Podría. Pero si el motor se detiene de repente cuando esté más bajo, su máquina se estrellará y él morirá.

—¿Eres consciente de lo que le pasará a Daisy Ramsey si no haces lo que se te ordena?

Eustace Weed fue incapaz de mirar al hombre a los ojos. Bajó la vista.

—Sí.

—No hay más que hablar.

Eustace Weed guardó silencio.

—¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Walt Hatfield, el agente Texas, apareció una mañana tormentosa en Yuma, en el territorio de Arizona. La ciudad se hallaba a orillas del recientemente maldito río Colorado. Al otro lado de las aguas extensas se encontraba California. Los pilotos estaban deseando llegar a Palm Springs al anochecer. Pero era la temporada de las tormentas en California, y los lugareños recomendaron esperar unas horas hasta que el riesgo de rayos o lluvias torrenciales disminuyera. Las máquinas estaban atadas debajo de lonas, y los trenes de refuerzo seguían estacionados en el parque ferroviario.

—¿Has informado al señor Van Dorn de que estás aquí? —preguntó Bell, sabedor de la afición del texano a ir por su cuenta.

—El jefe me ha ordenado que venga pitando a darte noticias en persona.

—¿Has averiguado algo sobre Frost?

Walt Hatfield se echó hacia atrás su sombrero de vaquero.

—He localizado su Thomas Flyer a las afueras de Tucson. No sé cómo demonios ha llegado tan lejos. Pero no hay ni rastro de él ni de sus hombres. Tenía la sospecha de que habían cogido un tren. Ayer descubrí que viajaron a lo grande, reservando un compartimento del semidirecto.

—¿En qué dirección?

—California.

—¿Y por qué te ha mandado aquí el señor Van Dorn?

Walt sonrió, y al hacerlo dejó ver sus dientes, de un blanco resplandeciente, que destacaban en su rostro tostado como una silla de montar y de expresión severa.

—Porque tenía motivos. Isaac, espera a ver a quién he traído.

—Solo hay dos hombres a los que quiero ver: Harry Frost o Marco Celere resucitado.

—¡Maldita sea! Siempre te adelantas. ¿Cómo demonios lo has sabido?

—¿Saber qué?

—Que he traído a Marco Celere.

—¿Vivo?

—Vivito y coleando. Lo encontré gracias a unos detectives ferroviarios que conozco. Atraparon a un vagabundo que saltó de un tren de mercancías. El hombre juraba y perjuraba que formaba parte de la carrera. Afirmaba conocer personalmente a Josephine y pidió ver a los detectives de Van Dorn que la vigilaban. Como esa información no se ha publicado en los periódicos, a los chicos les pareció motivo suficiente para enviarme un telegrama.

—¿Dónde está?

—Lo he llevado directo a la cocina. Está muerto de hambre.

Isaac Bell entró corriendo en el vagón restaurante y vio a un desconocido andrajoso pinchando huevos con beicon de un plato con una mano y metiéndose pan en la boca con la otra. Tenía el cabello moreno grasiento, separado por una cicatriz roja que le iba de la frente a la coronilla, así como otra cicatriz roja en el antebrazo. Los ojos le brillaban intensamente.

—¿Es usted Marco Celere?

—Ese es mi nombre, señor —respondió con un acento italiano algo más marcado que el de Danielle di Vecchio, aunque no tan difícil de entender como Josephine había hecho creer a Bell—. ¿Dónde está Josephine?

—¿Dónde ha estado usted?

Celere sonrió.

—Ojalá pudiera contestar a esa pregunta.

—Tendrá que contestar si quiere que le permita acercarse a menos de un kilómetro de Josephine. ¿Quién es usted?

—Soy Marco Celere. Desperté hace dos semanas en Canadá. No tenía ni idea de quién era ni de cómo había llegado allí. Luego, poco a poco, recobré la memoria. A pedacitos. Al principio, un goteo de recuerdos; luego, un torrente. Primero me acordé de mis aeroplanos. Luego vi una noticia en el periódico sobre la Carrera Aérea de la Copa Whiteway. Leí que en la carrera no solo hay una máquina mía sino dos: mi pesado biplano y mi rápido monoplano, y de repente lo recordé todo.

—¿En qué parte de Canadá «despertó»?

—En una granja. Al sur de Montreal.

—¿Tiene idea de cómo llegó allí?

—No lo sé, de verdad. La gente que me salvó me encontró junto a la vía del ferrocarril. Supusieron que había viajado en un tren de mercancías.

—¿Qué gente?

—Una amable familia de granjeros. Me cuidaron durante el invierno hasta la llegada de la primavera, antes de que empezase a recordar.

Bell siguió acribillándolo a preguntas, cuestionando al hombre que Danielle había llamado ladrón y estafador, que había cambiado su apellido de Prestogiacomo a Celere huyendo de su pasado, y que James Dashwood sospechaba que podía haber asesinado al padre de Danielle en San Francisco y haber hecho pasar el crimen por un suicidio.

—¿Tiene idea de cómo acabó sufriendo amnesia?

—Sé exactamente cómo. —Celere se pasó los dedos por la cicatriz de su cuero cabelludo—. Estaba cazando con Harry Frost cuando él me disparó.

—¿Qué le trae al territorio de Arizona?



—He venido a ayudar a Josephine a ganar la carrera con mi máquina voladora.  
¿Puedo verla, por favor?

—¿Cuándo leyó un periódico por última vez?

—La semana pasada vi un recorte en el parque ferroviario de Kansas City.

—¿Sabe que su biplano pesado sufrió un accidente?

—¡No! ¿Puede arreglarse?

—Se estrelló contra una montaña.

—Qué horror. ¿Qué le pasó al piloto?

—Lo que era de esperar.

Celere dejó su tenedor.

—Es terrible. Lo siento mucho. Espero que no fuera un fallo de la máquina.

—La máquina estaba tan gastada como las demás. Esta carrera es muy larga.

—Pero también supone un magnífico desafío —dijo Celere.

—Debo advertirle —dijo Bell, y lo miró a los ojos— que Josephine ha vuelto a casarse.

Celere le sorprendió. Bell esperaba que se molestase al enterarse de que su novia tenía otro marido. En cambio, dijo:

—¡Es maravilloso! ¡Me alegro mucho por ella! Pero ¿y su matrimonio con Frost?

—Anulado.

—Bien. Es justo. Él fue un esposo terrible para ella. ¿Con quién se ha casado?

—Con Preston Whiteway.

Celere aplaudió, regocijado.

—¡Ah! ¡Perfecto!

—¿Qué tiene de perfecto?

—Ella es piloto de aviones de carreras. Él es promotor de carreras. Un matrimonio ideal. Tengo muchas ganas de felicitarla y desearle que sea feliz.

Bell miró a Walt, que estaba escuchando junto a la puerta, y acto seguido preguntó al inventor italiano:

—¿Quiere afeitarse primero? Le conseguiré una navaja de afeitar y ropa limpia. Hay un baño al fondo del vagón hangar.

—*Grazie!* Gracias. Debo de tener un aspecto espantoso.

Bell intercambió otra mirada con Walt y esbozó una sonrisa que no iluminó sus ojos.

—Tiene el aspecto de alguien que ha cruzado el país en un vagón de mercancías —dijo a Celere.

Bell y Hatfield lo acompañaron hasta el baño, y le dieron una toalla y una navaja.

—Gracias. ¿Puedo pedirle otro favor?

—¿De qué se trata?

—¿No tendrán brillantina? —Se pasó los dedos por el cabello sucio—. Para

alisarme el pelo.

—Iré a buscarla —dijo Walt.

—Gracias, señor. ¿Y pueden conseguirme cera para el bigote? Sería maravilloso volver a ser yo mismo.

—¿Como alguien que ha cruzado el país en un vagón de mercancías? —dijo Walt Hatfield, repitiendo el comentario de Isaac Bell mientras sonreía con aire indeciso.

Bell sonrió también.

—¿Qué opinas?

—A mí me ha parecido más bien que ese hombre ha ido sentado en cojines —dijo Hatfield, empleando la expresión que los vagabundos usaban para referirse a los pasajeros de los vagones de primera—. Dudo que haya viajado de polizón hasta los últimos ciento cincuenta kilómetros.

—Exacto —convino Bell, quien había ido en muchos trenes de mercancías mientras investigaba de incógnito—. No estaba lo bastante sucio.

—Supongo que la solitaria esposa de algún ranchero pudo haberle dejado bañarse en el bebedero de los caballos.

—Podría ser.

Walt encendió un cigarrillo, expulsó el humo azulado y comentó:

—No puedo evitar preguntarme qué pensará la señora Josephine. ¿Crees que habría aceptado casarse con Whiteway si hubiera sabido que Celere estaba vivo?

—Supongo que depende de lo que signifiquen el uno para el otro —contestó Bell.

—¿Qué hacemos con él, jefe?

—Veamos lo que trama —respondió Bell, preguntándose si el milagroso regreso de Marco Celere encerraba la explicación a la airada frase de Harry Frost: «Tú no sabes lo que tramaban».

Marco Celere salió del vagón hangar de Bell bañado, afeitado y embadurnado en brillantina. Su cabello moreno brillaba; sus mejillas estaban suaves y su bigote, rizado en las puntas. El de Bell se movió bajo una levísima sonrisa cuando Walt, el agente Texas, miró en dirección a él. El atento tejano también se había fijado en que las mejillas totalmente afeitadas de Celere tenían un color ligeramente más pálido que su nariz y su barbilla. La diferencia era casi imperceptible, pero estaban buscando notas discordantes, y allí había una señal de que hasta hacía poco había llevado barba.

Josephine expresó asombro cuando se enteró de que Celere estaba vivo. Aseguró que no había abandonado la esperanza de que hubiera sobrevivido. Cuando el italiano le contó su historia, ella le tomó la mano y dijo: «Pobrecillo». A Bell le pareció que la joven se alegraba de verlo, pero centró rápidamente su atención en la carrera.

—No podrías haber venido en mejor momento, Marco. Necesito ayuda para mantener a punto el aeroplano. Está muy desgastado. Diré a mi marido que te ponga en nómina.

—No es necesario —contestó Celere cortésmente—. Trabajaré gratis. Después de todo, a mí también me interesa que la máquina gane la carrera.

—Entonces será mejor que se ponga manos a la obra —dijo Bell—. El tiempo se está despejando. Weiner, el contable, acaba de anunciar que vamos a despejar con rumbo a Palm Springs.

Consciente de que Isaac Bell no le quitaba ojo de encima, Marco Celere aguardó pacientemente para mantener una conversación privada con Josephine. Se aseguró de no estar en ningún momento a solas con ella hasta que la aviadora llegó a Palm Springs. Hasta la mañana siguiente, mientras repostaban combustible para la breve travesía hasta Los Ángeles, no se atrevió a hablarle. Estaban solos, relleno de gasolina el tanque de gravedad, mientras los mecánicos ayudaban a la policía a despejar el campo de espectadores.

Josephine habló primero.

—¿Quién murió en el incendio?

—Encontré un cadáver en un asentamiento de vagabundos. Platov ya no existe.

—¿Estaba ya muerto?

—Por supuesto. Un pobre viejo. Mueren continuamente. ¿Qué piensas?

—No sé qué pensar.

—A lo mejor la vida de casada te confunde.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo resulta ser la señora de Preston Whiteway? —dijo bromeando Marco.

—He aplazado la «luna de miel» hasta después de la carrera. Ya lo sabes. Te dije que lo haría.

Marco se encogió de hombros.

—Esto es como una ópera bufa.

—No sé nada de ópera.

—La ópera bufa es la versión graciosa de la ópera. Como las comedias de vodevil.

—Yo no le veo la gracia, Marco.

—En mi opinión, merece la pena deshacerse de tu marido.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Si algo le pasase a Preston Whiteway, tú heredarías su imperio de la prensa.

—Yo no quiero su imperio. Solo quiero pilotar aeroplanos y ganar esta carrera. — Josephine escudriñó el rostro de Marco y añadió—: Y estar contigo.

—Supongo que debería sentirme agradecido por que sigas sintiendo lo mismo.

—¿Qué le pasaría a Preston?

—Ah, ¿ahora el señor Whiteway es «Preston»?

—No puedo llamar a mi marido «señor Whiteway».

—Supongo que no.

—¿Qué ocurre, Marco? ¿Qué insinúas?

—Solo me preguntaba si seguirás ayudándome.

—Por supuesto... ¿A qué te referías cuando has dicho «si algo le pasase a Preston»?

—Algo como que Harry Frost, tu celoso ex marido, asesinase a tu nuevo esposo.

—¿Qué estás diciendo?

Marco alargó la mano, le subió la manga de la blusa y descubrió la herida de bala vendada que Josephine tenía en el antebrazo.

—Nada que ya no sepas de él.

Un bullicioso y colorido parque de atracciones montó sus carpas y barracas cerca de Dominguez Field, justo al sur de Los Ángeles. Los feriantes estaban haciendo su agosto con el excedente del cuarto de millón de espectadores que llegaban en tropel para presenciar el vuelo y el aterrizaje de los dos últimos contrincantes de la Copa Whiteway, así como para despedirlos a la mañana siguiente cuando partieran hacia Fresno.

Eustace Weed estaba muerto de miedo ante la inminente orden de sabotear el aeroplano de Isaac Bell y no tenía el menor deseo de ir al parque de atracciones. Pero el señor Bell insistió en que «en la vida no todo es trabajar». Acompañó su observación con cinco dólares y órdenes estrictas de que no regresase de la feria sin habérselos gastado. Un amigo del señor Bell, un chico de la edad de Eustace llamado Dash que había estado rondando por allí, apostando mucho dinero en la carrera desde Illinois, se fue con Eustace del parque ferroviario y acordó reunirse con él más tarde para volver al tren de refuerzo.

Eustace ganó un oso de peluche derribando botellas de leche de madera con una pelota de béisbol. Estaba considerando enviárselo por correo a su amada Daisy o entregárselo en persona (como si de algún modo todo fuese a salir bien) cuando el viejo charlatán desdentado que le dio el premio susurró con voz ronca:

—Ha llegado tu momento, Eustace.

—¿Qué?

—Mañana por la mañana. Échalo en el depósito de gasolina de Bell justo antes de que despegue.

—¿Y si me descubre?

—Escóndelo en la palma de la mano cuando llenes el tanque para que no lo vea.

—Pero es muy avisado. Podría darse cuenta.

El anciano desdentado dio una palmada a Eustace en el hombro de forma cordial.

—Mira, Eustace, no sé de qué va todo esto ni quiero saberlo. Lo único que sé es que los tipos que me dijeron que te transmitiera el mensaje son más malos que la tiña. Así que te recomiendo que sea quien sea ese avisado Bell, más vale que no te descubra.

En el centro del parque de atracciones había una noria. Parecía que midiera veinticinco metros de altura, y Eustace se preguntó si dejarían a Daisy en paz si subía a lo alto y se suicidaba tirándose de allí. Justo entonces apareció Dash.

—¿Qué ha pasado? ¿Has perdido todo el dinero? Se te ve deprimido.

—Estoy bien.

—¡Eh, has ganado un oso de peluche!

—Es para mi chica.

—¿Cómo se llama?

—Daisy.

—Vaya, si te casas con ella se llamará Daisy Weed —dijo Dash bromeando como si fuera una idea original.

A continuación preguntó a Eustace si tenía hambre, e insistió en invitarlo a una salchicha y una cerveza que le supieron a serrín y vinagre.

Dos hombres de semblante severo y párpados caídos estaban esperando a Isaac Bell fuera del vagón hangar del *Eagle Special*. Iban vestidos con sombreros flexibles, camisas con los cuellos sucios, corbatas con los nudos flojos y trajes oscuros en los que se marcaban los bultos de sus armas. Uno de los individuos llevaba un brazo en un cabestrillo que se notaba que era más nuevo y más blanco que su camisa, al igual que la venda de la frente de su compañero. Los detectives-mecánicos de Josephine estaban observándolos atentamente, escrutinio que los dos tipos les devolvían con hosca fanfarronería.

—¿Se acuerda de nosotros, señor Bell?

—Griggs y Bottomley. Parece que os haya arrollado una locomotora.

—Así es como nos sentimos —reconoció Griggs.

Bell les estrechó las manos, tomando la izquierda de Bottomley en deferencia a su cabestrillo.

—Son buena gente, chicos —dijo a los detectives-mecánicos—. Os presento a Tom Griggs y Ed Bottomley, policías ferroviarios de la línea del Pacífico sur.

Los detectives de Van Dorn miraron por encima del hombro a los policías ferroviarios, que para casi todos los del gremio representaban el último peldaño en el escalafón de los detectives privados, hasta que Bell añadió:

—¿Recordáis el accidente de Glendale? Griggs y Bottomley contribuyeron decisivamente a llegar al fondo del asunto. ¿Qué pasa, chicos?

—Teníamos el presentimiento de que usted sería el detective de Van Dorn que lleva el caso de Josephine.

Bell asintió con la cabeza.

—No es algo que quiera leer en los periódicos, pero así es. Y tengo la extraña sensación de que, basándome en la evidencia de los recientes servicios que habéis recibido de los médicos, vais a decirme que os habéis tropezado con Harry Frost.

—Ed le pegó un tiro justo en medio —dijo Griggs—. Le disparó a la barriga, pero el tipo ni siquiera aflojó el paso.

—Lleva un chaleco antibalas.

—He oído hablar de ellos —dijo Griggs—. No sabía cómo funcionaban.

—Ya lo sabemos —observó Bottomley.

—¿Dónde sucedió eso?

—En Burbank. El controlador nos envió un telegrama para informarnos de que alguien se había colado en un taller de mantenimiento. El sinvergüenza del ladrón estaba subiendo a un camión cuando llegamos. El muy granuja abrió fuego. Nosotros respondimos disparando. Vino andando directo hacia nosotros, me golpeó en la cabeza y disparó a Tom en el brazo.

—Cuando nos recuperamos ya no estaba —dijo Bottomley—. Encontramos el camión por la mañana. Vacío.

—¿Qué robó?

—Cinco cajas de dinamita de veinte kilos, unos detonadores y un rollo de mecha —contestó Griggs.

—No puedo decir que me sorprenda —comentó Bell—. Le encanta la dinamita.

—Claro, señor Bell. Pero lo que nos ha hecho devanarnos los sesos es cómo piensa volar un aeroplano.

—La carrera parte hacia Fresno por la mañana —explicó Bell—. Llamaré por teléfono al superintendente Watt, le diré que habéis venido y le pediré que ponga a toda la división de la policía ferroviaria de la línea del Pacífico sur a inspeccionar los puentes y caballetes de la línea principal en busca de indicios de sabotaje.

—Pero las máquinas voladoras no usan los puentes...

—Pero sus trenes de refuerzo sí —explicó Bell—. Y que quede entre nosotros, pero a estas alturas de la carrera, después de seis mil quinientos kilómetros, los mecánicos y los componentes de repuesto que se guardan en los vagones hangar son lo único que las mantienen en el aire. ¿Por casualidad heristeis a Frost?

—Creo que le rocé la pierna con una bala cuando caí. No me extrañaría que cojeara un poco.

—Bien hecho —dijo Isaac Bell.

Eustace Weed decidió que ya que no le quedaba más remedio que cometer aquel acto terrible contra Isaac Bell. Por lo menos lo haría bien para que a Daisy no le pasara nada. Eso sería lo peor, que lo pillaran y que su novia también resultara herida.

Para calmar sus nervios, imaginó que estaba de vuelta en Tucson, engatusando a jugadores de billar paletos en su salón. De una cosa estaba seguro: si querías ganar al billar, tenías que confiar en ti mismo. Al final de la partida, el que se llevaba la pasta era el que no perdía la calma.

Protegió el tubo de cobre en el interior de la mano izquierda y lo mantuvo escondido mientras echaba la mezcla filtrada de gasolina y aceite de ricino en el depósito del *American Eagle* delante de las narices de Isaac Bell. De esa forma, no resultaría sospechoso cuando lo sacase del bolsillo. Andy se acercó para informar de

que la máquina estaba lista, y Bell se apartó del aeroplano para ir a hablar con él. Entonces Eustace alargó el brazo hacia el tapón de la gasolina a fin de desenroscarlo con la mano derecha.

—Andy, vamos a revisar otra vez el puesto de control —dijo Bell.

Eustace pasó la mano izquierda por encima de la abertura del depósito.

Pero el dedo pulgar y el índice de Isaac Bell se cerraron en torno a la muñeca del joven con la firmeza de unos grilletos de acero.

—Eustace... Tienes que darme explicaciones.

Eustace Weed abrió la boca, pero no articuló palabra alguna. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Bell lo miró con severidad. El investigador jefe tenía una voz glacial cuando se dirigió al muchacho.

—Yo te diré lo que ha pasado. Asiente con la cabeza. ¿Entendido?

Eustace estaba temblando.

—¿Entendido? —repitió Bell.

El joven mecánico asintió con la cabeza.

Bell le soltó la muñeca, y al hacerlo abarcó el tubo de cobre con la palma de la mano, lo agitó para averiguar de qué se trataba y se lo lanzó a Andy Moser, quien le echó un vistazo y dijo frunciendo el ceño:

—Cuando la gasolina derrita la parafina, el contenido saldrá. ¿Qué hay dentro? ¿Agua?

Eustace Weed se mordió los labios y asintió con la cabeza.

Bell sacó una libreta de notas de su chaqueta.

—¿Reconoces a este hombre?

Eustace parpadeó al ver un retrato como el que aparecía en los periódicos.

—Es un tabernero de Chicago —respondió al final—. No sé cómo se llama.

—¿Y a este también lo reconoces?

—Trabajaba para el tabernero. Me llevó con él.

—¿Y a este?

—Es el otro que me llevó a verlo.

—¿Qué hay de este otro tipo?

Bell le enseñó el dibujo de un hombre de semblante adusto, más temible que los otros, que parecía un boxeador profesional que no hubiera perdido nunca un combate.

—No. En mi vida lo he visto.

—Este hombre es un detective de Van Dorn que ha vivido durante las dos últimas semanas al otro lado del pasillo de la señorita Daisy Ramsey y su madre. Comparte habitación con otro investigador, más corpulento. Cuando uno tiene que salir, su compañero se queda al otro lado del pasillo. Cuando Daisy se va a trabajar en la



centralita telefónica, un detective vigila la acera y el otro vigila la centralita. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo, Eustace?

—¿Daisy está a salvo?

—Daisy está a salvo. Ahora cuéntamelo todo. Rápido.

—¿Cómo sabe el nombre de mi novia?

—Te lo pregunté en Topeka, Kansas, ¿recuerdas? Tú me lo dijiste y confirmaste lo que ya habíamos descubierto en Chicago. Es nuestra ciudad.

—Pero no pueden protegerla eternamente.

—No es necesario. —Bell le mostró los retratos otra vez—. Estos dos volverán a la cárcel de Joliet para seguir cumpliendo unas merecidas condenas de veinte años. El tabernero está a punto de dejar el negocio y de abrir una tienda de artículos de confección en Seattle, una ciudad a la que se va a trasladar por motivos de salud.

En una extensión apartada de terreno de color pardo entre Los Ángeles y Fresno, la línea de la zona oeste del Pacífico sur que los pilotos debían seguir atravesaba la vía de la línea de Atchison, Topeka y Santa Fe. En el mismo punto también se cruzaban las vías de unas líneas locales de recorrido corto que comunicaban a los agricultores de pasas y ganaderos del valle de San Joaquín. El cruce resultante de raíles, agujas y pasos subterráneos era tan confuso que los controladores y los revisores de ferrocarril lo llamaban «el Baile de la Serpiente». El comisario de la Carrera Aérea de la Copa Whiteway había marcado la ruta correcta con una llamativa flecha de lona.

Dave Mayhew, el telegrafista de Harry Frost, bajó de un poste y leyó en voz alta sus transcripciones en código Morse.

—Josephine va muy adelantada. Joe Mudd tuvo problemas para despegar. Ahora está atrapado en un campo de algodón en Tipton.

—¿Dónde está el tren de refuerzo de Josephine? —preguntó Frost.

—Sigue su ritmo. Va justo detrás de ella.

—¿Dónde está Isaac Bell?

—El controlador de Tulare oyó que su motor renqueaba cuando vio pasar a Bell y a Josephine. Nadie ha sabido de él desde entonces. El último controlador que vio a Josephine dijo que volaba sola.

—¿Dónde está el tren de refuerzo de Bell?

—En un apartadero al norte de Tulare, probablemente donde cayó su aeronave.

Harry Frost se sacó el reloj del chaleco y confirmó el tiempo. A esa hora, el agua de la gasolina ya debería haber provocado el accidente de Isaac Bell.

—Ve a por el automóvil —dijo a Mayhew.

Con un poco de suerte, Bell estaría muerto. Y si no lo estaba, cuando menos el detective de Van Dorn no pondría en peligro el plan de Frost de abatir a tiros a Josephine y estrellar el tren de refuerzo de Whiteway.

—Mueve el indicador —dijo Frost a Stotts.

Mike Stotts subió corriendo a la vía principal de la línea del Pacífico sur, enrolló la flecha de lona que apuntaba al norte y la desenrolló apuntando al noroeste por la vía corta que torcía hacia las áridas colinas que bordeaban el valle hacia el oeste. A continuación cambió las agujas para desviar el tren de Josephine en la misma dirección.

Dave Mayhew llegó a la vía al volante de un flamante Thomas Flyer. Frost y Stotts subieron, y los tres se dirigieron al noroeste a toda velocidad.

El único ruido que Isaac Bell oía era el del viento que parecía zumbear a través de los tirantes del ala mientras planeaba con su máquina amarilla describiendo suaves círculos descendentes. Las reses de ganado vacuno pastaban plácidamente debajo de él y una bandada de pelícanos blancos seguía su rumbo, lo que demostraba que estaba sobrevolando el suelo con el silencio de un cóndor.

Una tormenta procedente del lejano Pacífico pasaba por encima de las montañas de la costa, y la sombra que su máquina proyectaba oscilaba conforme los fragmentos de nube que desfilaban a toda velocidad por delante de los gruesos nubarrones ocultaban parcialmente el sol. Cuando su sombra cruzó las colinas onduladas trazando curvas perezosas, Bell maniobró con cuidado para que no se posara sobre el Thomas Flyer que corría delante de una estela de polvo por la vía corta del ferrocarril.

Había tres hombres en el vehículo. Bell estaba a demasiada altura para identificarlos, incluso con los gemelos. Pero la gran corpulencia de la figura encorvada en el asiento trasero del descapotable y la flecha de lona que había sido desviada de la vía principal, junto con el intento del pobre Eustace por sabotear su motor, todo ello hacía pensar al investigador que sin duda se trataba de Harry Frost.

Había visto la estela de polvo dieciséis kilómetros después de seguir la flecha de lona en el cruce del Baile de la Serpiente e inmediatamente había apagado el ruidoso Gnome. Josephine estaba a salvo en tierra cincuenta kilómetros más atrás, furiosa por el retraso a pesar del receso oficial aprobado por Preston Whiteway para permitir a Bell atrapar a Frost.

El detective giró hacia atrás en dirección al cruce y volvió a arrancar el Gnome. Cuando vio la larga línea amarilla que formaba el *Josephine Special*, se lanzó en picado hacia el tren, pasó en vuelo rasante sobre la cubierta del vagón hangar, que estaba llena de detectives armados con rifles, dio otra vez la vuelta y guió el tren detrás del Thomas, elevándose solo a ciento cincuenta metros por encima de la locomotora.

A los diez minutos pensaba que ya lo habían alcanzado, pero la vía estaba vacía y la estela de polvo había desaparecido. Un arroyo seco y ancho apareció delante; una depresión en el terreno ondulado que se visualizaba a medida que la vía giraba junto a las estribaciones de la cadena montañosa de la costa. Un puente de caballetes largo hecho de madera cruzaba el hecho.

El detective sostuvo el volante de mando con una mano y escudriñó el puente con los gemelos. El laberinto de madera ofrecería un excelente refugio a unos hombres

con rifles. Y podrían haber escondido el Thomas Flyer a su sombra. Pero no vio ni a los hombres ni el automóvil. De repente oyó dos explosiones bruscas, más estruendosas que el rugido del Gnome. Sabía que no eran disparos. Tampoco procedían del puente, sino justo debajo de él, como si surgieran de la locomotora.

La gran Atlantic negra redujo la velocidad repentinamente. Sus ruedas motrices hacían brotar chispas en los raíles mientras el maquinista trataba de detener el largo tren lo más rápido posible. Las sonoras explosiones, comprendió Bell, habían sido provocadas por torpedos, cápsulas detonantes de fulminato de mercurio sujetas a los raíles con abrazaderas de plomo para avisar de que había problemas más adelante. Cuando una locomotora pasaba sobre ellas, explotaban y armaban suficiente ruido para que el maquinista y el fogonero las oyeran por encima del rugido de la caldera y el estruendo del vapor.

Bell vio que salía humo blanco de las zapatas de freno que había debajo de cada vagón, y el tren paró con gran estrépito en mitad del puente de caballetes. Inmediatamente, la locomotora expulsó cinco bocanadas de vapor por el silbato. Los cinco silbidos indicaron al guardafrenos que debía saltar del vagón de cola, el coche privado de Preston Whiteway, e ir corriendo por la vía al tiempo que ondeaba una bandera roja para advertir a los trenes que iban detrás de que el especial se había detenido de improviso debido a una emergencia y estaba bloqueando la vía. Para entonces Bell ya había sobrevolado el tren y el puente.

Percibió el destello de un rayo de sol en un cristal.

En ese mismo instante, vio que el Thomas aparcaba a la sombra de un cobertizo de mantenimiento ferroviario. El sol volvió a destellar en una mira telescópica. Bell contó dos rifles, apoyados en el tejado del cobertizo, que escupían fuego rojo.

Era una trampa tendida de manera brillante: el tren detenido como distracción, el firme emplazamiento de tiro, la conmoción de la sorpresa. Y Bell sabía que si él hubiera sido la joven aviadora cuyo nombre estaba pintado en el lateral de su monoplano amarillo, Frost la habría matado con la segunda descarga de disparos porque ella se habría desviado instintivamente y, de ese modo, le habría ofrecido un blanco mayor de costado.

Isaac Bell se lanzó en picado hacia el cobertizo, se desvió en el último momento para no apuntar a la hélice y vació la recámara de su Remington de cinco balas con tanta rapidez que el sonido de los disparos se fundió en un único cañonazo. Mientras volvía a ascender y daba la vuelta, vio que había alcanzado a los tiradores apostados a cada lado de Frost. Extrajo el cargador vacío, introdujo uno lleno y volvió a lanzarse en picado.

Frost no le disparó. Bell se preguntó si le habría dado también a él y, en tal caso, si lo habría herido de gravedad. Pero no, Frost estaba poniendo en marcha el Thomas. Arrancó el motor dando a la manivela, saltó al vehículo y se encaramó a la vía. A

continuación, para asombro de Bell, bajó de un brinco del automóvil y se arrodilló durante un momento al lado de los raíles.

Frost subió de nuevo al Thomas y se dirigió a las colinas.

Habían transcurrido menos de diez segundos desde el inicio del tiroteo. Los detectives todavía estaban saltando del vagón hangar. Bellladeó bruscamente la máquina para perseguir al Thomas, pero cuando el *Eagle* se inclinó de lado, su conocimiento de la despiadada crueldad de Harry Frost le hizo mirar con detenimiento dónde se había arrodillado.

Vio humo, una fina estela de humo.

Sin vacilar, Isaac Bell apagó el motor, empujó hacia delante el volante y descendió con el *Eagle* hacia la vía férrea. En mitad del humo, avanzando por el raíl, había un reguero de fuego en movimiento. Harry Frost se había arrodillado en la vía y, con sangre fría, había encendido una mecha, la mecha que había robado en el taller de mantenimiento de Burbank junto con los detonadores y la dinamita.

Bell reparó en que había llenado el puente de explosivos. Había planeado un ataque doble: abatir a Josephine a tiros y volar por los aires el tren de Preston Whiteway, junto con todos los detectives de la agencia que viajaban en él.

Bell hizo descender el *Eagle* y situó los patines sobre los raíles. El impacto fue tal que la máquina rebotó y pareció que iba a elevarse otra vez. Habría sido más seguro encender el motor y ascender de nuevo, pero no había un momento que perder. El detective aterrizó bruscamente la máquina y notó que los patines se hacían añicos sobre las traviesas. Desprendiendo astillas de madera y emitiendo un chirrido metálico de protesta, el *Eagle* se deslizó por la vía de ferrocarril. Bell saltó del aeroplano y echó a correr en cuanto se posó en el suelo.

El humo avanzaba a toda prisa delante de él y cobraba velocidad a medida que se acercaba al puente de caballetes. Bell empezó a correr más y más, ganándole terreno, y estaba a escasos metros de apagar la mecha cuando el humo se deslizó por el borde del barranco y descendió por debajo del puente, donde él no podía alcanzarlo.

—¡Dé marcha atrás! —gritó, corriendo sobre los caballetes—. Salga del puente.

No había tiempo para eso. Vio que el maquinista se quedaba boquiabierto en su cabina y que sus detectives corrían para ayudarlo, ajenos al peligro. Dashwood se hallaba entre ellos.

—¡Dash! —gritó—. Hay una mecha detonadora debajo de la vía. ¡Dispárale!

Bell descendió por el borde y bajó entre las vigas de madera que había debajo del puente. Vio la mecha que unía un tablón con otro, ardiendo intensamente. Dash se apresuró y bajó también por un lado, descendió entre los maderos y vio un punto de fuego a quince metros de distancia. Al tiempo que se agarraba a un tablón con un brazo, el joven detective desenfundó su Colt de cañón largo, apuntó y disparó. La bala lanzó astillas por los aires. Pero la mecha continuó encendida. Dash volvió a

disparar. La llama de la mecha brincó y osciló, sin apagarse.

Bell avanzó por debajo de la vía saltando de viga en viga. Delante de él, a la sombra de la locomotora, vio la dinamita: docenas y docenas de cartuchos, suficientes para destruir el puente, el tren y a todos los que viajaban en él. Dash volvió a disparar. La llama de la mecha siguió su avance.

Isaac Bell saltó a un travesaño horizontal, sacó con cuidado la Browning de su chaqueta y disparó.

La llama móvil desapareció. Una voluta de humo apareció en su lugar, osciló, azotada por una ráfaga de viento, y se desvaneció como si la mecha fuese una vela que alguien hubiera apagado para poner fin a una agradable velada.

Bell subió con dificultad a la vía y corrió hacia el tren a fin de dar órdenes.

Si bien los detectives-mecánicos de Van Dorn que acompañaban a Josephine eran buenos tipos, eran hombres de ciudad, lo que significaba que al aire libre no sabían desenvolverse.

—Arrancad el coche de Whiteway y bajadlo por la rampa —les dijo—. Desactivad la dinamita de debajo del puente. Luego arreglad los patines de mi máquina para que pueda volar.

»¡Dash! Cubre a los chicos que trabajan en el *American Eagle*. Dispara a Frost a la cabeza si esa sabandija vuelve sobre sus pasos. —Hizo un gesto a Dash para que se aproximase y añadió murmurando—: No dejes que Celere se acerque a mi máquina. Ah, por cierto, sé que tu madre te regaló ese Colt, pero lo aceptaría gustosamente si dejaras que mi armero te consiguiera una Browning en condiciones.

»¡Walt! ¡Ven conmigo!

Bell saltó al Rolls-Royce amarillo de Preston Whiteway. Walt Hatfield se metió apretujado a su lado con un par de Winchester de palanca, salieron del puente y corrieron por la vía de ferrocarril hacia las estribaciones de la cordillera de la costa.

Después de cinco kilómetros de cuesta cada vez más empinada y de maleza y grupos de árboles bajos que invadían la pradera, encontraron el Thomas Flyer parado en mitad de la vía con dos neumáticos pinchados por unos pernos sueltos. Walt Hatfield localizó el rastro de Frost, primero por el balasto desprendido del terraplén del ferrocarril por el que había bajado corriendo y luego por sus huellas entre la hierba que les llegaba a las rodillas.

Bell apuntó a los matorrales y los afloramientos rocosos que había delante con un Winchester mientras Hatfield se desplazaba a grandes zancadas de una marca en la tierra a una brizna de hierba doblada y luego a una ramita partida. Bell era un rastreador experimentado, pero Walt podía interpretar los indicios y las huellas en el terreno como los comanches que lo habían criado.

Por encima de las colinas, tronó y relampagueó dentro de los orondos nubarrones. El viento les lanzó una ráfaga fría a la cara y luego una caliente.

Un arrendajo azul salió volando de una arboleda de encinas a ochocientos metros de ellos.

Era una distancia muy larga para un rifle, pero Bell gritó:

—¡Al suelo!

Un disparo resonó en las colinas. Walt se desplomó a su lado.

Bell giró hacia la derecha buscando el abrigo de un peñasco. Una bala del calibre 45-70 hendió el aire a quince centímetros de su mejilla. En lugar de precipitarse en pos de cobijo, saltó por delante de la roca y se lanzó a un arroyo estrecho.

Corrió por el lecho del riachuelo seco en silencio, empleando un ojo para mirar al frente y el otro para guiar sus botas a fin de esquivar cualquier cosa que hiciera ruido. El arroyo seguía torciendo hacia la derecha, alejándose de Frost, al mismo tiempo que ascendía la cuesta cada vez más empinada. Bell apretó el paso. Corrió a toda velocidad a lo largo de casi dos kilómetros, subiendo todo el trecho. Cuando por fin se detuvo para recobrar el aliento, lo hizo en un saliente que le permitiría reconocer el terreno que había dejado atrás. Avanzó a rastras lentamente hasta que pudo ver la parte trasera del matorral desde el que Frost había disparado.

A ochocientos metros más abajo, el matorral abarcaba casi media hectárea de ladera. Frost podía estar escondido en cualquier parte o podía haberse retirado cuesta arriba y hallarse en ese momento a la misma altura que Bell. Si hubiera sido listo, habría reculado. Pero Bell apostaba a que Frost había cometido el error de un cazador de piezas grandes que se quedaba quieto o se movía tan solo un breve trecho para tender otra emboscada a su presa. La mayoría de los animales huían cuando se les daba caza, se dijo Bell. Algunos, como la pantera y el elefante, podían embestir en ocasiones. Muy pocos se acercaban sigilosamente para atacar por detrás.

Bell decidió atacar siguiendo otro arroyo poco profundo hasta más allá de otro matorral. Se apartó del saliente para no exponerse a la vista de Frost y empezó a bajar. Permaneció en silencio y se dio prisa, negándose a dar a aquel lunático tiempo para reconsiderar su postura. Cuando el arroyo se hizo demasiado poco profundo para ocultarlo, el detective se arrastró hasta el siguiente matorral y continuó avanzando.

La plomiza bóveda celeste fue atravesada súbitamente por rayos dentados.

Las gotas de lluvia levantaron el polvo.

Una vez más, el viento sacudió el chaparral de hojas duras, primero con aire caliente y luego frío.

De repente Bell resbaló y perdió el equilibrio. Dio una patada a una piedra, que rodó cuesta abajo haciendo ruido.

Un disparo retumbó, y la bala levantó polvo a unos cuatro metros más abajo. Bell cogió enseguida otra piedra y la lanzó hacia la derecha tan lejos como pudo. La piedra cayó con tal estruendo que atrajo más disparos. Frost tendría que preguntarse qué piedra había caído y cuál había sido lanzada. Bell empezó a descender otra vez. El lugar desde el que Frost había disparado con su rifle estaba casi exactamente



donde Bell había sospechado. Se había quedado quieto en el matorral, que en ese momento estaba a menos de trescientos metros de distancia. Pero ahora Frost sabía que debía mirar a su espalda.

Sin previo aviso, entró en acción saliendo de la densa maleza y corriendo hacia el refugio que le brindaba una depresión en el terreno que a Bell le pareció la boca de un pequeño cañón. Frost cojeaba, como Tom Griggs había conjeturado, pero aun así avanzaba a una velocidad sorprendente para un hombre de su tamaño. Bell le disparó, pero falló. Cargó un cartucho nuevo en el Winchester dándole a la palanca y permaneció erguido para apretar el gatillo por segunda vez, adelantándose a Frost y calculando el efecto del viento creciente a lo largo de los doscientos metros que los separaban. Su rifle emitió un estallido.

Frost alzó los brazos y su Marlin salió volando por los aires. Estaba demasiado lejos para oírle gritar, pero Bell creyó que lo había herido de gravedad hasta que vio que Frost recogía su rifle del suelo y desaparecía en el cañón.

Isaac Bell corrió cuesta abajo, saltando de montículo en montículo y brincando por encima de arbustos y peñascos. Perdió pie, cayó al suelo y rodó sobre su hombro, pero se levantó de un salto y echó a correr de nuevo con el Winchester siempre en la mano.

Más que verlo, percibió un movimiento fugaz en la boca del cañón y se lanzó al suelo. Una bala de pistola atravesó silbando el aire que él acababa de desocupar. Se pegó el Winchester al pecho, rodó y esa vez se levantó de un salto disparando, cargando un cartucho detrás de otro en la recámara con la palanca y lanzando una descarga cerrada letal que obligó a Frost a retirarse.

Por algún motivo, Frost no estaba usando su Marlin. Bell supuso que el disparo del Winchester que lo había lanzado por los aires había dañado el rifle, en cuyo caso a Frost solo le quedaban las armas de cinto. Irrumpió en el cañón, cuya anchura no era mayor que la de una casa de ciudad, pero parecía adentrarse mucho en la ladera. La maleza obstruía la boca. Bell se abrió paso a través del chaparral lleno de espinas. Unos disparos de pistola retumbaron cerca y le revelaron la posición de Frost, que estaba agachado y hacía uso de su revólver automático Webley-Fosbery de cañón corto con el que había estado a punto de matar a Archie Abbott. Había demasiada distancia para el arma de cañón recortado. Las balas volaban sin discreción, esparciendo astillas de madera.

Bell trató de devolver el fuego. El Winchester estaba vacío.

Frost embistió abriéndose camino a través del matorral como un búfalo. Disparó con su potente pistola mientras reducía la distancia a la mitad y salió del matorral. Era la primera vez que Bell lo veía tan cerca. Tenía un ojo opaco, y la cuenca ocular lucía las cicatrices de las esquirlas de piedra que le habían saltado a la cara cuando Bell le había disparado con el Remington en el arsenal de Chicago. La oreja en la que

el detective lo había herido era un apéndice destrozado. La mandíbula que Archie le había roto estaba deforme. Pero su ojo bueno brillaba con la intensidad de un fuego alimentado con gasolina, y corría con el trote imparable de una locomotora.

Bell hincó una rodilla, se sacó de una bota el cuchillo arrojadizo y lo lanzó con fuerza. El arma blanca penetró entre los huesos del antebrazo de Frost, y el letal revólver Webley-Fosbery cayó de sus dedos retorcidos. Antes de que tocara el suelo, Frost sacó una pistola de bolsillo con la mano izquierda.

Bell desenfundó su Browning y disparó dos veces. Sus armas resonaron al unísono. El chaleco de Frost desvió las dos balas de Bell. Uno de los disparos de Frost rozó la mejilla del detective y el otro le dio un tirón en la manga. La pistola de bolsillo de Frost se atascó, y sacó su Browning, un arma mucho menos peligrosa que la pistola. Bell corrió directo hacia él y le arrebató la Browning de un tiro. Frost le asestó un gancho de izquierda que salpicó a Bell de la sangre de su antebrazo perforado.

Bell desvió parte del impacto con el hombro, pero el puñetazo del gigante lo sacudió profundamente y cayó de rodillas. Destellos blancos brillaron ante sus ojos. Las manos le pesaban como el plomo. Percibió que se acercaba otro puñetazo demoledor, encajó el golpe y propinó a su vez otro a Frost, apuntando a la mandíbula que Archie le había fracturado.

Con el puño fuertemente cerrado alcanzó de lleno al coloso, le hizo tambalearse y le arrancó un gruñido de dolor. Pero Frost se dio la vuelta y le dio un golpe de revés que derribó al detective al suelo. Frost recogió su rifle estropeado y lo blandió como si se tratara de una larga porra de acero. Bell sacó rápidamente su pistola de cañón corto de debajo del sombrero.

—¡Suelta el rifle! —dijo—. Eres hombre muerto.

Frost seguía blandiendo el arma.

El detective apretó el gatillo.

Un resplandor y una explosión cincuenta veces más estruendosa que un disparo de pistola hicieron que el rifle saliera despedido dando vueltas a doce metros de distancia. Harry Frost se desplomó tras el brusco impulso. Isaac Bell se levantó y permaneció de pie a casi dos metros de él, con los oídos zumbándole y mirando con asombro a su adversario abatido. El olor a carne chamuscada flotaba en el aire. Frost tenía la cara ennegrecida, la barba quemada, la camisa y los pantalones ardiendo, y las suelas de las botas arrancadas.

La vida estaba abandonando los ojos de Frost. Aspiró a través de sus labios carbonizados, pero su voz seguía sonando fuerte, áspera y llena de desprecio.

—No me has dado. Un rayo ha alcanzado mi rifle.

—Te tenía a tiro. El rayo solo te ha dado primero.

Frost soltó una risa amarga y ronca.

—¿Por eso no os rendís nunca los detectives de Van Dorn? ¿Tenéis a los dioses del tiempo de vuestra parte?

Isaac Bell contempló triunfalmente al criminal moribundo.

—No he necesitado a los dioses del tiempo —dijo en voz queda—. Tenía a Wally Laughlin de mi parte.

—¿Quién narices es Wally Laughlin?

—Era un vendedor de periódicos. Tú los asesinaste a él y a dos amigos suyos cuando volaste con dinamita el depósito de periódicos de Dearborn Street.

—¿Vendedor de periódicos...? Ah, sí, ya me acuerdo. —Frost se estremeció de dolor y, haciendo un gran esfuerzo, volvió a burlarse—. Ya me enteraré en el infierno. ¿Cuántos años tenía?

—Doce.

—¿Doce? —Frost se recostó—. Los doce fueron mi gran año. Había sido un enano del que todo el mundo se aprovechaba. Entonces, de repente, empecé a crecer y crecer, y todo me fue bien. Gané mi primera pelea. Formé mi primera banda. Maté a mi primer hombre... El tipo tenía veinte años, era un adulto.

Una mueca espantosa que pretendía ser una sonrisa torció los labios quemados de Frost.

—Pobrecito Wally —murmuró sarcásticamente—. Quién sabe lo que podría haber sido de ese cabroncete.

—Dejó su impronta —dijo Isaac Bell.

—¿Cómo lo hizo?

—Tenía buen corazón.

Bell recogió sus armas.

Harry Frost gritó detrás de él. De repente, su voz reflejaba miedo.

—¿Vas a dejarme aquí para que muera solo?

—Tú has dejado morir sola a mucha gente.

—¿Y si te contara algo que no sabes de Marco Celere?

—Marco Celere apareció en Yuma hace tres días, sano como un roble. Huiste del único asesinato que no cometiste.

Frost se incorporó apoyándose en un codo y le espetó:

—Lo sé.

Intrigado, Bell se arrodilló al lado del hombre moribundo, buscando en sus manos un cuchillo oculto u otra pistola de bolsillo guardada en sus prendas quemadas.

—¿Cómo?

—Marco Celere apareció en Belmont Park hace seis semanas.

—A mí me ha dicho que hace seis semanas se encontraba en Canadá.

—No. Estaba en plena carrera —dijo Frost con voz estridente—. Pavoneándose

por el campo de aviación como si fuera el dueño. Los puñeteros detectives de Van Dorn no os disteis cuenta.

—¡Platov! —exclamó Bell—. ¡Claro!

Marco Celere era el saboteador, aunque demostrarlo en un tribunal de justicia sería casi imposible.

—Un poco tarde, señor detective —dijo con desprecio Frost.

—¿Cómo lo viste?

—Él me vio una noche que intentaba acercarme a la máquina de Josephine. Se dirigió a mí en persona y me ofreció un trato.

—Me imaginaba que lo matarías nada más verlo —dijo Bell.

—¿Sabes esa escopeta de diligencia que los italianos llaman *lupa*? Me estaba apuntando a la cabeza con una. Con los dos percutores amartillados.

—¿Qué trato te ofreció?

—¿Debo hacerte un regalo por el pequeño Wally? —preguntó Frost con sorna—. ¿Información que pueda serte útil para atrapar a Celere? ¿Crees que si te hago un favor se portarán bien conmigo en el infierno?

—Me parece que no tendrás una oportunidad mejor. ¿Cuál era el trato?

—Si yo aplazaba la muerte de Josephine hasta que ella ganase la carrera, Marco me llevaría a un sitio donde podría vivir escondido con todos los lujos hasta el último de mis días.

—¿Dónde se supone que está ese paraíso? —preguntó con escepticismo Bell.

—En África del Norte. En Libia. Las colonias turcas que Italia va a conseguir en África del Norte. Celere me aseguró que estaríamos completamente a salvo y que viviríamos como reyes.

—Parece palabrería de estafador.

—No. Celere conoce su oficio. Yo he estado allí y lo he visto con mis propios ojos. Los otomanos (los turcos) están en las últimas, e Italia es tan pobre y está tan densamente poblada que se muere de ganas de hacerse con sus colonias. Así que Celere está preparándose para convertirse en el niño mimado del ejército italiano suministrándole máquinas de guerra aéreas. Será el héroe nacional cuando Italia venza a Turquía con sus aeroplanos armados con ametralladoras y sus bombarderos pesados. Pero sabe que tiene que demostrar lo que vale. Solo comprarán sus máquinas si Josephine gana la carrera.

—¿Por qué no aceptaste?

La ira contrajo el rostro desfigurado de Frost.

—Ya te lo he dicho, no soy tonto. Si él estaba tan bien establecido en África del Norte como para protegerme, entonces tendría la llave de mi celda. Sería como volver al orfanato.

—¿Por qué no te voló la cabeza con su *lupa*?

—Celere es como un malabarista, siempre tiene un montón de pelotas en el aire. Estaba seguro de que tú protegerías a Josephine, y esperaba que yo cambiase de opinión... y que matase a Whiteway cuando llegó el momento.

—¿Qué momento?

—La boda. Sabía que Whiteway iba detrás de Josephine. Marco creía que yo me pondría tan furioso que mataría a Whiteway, y Josephine heredaría el dinero y se casaría con él. Y si luego yo la mataba a ella también, él se quedaría con todo.

El ojo bueno de Frost buscó los dos de Bell.

—Marco empezó todo esto. Tiene muchos humos. Así que pensé que la venganza más dulce sería que el malabarista viera caerse todas sus pelotas.

—¿Otro motivo para matar a Josephine? —preguntó Bell.

—Marco sabía que el biplano de Stevens no ganaría la carrera. Necesitaba que Josephine demostrase que sus máquinas voladoras pueden ser máquinas de combate.

Bell sacudió la cabeza.

—Ella solo quiere volar.

—Yo le di la oportunidad y la utilizó contra mí. Se merece que la maten —susurró Frost.

—Te estás muriendo con los labios llenos de odio.

Isaac Bell se alegró profundamente de encontrar a Walt Hatfield sentado bajo la lluvia sujetándose la cabeza.

—Parece que un órgano de vapor estuviera sonando donde antes estaba mi cerebro.

Bell lo acompañó al Rolls-Royce y condujo el vehículo hasta el puente de caballetes, mientras Walt echaba sapos y culebras con cada bache del camino. Los mecánicos habían reparado el tren de aterrizaje del *American Eagle*. Bell acomodó a Walt en un vagón. A continuación despegó y se dirigió a Fresno, la última parada nocturna antes de San Francisco. La máquina amarilla de Josephine y el biplano tractor rojo de Joe Mudd se hallaban amarrados a unos cincuenta metros de distancia el uno del otro en un terreno de feria embarrado. Joe Mudd, apoyado en sus muletas, bromeaba con los mecánicos que trabajaban en su tren de aterrizaje.

—¿Un aterrizaje forzoso? —preguntó Bell.

Mudd se encogió de hombros.

—Solo una pierna rota. La máquina está bien. En general.

—¿Dónde está Josephine?

—Ella y Whiteway están en el hotel de la feria. Yo que usted no me acercaría.

—¿Qué ocurre?

—Hay tormenta.

Bell hizo señas a los detectives-mecánicos de Josephine, que estaban

transportando herramientas y accesorios para Marco Celere, quien sacudía la cabeza encima del motor de la aviadora.

—No perdáis de vista a Celere. No dejéis que se acerque a la máquina de Joe Mudd.

—¿Y si se da a la fuga? —preguntó Dashwood.

—No lo hará. Celere no irá a ninguna parte mientras exista la menor posibilidad de que Josephine gane la carrera.

Fue al hotel de la feria. Preston Whiteway había alquilado la planta superior del edificio de dos pisos. Bell subió la escalera apretando el paso cuando oyó al editor gritando a pleno pulmón. Llamó a la puerta con insistencia y entró. Whiteway se erguía sobre Josephine, que se había hecho un ovillo en un sillón del salón y miraba la alfombra.

Whiteway vio a Bell y, en lugar de preguntar qué había pasado con Harry Frost, gritó:

—¡Hágala entrar en razón! ¡A lo mejor a usted le hace caso!

—¿Qué ocurre?

—Mi mujer se niega a terminar la carrera.

—¿Por qué?

—No quiere decírmelo. Puede que a usted se lo diga. ¿Dónde demonios está mi tren?

—Acaba de llegar.

—Estaré en San Francisco para el final de la carrera.

—¿Dónde está Marion?

—Se ha adelantado con sus cámaras —respondió Whiteway. Bajó la voz en un ronco aparte que Josephine podría haber oído desde el país vecino y suplicó—: A ver si puede hacerla entrar en razón. Está desperdiciando una oportunidad única en la vida.

Bell asintió silenciosamente con la cabeza por toda respuesta.

Antes de que saliera de la estancia, Whiteway se fijó en Bell por primera vez desde que este había entrado.

—Parece que hubiera estado luchando contra unos osos.

—Debería haber visto cómo acabó el otro.

—Sírvese un *whisky*.

—Pienso hacerlo —dijo Isaac Bell.

—¿Quieres? —preguntó Bell a Josephine.

—No.

El detective llenó un vaso pequeño, se lo bebió de un trago sin mezclarlo, volvió a llenarlo y dio un sorbo.

—Josephine, ¿qué le dijiste a Marco cuando te pidió que fueras con él a África del Norte?

Ella alzó la vista de la alfombra con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo sabes eso?

—Le hizo a Harry Frost la misma oferta.

—¿A Harry? ¿Por qué?

—Marco quería que Frost matase a tu nuevo marido.

Los ojos de Josephine se quedaron sin vida.

—Marco es peor que Harry —susurró.

—Yo diría que están a la par. ¿Qué le contestaste, Josephine?

—Le dije que no.

Bell la observó atentamente mientras decía:

—Apuesto a que Marco cree que cambiarás de opinión cuando seas una viuda rica.

—Jamás... ¿Está Preston en peligro?

—Harry Frost ha muerto.

—Gracias a Dios... ¿Crees que Marco tiene las agallas de matar a Preston sin la ayuda de Harry?

En lugar de responder a la pregunta, Isaac Bell dijo:

—Sé por qué abandonas la carrera.

—No, no lo sabes.

—Abandonas porque Marco Celere, disfrazado de Dmitri Platov, sabotó las mejores máquinas de la competencia.

Ella apartó la vista.

—Yo me hacía preguntas —susurró—. No solo me hacía preguntas, me lo temía. Pero no lo detuve. Perder la carrera será mi castigo. Me he portado de forma terrible.

—¿Porque no detuviste a Marco o porque estuviste de acuerdo con su plan para incriminar a Harry por asesinato?

—¿Harry también te ha contado eso?

Bell sonrió.

—No, esa parte la he descubierto yo solo.

—Volviendo la vista atrás, reconozco que era un plan diabólico. Lo supe entonces, pero Harry merecía que volvieran a encerrarlo.

—¿Por qué dejaste que Marco te convenciera para que te casases con Whiteway?

—Estaba demasiado cansada para discutir. Solo quería ganar la carrera...

—Tal vez pensabas que si un matrimonio podía anularse, ¿por qué no se anularía otro?

—Claro, siempre que no celebrásemos la luna de miel. Y te juro, Isaac, que no tenía ni idea de que Marco planeaba matar a Preston. Pobre Preston, es tan... Pobre Preston, es un bobo, Isaac. Me quiere de verdad.

Bell le dedicó una sonrisa ligeramente burlona.

—Tal vez Preston cree que si te juntas con los hombres equivocados y no ves lo que están haciendo, no debes de ser tan terrible: solo que tu empeño en volar no te deja ver con claridad. Tal vez por eso le cuesta creer que no vayas a terminar la carrera.

—No merezco ganar... ¿Detendrás a Marco?

—No puedo, todavía. No tengo suficientes pruebas para acusarlo. Además, quiero que siga libre para que trabaje en tu máquina por si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión. El vencedor debería ganar con todas las de la ley.

—Tú y Joe Mudd estáis casi a la par. Sería bueno para el ganador, y para la aviación, que volaras hasta la meta. Lo que hayas hecho mal no cambia la realidad de que has pilotado una máquina voladora a través del país. ¿Por qué no lo consultas con la almohada, Josephine? Mientras tanto, dejaré que Marco trabaje en la máquina durante la noche.



# Epílogo

«Volemos, querida».

Marco Celere halló una forma de salir del aprieto. En vez de esperar de brazos cruzados a que Josephine cambiase de opinión, y temiendo que ese momento no llegase, estableció una conferencia desde el teléfono del hotel. Preston Whiteway contestó como si llevara toda la noche esperando noticias de Fresno.

—¿Volará?

—Soy Marco Celere, inventor de su aeroplano y mecánico jefe.

—Ah... ¿Y bien? ¿Volará?

—Tengo entendido que el señor Bell está hablando con ella del asunto mientras desayunan —contestó Celere de forma zalamera—. Todavía queda tiempo; el campo está cubierto de una niebla baja que el sol no ha despejado aún. Pero tengo una proposición que hacerle. Aunque Josephine no pueda ganar la Copa Whiteway, su máquina sí que puede.

—¿De qué está hablando?

—Si ella se niega a terminar la carrera, yo recorreré la última etapa desde Fresno y ganaré la competición por ella.

—Eso va contra las normas. Un piloto, una máquina, hasta el final.

—Somos hombres de mundo, señor Whiteway. Son sus normas. La Copa Whiteway es su carrera. Seguro que puede cambiar sus propias normas.

—Señor Celere, es posible que usted sepa algo de la fabricación de máquinas voladoras, pero no sabe nada en absoluto de los lectores de periódicos. Están dispuestos a comprar cualquier mentira que publiques, a menos que sea una mentira sobre algo que les hayas convencido para que amen. Ellos aman a Josephine. Quieren que gane. Les importa un bledo su máquina voladora.

—Pero sería muy bueno para la aviación... —suplicó Celere.

—Y todavía mejor para usted. No nació ayer.

La línea se cortó por el auricular de Celere.

Celere escuchó fuera del comedor del hotel. Oyó a Bell hablar en tono de urgencia. Luego oyó a Josephine decir alto y claro:

—No.

Celere salió a toda prisa al campo de aviación y se dirigió a su aeroplano. La niebla seguía siendo espesa, y apenas podía ver las máquinas de Joe Mudd e Isaac Bell. Los mecánicos de la agencia Van Dorn que trabajaban para Josephine lo observaban con suspicacia a pesar de que él había estado dirigiendo sus esfuerzos desde Yuma, en Arizona.

—Deberíamos arrancar el motor —dijo.

—¿Por qué? Ella no va a ir a ninguna parte.

—El señor Bell es muy persuasivo. Puede que todavía convenza a Josephine para que cambie de opinión. Llenemos los depósitos, pongamos en marcha el motor y calentémosle la máquina.

Los hombres se miraron.

—No veo a los mecánicos de Joe Mudd holgazaneando esta mañana —dijo Celere—. Estarán listos cuando se despeje la niebla. ¿No deberíamos estar listos nosotros también? Por si acaso.

Al oír eso se pusieron en marcha. Después de todo, era una carrera y, aunque eran mejores detectives que mecánicos, habían estado compitiendo a diario a lo largo de cuarenta y ocho días y seis mil quinientos kilómetros.

—Empiecen a repostar. Enseguida vuelvo.

Celere se dirigió al pequeño compartimento que le habían ofrecido en el tren. Regresó con un tubo de cartón de un metro de largo y quince centímetros de ancho cerrado en cada extremo, que metió en la barquilla del piloto.

—¿Qué es eso? —preguntó un detective.

—Una bandera del *San Francisco Inquirer* que Josephine tiene que ondear cuando aterrice en Presidio. ¿Qué le pasa al motor?

—¿A qué se refiere?

—No me gusta cómo suena.

—A mí no me parece que suene mal.

Celere miró al detective-mecánico a los ojos. Acto seguido lució su sonrisa más irresistible.

—Hagamos un trato, señor. Yo no detendré a ningún delincuente, y usted no me dirá que una máquina voladora que suena como esta no se parará de golpe en el cielo.

—Disculpe, Celere. Tiene razón. ¿Qué oye?

—Tráigame la caja de jabón.

Marco Celere subió a la caja, se metió en la barquilla y se puso a toquetear el regulador, acelerando y reduciendo la marcha del Antoinette. Aguzó el oído moviendo la cabeza con gesto de desconcierto.

—Saquen los calzos. Vamos a moverlo un poco.

—Tenga cuidado de no chocar contra algo. No se ve en quince metros a la redonda.

Los mecánicos retiraron los calzos de madera que inmovilizaban las ruedas.

Celere aceleró el motor.

—¿Lo oye? ¿Lo oye?

—No estoy seguro.

—Escuche... Espere, le daré más velocidad.

Abrió el regulador al máximo. El nítido borboteo del Antoinette aumentó hasta convertirse en un rugido. Giró el timón, alabeó las alas, recorrió cincuenta metros a toda velocidad por la hierba, alzó el vuelo y se adentró en la niebla.

Bell ordenó que preparasen su *Eagle* para volar, pero no había forma de seguir a

Celere en medio de la niebla porque nadie sabía qué dirección había tomado. Tenía que esperar a que un controlador ferroviario enviara un telegrama informando de que lo había visto. Casi una hora más tarde, Isaac Bell recibió una llamada telefónica de los detectives ferroviarios Tom Griggs y Ed Bottomley.

—¿Está seguro de que ha atrapado a Harry Frost?

—Lo coloqué personalmente encima de un bloque de hielo en la comisaría de policía de Fresno —respondió Bell.

—Bueno, es que acabamos de sufrir el segundo robo de dinamita en dos días. Un tipo entró en nuestro taller de Merced con una escopeta de diligencia, aterrorizó al pobre empleado y le mandó que cargara noventa kilos de dinamita, detonadores y tenazas de acero en una vagoneta del inspector de la vía, y se marchó. Hemos encontrado la vagoneta en la vía a cinco kilómetros de distancia, al lado de un campo de heno vacío. Ni rastro del tipo, ni de la dinamita ni las pinzas.

—¿Unas pinzas para el hielo? —repitió Bell, desconcertado—. ¿Qué más se llevó?

—¿No le parece suficiente noventa kilos de dinamita?

—¿Qué más?

—¡Un momento! Oye, Tom, el señor Bell quiere saber si ese tipo se llevó algo más... Ah, sí. Tom dice que se llevó una linterna y cable eléctrico.

—¿Qué clase de detonadores eran? ¿De fulminato de mercurio?

—Eléctricos.

—¿Habéis descubierto roderas de camión o de carro?

—Eso es lo raro. Las únicas huellas de ruedas que hemos encontrado estaban en medio del campo. Al lado de la carretera solo había pisadas. Extraño, ¿no cree?

—¡No si vino y se fue en una máquina voladora!

—Oh. No se me había ocurrido... ¿Sigue ahí, señor Bell?

Isaac Bell corría hacia su *American Eagle*.

—¡Arranca el motor!

El urgente ¡blat!, ¡blat!, ¡blat! del Gnome hizo que Joe Mudd se apartara y dejase despegar a Bell antes que el Liberator. El detective localizó la vía de la línea del Pacífico sur y se dirigió al norte, hacia San Francisco. Disponía de menos de trescientos veinte kilómetros para alcanzar a Marco Celere.

Los detonadores eléctricos, la linterna y el cable robados fueron las pistas que permitieron saber a Bell lo que el italiano pensaba hacer. Había robado los materiales para fabricar una bomba aérea con un detonador eléctrico. Los detonadores con fulminato de mercurio, tan sensibles a cualquier contacto, resultarían letales en una máquina voladora que daba tumbos al despegar y era azotada bruscamente por corrientes de aire en el cielo. Cualquier movimiento repentino provocaría la explosión de la dinamita, y con ella ardería la máquina voladora.

Sin embargo, un detonador eléctrico podía controlarse con un simple interruptor situado entre las pilas de la linterna y los detonadores. Mientras el interruptor estuviese apagado, la dinamita estaría a salvo. Si el interruptor se encendía, la dinamita estallaría.

Celere lo habría manipulado para que pasara a la posición de encendido después de ser lanzada, cuando cayera sobre su objetivo. Habría instalado dos interruptores, uno para activar la bomba en el momento en que estuviera listo para lanzarla y otro que causaría la explosión con el contacto.

Bell no se imaginaba por qué Celere había cogido unas tenazas de acero.

Sin embargo, el resto estaba claro. Whiteway no le había permitido demostrar que su máquina podía ganar la carrera, incluso sin Josephine, situación que no dejaba a Celere ninguna forma de mostrar al ejército italiano que su aeroplano podía ser una máquina de guerra.

El lanzamiento de noventa kilos de dinamita demostraría su valor militar con una explosión que se comentaría en todo el mundo. En cuanto al blanco sobre el que lanzaría su bomba, la respuesta era evidente. Un estafador como Celere era básicamente igual que un pregonero como Preston Whiteway. Los dos tenían un don para conseguir la mayor publicidad posible. Pocos edificios en San Francisco eran tan altos, y ninguno tan famoso, como el del *San Francisco Inquirer*. La máquina voladora que lo destruyese se convertiría en una noticia que llegaría a los oídos de todos los generales del ejército del mundo.

Y si Whiteway moría en su oficina en el ático del edificio, mucho mejor; Josephine estaría disponible, debía de pensar Celere. Bell sabía que ella no volvería a enamorarse de él, pero Celere no. Según el razonamiento del italiano, mataría dos pájaros de un bombazo: demostraría el poder de su avión de combate y podría casarse con una viuda rica.

Hacía buen tiempo para volar. El viento había amainado. El cielo estaba despejado, y el aire era lo bastante fresco para enfriar el motor y lo bastante abundante para permitirle volar a toda potencia. El motor rotativo Gnome proporcionaría al aeroplano de Bell la velocidad necesaria para adelantar al de Celere. Pero cuando por fin el detective vio la brecha entre las colinas (la vía de ferrocarril se adentraba en ella hacia Oakland), y luego las bahías azules de Oakland y San Francisco, todavía no lo había alcanzado. El italiano podría haberse estrellado por el camino, en el agua o en el bosque, donde Bell no lo hubiera visto. Era posible. Las máquinas acusaban ya el deterioro de tantas horas de vuelo.

Entonces, de repente, Isaac Bell vio con tristeza el punto amarillo que le indicó que Celere estaba cruzando la bahía y acercándose a la ciudad. Volaba más bajo que Bell, tal vez lastrado por el peso de los explosivos o quizá descendiendo para alcanzar el blanco con más facilidad. Su escasa altura ofrecía al detective una ligera ventaja, y

la aprovechó empujando hacia delante la barra de mando para acelerar.

Delante de él, destacaba en la bahía de San Francisco el muelle de Oakland, desde donde los trenes eran conducidos hasta los buques de carga y los transbordadores urbanos. Mientras Bell lo sobrevolaba, vio que en el muelle estaba estacionado el famoso tren especial verde oscuro de la línea del Pacífico sur, propiedad del presidente de la misma, Osgood Hennessy. Archie y Lillian habían llegado con Danielle di Vecchio.

Bell estaba alcanzando a Celere.

Se encontraba a gran altura sobre el mar mientras que el italiano todavía no había llegado a la orilla.

El detective sacó su rifle de la barquilla y lo sujetó al pivote. Unas balas de gran potencia que pasaran cerca de la cabeza de Celere deberían obligarlo a centrarse en escapar antes que en lanzar una bomba, una tarea engorrosa cuando el plomo silbaba alrededor.

Pero cuando Bell localizó el monoplano con sus potentes gemelos, se llevó una sorpresa.

Entonces supo por qué Celere había robado las tenazas de acero. Había olvidado que, a pesar de sus defectos, Celere era un técnico muy bueno. El lanzamiento de la dinamita no le resultaría nada engorroso, ni tendría que arrojarla por encima del costado de la máquina.

Las cuatro cajas de dinamita pendían debajo del monoplano, justo debajo de Celere, donde los noventa kilos estarían bien equilibrados, colgados de las tenazas. Bell vio una cuerda que subía del mango de las pinzas por el lateral del aeroplano hasta la barquilla donde Celere estaba sentado.

Para lanzar la dinamita, lo único que tenía que hacer era preparar el interruptor del detonador eléctrico y tirar de la cuerda.

Bell soltó los gemelos y apuntó con el rifle automático Remington. Desgraciadamente, la distancia seguía siendo excesiva. Pero Celere estaba cruzando el bosque de mástiles que señalaba la ubicación del puerto. Estaba a solo unos minutos de la sede de Whiteway en Market Street. Sin pensarlo, Bell se lanzó en picado y ganó un poco más de velocidad. La maniobra supuso un cambio: ahora él también estaba cruzando el puerto, y Celere se encontraba al alcance del rifle del detective. Con todo, el italiano volaba por encima de Bell, ya que este había descendido tanto que casi rozaba los remates de los edificios.

Delante estaba la sede del *Inquirer*, más alta que todas las construcciones de alrededor, con la pancarta amarilla de la carrera en la cúspide. Bell ajustó el timón de altura, elevó la aeronave, y la máquina de Celere le quedó a tiro. Justo cuando el detective estaba a punto de apretar el gatillo, vio que algo relucía en la terraza exterior del ático en el que estaba el despacho de Whiteway. Bell se llevó los gemelos

a los ojos.

Delante del monoplaneo cargado de dinamita de Celere, en medio de su línea de fuego, unos operadores manejaban unas cámaras de cine. Los dirigía una rubia alta vestida con una blusa blanca y con el cabello recogido para poder inspeccionar lo que veían a través del objetivo. Marion había decidido rodar el final desde el espectacular marco de la azotea sobre la que los aviadores darían vueltas antes de aterrizar en Presidio.

Bell se ladeó bruscamente hacia la derecha para alterar su campo de tiro. Celere volaba derecho hacia el edificio. Estaba a menos de treinta metros más arriba y se acercaba con rapidez cuando Bell vio que alargaba la mano hacia la cuerda.

No podía disparar a Celere sin poner en peligro a Marion.

Pero si no disparaba, Celere lanzaría la bomba.

El detective inclinó su máquina hacia la izquierda. Las alas traquetearon, y los tirantes crujió. El motor chirrió mientras la hélice cortaba el aire. El *American Eagle* se elevó, y Bell se apartó de la trayectoria de Celere para cambiar de ángulo y poder disparar. La distancia aumentó radicalmente. Disponía de un segundo para apretar el gatillo. El rifle dio un culetazo. Marco Celere agachó la cabeza. Miró a su alrededor con cara de espanto, y sus ojos se clavaron con asombro en el *Eagle* de Bell, que se dirigía a toda velocidad hacia él.

Agarró la cuerda que liberaría las bombas, pero era demasiado tarde. Su máquina voladora había dejado atrás el edificio del *Inquirer*. Ladeó la aeronave para girar y hacer otra pasada.

—Ni lo sueñes —dijo Isaac Bell.

Aprovechando que las personas de la azotea habían quedado a salvo detrás de ellos, Bell disparó de nuevo a Celere. Esa vez se acercó más, a juzgar por el movimiento violento de la cabeza del italiano, quien enseguida realizó un giro ascendente abrupto para alejarse de Bell. El detective lo siguió. El truco, advirtió, consistía en permanecer detrás y seguir la trayectoria de giro de Celere para poder continuar disparando con el fin de alejarlo más y más de su objetivo.

Celere ascendió, y Bell lo siguió. Celere descendió, y Bell hizo lo mismo. Se encontraba tan cerca de él que pudo verle la cara como si estuvieran a punto de iniciar un combate de boxeo. Celere se agachó, buscó algo en el interior de la barquilla y levantó un arma corta que Bell identificó como la escopeta *lupa* recortada. Los perdigones pasaron silbando entre los tirantes de las alas del *Eagle*.

—¿Tienes dientes? Pues yo también.

Bell disparó con su rifle giratorio.

La mano de Celere se apartó rápidamente de su palanca de mando como si estuviera al rojo vivo. Bell volvió a disparar.

Celere agitó los *alettoni* y el timón de dirección, y la máquina remontó el vuelo

hacia la bahía de San Francisco. Bell la siguió, pensando en obligarlo a aterrizar sobre el agua. Pero Celere dio la vuelta y regresó a toda velocidad hacia el edificio del *Inquirer*. Bell realizó un giro más cerrado. El *Eagle* fue exactamente a donde él lo dirigió, y de repente se dio cuenta de que después de seis mil quinientos kilómetros a través del país estaba cogiéndole el tranquillo a eso de volar.

Se acercó a Celere, le apuntó con su rifle giratorio y soltó el volante para indicarle con gestos que o descendía y aterrizaba, o abriría fuego. Celere levantó la *lupa* y le disparó a bocajarro. Los perdigones silbaron otra vez, pero la mayoría no dio en el blanco, salvo un proyectil que impactó en la recámara del Remington y lo atascó.

Isaac Bell desenfundó su Browning y acribilló la máquina de Celere a balazos.

El bramido de respuesta de la *lupa* le hizo saber que Celere no estaba impresionado. Y entonces el italiano aprovechó la ventaja de contar con mayor potencia de fuego: recargó diestramente y disparó en repetidas ocasiones. El escaso alcance de la escopeta salvó a Bell de los impactos mientras Celere volvía a prepararse para lanzar la bomba.

El detective vio que alargaba la mano hacia el cable de activación que cerraría el primer interruptor eléctrico.

Puso el *Eagle* en trayectoria de choque. Advirtió un pánico repentino en el semblante de Celere. Cuando estaba a punto de embestir contra el costado del monoplano amarillo, Bell giró en el último segundo para cruzarse justo por delante. Celere giró la *lupa* de doble cañón y siguió a Bell hasta que el detective estuvo tan cerca que pudo ver el fondo de las bocas de la escopeta.

Cuando tuvo la certeza de que no podía fallar, Marco Celere apretó el gatillo de los dos cañones.

Isaac Bell vio surgir llamas de ellos.

Una lluvia de perdigones salió disparada con gran estruendo hacia él, y el detective supo que su táctica había dado resultado. Había ganado la batalla. La hélice giratoria de Celere interceptó los perdigones. El plomo veloz hizo astillas la hélice de madera de dos metros y medio. El monoplano amarillo se tambaleó en el aire. Celere trató de planear ganando velocidad con un giro en picado. La dinamita pesaba demasiado para la máquina voladora repentinamente privada de potencia. En lugar de girar, empezó a dar vueltas. Un ala rozó el antepecho del edificio del *Inquirer* y se partió.

Al perder el impulso, el monoplano cayó en picado hacia Market Street.

Isaac Bell contuvo el aliento. Ojalá hubiera logrado distraer lo suficiente a Celere para impedirle armar la dinamita. Si Celere cerraba el circuito eléctrico, el aeroplano abatido explotaría con el impacto. A los dos segundos, que se hicieron eternos, la máquina se estrelló pero no explotó, y solo causó daños a su sanguinario inventor y al Rolls-Royce amarillo de Preston Whiteway sobre el que cayó.



Isaac Bell sobrevoló en un círculo el edificio del *Inquirer* e intercambió gestos de alegría con Marion Morgan.

Luego rodeó Nob Hill y cruzó la ciudad hacia la Golden Gate, el estrecho que conformaba la entrada de la bahía de San Francisco.

Mucho más atrás, vio una mancha roja en el cielo. El Liberator de Joe Mudd estaba acercándose a Oakland. Bell sonrió con sincera satisfacción. A Mudd y su pequeño y robusto biplano tractor solo le faltaban dieciséis kilómetros para ganar la Copa Whiteway. Menuda cara de perplejidad tan graciosa pondría el magnate de la prensa, se dijo Bell.

Delante de él, una mancha de color verde en el extremo de la península que protegía la bahía de San Francisco del océano Pacífico señalaba la situación de Presidio. Parecía que los jardines del puesto militar estuvieran moviéndose, ondeando como un campo de cereales agitado por el viento. Era una ilusión, advirtió Bell a medida que se acercaba, creada por la horda de espectadores que llenaban la plaza de armas, las calles y los tejados de los barracones por decenas de miles. Al acercarse más, incluso vio a algunos encaramados a las copas de los árboles.

El único espacio donde podría aterrizar era la plaza de armas en pendiente situada delante del edificio de infantería (unos barracones de ladrillo rojo en Montgomery Street), vigilada por una compañía de soldados que contenía a la multitud.

Bell se situó de cara al viento salobre, apagó el Gnome para reducir la velocidad y aterrizó la máquina en la estrecha extensión de terreno que el ejército había protegido. El fragor del gentío apagó el ruido de su motor. Recorrió sus caras con la mirada, y se le levantó el ánimo. Entre ellos estaba Archie Abbott, que se sostenía por su propio pie, apoyado en el brazo de Lillian. Bell tardó un instante en percatarse de que la alta morena vestida elegantemente que los acompañaba era Danielle di Vecchio. La joven sonreía con orgullo mientras contemplaba la máquina de su padre. A su lado, menos elegante pero igual de sonriente y orgulloso, estaba Andy Moser. Bell dedujo que la compañía de ferrocarril había despejado la vía para que el *Eagle Special* de la agencia Van Dorn llegara a San Francisco.

Cuando el detective bajó del *American Eagle* de un salto, Weiner, el contable, se acercó afanosamente seguido de los numerosos ayudantes que había conseguido en el transcurso de la carrera.

—Enhorabuena, señor Bell.

—¿Por qué?

—Ha ganado.

—¿Qué he ganado?

—La Carrera Aérea Atlántico-Pacífico. La Copa Whiteway es suya.

—¿De qué demonios está hablando, señor Weiner?

El contable le explicó que, mientras protegía a Josephine, había pilotado el monoplano *American Eagle* a través de Estados Unidos y había aterrizado el primero, con la mejor marca total.

—Yo no participaba en la carrera. ¿Cómo voy a haber ganado?

—Soy un contable acreditado, señor. Yo y mi equipo tomamos nota de cada minuto pilotado por cada participante. Usted ha ganado. Con todas las de la ley.

—Pero no me inscribí. ¡Ni siquiera tengo licencia de vuelo!

Weiner, no tardó en descubrirlo Bell, había aprovechado el tiempo pasado en la carrera para dominar el arte de la promoción, además de la contabilidad.

—Estoy seguro —contestó guiñando el ojo con aire cómplice— de que el señor Whiteway pasará por alto ciertos detalles sin importancia cuando considere cuántos periódicos venderemos haciendo publicidad de un ganador que no solo es un apuesto detective sino que también está comprometido con una hermosa directora de cine rubia. Su público le espera.

Weiner señaló la multitud de fotógrafos y corresponsales listos para abalanzarse sobre el ganador.

—No se preocupe por los detalles, señor Bell, lo convertiremos en el hombre más famoso de Estados Unidos.

A un lado, alejado del bullicio, Bell vio a un vendado Walt Hatfield celebrando tranquilamente la victoria con James Dashwood. Estaban pasándose una petaca y fumando unos puros. Dash tosió al aspirar el humo. El texano le dio una palmada en la espalda. Dash respondió sacando su nueva pistola de cañón corto de la muñeca y, cuando los dos colegas se echaron a reír, Bell pensó que si aceptaba la Copa Whiteway, el hombre más famoso de Estados Unidos sería demasiado conocido para volver a ejercer de detective para la agencia Van Dorn.

Marion Morgan llegó a toda velocidad en un taxi, apremiando a sus operadores de cámara a que colocaran sus trípodes. Dedicó a Bell una sonrisa esplendorosa y lo señaló a sus operadores, con la habitual advertencia severa de sacarlo fuera de plano.

Preston Whiteway llegó justo detrás de ella dando bandazos en una furgoneta de reparto de periódicos conducida por el chófer de su Rolls-Royce destruido.

—¿Quién ha ganado? —gritó.

Weiner, el contable, se volvió con expectación hacia Isaac Bell.

—Lo tiene delante —dijo el detective rubio.

—¿Quién?

Isaac Bell echó un último vistazo al público que lo vitoreaba. A continuación, se dio media vuelta lentamente y señaló al cielo. El *Liberator* de color «rojo revolución» apareció bamboleándose sobre la colina, se situó de cara al viento del océano y planeó hacia la hierba.

—¿Obreros?

—Albañiles, mamposteros, yeseros y fogoneros de locomotoras.

—¿Los sindicalistas han ganado mi carrera?

—Diga a sus lectores que se lo han ganado trabajando.

Marion, Archie y Lillian se apiñaron alrededor mientras Andy y Danielle ayudaban a Isaac Bell a repostar su máquina voladora. Andy le garantizó que todavía era fiable a pesar de los balazos.

—El padre de Danielle fabricó una máquina muy resistente —repitió el muchacho—, ¿verdad, Danny?

—*Elastica!* —dijo Danielle, obsequiando a Andy y a Bell con su deslumbrante sonrisa—. Los dos habrían conseguido que se sintiese orgulloso.

—Su padre nos lo puso muy fácil —respondió Isaac Bell.

Acto seguido se volvió hacia Marion Morgan y le tomó la mano.

—Te prometí un paseo.

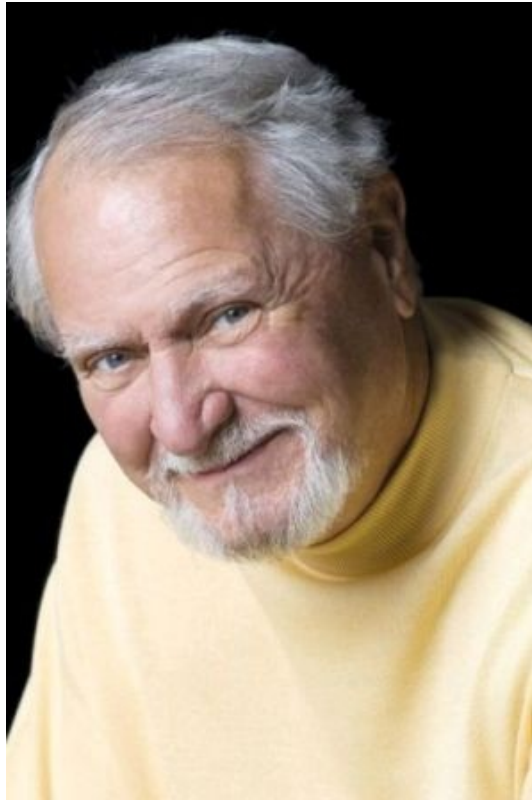
Marion se acomodó lo mejor que pudo en la barquilla detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos. Andy hizo girar la hélice, y Bell aceleró en la hierba. El *Eagle* ascendió rápidamente en el denso aire marino.

Cuando el único sonido audible fue el del viento susurrando entre los tirantes de las alas, se dio la vuelta y la besó.

—Cariño, no vamos a volver abajo hasta que fijemos la fecha de nuestra boda.

Marion lo besó a su vez. Recorrió con la mirada las bahías azules, las penínsulas verdes y el sol que descendía de las nubes de color escarlata a la inmensidad del océano Pacífico. Volvió a besar a Bell y se inclinó hacia delante para apoyar la cabeza en su hombro.

—Es precioso —dijo—. Quedémonos aquí arriba para siempre.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el italoamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de Estados Unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Cap* (*Peligro en el*

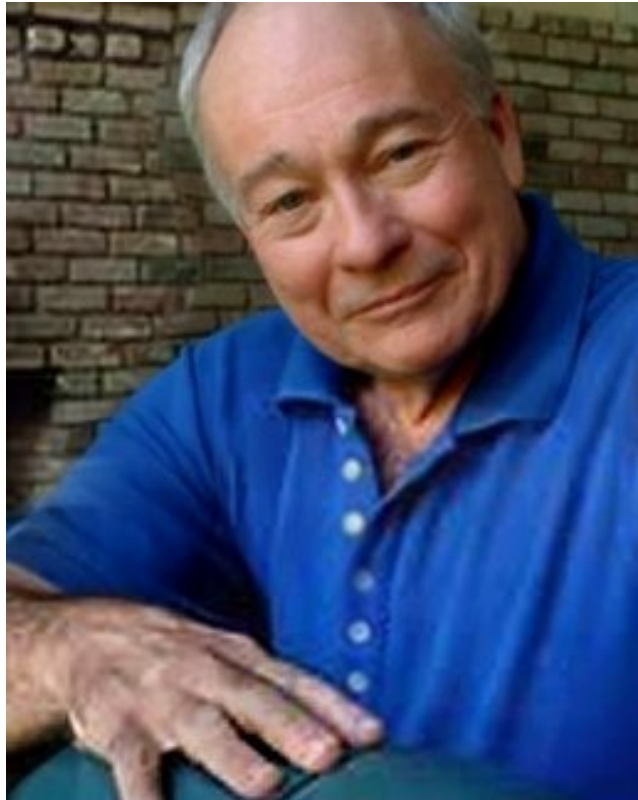
*mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic (Rescaten el Titanic)* con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un *parking* en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.



JUSTIN SCOTT nació en Nueva York, el 20 de Junio de 1944. Es un escritor e historiador americano, dedicado a la literatura de intriga y misterio.

Hijo de escritores profesionales, se crió y pasó su infancia en Long Island, donde la familia llevaba una extraña doble vida, pues a pesar de vivir en una pequeña ciudad americana, tenían sus ojos más pendientes de la vida en Nueva York que de la atmósfera semirural del este de Long Island. Se graduó en Historia en el Harpur College, y se doctoró en Historia Americana en la Universidad de Binghamton, Nueva York en 1969.

Como la mayoría de los autores norteamericanos, trabajó en muchos empleos para ganarse la vida. Ha conducido barcos y camiones, construido casas, vendido zapatos y ha dirigido una revista.

De entre su obra cabría destacar títulos como *El cazador de barcos* (*The shipkiller*, 1978) o *Pesadilla en el mar* (*Empty eye of the sea*, 1993). Fue nominado dos veces para el Premio Edgar Allan Poe.

Es autor de veintiséis novelas, entre las que se incluyen *The Shipkiller* y *Normandie Triangle*, dentro de la serie protagonizada por el detective Ben Abbott, y cinco *thrillers* ambientados en el mundo marino escritos bajo el seudónimo de Paul Garrison.

En la actualidad vive en Conecticut.